



Centro de Estudios Internacionales

Ciudad cuenta cuentos

Discurso y vida cotidiana de una colonia obrera
en Nuevo León (1957-2020)

Tesis

que para obtener el título de
Licenciada en Relaciones Internacionales

presenta

Azucena Paloma Garza Garza

Director: Fernando Escalante Gonzalbo

Ciudad de México, 2021



El juego en la banqueta. 1959.

A mis padres

A Mamela

AGRADECIMIENTOS

A Fernando Escalante, por el tiempo y la atención amable que dedica a sus estudiantes todos los días, por sus atinadas reflexiones; con admiración y gran afecto, gracias. A Verónica Crossa, por ofrecerse a leer este trabajo y por su conversación, que hace que le den ganas a una de ponerse más viva. A mis lectores, Luis Aboites y Carlos Alba, por su entusiasmo y sus observaciones. A mis profesores del Centro de Estudios Internacionales.

A las Misioneras Clarisas, las vecinas, las amigas de la infancia y mi familia, por rememorar sus vidas para que yo escribiera.

Mientras escribía esta tesis me acompañaron personas cálidas y cariñosas, y no puedo omitir sus nombres. En mi paso por el Colegio, en el brindis de bienvenida, conocí a mi adorado Arturo: no imagino los últimos años sin el hogar que hicimos juntos. A Fiacro y Enrique M., porque nos vimos crecer. A Carlos R.O., mi querido compañero de cuarentena. A Georgina, Salma y Josefa, por el pan cotidiano. A Paulina, con quien comparto sueños, por su energía y amor.

A mis compañeras y compañeros de generación, por tanto comentario inteligente en las clases, por las risas que salían de la sala de estudiantes.

Fue mamá quien me enseñó a leer y me habló de un tal Colegio de México. Me heredó su nombre y ansío copiarle el hambre voraz pero desinteresada, casual y sin pretensiones, por saber. Aquí no cabe todo lo que significa para mí su inteligencia, valentía y terquedad; sospecho que seguiré escribiendo con su voz durante toda mi vida. Gracias, mamá.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
I. HISTORIAS GRANDES Y PEQUEÑAS	5
Método y veracidad de la investigación	
El trabajo de archivo	
La tradición oral	
La composición	
Historias de bronce	
Cervecería Cuauhtémoc	
Sociedad Cuauhtémoc y Famosa	
“No es una utopía”: Todos con Casa Habitación Propia	
MAPAS DE REFERENCIA	24
II. IMAGEN DE LA CUAUHTÉMOC	26
El espacio	
Las casas	
La Iglesia San José Obrero	
El Bosque	
La primera generación	
Las Misioneras Clarisas	
Los soldados y las policías	
El Comité de Vecinos	
El trabajo y el orden	
“Mucho ruido, mucho polvo y mucho calor”. Las fábricas	
La alimentación	
La educación	
Los grupos de la parroquia	

Las fiestas y la diversión

III. LAS PUERTAS CERRADAS	76
Movimientos urbanos	
El patriarca	
Nova	
El comercio	
La crisis	
El otro lado	
El nuevo siglo	
Los extranjeros	
Serenatas	
IV. BUENAS VECINAS	118
Vecinos en alerta	
La contaminación	
Buenas vecinas	
Ciudad cuenta cuentos	
REFLEXIONES FINALES	157
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	161
ANEXO	165

Como todo el mundo, tengo varias infancias de donde escoger, y hace mucho tiempo elegí la que tuve en casa de mis abuelos, en una hacienda azucarera cercana a Culiacán llamada Eldorado. Elegir la infancia es, en nuestra época, una manera de buscar la verdad, por lo menos una parcial.

Inés Arredondo, “La verdad o el presentimiento de la verdad”

INTRODUCCIÓN

En la primera clase de historia que tomé en El Colegio de México, el profesor Luis Aboites Aguilar exclamó, maravillado, cuando mencioné que en mi secundaria católica, sobre el pizarrón, entre la Virgen de Guadalupe y un crucifijo, había un cuadro de Eugenio Garza Sada. El profesor Aboites prosiguió con preguntas animadas. Fue vergonzoso admitir que ni una vez, durante mi educación básica, me había interesado por la presencia del empresario trajeado junto a los símbolos religiosos. Ese mismo semestre, durante una conferencia, me embargó una segunda y definitiva oleada de claridad: una mujer del público alzó la mano y su voz atronadora retumbó en mi oídos. Por primera vez distinguí el famoso “acento regio”.

La distancia de mi lugar de origen, aunado a mi paso por El Colegio de México —las clases, las lecturas, los profesores—, me obligaron a revisitar el espacio en el que crecí: la Colonia Cuauhtémoc, en San Nicolás de los Garza, Nuevo León.

Mis abuelos llegaron a la Cuauhtémoc en 1962. Venían de Villa de Juárez. Lucas Garza Cabello fue peón de campo, de niño, y elaboraba carbón cuando consiguió trabajo en Hojalata y Lámina, una subsidiaria de la Cervecería. Falleció en 1979. En 2008, cuando murió Manuela Quintanilla, mamá insistió en quedarse con la casa de su infancia. Como ella, los niños que allí crecieron se acostumbraron a los naranjos y los callejones, a las campanas de la iglesia, al silbido del tren que avanza rápidamente sobre las vías. Por supuesto que nadie quiere irse de aquí, escuché de otra vecina que compró la casa de sus padres. La casa de la infancia, escribió Alfonso Reyes, es acaso la única que habitamos en verdad.

Pero la Colonia Cuauhtémoc es mi objeto de investigación por motivos concretos, y así comencé a pensarla durante los últimos años. Está enmarcada en una historia y un proyecto, y a sus primeros habitantes los une algo más que la coincidencia del espacio físico y la nostalgia por el pasado. La Cuauhtémoc fue la culminación de las iniciativas dirigidas a proporcionar vivienda a los trabajadores de Cervecería que se remontan a inicios del siglo XX. Esta colonia sería, en teoría, su mejor proyecto urbano. En 1957, Roberto y Eugenio Garza Sada asistieron a la ceremonia inaugural. Los acompañó el presidente Adolfo Ruiz Cortines, quien, engalanado y

brillante, cortó el listón frente a una placa de bronce entre nutridos aplausos. Los Garza Sada prometieron a sus trabajadores, obreros y empleados, plazos de pago lejanos y costeados. Todo sería fácil. “No es una utopía” fue el eslogan que utilizaron para alentarlos a aceptar las viviendas.

La peculiaridad de la Cuauhtémoc no estaba en los costos, sino en el espacio mismo. Su maqueta contempló, además de la entusiasta y novedosa propuesta de “vivir en familia” con los compañeros de trabajo: una iglesia, centros cívicos, colegios católicos para niñas y lasallistas para niños, un estadio de béisbol, una clínica, un cine, mercados y estanquillos. La idea cobró vida en San Nicolás, en los alrededores del bosque y un ojo de agua, en un territorio rudo y despoblado, a sólo quince minutos del campus de la joven Universidad de Nuevo León. A diferencia de otras colonias obreras, que se ubicaron en las inmediaciones de las empresas, o incluso adentro, en los improvisados cuartos donde los hombres pernoctaban y reanudaban sus labores al alba, la Cuauhtémoc trazó una distancia razonable entre el trabajo y el hogar. Era, al fin, un lugar de convivencia y recreación para las familias de los trabajadores.

A la fundación de la Colonia la suceden más de sesenta años y tres generaciones de habitantes. Un peatón de aquella década, si paseara por sus banquetas el día de hoy, reconocería los drásticos cambios materiales que alteraron la maqueta original. Acaso pasaría por alto otros, menos visibles, que sus habitantes conocen bien y se complacen en contar con voz quejumbrosa.

Al adentrarme en este proyecto mi objetivo no era describir grandes transformaciones. No busqué la causalidad. Fue un franco interés en el pasado y en mi origen familiar, y la conciencia que cobré de la Cuauhtémoc como *colonia obrera* lo que me instó a escribir. Para mí fue obvio que tendría que dedicar un buen trecho a las primeras décadas. Así recurrí a la vida cotidiana y me detuve en sus puntos imprescindibles: el trabajo, la educación, el juego, la religión. Me interesó, sobre todo, responder estas preguntas: ¿Qué piensa la gente de la Cuauhtémoc sobre la Empresa? ¿Cómo se piensan a sí mismos? ¿Qué relación tienen con procesos más amplios? Y, al final, ¿por qué insisten que la Colonia está en decadencia?

Sería injusto omitir que mi primera referencia al pasado de la Cuauhtémoc se encuentra en la infancia. Las anécdotas que escuché de niña encauzaron el río de la investigación, inspiraron el sostén que encontré en la tradición oral y su vena narrativa. Después estudié el proyecto de la

Empresa¹ y los primeros planos de las casas; visité archivos y bibliotecas; leí libros de personas bien instruidas. La información que contiene esta tesis está basada en considerables horas de trabajo de archivo y de campo,² entrevistas, observaciones que hice en los últimos años, durante las vacaciones de invierno y las de verano, cuando volvía a casa de mis padres. Sin embargo, el origen, el principio, está en la tradición oral de mi familia materna. La memoria de mi familia, la de mis entrevistados y la mía atraviesa todo este trabajo.

Por mi parte, escribir las siguientes páginas también fue un ejercicio de distancia. Viví en la Cuauhtémoc desde que nací, primero de manera parcial, en casa de Mamela; luego, por completo, cuando se convirtió en la de mis padres.

¹ En adelante escribo “Empresa” para referirme, indistintamente, al Grupo Monterrey y sus derivados, Grupo Visa (después, FEMSA) y Grupo Alfa. En la conversación cotidiana, la Empresa puede ser un sujeto abstracto con capacidad de acción, o un lugar ambiguo que encarna el concreto. La gente afirma, por ejemplo: “Conocí a mi esposa en la Empresa”; “La Empresa me dio un préstamo”; “Vamos a la posada de la Empresa”. Difícilmente se especifica Grupo, subsidiaria o fábrica. Como diré abajo, esto no ocurre con las sociedades: “Pertenezco a SCYF” o “Pertenezco a Nova” son expresiones comunes, y nombrarlas, crucial.

² El trabajo de campo, que inicié en febrero de 2020, se cortó de tajo con el inicio de la cuarentena por la pandemia de Covid-19. Con dificultad concluí las tareas que me propuse hacer a inicios de este año.

HISTORIAS GRANDES Y PEQUEÑAS

En una amigable librería de viejo del centro de la Ciudad de México, rodeada de libreros altos y polvosos, artefactos de metal, cuadros y esfinges de cerámica, descubro un libro maltratado en el suelo, oculto entre pilas de títulos abandonados. Lo adornan los retratos en blanco y negro de tres hombres y una mujer, y se titula *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*.³ La autora, María Luisa Santos Escobedo, es la cronista municipal de Villaldama, es decir, la coterránea encargada de narrar lo que allí ocurre cada día. Ella estudia acontecimientos notables, como las visitas de presidentes, alcaldes y gobernadores, cambios demográficos, las costumbres y penurias de sus habitantes.

Me entero que eso es un oficio. En los municipios mexicanos —o, en la Ciudad de México, en sus delegaciones—, hay cronistas dedicados exclusivamente a escribir la vida cotidiana con el objetivo de asir lo minúsculo, lo que de otro modo pasaría desapercibido, y preservarlo.

Los cronistas manejan diarios de campo, y al escribir se permiten florituras literarias que coquetean con la poesía. Se divierten. El libro de Santos Escobedo está repleto de anécdotas, chismes, rumores y “Es bien sabido que...”. Su introducción consiste en versos cursis que rinden homenaje al exgobernador Rangel Frías. La escritora destaca el progreso, la modernidad, las vidas humildes pero dignas de la población de Villaldama, que, en Nuevo León, es vagamente conocida por su panadería. La investigación académica se reduce a breves e indispensables apuntes: cuándo hubo luz, cuándo llegó la planta eléctrica, el día de la visita del presidente López Mateos, a quien un cortejo de bellas damas villaldamenses recibió calurosamente. La autora empuja hacia una visión romántica de la historia local, y, sin embargo, también reivindica “lo provinciano”.

Es difícil hablar de microhistoria sin referirse a Luis González o Carlo Ginzburg. Recurrí a una obra más o menos reciente, de una autora poco conocida y de un municipio que no interesa tanto como San José de Gracia, para esgrimir una idea sencilla: la microhistoria es imparable. No está circunscrita a la teoría; no depende de la formación que ofrece el sabio historiador a sus alumnos estudiosos en un aula fría; tampoco es una corriente literaria. Es, en cambio, una forma

³ María Luisa Santos Escobedo, *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*, UANL y Presidencia Municipal de Villaldama, Monterrey, 2004.

accesible de ejercitar la memoria, de acrecentar las pilas y pilas de papeles de los escondrijos (archivos) de este país. Como los libros, la microhistoria es, en su mayoría, intrascendente.

El énfasis de Santos Escobedo en la tradición y las virtudes no es fortuito. Bien decía Luis González que a la microhistoria la mueven los sentimientos. Que la microhistoria, en oposición a la Historia, la que todo lo abarca y todo lo sabe, tiene pretensiones menores y emocionales; se concentra en el horizonte visible y cercano. La investigación mana del amor a las raíces, o, en sus palabras, volcadas hacia “la psicología profunda”⁴, la investigación surge de un amor casi edípico hacia la madre. Escribe el historiador: “El término de microhistoria habrá que reservarlo para el estudio histórico que se haga de objetos de poca amplitud espacial. Es un término que debería aplicarse a la manera espontánea como guardan su pretérito los mexicanos menos cultos, mediante la historia que se cuenta o se canta por los viejos en miles de terruños”.⁵

Algo similar ocurre con los Cronistas Municipales de Nuevo León, asociación a la que pertenece la cronista. En el ciclo de conferencias Café e historia, que encuentro en una vieja serie de videos de Youtube, los cronistas veteranos cuentan nostálgicas anécdotas de sus respectivos terruños. Entretenido, el público escucha con atención y ríe cuando es cortés hacerlo.

Las historias locales brotan de un interés íntimo del historiador. Corren el riesgo de caer en detalles nimios que sólo llamarían la atención de coterráneos en busca de tardeadas amenas y charlas disfrutables. Al aceptar que la microhistoria es una actividad pública y accesible, fruto de la comunidad y la conversación, su práctica se envalentona. ¿A qué podría apuntar, pues, una microhistoria académica, o “rigurosa”? ¿Qué ofrece la microhistoria a comparación de la historia a secas, de la sociología o la ciencia política, de las ciencias sociales?

El historiador a cargo del Acervo Histórico de FEMSA, al mostrarme las cajas apiladas y numeradas, los cuadros, las medallas y los trofeos que almacenan en una caja fuerte, lo expuso con simpleza: “Yo tengo la oportunidad de estudiar otros aspectos del pasado, porque [a la Empresa] ya no le interesa mantener una narrativa institucional. Me han dado libertad para reevaluar la historia, reconsiderarla”. Sus palabras me recuerdan una cita de Marc Bloch: “El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar”.⁶

⁴ Luis González, *Todo es historia*, México, Ediciones Cal y Arena, 1989, pp. 228-229.

⁵ Luis González, *Otra invitación a la microhistoria*, México, FCE, 1997, p. 72.

⁶ M. Bloch, *Introducción a la historia*, trads. P. González Casanova y M. Aub, México, FCE, 1952.

Enumero las virtudes de la microhistoria. La más obvia: lucha contra la generalización. En contraste a las respuestas totalizadoras, la microhistoria reivindica las contradicciones inherentes a la existencia en sociedad. Se nutre del trabajo de campo y de un oído generoso, del contacto pedestre con el objeto de estudio; de la tradición oral. Porque las fuentes escasean, hay que abrirse el paso con dificultad. Aunque la microhistoria no está exenta de prejuicios ni disparates, y se encuentra bajo el yugo constante del sentimentalismo, es merecedora de atención y cuidado. Fue ésta la invitación que tendió Luis González por primera vez hace ya más de dos décadas.

La microhistoria cuestiona la causalidad, tentador pecado para las historias oficiales. Según Juan Pedro Viqueira, “las historias nacionales sólo pueden establecer relaciones conjeturales (a menos erróneas) entre distintos fenómenos sociales; las microhistorias, en cambio, nos permiten comprender cómo las personas interpretan su momento histórico y cómo, a través de esa interpretación, responden a los problemas que se les plantean”.⁷ Es una alternativa para pensar lo cotidiano, las creencias y las emociones.

En *Pueblo en vilo*, Luis González repasa hechos, regionales y nacionales, que repercutieron en la vida de la población de San José de Gracia. El ámbito local pertenece a un clima político, social y económico que orienta el rumbo de nuestras vidas. Pero puede ser que hechos relevantes en la historia nacional sean insignificantes para la gente de San José, que pasen desapercibidos o que sean leídos de maneras muy distintas. Por ejemplo, en la obra de González “la Revolución no aparece como una gesta heroica por la liberación del pueblo oprimido, sino como una sucesión de incursiones de bandoleros que roban, violan y destruyen los pueblos que encuentran a su paso”.⁸ Es tarea de la microhistoria contradecir o matizar los grandes postulados.

En el caso regiomontano, la narrativa fundacional ha promovido la historia industrial con un puñado de nombres: Sada, Garza, Lagüera, Muguerza. El Grupo Monterrey es el pilar de la historia de bronce de Nuevo León. La potencia de la ciudad —y del estado entero, que se ancla a Monterrey como uno mismo— se basa en las palabras, las empresas y los proyectos de quienes encabezaron las casas comerciales, la cervecera y la siderurgia. La microhistoria cuenta las vidas de los obreros, las mujeres, “la fuerza de trabajo” ensombrecida por los arrolladores hombres de traje.

⁷ Juan Pedro Viqueira, “Todo es microhistoria”, *Letras Libres*, mayo de 2008, pp. 48-56.

⁸ *Ibid*, p. 51.

La historia oficial promueve la sacralización de ciertos hombres y el amor patriótico. Llego a la virtud final, en un débil eco de González: la microhistoria promueve el amor por la patria, que suele ser más tangible, real y cercana que el ideal patriótico.

Método y veracidad de la investigación

Me baso en dos tipos de fuentes: el trabajo de archivo y la tradición oral. A los ojos del lector mi texto es veraz. Vale la pena evaluar esta presunción.

Al aventurarnos a escribir sobre un lugar delimitado e impopular, la escasez de fuentes será casi siempre nuestro primer obstáculo. Mi investigación no enfrentó esta traba. La vida en la Colonia Cuauhtémoc se remonta a finales de la década de 1950, hay testigos vivos y lugares que una puede recorrer a pie, y yo misma tengo referencias de su pasado inmediato. Hay abundantes pruebas escritas que documentan la historia de la Colonia. A primera vista, la disponibilidad de fuentes y mi cercanía con el objeto de estudio parecían facilitar la escritura de la tesis. El trabajo de campo era una posibilidad palpable hasta marzo de 2020, cuando comenzó oficialmente la pandemia de Covid-19 en México. Debí seguir con las entrevistas por teléfono.

Me di topes con una dificultad epistémica, lo que Bernard Bailyn llamó “el contextualismo en la historia”, y que se resume bien así: “¿Estoy emitiendo juicios retroactivos? ¿Esta afirmación es justa para su tiempo?”. Sopesé mis notas y consideré si eran correctas. Desde el principio me decepcioné y dudé de los testimonios orales. Mi preocupación volvía a una cuestión elemental: ¿Lo que escribo es verdad? ¿Eran así las cosas?

Ningún historiador se jacta de escribir desde una posición objetiva o libre de prejuicios. No podemos renunciar al yo.⁹ Si aceptamos que el conocimiento del pasado es interpretativo, y, por lo tanto, perfectible, sabemos también que el trabajo histórico estriba hacia la versión más cercana a la realidad. Hoy, la legitimidad del trabajo histórico *científico* se basa en las fuentes y la buena reputación del historiador. En actos precisos, como reconocer un testimonio o documento falso, el historiador admite la posibilidad de estudiar el pasado con más precisión.¹⁰

Porque el objetivo del trabajo era escribir una historia, me abrumó la responsabilidad de levantar falsos, inventar o generalizar. Los historiadores aconsejan recabar toda la información

⁹ Bernard Bailyn, “Context in History”, en su libro *Sometimes an Art: Nine Essays on History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2015, pp. 34 - 39.

¹⁰ M. Bloch, *op. cit.*, pp. 73-76.

posible, diversificar las fuentes y confrontar testimonios. Pero a mí lo único que me dio confianza fue cambiar el método. Releyendo encontré el apunte breve, una advertencia de Natalia Mendoza que parafraseo aquí: no importa si lo que me dijeron es mentira, pues las formas, lo que la gente dice, siente y cree, es igualmente valioso e informativo. Lo creo. Así escribí mi tesis, esperando ofrecer una combinación más o menos fidedigna de historia, memoria e interpretación. No exigí un estricto recuento histórico ni el reconocimiento de hechos importantes de mis entrevistados. Me interesó más entender lo que había detrás de las palabras de la gente que accedió a conversar conmigo.

Otro punto me detuvo. A finales de la década de los setenta, el corpus de textos de filosofía de la historia cuestionó la diferencia entre historia y literatura. El argumento era que, aunque los historiadores persiguen la reconstrucción de hechos pasados, ellos también expresan sus hallazgos en el lenguaje escrito, sus párrafos tienen la estructura misma del género narrativo. Imposible hacer historia sin lengua. La diatriba posmoderna involucró la verdad y la periodicidad, y suscitó una pregunta urgente sobre el oficio histórico: si el historiador es incapaz de acceder, físicamente, al pasado, ¿cómo podría asegurar lo que allí aconteció?¹¹ ¿Cómo podemos distinguir entre historia y relato?

En una audaz comparación, Ivan Jablanka explicó que, en la tradición francesa, la novela realista y la historia nacional “rivalizan en el objetivo de verdad, la capacidad de desciframiento, la epifanía del pueblo, la regeneración del pasado”.¹² Pintar fielmente la realidad, describir la vida cotidiana de los pueblos —que, sin embargo, está siempre relacionada con “los grandes problemas de la época”— era menester de ambos, historia y literatura. La literatura no es historia ni viceversa. Pero para Jablanka la literatura es una vía poderosa para ganarse al lector, conmoverlo y

¹¹ W.H. Walsh, “Truth and Fact in History Reconsidered”, *History and Theory*, t. 16 (1977), pp. 53-71.

¹² El autor, además, señaló: “El historiador crea al transmitir su energía a los hombres de los siglos pasados. Ese don de la vida es otro nombre de la creación literaria”. La división estricta entre hechos (historia) y ficción (literatura) es engañosa. La reconfiguración histórica ofrece, también, descubrimientos cognitivos. Véase Ivan Jablanka, *La historia es una literatura contemporánea: Manifiesto por las ciencias sociales*, trad. H. Pons, Buenos Aires, FCE, 2016, p. 68. Sobre la génesis y la creación literaria también escribió George Steiner en *Gramáticas de la creación*, trads. A. Alonso y C. Galán Rodríguez, Madrid, Siruela, 2001.

atraparlo, y las ciencias sociales deben reconciliarse con la escritura, regocijarse de su potencial, aceptar lo que ella tiene para ofrecer.¹³

El historiador contemporáneo, revestido con métodos y confianza, se negaría a llamar a su investigación una obra literaria; saltaría si dijéramos que escribe novelas, pues entendería que lo hemos llamado mentiroso o falto de rigor. Notarán que yo pienso como Jablanka. Pocas veces me tomé la libertad de incursionar en el texto y narrar con toda la intención de la palabra; confío que esas líneas, quizá más que su alternativa, ofrecen un acercamiento sensible a mi objeto de estudio.

El trabajo de archivo

Entablé contacto con el Archivo General de Nuevo León, el Archivo Histórico del Municipio de San Nicolás de los Garza, el Acervo de FEMSA, el Archivo Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, y el Centro Eugenio Garza Sada. El personal de los archivos bromeó conmigo sobre “las historias de terror” que había escuchado de los primeros historiadores que ordenaron, hace ya décadas, los acervos del estado: los jóvenes se horrorizaron al descubrir las torres de papeles en los cuartos de limpieza, entre trapeadores y detergentes, o en clósets de utilería.

Desde el Archivo Municipal de San Nicolás, un hombre me informó por teléfono que sería complicado encontrar información, pues “las cajas no están clasificadas, la administración anterior dejó un borlote”. Me pidió unos días para averiguar si había documentos sobre la Colonia y no volví a saber de él.

Fui al Archivo General de Nuevo León para consultar *Trabajo y Ahorro*, el boletín semanal de SCYF que comenzó a imprimirse en 1919, y en cuyas páginas hay noticias de la Cuauhtémoc. El archivo se encuentra en el Parque Fundidora, en las antiguas oficinas generales de la compañía. El edificio de ladrillos está empotrado entre árboles y maleza, frente a un reloj de sol. Lo visité un día de julio. La recepción estaba vacía con la excepción de un solitario ventilador que aventaba aire caliente. A los diez minutos, un vigilante salió con pasos pesados. Me pidió que anotara mi nombre con pluma azul en una libreta Scribe. El interior, un salón grande con mesas metálicas y escritorios acomodados en herradura. Hacía calor. Un par de muchachas reían, juntas, detrás de una pared de tabla roca. Imaginé que hacían su servicio social. Una mujer abandonó su

¹³ Para seguir pensando sobre historia, literatura y la memoria, está el magnífico ensayo de Mauricio Tenorio Trillo, “Poetry and History”, en su libro *Clio's Laws: On History and Language*, trad. Mary Ellen Fieweger, Texas, University Press, 2019.

escritorio, donde estaba refugiada detrás de otro ventilador, y me atendió apresurada, con el ceño fruncido. Hizo dos llamadas por teléfono y me dijo que no tenían los ejemplares físicos. Regresó a su lugar y tecleó en la máquina. Las versiones digitales estaban guardadas en un software caduco, de 2000, y no pudo abrirlas. Me mostró las líneas de código verde en la pantalla a modo de prueba.

Las fuentes escritas que estudié están bajo la custodia de archivos privados: los de FEMSA, SCYF y las Misioneras Clarisas.

En el Centro Eugenio Garza Sada me redirigieron al acervo FEMSA con una explicación sencilla: “Allá está todo lo de proyectos sociales”.

En el acervo FEMSA encontré los documentos clave sobre la planeación de la Colonia: los anteproyectos, planos y recibos, la correspondencia del ingeniero Raúl Rangel Sada y el arquitecto Ricardo Guajardo. Las cajas están ordenadas en un cuarto helado, con la temperatura adecuada para su conservación. El esfuerzo de recopilación y clasificación es reciente. Roberto Lara, el historiador a cargo desde 2011, me comentó que han recurrido a plataformas de venta en línea, como Mercado Libre, para recuperar artefactos de valor histórico para la Empresa, medallas y trofeos.

En el acervo SCYF encontré la colección original completa de *Trabajo y Ahorro*. El archivo estaba cerrado por la cuarentena. Después de intercambiar un par de correos, una trabajadora me digitalizó alrededor de veinte números. Gracias a esa consulta, y a su amabilidad, pude incluirlos en la investigación.

En 2013 las Misioneras Clarisas teclearon los documentos históricos que tienen en el Convento, pensando que cada año perdían más legibilidad. Su objetivo era “saber las raíces de su obra, agradecer a Dios por las hermanas que las precedieron [...] y seguir con fidelidad el espíritu de la Congregación ante los nuevos retos que los tiempos exigen así como el trato con la Empresa”. En abril de 2020, una hermana de la congregación me compartió los archivos por correo electrónico, ahora con la forma de un extenso documento de Word. Entre las páginas encontré cartas de la madre fundadora y Garza Sada, itinerarios, reseñas históricas y diarios de eventos cívicos. La historia de la educación femenina en la Cuauhtémoc tiene buen registro.

En archivos familiares consulté documentos personales: las escrituras de las casas, credenciales de las sociedades, recetas médicas y fotografías que me permitieron confrontar los documentos oficiales y los de un trabajador cualquiera.

La tradición oral

Otro tema es el de la tradición oral, al que vale la pena adentrarse con cuidado. En su carácter más lejano, la tradición oral se basa en los rumores, relatos, cantos y proverbios de autores cuyos dichos pasaron de generación en generación.¹⁴ Aunque es más confiable, el testimonio oral directo puede ser mentiroso o incurrir en el error accidental; todavía con buenas intenciones, los testigos pueden fallar en sus observaciones, confundirse, perder noción de la realidad, exagerar o dramatizar afectados por su sentimentalismo. De aquellos tropiezos hermenéuticos nos rescata, en teoría, la conversación rica y la multiplicidad de testigos, pues la confrontación de testimonios alerta de la presencia de afirmaciones raras, las que no encajan con lugares comunes. Descartar testimonios es deber del investigador.¹⁵

Como escribí ya, los testimonios que recojo no sólo son valiosos por recrear décadas anteriores, sino por su carácter innegable de recuerdos presentes. El beneficio de historiar un periodo reciente es que la tradición oral es directa o de “mecha corta”: la gente me cuenta lo que presenció o repite lo que memorizó de sus padres.

Conocer la identidad de los testigos les otorga credibilidad. Carmen, una mujer que comenzó a trabajar en un restaurante de la Colonia en 2011, se refirió a las historias que escucha de boca de los comensales con ilustrativa precisión y después aclaró: “A mí no me tocó esa época. Pero me toca disfrutar las vivencias que otros me platican, así que un poco, sí”. Lorena, vecina de la segunda generación, me contó anécdotas de años que no vivió y luego me dijo: “Me fascinaba escuchar a mi mamá. Parecía que estabas viendo películas de Pedro Infante. ¡Mucho sufrimiento! Mucha vida. Muchas costumbres sufridas”.

Las palabras no dicen tanto del pasado como de *la percepción* que de él se tiene. Apuntó Pilar Gonzalbo: “Lo que tenemos como fuentes son representaciones, ya sean del pasado o del presente cercano, con las que tejemos nuestras propias representaciones”.¹⁶ En contraste a las fuentes escritas, que encontré en archivos de la Empresa y que consisten en una alegre y despreocupada

¹⁴ Jan Vansina, *La tradición oral*, trad. M. María Llongueras, Barcelona, Labor, 4.^a ed., 1968, pp. 14-15.

¹⁵ Sobre la credibilidad y la verificación de testimonios, véase: Luis González, “Proceso a las respuestas de la fuente”, en su libro *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 2.^a ed., 1988, pp. 115-133.

¹⁶ Pilar Gonzalbo Aizpuru, “De fuentes y manantiales”, en su libro *Hablando de historia: lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México, El Colegio de México, 2019, p. 71.

autopromoción, las fuentes orales me permitieron adentrarme a la Colonia desde otra perspectiva, no hegemónica, de su historia.¹⁷

A la hora de interpretar, como insistió Alessandro Portelli, en los testimonios importa la oralidad: la forma, el tono en el que se dicen las cosas y no sólo el qué se dice. Las emociones, los rasgos expresivos del relato y la entonación son imprescindibles para interpretar la palabra hablada.¹⁸ En *Apegos feroces*, el personaje de la madre tiene el don de adivinar, correctamente, las voces humanas que escucha desde la ventana de su cocina, y siembra en la hija una admiración por su agudeza:

Aunque mi madre nunca parecía prestar atención a lo que ocurría en el callejón, no se le escapaba una. Sus incesantes comentarios sobre la vida al otro lado de la ventana me permitieron degustar por primera vez los frutos de la inteligencia: sabía cómo convertir el cotilleo en información. Oía una voz elevarse y decía: “Esta mañana discutió con el marido”. O bajar una nota, y entonces era que “se le ha puesto el niño malo”. O interceptaba un diálogo a toda prisa y a partir de él diagnosticaba el enfriamiento de una amistad.¹⁹

Fue lamentable perderme del lenguaje corporal y las expresiones faciales de mis entrevistados. De cualquier modo, me tomé la libertad de agregar breves notas entre corchetes, en las citas, para señalar tono o cadencia cuando era pertinente.

La composición

La historia de la Colonia Cuauhtémoc comienza en 1957, con el establecimiento de la primera docena de casas en San Nicolás de los Garza, Nuevo León. Pero es necesario recorrer los inicios de Cervecería Cuauhtémoc para entender el proyecto y el momento histórico en el que se incrustó. Así abro la investigación. Mis cortes de tiempo son largos y se orientan en los grandes acontecimientos de la historia económica de la Empresa. En la Cuauhtémoc no significa nada hablar de sexenios, gobernadores ni alcaldes. Las personas recurren, en cambio, a hechos históricos específicos, a la historia familiar, a breves crisis económicas. La divisón en tres

¹⁷ Graciela de Garay, “El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, México, El Colegio de México, 2019, pp. 19-45.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Vivian Gornick, *Apegos feroces*, trad. Daniel Ramos Sánchez, México, Sexto Piso, p. 24.

capítulos es congruente con su recuento de la historia: cuando llegamos, cuando todo empezó a cambiar, hoy. Sin duda hay procesos políticos y macroeconómicos que afectaron el destino de la población. A ellos hago referencia mientras reconozco lo que salió a colación en las entrevistas.

En la segunda parte, “Imagen de la Cuauhtémoc”, reconstruyo los primeros años de la Colonia con base en las fuentes primarias y los testimonios orales. Recorro los ejes en los que se ordenaba la vida cotidiana: el espacio, la gente, el trabajo y el orden, la educación, los juegos. Aquí se vislumbra el espíritu de la población, su visión del mundo y la noción de lo que fue la Colonia en sus años dorados.

En la tercera parte, “Las puertas cerradas”, me pregunto cómo se relaciona la idílica Colonia con la historia local, regional y nacional. Esbozo un contraste importante al origen de la Cuauhtémoc, el movimiento Tierra y Libertad, para argumentar la excepcionalidad de la primera. Relato el asesinato de Garza Sada, la ruptura de Grupo Monterrey y su división en Alfa y FEMSA; en consecuencia, en la Cuauhtémoc se erigió la sede de la sociedad que rivalizó con SCYF, Nova. Hacia el final del capítulo describo cómo impactó a la Cuauhtémoc la compra de Hylsa por parte del grupo italo-argentino Techint, en 2005, y la reformulación del trabajo obrero.

En la última parte, “Buenas vecinas”, ensayo dos temas actuales de la Cuauhtémoc. En el primer apartado me concentro en la percepción de la Colonia como un espacio inseguro, y cómo el temor de los vecinos ha reforzado su propia distinción social. En el segundo describo cómo se experimentó la vejez en una cuadra del tercer sector y las implicaciones que esto tiene para el proyecto de la Colonia Cuauhtémoc, en particular, y el proyecto empresarial, en general.

Historias de bronce

Basta pasar un día de lectura en la biblioteca, amurallada por pilas de libros sobre historia de Nuevo León, para distinguir las ideas y narrativas predilectas en torno a los orígenes de la industria.

- 1) El clima árido y seco, y la rudeza de las planicies, engendraron el espíritu trabajador de los regiomontanos. En contraste a los estado sureños, donde la gente puede echarse bajo la sombra de los árboles, extender el brazo y arrancar un fruto maduro, los regios debieron ganarse la vida con inteligencia, apremiados por el hambre y la sed. 2) La economía despegó por la generosa exención de impuestos y las leyes de protección que impulsó el general

Bernardo Reyes en 1889 a empresas “de utilidad pública”.²⁰ La mano firme de Reyes y su armónica relación con Porfirio Díaz convirtieron al gobernador en “el árbitro de los destinos de Nuevo León”.²¹ 3) En menor medida, los cruces fronterizos, la construcción del ferrocarril y la apertura de puertos como el de Matamoros, a inicios del siglo XIX, y la guerra civil de Estados Unidos, dieron importancia comercial a la ciudad de Monterrey.

La bibliografía coincide en un punto esencial: el Nuevo León “moderno” nació en la última década del siglo XIX, con la industrialización. La composición de los textos se asienta sobre una transición de fácil remembranza: nacimiento, despegue, consolidación. La historia del estado es la historia de la industria. Los empresarios inauguraron la senda hacia “el progreso”, perfilaron una variable de la ideología liberal en la que confiaba el general Reyes. Qué seductor le resultaba el andar hacia adelante, de manera lineal, ininterrumpida y perfecta.²² Este abrupto y decisivo corte temporal en el trabajo histórico, influido, sin duda, por una fuerte noción del presente, me hace pensar que Nuevo León rivaliza abiertamente con la historia nacional. Ya empresarios, ya trabajadores, los regiomontanos compartieron un compromiso *patriótico* con el progreso industrial que les había beneficiado.²³ Desde luego, esta narrativa inspira sentimientos sospechosos de identidad, pertenencia y lealtad. Y es muy sugerente que el discurso no nació en el seno de un movimiento político, ni de las nuevas formas de gobernar.

Es verdad; para los regiomontanos, la industria fue el organizador social por excelencia desde los albores del siglo XX. Los conglomerados reclutaron a miles de trabajadores, y aquéllos vivieron con ciertos horarios, en ciertas viviendas, utilizando ciertos medios de transporte. La vida de las familias se ordenó alrededor del trabajo paterno. En los casos más emblemáticos, los de Cervecería Cuauhtémoc y la Fundidora de Monterrey, las empresas fundaron sociedades y definieron también la alimentación, educación y religión, los juegos y el deporte de la población. Es, pues, impensable restar importancia a la industria en la historia de Nuevo León. Pero sí es

²⁰ Óscar Flores Torres, *Monterrey industrial 1890-2000*, UDEM, Monterrey, 2000, pp. 15-17.

²¹ Isidro Vizcaya Canales, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey: Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, ITESM y Fondo Editorial Nuevo León, 1969, p. 79.

²² En sus memorias, Alfonso Reyes describe bien las ideas de su padre. Véase: Alfonso Reyes, “Charlas de la siesta”, en *Parentalia: Primer libro de recuerdos*, México, Tezontle, 1958, pp. 65-70.

²³ Michael Snodgrass, *Deference and Defiance in Monterrey: Workers, Paternalism, and Revolution in Mexico, 1890-1950*, Cambridge, University Press, 2003, p. 9.

necesario complejizar los hechos sociales, y, sobre todo, evadir el argumento causal, la presunción de que en el estado hubo un proyecto lógico y predestinado. Esa lectura se encuentra en las biografías panfletarias de los “grandes hombres” de Nuevo León, también en los artículos académicos y libros de historia que repiten la historia hegemónica que promueven las empresas.

Cervecería Cuauhtémoc

Veamos un ejemplo de historia de bronce. La historia de la Colonia Cuauhtémoc se remonta, por supuesto, a la Cervecería. Y “conocer la historia de la Cervecería Cuauhtémoc implica rememorar al tridente que la visualizó y ejecutó”²⁴. En la literatura bastan tres nombres, José Calderón Penilla, Isaac Garza y José A. Muguerza, para resumir los orígenes de Grupo Monterrey. Se omite el nombre de José María Schneider, estadounidense-alemán, heredero de la Cervecería Schneider. En 1886, José Calderón viajó a San Luis Missouri acompañado de Isaac Garza, y allí observó las técnicas de fermentación del maestro Schneider. Los hombres acordaron que Calderón distribuiría la cerveza en el norte del país mediante Casa Calderón, entonces una de las casas comerciales más importantes en Monterrey, y que Schneider colaboraría en la creación de la nueva fábrica cervecera, El León. Aunque hoy se considera como el antecedente directo de Cervecería Cuauhtémoc, El León no logró superar la producción casera y a pequeña escala de la bebida alcohólica. Después de la repentina muerte de Calderón en 1889 por un aneurisma, su viuda, Francisca Muguerza, insistió en proseguir con el último proyecto del difunto: preparar cerveza en grandes cantidades.

El 16 de diciembre de 1890, Isaac Garza y Schneider solicitaron al gobierno del estado la concesión para establecer una tal Fábrica de Cerveza y Hielo Cuauhtémoc. Schneider supervisó la preparación de cerveza hasta 1895, cuando los fundadores compraron su parte de la empresa.²⁵ La elección cuidadosa del nombre, Cuauhtémoc, y la imagen del indio que adornó las botellas de vidrio disimularon la presencia extranjera en la historia de la compañía. “La idea de fundar la Cervecería surgió de la mente de unos cuantos hombres que tenían que enfrentarse a una geografía hostil y cuyas únicas armas para allanar las dificultades eran su firme voluntad, tenacidad y trabajo”.²⁶ Así se relata la historia en los boletines emitidos por la Empresa, *El*

²⁴ Eduardo Cázares Puente, “La Cervecería Cuauhtémoc y la industrialización del noreste mexicano”, *Ciencia UANL*, 2014, núm. 69, pp. 18-19.

²⁵ M. Snodgrass, *op. cit.*, p. 15.

²⁶ “Cincuenta años de noble y facunda labor”, *El Abanderado*, núm. 229, marzo y abril de 1968.

Abanderado y Trabajo y Ahorro. Vale hacer el breve apunte: Isaac Garza fue hijo de Juan de la Garza Martínez, alcalde de la ciudad de Monterrey, y de Manuela Garza de Garza, dueña de los terrenos de la colonia del Obispado. Su matrimonio con la hermana de José A. Muguerza, empresario fundador de la Cervecería, afianzó los lazos del negocio. No se trató, pues, de un conjunto de coincidencias.

La Cervecería Cuauhtémoc arrancó la producción con ritmo y éxito impresionantes. El 21 de diciembre de 1898 se organizó un baile en Casino Monterrey en honor a Porfirio Díaz, durante su única visita oficial a la ciudad. Oficiaron la ceremonia Adolfo Zambrano, presidente municipal, y Francisco G. Sada, gerente de Cervecería Cuauhtémoc y cuñado de Isaac Garza Sada. Apenas una década después de su fundación, Cervecería Cuauhtémoc se había convertido en la compañía cervecera más importante del país.²⁷ Supuestamente, en aquel baile Díaz habría exclamado a Bernardo Reyes: “¡Así se gobierna, general Reyes!”²⁸

El éxito comercial de la Empresa ocasionó la apertura de las subsidiarias. En 1903 se estableció la fábrica de corcholatas (Fábricas Monterrey S. A.). En 1909, la fábrica de vidrio (Vidriera Monterrey S. A.). En 1926, la fábrica de cartón (Empaques de Cartón Titán S. A.). En 1936, la producción de materias primas (Malta, S. A.). Estados Unidos dejó de proveer a las empresas de lámina con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Por ello los empresarios constituyeron Hojalata y Lámina (Hylsa) en 1942.²⁹ En 1943 se fundó el Institución Tecnológico de Monterrey (ITESM) para satisfacer la necesidad de profesionales técnicos. Dos años después, la Empresa incursionó en la industria química para proveer a la Vidriera.

La narrativa de Cervecería Cuauhtémoc avanzó con rapidez. Isaac Garza y Francisco G. Sada arreglaron matrimonios internos entre sus familias.³⁰ Así el grupo continuó siendo compacto. Cervecería Cuauhtémoc e Hylsa pasaron a manos de Eugenio Garza Sada, hijo de Isaac Garza; y los grupos químicos y vidrieros estuvieron a cargo de Roberto G. Sada, hijo de Francisco G. Sada. Un siglo después, las empresas seguían bajo el mando de los descendientes de los fundadores de Cervecería Cuauhtémoc. Hoy, esas empresas son dos conglomerados multinacionales: FEMSA y Vitro. Después del asesinato de Garza Sada, en 1973, las luchas

²⁷ Óscar Flores Torres, *op. cit.*, p. 18.

²⁸ Edgardo Reyes Salcido, *Don Isaac Garza*, México, Fondo Editorial Nuevo León, 2010, pp. 31-32.

²⁹ Miguel Basáñez, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, México, Siglo XXI, 1990, p. 103.

³⁰ *Ibid.*

internas y los conflictos familiares afectaron la organización de las empresas y la vida diaria de sus trabajadores. Pero hablaré de eso más adelante.

Sociedad Cuauhtémoc y Famosa

En su crónica regiomontana, Salvador Novo insistió en el carácter apacible, generoso y amable de Luis G. Sada. En 1906, su padre lo había enviado a Chicago para aprender los aspectos técnicos de la fabricación de cerveza. Por su experiencia, Sada estaba convencido de que “todo trabajador es un colaborador esencial [...] de ninguna manera un instrumento infrahumano de las empresas o una mercancía más”. A la divertida y sospechosa afirmación, que aparece entrecorrida en la crónica de Novo, le sigue un recuento de la fundación de la Sociedad Cooperativa Cuauhtémoc en 1918, después Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (SCYF).³¹ Ocurría justo después del fin de la Revolución mexicana. El objetivo textual de SCYF era otorgar beneficios sociales a la familia del trabajador, promover su desarrollo individual e intelectual. “Al procurar empeñosa, tenazmente, la fundación de la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, don Luis G. Sada pensaba en la seguridad de los trabajadores y sus familias”, escribió Novo.³² El cronista, a quien alguna vez Luis González llamó “microhistoriador”³³, delineó una publicidad perfecta del proyecto empresarial.

El contraste más importante a la crónica se encuentra en el libro de Michael Snodgrass, editado por la Universidad de Cambridge, *Work and Deference*.³⁴ Con un exhaustivo trabajo de archivo y entrevistas riquísimas, Snodgrass saca a relucir otra cara de Cervecería. El autor asegura que “el paternalismo fue una respuesta a los temores por la organización de los obreros y la

³¹ Salvador Novo, *Crónica regiomontana: Breve historia de un gran esfuerzo*, Cervecería Cuauhtémoc, pp. 24-25 (panfleto).

³² *Ibid.*

³³ “Es innegable que la mayoría de nosotros comenzó en la provincia, en mala hora y en el seno de una familia decente. Es innegable que la capital no prohíbe que nazcan en ella buenos microhistoriadores, y para muestra con el botón de Salvador Novo basta y sobra”, Luis González, *op. cit.*, *Todo es historia*, p. 239.

³⁴ “La gestión patronal paternalista tiene eco en la existencia de una clase de trabajadores *deferentes*. La deferencia es considerada aquí como característica de una forma de interacción social propia de situaciones que implican una autoridad tradicional en la que los grupos dominados admiten tanto la dominación ejercida por los dominadores como su propio lugar de subordinados”. Véase Lylia Palacios y Annie Lamanthe, “Paternalismo y control: pasado y presente en la cultura laboral en Monterrey” en Lylia Palacios *et al.*, (coord.), *Cuando Monterrey enfrenta la globalización: Permanencias y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, Monterrey, UANL *et al.*, 2010, p. 324.

regulación gubernamental”³⁵. Además, señala que, durante la Revolución mexicana, Luis G. Sada y otros miembros de la élite local estudiaron ingeniería y negocios en la Universidad de Michigan y el MIT. Fue en Estados Unidos donde se gestaron las primeras ideas para manejar la Empresa.³⁶ Y recuerda: a mediados de la década de 1910, los directores de Cervecería prometieron subir los salarios por lo menos 50%, pero no lo concretaron; los trabajadores protestaron, ellos amenazaron con cerrar la fábrica. El presidente Carranza ordenó a las autoridades locales tomar la fábrica, y, dos días después, la compañía accedió a regañadientes a la demanda general. En 1917 se organizó la Unión Libre de Trabajadores Cuauhtémoc. La compañía despidió a los líderes en automático. Meses después, Luis G. Sada se reunió con trabajadores veteranos de la Empresa y juntos fundaron la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa. ¡Otra historia de génesis!

Snodgrass reconoce que hubo otro intento de sindicato después de la fundación de SCYF. En mayo de 1924, antes siquiera de que la unión exigiera reconocimiento de la compañía, ésta emprendió ataques de hostilidad, espionaje y persecución contra sus miembros. La policía arrestó a los líderes bajo cargos de robo de cerveza y la empresa despidió a más de cuarenta trabajadores en las semanas siguientes. Los despidos provocaron la única huelga grabada en la historia de Cervecería. Después del conflicto, la compañía hizo obligatoria, sin excepciones, la membresía a SCYF.³⁷

Durante el régimen de Carranza fue obvia la confrontación entre el gobierno federal, que buscaba mejores condiciones laborales para los trabajadores, y la Empresa. Entre 1936 y 1941, Cervecería concentró casi 70% de todas las demandas laborales que había recibido hasta inicios del siglo XXI.

En 1921 la Sociedad había fundado su propia revista, *Trabajo y Ahorro*, con el vigente lema “Promover el amor por el trabajo y fomentar el ahorro”. Se trató de la segunda revista más antigua de Iberoamérica. Aquí se anunciaban noticias de eventos sociales en los que participaba el personal de las fábricas: bodas y bautizos; juegos deportivos; fiestas. El boletín incluía una bonita sección de narrativa, poesía, textos humorísticos, versos de interés para damas sobre belleza, la limpieza y el orden del hogar, y un crucigrama. La Sociedad promovió una cultura entre los trabajadores, quienes pronto gozaron de emocionantes beneficios como cerveza,

³⁵ Snodgrass, *op. cit.*, p. 58. La traducción es mía.

³⁶ Snodgrass, *op. cit.*, pp. 56-58.

³⁷ Snodgrass, *op. cit.*, p. 43.

despensa con subsidio, atención médica y, el más importante: acceso a viviendas dignas a precios costeables.

“No es una utopía”: Todos con Casa Habitación Propia

“La primera necesidad de un joven que rompe con su familia o de un emigrante que llega a la ciudad, ya proceda del medio rural, o ya sea extranjero, es hospedarse en algún lugar, tener, si no una habitación propia, al menos una cama en cualquier parte”.³⁸ A inicios del siglo XX, con el auge industrial y el aumento en el flujo migratorio proveniente de otros estados, se transformó el orden espacial de Monterrey. El Decreto de los Bienes Vacantes, promulgado el 1 de septiembre de 1890, permitía, por medio de un sistema de “denuncias”, la compra de propiedades públicas o privadas que estuvieran abandonadas. Mediante esta flexible política territorial, los empresarios adquirieron tierras para sus industrias y diseñaron áreas de vivienda para sus trabajadores.³⁹ Entre 1895 y 1908, Bernardo Reyes dirigió la construcción del Palacio de Gobierno del estado de Nuevo León. El gobierno contrató a cinceladores potosinos. Los artesanos se asentaron en el margen sur del río Santa Catarina, en las faldas del Cerro de la Loma Larga. Allí se fundó el barrio de San Luisito, hoy conocido como la colonia Independencia.⁴⁰ La Congregación de la Fama y la Fundidora Monterrey también atraieron obreros a sus colonias aledañas, y aquéllos son los primeros antecedentes de las colonias obreras regiomontanas. Así se invirtió la proporción rural-urbana del estado, con más de la mitad de su población cerca de la capital.⁴¹

La fábrica de Cervecería se ubicó fuera de la zona urbana, en un espacio prácticamente despoblado.⁴² A su alrededor se trazaron barrios obreros, entre las actuales calles Adolfo Ruiz Cortines, Vicente Guerrero, Colón y Bernardo Reyes. Una de las primeras colonias obreras, Bella Vista, se estableció desde 1908; sin embargo, sus calles estaban en mal estado, no había servicios

³⁸ Michelle Perrot, “Habitaciones obreras” en su libro *Historia de las alcobas*, trad. Ernesto Junquera, México, FCE, 2011, pp. 209-210.

³⁹ Carlos Estuardo Aparicio Moreno *et al.*, “La segregación socio-espacial en Monterrey a lo largo de su proceso de metropolización”, *Región y sociedad*, núm. 52, 2011, p.173-207.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Israel Cavazos Garza e Isabel Ortega Ridaaura, *op. cit.*, p. 222.

⁴² César Salinas, “El anhelo de un hogar: El programa de vivienda”, en *El libro de oro de SCYF*, Monterrey, FEMSA, 2019, pp. 150-151.

públicos, plazas ni escuelas. Le siguieron la colonia Acero, cerca de la Fundidora, en 1911; la Industrial en 1912; y la colonia Larralde en 1924.

Desde su fundación, la Cervecería hospedó trabajadores en el interior de la fábrica.⁴³ La prioridad era que el personal viviera cerca de las empresas para ir y venir con rapidez, sin gastar en transporte.⁴⁴ La Empresa otorgó préstamos para que los trabajadores rentaran casas de las colonias Bella Vista, Industrial, Larralde e Hidalgo. En 1908 comenzó a comprar casas prefabricadas para venderlas en la tienda de SCYF a precios subsidiados, a crédito sin intereses: unidades de madera, portátiles y económicas. Sus ocupantes, ante la incapacidad de adquirir una vivienda, se instalaron en las colonias cercanas a la fábrica. Las casas portátiles no serían, sin embargo, una solución a largo plazo, pues no contaban con las mínimas medidas de higiene.

El establecimiento de las casas aumentó el valor de las viviendas en las colonias cercanas a la fábrica. Esto fue un golpe duro en la década de 1920, cuando la mayoría de los trabajadores vivía en casas rentadas, con pisos de tierra, techos débiles y paredes por donde se colaba el aire.⁴⁵ Por fin, Cervecería creó una comisión de terrenos y casas con el objetivo de “hacer de cada obrero un propietario”. Los empresarios compraron un terreno al noreste de la fábrica, propiedad del gobierno federal, y en 1926 iniciaron los proyectos de urbanización de lo que sería la primera Colonia Cuauhtémoc, de poco más de 20 mil metros cuadrados, cuyas casas se podrían adquirir mediante mensualidades o de contado. En 1925, apareció en la revista *Trabajo y Ahorro* un aviso entusiasta y prometedor para promocionar la primera Colonia Cuauhtémoc:

SERVICIO DE TERRENOS Y CASAS

Este servicio, aún cuando no se ha instalado definitivamente, tiene un amplio campo de acción, pues se han conseguido muchas cosas sobre el particular. Una de ellas, las más importante quizá, es la adquisición de un terreno de regulares dimensiones, donde se instalará la Colonia Cuauhtémoc, dotada de toda clase de comodidades para las familias y los niños. En esta Colonia, todos tenemos señalado nuestro lugarcito y seremos dueños del terreno viviendo siempre rodeados de comodidades y al mismo tiempo de manos amigas, las de nuestros compañeros, que siempre estarán listos para aplaudir buenas acciones como para brindarnos una amistad franca. La Colonia Cuauhtémoc no es una

⁴³ César Salinas, *op. cit.*, pp. 149-150.

⁴⁴ César Salinas, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁵ César Salinas, *op. cit.*, p. 156.

utopía, es una realidad, es el esfuerzo de muchos que se cristalizará y brillará en favor de todos en muy breve tiempo.⁴⁶

La primera casa se ocupó en 1927. Los trabajadores, acostumbrados a vivir en tejabanos y casas portátiles, conocieron casas propias, higiénicas y con servicios. Aunque la vecindad con trabajadores ya era común en las colonias Bella Vista y Larralde, en la primera Cuauhtémoc sólo había trabajadores de Cervecería. Para mediados de 1931, la mitad de los trabajadores eran dueños de un terreno; 20% lo había pagado con sus ahorros, y el resto había recurrido a un préstamo.⁴⁷

En 1936, la primera Colonia Cuauhtémoc estaba repleta. Cervecería vendió un terreno al noreste de la fábrica a SCYF, y allí se trazó la colonia Las Encinas. Su concepto fue diferente: las casas, llamadas granjas-hogar, tenían espacios amplios para cultivar y criar animales. Según César Salinas, la intención era que la tierra garantizara el sustento de las familias en caso de un desabasto alimenticio. Y los trabajadores, provenientes del campo, estaban familiarizados con la agricultura y la ganadería, y sabrían sacarle provecho.⁴⁸ En la década de 1930 se duplicó la cantidad de trabajadores que vivían en las casa subsidiadas por la Cervecería.⁴⁹

En 1941 inició el primer programa formal de vivienda, Todos con su Casa Habitación Propia.⁵⁰ La lógica empresarial seguía siendo ubicar a los trabajadores en las inmediaciones de la fábrica, donde se fraccionaron más terrenos y se anexaron a las colonias Bella Vista y Larralde. Pero las casas se construyeron con materiales más resistentes, paredes de barroblock y techos de concreto. Además, ya contaban con servicios como agua, luz eléctrica, gas y drenaje. En 1946, los vecinos de la primera Colonia Cuauhtémoc fueron reubicados a las colonias Regina, Chapultepec, Las Mitras y Unidad Modelo, y los terrenos de la Colonia se convirtieron en el Parque Cuauhtémoc y Famosa. Los directivos anunciaron que estaban planeando la construcción de un mejor fraccionamiento que estaría a la altura de “las necesidades modernas” de los trabajadores y sus familias. El nuevo proyecto se llamaría, también, Colonia Cuauhtémoc, y sería la joya de la corona de las iniciativas para proporcionar hogares a los trabajadores.

⁴⁶ *Trabajo y Ahorro*, núm. 119, 1925.

⁴⁷ César Salinas, *op. cit.*, p. 158.

⁴⁸ César Salinas, *op. cit.*, p. 159.

⁴⁹ Snodgrass, *op. cit.*, p. 255.

⁵⁰ *Trabajo y Ahorro*, Edición Especial, 2008.

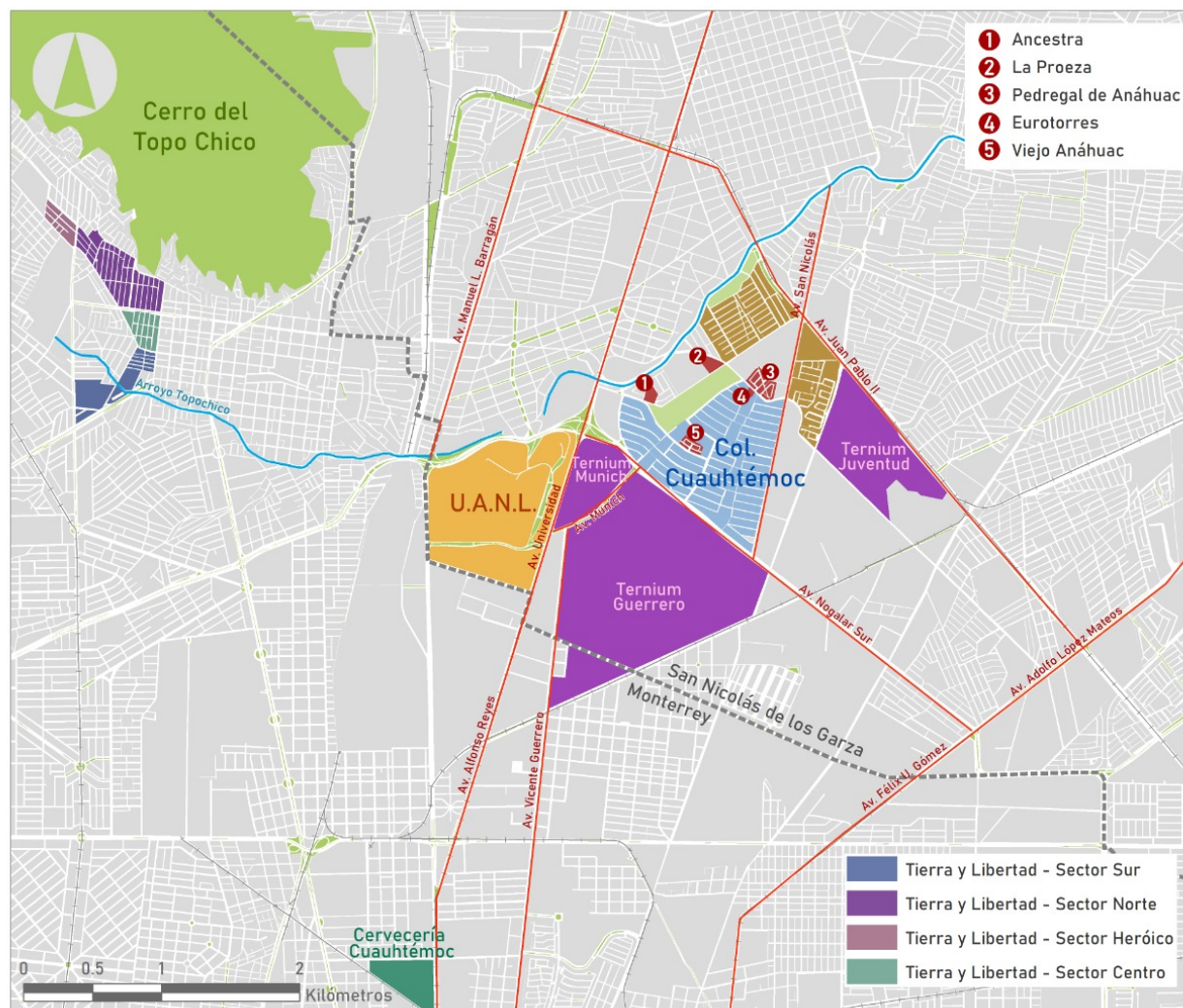
En 1950 Fundidora comenzó a planear su propio complejo residencial, tan ambicioso como el de Cervecería Cuauhtémoc: el Fraccionamiento Buenos Aires, en el margen sur del Río Santa Catarina. La colonia terminó de construirse dos décadas después.⁵¹ Los paralelismos entre ambos proyectos urbanos son notables. Las familias de Buenos Aires leían *Previ*, el suplemento quincenal, y, antes, *Noticias de Fundidora*, de frecuencia mensual. La Fundidora abrió escuelas donde se dictaban cátedras sobre los grandes hombres de la empresa y promovió el deporte entre los obreros. El tiempo se ordenó en torno a los silbatos de las fábricas; el espacio, en torno a los hornos. El antropólogo Pablo Landa Ruiloba escribió, con acierto: “En una época en la que el gobierno federal y sus instituciones envolvían por completo la vida de los mexicanos en muchas partes del país, en Monterrey miles vivían en un mundo cuya principal sede de poder era Fundidora”.⁵² Sin embargo, Fundidora no exhibía el mismo desdén por la autoridad del gobierno federal; dependía del gobierno, pues aquél era el principal consumidor de acero regiomontano. Fundidora tampoco obligó a los trabajadores a abandonar su derecho a organizarse de manera autónoma, ni a unirse a su sociedad. La Familia Acero debía suscribirse, voluntariamente, al sistema de beneficios que ofrecía la compañía.⁵³

⁵¹ Pablo Landa Ruiloba, “La ciudad que construyó Fundidora”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-ciudad-que-construyo-fundidora/>, consultado en noviembre de 2020.

⁵² *Ibid.*

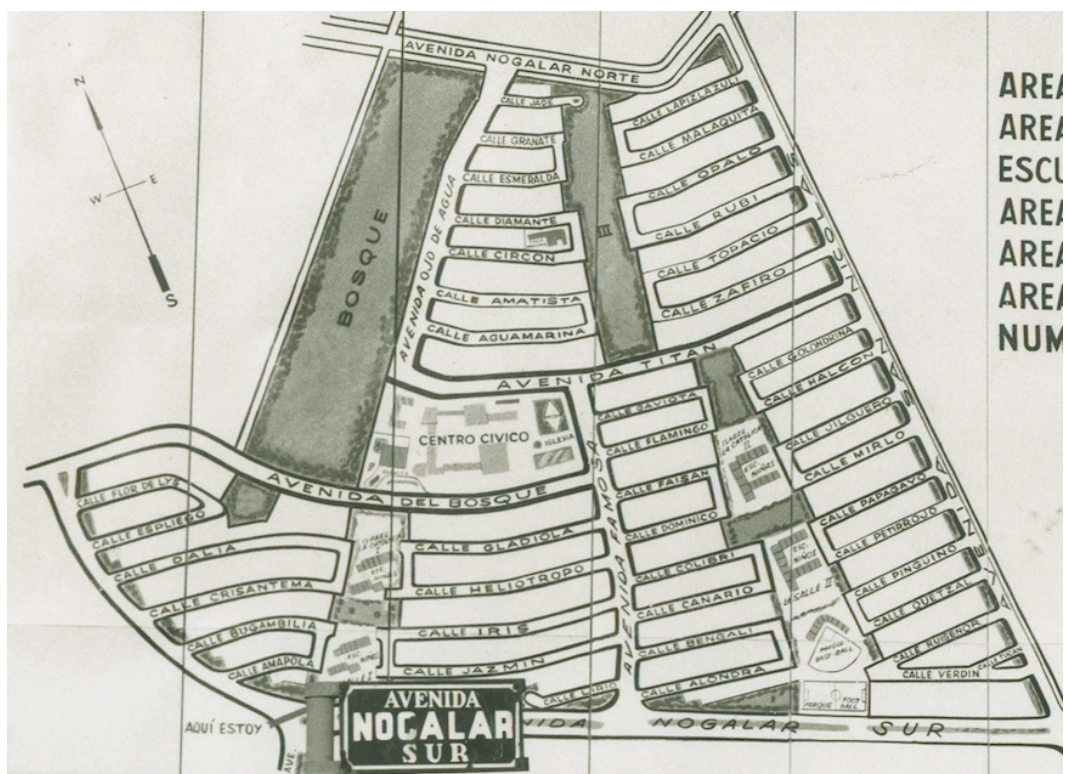
⁵³ Snodgrass, *op. cit.*, 85-90.

MAPA DE REFERENCIA



Mapa con referencia actual a la Colonia Cuauhtémoc, el campus de la UANL, la colonia Tierra y Libertad, tres plantas de Ternium y Cervecería Cuauhtémoc. En rojo: privadas y torres departamentales. En bronce: Potrero Anáhuac y Villa Las Puentes, colonias residenciales aledañas.

Elaboración: Diana Lucía Contreras.



Arriba: "Usted está aquí". Croquis original de la Cuauhtémoc, colgado en el parque de béisbol. Ca. 1959. Abajo: fotografía aérea de la Colonia en 1963.



IMAGEN DE LA CUAUHTÉMOC

El terreno era de noventa hectáreas y se encontraba en la villa de San Nicolás de los Garza, a cuatro kilómetros de Cervecería. Estaba aislado del barullo de la ciudad, sumergido en un hondo silencio. Colindaba con un bosque de árboles centenarios de follaje espeso y lo surcaba un ojo de agua.⁵⁴ El Cerro del Topo Chico se elevaba al poniente de la villa; sus aguas confluían con el ojo de la Colonia y el cauce corría poblado por truchas, carpas y sardinas. Los viajeros admiraban los resilientes mezquites, huizaches, nopales y granjenos que crecían en la tierra.⁵⁵ El área despoblada, y Monterrey, tan lejana y “chaparra”, permitía que la mirada se llenara de cielo y topara hasta el Cerro de la Silla, que circundaba la villa como un domo.

Por primera vez, la Empresa había apostado por moradas que no estuvieran contiguas a la fábrica, pero todavía en la línea de “vivir en familia” con los compañeros de trabajo. La bruta zona rural desanimó a muchos hombres y no fue inusual escuchar historias de quienes rechazaban la oportunidad de comprar una casa en la Colonia. Contrario a las expectativas de la Empresa, que esperaba una recepción entusiasta y jubilosa, los trabajadores rezongaron y creyeron que vivir en la Cuauhtémoc no sería el cambio espectacular que les prometían sus jefes.⁵⁶ Cuando llegamos no había nada, afirman los colonos del primer sector, orgullosos, porque ellos sí se atrevieron, se lanzaron a la aventura incierta.

⁵⁴ En el siglo XVII, aquel amplio terreno había sido un lugar de descanso para los caminantes que recorrían el Antiguo Camino a Santo Domingo con dirección a una de las haciendas que se establecieron durante la época del Nuevo Reino de León. Aunque la información del municipio admite la presencia, anterior, de personas indígenas, se les desdeñaba como “salvajes” y “proclives a las más desordenadas conductas”. Véase: Gobierno Municipal de San Nicolás, “Historia”, <https://www.sanicolas.gob.mx/san-nicolas-2/historia>, consultado en septiembre de 2020.

⁵⁵ La flora de San Nicolás de los Garza se concentra en las colonias Anáhuac, Chapultepec, Cuauhtémoc y Las Puentes. Véase: Plan Municipal de Desarrollo, San Nicolás de los Garza, N.L., 2015-2018.

⁵⁶ César Salinas, *op. cit.*, p. 165.

El encargado de trazar la obra fue Antonio Joannidis, profesor de la escuela de Arquitectura del Tecnológico de Monterrey. El anteproyecto estuvo listo en 1950. Se contemplaba la construcción de 1300 casas en un plazo a doce años, seis escuelas, una Clínica-hospital, una iglesia, un estadio de béisbol, un centro cívico y un cine. El objetivo de la Empresa era construir “una ciudad satélite que pueda vivir independientemente de la ciudad de Monterrey”⁵⁷; un espacio que satisficiera las necesidades básicas de los trabajadores y sus familias, y que además tuviera una brillante oferta educativa, religiosa, cultural. El sentido de pertenencia a la Empresa se afianzaría en las calles de la Colonia.

Los documentos de planeación, fechados de 1953 a 1956, describen el diseño de la Cuauhtémoc en tres sectores. Las calles evocan flores, pájaros y piedras preciosas: Crisantema, Dalia, Colibrí, Aguamarina, Ópalo. Cuatro avenidas atraviesan la Colonia: Famosa, Titán, Del Bosque y Ojo de Agua; las primeras son subsidiarias de Cervecería; las segundas, referencias al paisaje brusco. Se rumoró que las calles se habían trazado en forma de laberinto por instrucción de Eugenio Garza Sada, para limitar la velocidad de los escasos automóviles y proteger a los niños de la Colonia. El generoso crédito del diseño urbano al empresario, que nada tuvo que ver, es el primer indicio de las charlas que ocurren en sus calles, la percepción que de él se tiene.

En 1953, el arquitecto Héctor González Treviño inició el estudio de agua, drenaje y alumbrado de la colonia. En 1954, el ingeniero José Mijares Salinas celebró un contrato para diseñar la calzada de acceso a la Cuauhtémoc, desde la Carretera Nacional México-Laredo, hasta su actual entronque. Raúl Sada Rangel voló a la capital para “investigar los diferentes tipos de alumbrado, las casas para obreros que construía PROHASA, la urbanización de Balbuena; para intercambiar impresiones con la Sociedad de Arquitectos y regresar con ideas “modernas”.⁵⁸ Los anteproyectos que encontré en el acervo FEMSA no mencionan a Félix Candela ni a Enrique de la Mora y Palomar, quienes se encargaron de diseñar las casas y la parroquia San José Obrero.

El presidente Adolfo Ruiz Cortines inauguró la Colonia Cuauhtémoc el 5 de diciembre de 1957. Así “culminó una de las más grandes realizaciones de la obra social que realiza nuestra

⁵⁷ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1764, 1958. Un proyecto urbano de la década con aspiraciones similares fue Ciudad Satélite, en el Estado de México. La ciudad fue concebida por los arquitectos mexicanos Mario Pani y José Luis Cuevas en 1954 como una “ciudad fuera de la ciudad”, y fue uno de los proyectos del urbanismo mexicano más importantes y ambiciosos del siglo XX.

⁵⁸ “Asuntos Relacionados con la Colonia Cuauhtémoc que serán investigados en la Ciudad de México”, fecha desconocida, AHFEMSA.

Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, la que con el decidido apoyo de las Empresas que le han dado vida ha hecho realidad uno de los más acariciados anhelos de sus miembros: Todos con su Casa-Habitación Propia”.⁵⁹ La Cuauhtémoc, sin embargo, era todavía una promesa, pues la ceremonia había celebrado la ocupación de apenas 334 casas, las del primer sector.⁶⁰ A pesar de que la primera etapa del proyecto comprendía la plaza, la iglesia y los locales comerciales, los primeros habitantes llegaron un par de años antes de su apertura, cuando, en efecto, no había nada.⁶¹ Esta breve brecha fue suficiente para que germinara una sensación de distancia entre aquellos colonos y el resto. Los primeros tienen la certeza de “haber llegado primero” y ostentan sabiduría sobre sucesos que los demás desconocen; sus voces embargadas de placer describen el enorme terreno, vacío y peligroso. Por ejemplo, Beatriz, una vecina cuyos padres fueron vecinos del primer sector, recuerda historias que no puedo corroborar con los vecinos de otros sectores:

Mamá decía que cuando llegaron a la colonia eran contadas las casas, diez casitas apenas. Y eran casitas chiquitas, ¡pero con un terrenón...! No había bardas, era puro monte. Una vez se estrelló un avión, y duró un buen tiempo ahí tirado, los niños iban y esculcaban y sacaban periódicos viejos. También hubo un accidente muy fuerte cuando estaban construyendo la iglesia, se cayeron las estructuras y murió mucha gente; tuvieron que empezar a hacerla otra vez. Atrás de la iglesia era puro llano, puro monte... ésa es plática de personas del primer sector.

La vaga referencia del accidente aéreo devino en una leyenda popular que se extendió por la villa de San Nicolás, después de que se construyera la Clínica-hospital: que a bordo del avión iban un piloto, un niño y una enfermera, que ella salió violentamente decapitada del accidente; que por las noches su espectro, bañado por un halo de luz plata, se le aparece a los vigilantes de la Clínica Cuauhtémoc y Famosa. El rumor, ya vuelto leyenda, es un ejemplo de la poderosa tradición oral de la Colonia.

⁵⁹ *Trabajo y Aborro*, núm. 1751, p. 4.

⁶⁰ Previsión (sic) Social Grupo Industrial, “Correspondencia entre Lic. Mauricio Cuentas Fragozo y Raúl Sada Rangel, 18 de julio de 1954, AHFEMSA.

⁶¹ Previsión Social Grupo industrial, “Proposición para el centro de la Colonia Cuauhtémoc”, fecha desconocida, AHFEMSA.

Las casas

Los predios eran de más de trescientos metros cuadrados y las casas tenían apenas entre sesenta y ochenta de construcción.⁶² Los bosquejos del arquitecto Ricardo Guajardo evidencian las prioridades del diseño económico y sencillo, características de las viviendas de interés social: aprovechar el espacio al máximo y “eliminar cualquier pedazo inútil”.⁶³ En su propuesta, Guajardo desechó la salita como pieza independiente y la presentó, en cambio, como una estancia-dormitorio; también diseñó el baño de tal modo que pudieran usarlo dos personas al mismo tiempo. Pensar la sala como dormitorio potencial, como escribiré abajo, es significativo por las viviendas anteriores que habían conocido los colonos.

El arquitecto español Félix Candela se encargó del diseño y la construcción de las casas. En ellas se aprecia su marca inconfundible: el techo tiene forma de paraboloides invertido; es decir, un atrevido paraguas sostiene, por el centro, a la construcción entera. El curioso centro puntiagudo les mereció el apodo de “casas japonesas”. Descubrí el término en un libro de arquitectura, un estudio amplio sobre las obras de Candela. Hoy los vecinos no lo reconocen, y es muy posible que sólo los primeros colonos se hayan referido así a las casas durante la década de 1950.⁶⁴ Esto legitima su presunción de antigüedad y de haber sido los únicos testigos de la vida prematura que se desarrolló en la Colonia.

Se construyeron tres modelos de viviendas. En la Cuauhtémoc colindaron vecinos con variados ingresos económicos: obreros, mozos, ingenieros, oficinistas, directivos. Traspasemos el umbral de las casas para observar su interior:

Las casas constan de sala-comedor; dos, tres o cuatro recámaras orientadas al Este, provistas de roperías y amplias ventanas; higiénicos baños con lambrín de mosaico, con regadera, aparatos sanitarios y lavabos con botiquín, así como instalaciones de agua fría y caliente tanto en el baño como en la cocina y en la lavandería; en la cocina se instalaron lavaderos de trastes con escurridor y gabinete para loza, dotados de campana para humos;

⁶² Bárbara Cardona, “Es una colonia bien fermentada”, *El Norte*, 30 de junio de 2019.

⁶³ Previsión Social Grupo industrial, “Proyecto para casas Col. Cuauhtémoc, Memoria descriptiva, AHFEMSA.

⁶⁴ Rafael Páez, “Análisis geométrico, arquitectónico y estructural de viviendas construidas con paraboloides hiperbólicos por Eduardo Catalano en Estados Unidos, Félix Candela en México y Julio Coll Rojas en Venezuela”, Caracas, Instituto de Ingeniería Agrícola (ponencia), julio de 2015.

las instalaciones eléctricas son ocultas y las pinturas exteriores son al temple y de colores variados.

Las casas están ubicadas a una distancia mínima de 4 metros del frente de la propiedad y a un metro mínimo del lado poniente, con el objeto de lograr un patio amplio hacia el oriente y hacia el frente de cada casa; al fondo queda un patio de más de cien metros cuadrados, y cada propiedad está dotada de una barda pre-fabricada.⁶⁵

La distribución espacial era similar al modelo de los suburbios estadounidenses, con un amplio jardín al frente y otro, privado, en la parte posterior.⁶⁶ Dos largos pasillos flanqueaban las casas. Los niños jugaban en los jardines, las banquetas y las calles, donde rara vez transitaban autos. La gente colocó mecedoras y sillas playeras frente a las viviendas, se acostumbró a pasar tiempo en el pórtico por las tardes y por las mañanas, cuando el sol bajaba y corría aire fresco. La delimitación de las propiedades fue simbólica. Algunas tenían una hilera de truenos recortados, de altura baja, al frente; la mayoría no tenía nada. A los costados, en el patio, se alzaban las chiquirriticas bardas de cemento que menciona el anuncio de *Trabajo y Ahorro*. Los torsos de los vecinos sobresalían y ellos platicaban con éstas de por medio. Los predios eran lugares de convivencia matutina y vespertina; la privacidad, si había, se limitaba a las puertas cerradas, dentro de las casas.

El arreglo recuerda a la antigua colonia de la Cervecería, Las Encinas, donde se ubicaron las granjas-hogar. En la Cuauhtémoc, las vecinas sembraron parcelas de maíz y criaron animales; plantaron higueras, aguacates, papayas, naranjos, duraznos, limoneros, manzanos y nogales. Los niños volvían de la escuela y observaban largos manojos de chile piquín colgando de los techos de las casas; cuando se secaban, era hora de la pisca. Proliferó la cría de conejos, pichones, gallinas y cerdos, para el consumo familiar o para la venta. Las mujeres rompían el cuello de las gallinas con destreza, las sumergían en agua hirviendo, las desplumaban. La cría de cerdos era mal vista. El puerco estaba “más allá que para acá”, era el recordatorio de la vida ranchera a la que las señoritas más jóvenes no querían volver. Susy, una vecina del tercer sector, me contó: “Para unas

⁶⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1764, p. 23.

⁶⁶ Pablo Landa Ruiloba, *Monterrey en el espejo: Crónica de sus habitantes, monumentos y espacios*, Monterrey, CONARTE, 2012, pp. 37-40.

personas los cerdos eran una exageración, muy vulgares. Luego escuchábamos el gritadero que venía del patio del vecino, cuando los mataban... muy desagradable”.⁶⁷

Las semejanzas entre las casas de la Colonia y las casas rurales saltan a la vista. La manera más útil de plantearlo es como sigue. Las viviendas rurales no abarcan sólo el espacio construido: igualmente importante es el espacio circundante, al aire libre, para llevar a cabo las actividades del día a día. Cosechar, criar, plantar o trasplantar reclaman la presencia del cielo y de la luz, insinúan la exposición y lo público. Explicó Landa: “Se puede decir que una casa rural es un solar, como los que aparecen en imágenes de Durango [...] Adentro de los solares hay letrinas, almacenes de madera, pequeños huertos, áreas para guardar herramienta, entre otros usos”.⁶⁸ El jardín, el porche y el patio fueron tan viviendas como las casitas japonesas.

Los vecinos incorporaron expresiones rancheras a la voz de la vida cotidiana. Al amplio pasillo que franjeaba las casas, los vecinos le llamaron “zaguán”. Como me dijo la hermana Catalina, quien llegó a la Cuauhtémoc cuando tenía doce años, con una sonrisa, aquello no era, en realidad, un zaguán, sino la cochera. A los gorriones les llamaron “gorupos” o “gorupientos”, como se nombra en el noreste de México a los piojos que provocan enfermedades a los animales. A las ventanas, “postigos”, como el material de madera que impide el paso de las corrientes frías en invierno. El lenguaje pasó desapercibido. Hoy podemos distinguirlo porque nombra objetos, sentimientos, actos que son parte del sentido común en la vida de los pueblos, que quizá ya no tienen sentido.⁶⁹ El intercambio de palabras rimbombantes fue atenuándose, hasta desaparecer por completo, con la muerte de la primera generación.

⁶⁷ En un cuento de Agustín Yáñez, “Gota serena o las glorias del campo”, los cerdos encarnan la brutalidad del rancho. El campo es motivo de exaltaciones, ya por su cercanía con la naturaleza, ya por la lejanía de las luces y la vida acelerada de la ciudad. Yáñez juega con esa visión dulcificada de los goces del campo a través de la visión de un niño, que ha crecido escuchando a su madre hablar sobre su infancia rural. Sin embargo, la emoción disminuye en cuanto más real, nítida y filosa se torna su propia experiencia. “He conocido el rostro de la crueldad”, afirma el narrador después de presenciar cómo sus primos rancheros destripan un puerco.

⁶⁸ Arquitectura popular del noreste, <https://www.instagram.com/p/B5siGNShZxX/>, 6 de enero de 2020, consultado en abril de 2021.

⁶⁹ Por ejemplo, el “arroz de boda” es el arroz cotidiano, preparado con manteca de cerdo, tomate y cebolla, pero a éste se le agregan pasas o trozos de papa. Así se transforma el platillo en uno especial, digno de un acontecimiento como el amor eterno. El arroz de boda acompaña al asado de boda o al mole de boda.

El segundo sector estuvo listo en marzo de 1959, y ese año se entregaron otras trescientas casas a los trabajadores.⁷⁰ El año siguiente inició la pavimentación e instalación de los servicios del tercer sector. Las escuelas se erigieron conforme avanzó la construcción de los sectores, para adecuarse a las necesidades de la población infantil. En cada sector se construyó un colegio para niños, La Salle, y uno para niñas, Isabel la Católica, uno frente al otro. Los arquitectos, con el objetivo de asegurar la libertad de movimiento de los niños, separaron los colegios con amplios parques arbolados. Las plazas se equiparon con columpios, resbaladeros y subibajas. En el segundo sector las clases comenzaron a impartirse en el año escolar de 1959.

Para la adquisición de las casas se había fijado un plan financiero de abonos mensuales, sin exceder 25% del salario del trabajador, a un plazo máximo de veinte años. La meta estimada de 1318 viviendas se alcanzó en 1968. La expresión “¡Me dieron casa!” se popularizó entre los trabajadores de Cervecería, incluso entre los reticentes, quienes vacilaban en aceptar la propuesta de la Empresa. El siguiente fragmento corresponde a la entrevista que hice a Beatriz, e ilustra por qué muchos trabajadores se negaban a vivir en la Colonia:

P. ¿Cómo llegó a la Cuauhtémoc?

B. Mi papá trabajaba en Cervecería. Le ofrecieron casa dos veces, pero las rechazó. Nosotros vivíamos en la colonia Independencia. Cuando mi hermana entró a trabajar de obrera a la Empresa, se enteró que papá andaba rechazando casas. ¡Imagínate! Ella fue la que aceptó. Así nos vinimos para acá.

P. ¿Por qué cree que su papá no quería mudarse?

B. Yo creo que era un cambio muy fuerte. En la Independencia teníamos la cama en la cocina, no teníamos sala. Tuvimos que educarnos, saber que en la sala va un sillón y si acaso una televisión, que hay que lavarse los dientes todos los días, comerse el caldo de cierta manera... y no era que papá no quisiera hacerlo, nomás no sabía. Era el temor a verse incompetente. Ya ves que antes el papá era el que tenía la razón. Venirse para acá implicaba que iba a perder el control. Pero gracias a Dios sí se vino, y él lo reconoce, sabe que fue lo mejor.

“No es una utopía”, había escrito Cervecería para describir la mera posibilidad de adueñarse de un lugarcito: la propiedad privada. También se trató de la utopía de la vida pública: la fructífera amistad con el vecino, el personaje principal de la vida provinciana. Y acaso otra utopía se gestó, silenciosamente, dentro de las viviendas. ¿Cómo designar cada nueva y reluciente habitación? ¿Quién tiene derecho al secreto, es decir, a la habitación propia? ¿Qué será de la estancia? Si

⁷⁰ César Salinas, *op. cit.*, p. 165.



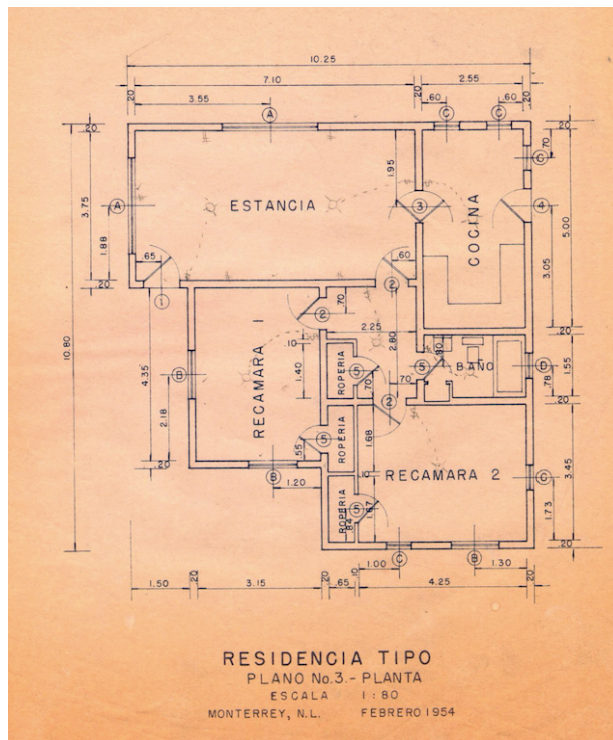
Arriba: Fachada de una casa en el primer sector. Se aprecia el amplio jardín, el terreno plano y la "desnudez" frente a la banqueta. Ca. 1957.

Abajo: Casas frente a avenida Titán. Ca. 1957.



Beatriz afirma que su familia *aprendió* que “en la sala va un sillón” es porque estaba acostumbrada a dormir allí, en compañía de sus hermanos. Era la regla en la colonia Independencia. En la Cuauhtémoc, la familia de Beatriz descubrió el valor de la alcoba conyugal (la privacidad a la que tienen derecho todos los matrimonios) y el placer de la sala, lugar de ocio y charlas nocturnas, hospitalaria recepción de invitados. El arquitecto Guajardo, consciente de las familias numerosas que ocuparían el reducido espacio, había jugado con la posibilidad de que la sala funcionara como dormitorio. ¿Cómo más podrían dormir familias con siete hijos en una sola casita?

No fue así. Confrontados con el diseño moderno y aspiracional del nuevo hogar, inspirados por el cambio de aires, los colonos prefirieron que sus hijos se apiñaran en una o dos de las habitaciones que comprendía la casa, y procuraron que la estancia se mantuviera desocupada.



Plano del modelo #3 de viviendas de la Colonia Cuauhtémoc. Este diseño, que contempla una estancia, dos recámaras, una cocina y un baño, es el de las casas más chicas de la Colonia. 1954.

La historiadora Michelle Perrot, al describir las habitaciones obreras de principios del siglo XIX en Europa, señaló:

La moralización y la normalización de los trabajadores pasaban indudablemente por la mejora de los alojamientos. Ésa era la convicción de los filántropos de todas las sensibilidades, de la patronal y de los socialistas [...] Sería en dichas ciudades [obreras] donde cristalizaría la noción de alojamiento minimalista. La distinción entre cocina y dormitorio, así como la separación entre padres e hijos contribuyeron de manera importante a una definición más estricta de lo que era un dormitorio. Lugar esencial: era allí donde se regeneraba y reproducía la fuerza de trabajo. Era el lugar de los sueños obreros.⁷¹

Las mujeres instaban a los trabajadores más evasivos a aceptar las viviendas. La señora Lulú Eufracio cuenta que su familia vivía en Industrias del Vidrio, por avenida Churubusco. Su padre trabajó en Cervecería Cuauhtémoc, después en Hylsa. “A él le ofrecieron casa en el primer sector y en el segundo, y las rechazó. Mi mamá le dijo que aceptara, que aprovechara la oportunidad. Él estaba conforme porque ya tenía una casa propia y no veía la necesidad, pero ella le dijo que era diferente”. Otra vecina, la señora Claudia, me dijo: “Aquí vivimos una vida que nunca nos imaginamos. Y te lo digo porque veo a mis primas, ellas se quedaron allá [en la colonia Independencia]. La verdad no sé por qué mi papá no quería la casa. Si no hubiera aceptado, habiéramos pasado toda la vida allá”.

Los testimonios aclaran la desigualdad en la urbanización de Monterrey. Entre las primeras colonias obreras que crecieron al margen de las industrias, y las casonas residenciales que se cimentaron alejadas del centro, había diferencias profundas. Sin embargo, en su informe de 1963, el exgobernador Eduardo Livas habló sólo sobre el rezago de las zonas rurales del estado, en relación a “la ciudad” como monolito:

El desarrollo de Nuevo León ha sido extremadamente desigual y las zonas rurales permanecen atrasadas en relación con el impetuoso crecimiento de Monterrey. De ahí que estemos empeñados en transformar, mejorándolas, las condiciones que prevalecen en el campo, para disminuir el desequilibrio entre la producción rural y la industrial, entre el atraso social y cultural que impera en vastas regiones del estado y el adelanto logrado en Monterrey.⁷²

⁷¹ Michelle Perrot, *op. cit.*, p. 209.

⁷² “Segundo informe que rinde el Licenciado Eduardo Livas Villarreal, Gobernador Constitucional ante el H. Congreso del estado de Nuevo León”, citado en Israel Cavazos e Isabel Ortega Ridaura, *Nuevo León: historia breve*, México, El Colegio de México y FCE, 2010, p. 225.

El 21 de julio de 1961 abrió la Clínica Auxiliar para atender a las ochocientas familias que poblaban la Colonia. La torre de rectoría de Ciudad Universitaria abrió sus puertas dos meses después. Ese año, el gobernador Raúl Rangel Frías inauguró avenida Universidad sobre la anterior Carretera Nacional a Laredo. El camino se urbanizó hasta topar con el cauce del ojo de agua.⁷³ El ruido y la afluencia de vehículos creció en la Colonia Cuauhtémoc. El área metropolitana de Monterrey llegó al millón de habitantes en 1966. En 1960, la población de San Nicolás de los Garza era de poco más de 40 mil personas; una década después, la cifra había llegado a 113 mil, lo que calificó a la villa, finalmente, como ciudad.⁷⁴ La población se disparó también en Guadalupe, Apodaca, Escobedo y San Pedro Garza García.



La credencial de la Clínica Cuauhtémoc y Famosa era una fotografía familiar. En la foto: Manuela Quintanilla, Lucas Garza Cabello y tres de sus hijas en 1963.

⁷³ José Luis Esquivel Hernández, “Hylsa y la Colonia Cuauhtémoc, hijas de los mismos padres”, <https://www.horaceronl.com/regional/hylsa-la-colonia-cuauhtemoc-hijas-los-mismos-padres>, 26 de enero de 2017, consultado en septiembre de 2020.

⁷⁴ INEGI, *Estadísticas históricas de México*, México, 1994.

La iglesia

En 1937, en su Carta Encíclica sobre el Comunismo Ateo, el papa Pío XI esclareció con firmeza su postura anticomunista y ofreció, sagaz, un santo patrono para los obreros católicos:

Para acelerar la paz de Cristo en el reino de Cristo, por todos tan deseada, ponemos la actividad de la Iglesia católica contra el comunismo ateo bajo la égida del poderoso Patrono de la Iglesia, San José. San José perteneció a la clase obrera y experimentó personalmente el peso de la pobreza en sí mismo y en la Sagrada Familia, de la que era padre solícito y abnegado [...] Cumpliendo con toda fidelidad los deberes diarios de su profesión, ha dejado un ejemplo de vida a todos los que tienen que ganarse el pan con el trabajo de sus manos, y, después de merecer el calificativo de justo, ha quedado como ejemplo viviente de la justicia cristiana, que debe regular la vida social de los hombres.⁷⁵

En 1955, su sucesor, el papa Pío XII, movió la festividad de San José al 1 de mayo, fecha feriado por el Día del Trabajo. En medio del clima comunista y revolucionario, la estrategia calculada de la iglesia fue “cristianizar” una figura trabajadora para entablar una relación significativa con los obreros. San José, el humilde carpintero de Nazaret, padre de Jesucristo, sería un puente para infundir valor y acompañar a los trabajadores. Así, Pío XII dio la bienvenida al patrono anticomunista. El nombre del templo que se construyó en la Colonia Cuauhtémoc no es, pues, una coincidencia. Tampoco es una elección inocente.⁷⁶ La parroquia es la expresión más flagrante, y a la vez disimulada y simbólica, del capitalismo humanista que promovió la Empresa.

La Iglesia San José Obrero se construyó entre 1957 y 1962. En abril de 1960 se vació la estructura del edificio y se emprendieron los detalles interiores y de ornamentación.⁷⁷ El diseño es de Enrique de la Mora y Fernando López Carmona. De la Mora había diseñado la Iglesia de la Purísima, en Monterrey, dos décadas antes, y tenía un catálogo de proyectos patrocinados por

⁷⁵ “Carta Encíclica *divini redemptoris* del Sumo Pontífice Pío XI sobre el comunismo ateo”, 19 de marzo 1937.

⁷⁶ Un vecino me envió la foto de una enciclopedia que encontró en Estados Unidos. Lamentablemente, no logramos encontrar más referencia. La imagen abarca dos páginas y consiste en una foto panorámica de la Colonia, con la iglesia en el extremo derecho, todavía sin terminar, y las casitas japonesas del primer sector. Al fondo se aprecian los hornos de Hylsa. El pie de página lee: “...as it helps to encourage the development of an industrialized economy and a prosperous middle class that will provide a major bulwark against future unrest.”

⁷⁷ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1865, p. 18.

el gobierno mexicano. El cálculo estructural estuvo a cargo de Félix Candela, y la construcción fue ejecutada por su asociación, Cubiertas Alas del Norte, en la que trabajaban los hermanos Fernando y Javier García S. Narro.⁷⁸

De la Mora y Candela son representantes célebres del movimiento expresionista estructural en México.⁷⁹ El templo San José Obrero tiene una cubierta de cascarón delgado, arenoso, de siete milímetros de grosor, y su aparente fragilidad es falsa. En el diseño está presente el paraboloide hiperbólico, la estructura práctica también llamada silla de montar.⁸⁰ La obra se balancea sobre sus propios ejes, sin el sostén de las típicas columnas rígidas, y ofrece congruencia con el diseño estructural de las casas de la Colonia. El espacio interior está contenido por un duro vitral.⁸¹ Hoy, la iglesia es un edificio clave en la historia de la arquitectura moderna mexicana, de mediados de siglo XX. Se reconoce la autoría de ambos arquitectos, aunque Enrique de la Mora tuvo un desencuentro con Garza Sada y no concluyó el proyecto.⁸² No hay duda del cambio drástico de diseño que sufrió el templo hacia el final de la construcción: entre los planos originales y la obra concluida, el altar cambió de ubicación y, por lo tanto, la orientación de las bancas también.⁸³ Eduardo Torroja terminó el proyecto.

Antes de que concluyera la construcción del templo, las Misioneras Clarisas asistían a la Iglesia del Espíritu Santo para escuchar la misa dominical acompañadas por las niñas de la Colonia. Allí, las primeras alumnas del Colegio Isabel la Católica atendieron las misas del primer viernes de cada mes, ofrecieron flores en mayo y recibieron su primera comunión de manos del

⁷⁸ “Félix Candela en Monterrey”, PECDA CONARTE 2017-2018, consultado en Youtube.

⁷⁹ Las obras de Candela se encuentran fácilmente a lo largo y ancho del territorio nacional. A corta distancia de mi casa en la Ciudad de México, por ejemplo, está la bonita parroquia de la Medalla Milagrosa, que se construyó entre 1953 y 1955. “[...] en México hay todavía más de un millón de metros cuadrados cubiertos por sus caprichosas formas. [...] El arquitecto aseguraba que le contrataban no por la belleza de sus edificios, que sin duda la tenían, sino porque eran baratos”, Federico Simón, “Belleza y liviandad del paraboloide hiperbólico de Félix Candela”, *El País*, 22 de octubre de 2010.

⁸⁰ Mariana Gaxiola, “Félix Candela y sus icónicos paraboloides en los techos de México”, <https://mxcity.mx/2016/06/felix-candela-paraboloides/>, consultado en diciembre de 2020.

⁸¹ Pablo Landa Ruiloba, “La iglesia San José Obrero”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-iglesia-de-san-jose-obrero-en-la-trayectoria-compartida-de-enrique-de-la-mora-y-felix-candela/>, consultado el 18 de septiembre de 2020.

⁸² Bárbara Cardona, “Bendita Arquitectura”, *El Norte*, 14 de octubre de 2018.

⁸³ P. Landa Ruiloba, *Monterrey en el espejo, op. cit.*, pp. 38-39.

arzobispo de Monterrey, don Alfonso Espino y Silva. Después, con el aumento de la matrícula en los colegios, y el peligroso tránsito de avenida Universidad, el sacerdote Enrique Tunesi celebró las misas en la pequeña capilla del Convento de las religiosas, entre las calles Crisantema y Dalia. En cuanto estuvo listo el armazón de la parroquia San José Obrero, el sacerdote trasladó objetos para presidir la misa en la capilla.



La Iglesia San José Obrero en 1965.

El domingo 3 de diciembre de 1963 se designó al párroco Armando de Jesús Galván, “el padre Galván”, como encargado de la Iglesia San José Obrero. El 13 de marzo de ese año, el padre González Montemayor, en representación del señor Espino y Silva, inauguró la parroquia. Los alumnos de La Salle esperaron al párroco y al Vicario General en el entronque de avenida Munich con avenida Universidad. Juntos recorrieron las principales calles de la Colonia Cuauhtémoc, acompañados por una multitud de feligreses. En la entrada del templo, otro numeroso grupo de colonos les saludó con emoción. La muchedumbre se apresuró a encontrar lugar para escuchar la primera misa oficiada por Galván. El coro de niñas del Colegio Isabel la Católica entonó los cantos, y las otras alumnas, uniformadas, con el pelo recogido cuidadosamente en un apretado rebozo, ocuparon los asientos de las primeras filas. Las

Misioneras Clarisas las vigilaron de cerca, procurando su buen comportamiento, mientras ellas escuchaban el sermón.⁸⁴

En 1970, los vecinos se organizaron para iniciar un fondo cuyo objetivo era construir el campanario. Los sábados, personas designadas por el padre Galván visitaban a “la gente de la Iglesia” en cada cuadra, y recogían entre veinte y treinta pesos por casa. En el amplio espacio frente a la parroquia se instaló una escultura del padre putativo de Jesús. San José está hecho de miles de clavos del acero que se preparaba en la Empresa. De pie, ligeramente encorvado sobre una mesa, martilla con expresión concentrada.



Celebración de la misa, antes de que se incorporaran los vitrales en la estructura. Ca. 1963.

El Bosquecito

Al este de la Colonia, el Bosquecito: ahuehuetes cuyas semillas tostadas fueron un bocadillo codiciado; sauces; chaparros prietos; un sendero, depresión de tierra suave que llevaba hacia el ojo de agua. Los vecinos atajaron el temor por su aparente rudeza y hostilidad, y aprovecharon lo que aquél podía ofrecerles. Las mujeres emprendían caminatas colectivas, risueñas, y volvían cargadas con tinajas de tierra para trasplantar matas de sus jardines. Los ex agricultores desaparecían entre

⁸⁴ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2005, pp. 16-17, 1963.

los árboles, se agachaban y esculcaban en busca de hongos, semillas y hojas. Los niños acudían al Bosquecito para aliviar las tardes ociosas; allí descubrieron el placer por bruscos entretenimientos varoniles, como la pesca de sardinas, el tiro con carabina y la competencia por matar sabandijas, ranas y pájaros. Grupos de amigos se tendían a orillas del arroyo y dormían la siesta. Las niñas y jovencitas esquivaban el bosque, con cautela, por las sombras largas que proyectaban sus abetos. Habían escuchado historias sobre los nómadas, hombres de abrigo que, tras un intercambio rápido de miradas, exhibían su desnudez con una amplia sonrisa.

La apertura del Comedor Campestre, en 1963, formalizó la convivencia cotidiana en el bosque. El Comedor consistía, apenas, en mesas y bancas de piedra, amplias parrillas y asadores bajo la sombra de la arboleda, pero fue suficiente para propiciar las reuniones entre adultos y jóvenes. “Vamos a las pachangas”, decía uno, y en pocos minutos se formaba la corridilla de gente que lo seguía, aprisa, hacia el bosque, donde asaban carne, charlaban y pasaban los fines de semana, plácidos y serenos.

La Administración de la Colonia Cuauhtémoc acaba de poner en servicio un nuevo Comedor Campestre en el Bosquecito de la misma Colonia, el que pone a disposición de los socios y sus familias para sus reuniones de cumpleaños, despedidas, etc. Este Comedor es el número 3 que se ha dispuesto en el Bosque de la Colonia, y se conocerá con el nombre de Comedor “Esmeralda”, pues está a la altura de esta avenida Ojo de Agua, en el 2o. Sector de la Colonia. Este nuevo Comedor cuenta con lo necesario para ofrecer agasajos campestres durante el día, constando sus instalaciones de: asador, depósito para hielo y refrescos, mesa y bancas.

Aprovechamos la ocasión para renovar nuestra invitación a los socios para que dispongan de los tres Comedores del Bosque, para sus fiesta y reuniones. Los Comedores No. 1 (“Jade”) y No. 2 (“Granate”) cuentan además con instalación eléctrica, por lo que son apropiados también para reuniones nocturnas, desde luego que no pasen de la media noche.

El trámite para solicitar cualesquiera de los Comedores del Bosque de la Colonia es bien sencillo: basta que el socio interesado acuda con el Vocal de su departamento, quien separará la fecha y horas solicitadas en la Oficina de la propia Colonia; ésta proporcionará una nota de aprobación con la que el socio solicitante puede disponer del local campestre que desee para sus fiestas familiares, reuniones de cumpleaños, reuniones con compañeros de labores o bien con sus amistades.

Los Comedores Campestres de la Colonia “Cuauhtémoc” están a su servicio. ¡Aprovéchelos!⁸⁵

La primera generación

Éramos como una gran familia, dice Esther, una vecina de setenta y siete años. Estamos en la salita de su casa, en el tercer sector. Su mano tiembla cuando la extiende para apretar el brazo de Hernán, un ex empleado de Grafo Regia. Él la mira, confundido. Ella repite las palabras, en voz muy alta, para que él la entienda y me lo confirme. Esther y Hernán son el matrimonio más joven de la primera generación. Los otros vecinos nos tenían envidia porque no teníamos hijos, íbamos de la mano a todos lados, como novios, dice ella, riéndose. Según datos del INEGI, en 2015 la población de la Colonia Cuauhtémoc era de 4345 personas, la mayoría de mediana y tercera edad. 504 personas tenían menos de catorce años.

Hasta la segunda década de 2000, era común que los vecinos se conocieran por el nombre de pila. Durante las entrevistas las personas me reciben con familiaridad. Las más jóvenes me llaman “la hija de Azucena”; las mayores, “la nieta de doña Mela”. Quienes no conocen a mi familia me preguntan en qué calle viven mis padres, y si menciono el número de casa es igual a mostrar un pasaporte: se aviva la confianza, aflora la plática, me cuentan lo que “seguramente ya sé” por mi familia, porque algo deben tener en común. Además de tener padres o abuelos en la Cuauhtémoc, la cercanía se fortalece si estudiaste en los colegios o trabajaste en la Empresa. La comunión, el reconocimiento mutuo, la amistad y la mirada atenta que se posaba en cada familia asentó el ambiente pueblerino de la Colonia.⁸⁶

⁸⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2146, 11 de diciembre de 1965, p. 13.

⁸⁶ En un pasaje de *Por el camino de Swann*, Proust describe lo difícil que es toparse con un completo extraño en la vida provinciana, y cómo seguido hay alguna referencia que detona el reconocimiento, directo o indirecto, de cualquier individuo. Lee: “En Combray una persona que uno *no conociera en lo absoluto* era tan increíble como cualquier deidad mitológica [...] investigaciones cuidadosas y exhaustivas han reducido invariablemente al fabuloso monstruo a las proporciones de una persona que uno sí conocía, después de todo, ya personalmente, ya en abstracto, por su estado civil, relacionado de manera más o menos íntima a una familia de Combray. Resultaría ser el hijo de Mme. Sauton, dado de baja del Ejército, o Chateaudamn, la sobrina de Abbé Pedrau, quien acababa de retirarse o de recibir una pensión y había llegado a Combray para pasar las vacaciones”.

Los hombres de la primera generación trabajaron en Cervecería Cuauhtémoc y en las subsidiarias, Hylsa, Empaques de Cartón Titán, Grafo Regia y Famosa. Llegaron casados a la Colonia, con hijos o esposas embarazadas. Las calles, como habían estimado en los estudios demográficos preliminares, se llenaron de niños. Si bien la Cervecería había comenzado a contratar personal femenino desde 1920 —era una práctica común, incluso, contratar familias enteras— en la Colonia sólo los hombres tenían trabajo formal. Fue hasta la segunda generación que se formaron mujeres educadoras, secretarías o enfermeras; otras, eventualmente, se unieron a las filas de la Empresa. El matrimonio y el embarazo cortaban de tajo la carrera profesional, pues se esperaba que ellas se quedaran en casa, cuidaran a los niños y atendieran el trabajo del hogar. Debían demostrar su valor en la cocina, en trabajos de costura o en manualidades que hacían la vida diaria más sencilla para sus familias. Hoy, la indignación por el trabajo doméstico desigual va de la mano con la profunda admiración que despertaban aquellas mujeres, hábiles, resilientes, creativas. La señora Bertha, en un confuso despliegue de contradicciones, observó:

Mamá era muy de casa. No tenía tiempo mi viejita para los cursos [de SCYF]. La mujer de antes era muy trabajada, muy *guapa*⁸⁷, de lavar a mano y cosas así. Era una friega físicamente, tener lista la ropa al esposo, papá era muy machista y era de pantalones de mezclilla pesados, de obrero...

Las historias de llegada son un eco de la narrativa de progreso y modernidad que promulgaba la Empresa. Las familias venían de vecindades, colonias obreras, o de villas como Santiago, Juárez o Cadereyta Jiménez, donde habían dormido en jacales de leña o viviendas de adobe. Descubrirse de pronto en una construcción higiénica, con habitaciones ventiladas, patios amplios y arbolados, y servicios de agua y drenaje, era un cambio drástico.

El costo mensual de las casas representaba un buen porcentaje del salario de los trabajadores, incluso con las consideraciones que había fijado la Empresa. La distribución había fomentado la igualdad de condiciones entre los vecinos. Pero había una brecha, sutil, entre las familias de los obreros y las de los empleados. “Había personas que no tenían nada [material], pero se sentían más altivas. Los del [sector] primero parece que son *más estiraditos* y los del

⁸⁷ “Guapa: adj. Trabajadora, laboriosa, hacendosa, que hace bien lo que emprende”. Véase: Ricardo Elizondo Elizondo, *Lexicón del Noreste de México*, México, ITESM y FCE, 1996, p. 151.

tercero *más bajitos*”, me dijo Rubén, vecino del tercer sector. Hernán, el único oficinista en una cuadra de obreros, dio cuenta de esto en el siguiente intercambio, al que añadió su esposa:

H. En esa época vivíamos forzados porque el sueldo, pues, era bajo. Y era mucho de la luz, el agua, “questo” que otro.

E. Le decían la Colonia de las papas, de las migas, porque aquí nada más comíamos eso. Porque teníamos la proveeduría.

H. Sacabas el café porque la galletera empezaba a trabajar y olía a galleta, pero no comías galleta. Era puro café [risas].

P. ¿Tenían televisión?

H. Yo tenía zacatito y tenía televisión, y pues casi nadie tenía televisión, entonces todos los chamacos se venían aquí a verla, se tiraban en el porche. La gente me decía que les cobrara, ¡pero cómo!

La capacidad económica se definía por el puesto que ostentaba el hombre, por la posición de sus padres, y por la cantidad de hijos que tenía el matrimonio. Había parejas que tenían tres hijos; otras llegaban a las diecisiete cabezas. El sueldo del obrero era, a todas luces, insuficiente para las familias numerosas. Las vecinas emprendían labores para las mujeres que estaban en una posición económica más favorable: preparaban la comida, lavaban la ropa o atendían la parte más pesada del trabajo doméstico, que las otras dejaban pasar. La distinción social se adivinaba, también, por pequeños gestos. Doña Lucha y don Guillermo, quien era supervisor de Cervecería, caminaban a la iglesia tomados de la mano. Las otras parejas, apuradas, andaban de otro modo: los hombres adelante y las mujeres atrás, cargando una redecilla desgastada para regresar del mercado con frutas, granos, leche y pan. Entre semana, doña Kika cocinaba para la familia de Lucha.

A pesar de estas diferencias, entre los colonos no había una percepción clara de la desigualdad. Escuchaban la misa en San José Obrero, se atendían en la Clínica Cuauhtémoc y Famosa y sus hijos estudiaban en los colegios. Los niños iban uniformados a la escuela. Para las

religiosas y los lasallistas, la procedencia era irrelevante: todos eran “de la Cuauhtémoc”.⁸⁸ Las casas, ya de dos, ya de cuatro recámaras, eran similares entre sí. Como señaló Natalia Mendoza, “las jerarquías sociales nunca tienen un valor absoluto, sino que están en función de una distribución espacial”.⁸⁹ En 1964 las Misioneras Clarisas casaron a todas las parejas que vivían en unión libre. La boda fue masiva y protocolaria, y reafirmó el carácter igualitario de la comunidad.

Pocas familias notaban las penurias que acarrearba la vida en la colonia obrera. Para la mayoría, y sobre todo para quienes habían vivido en extrema pobreza, la Cuauhtémoc implicaba haber dado el salto, era la escalera hacia mejores condiciones de vida. Es iluminador que una persona como Hernán, que percibía más ingresos que la mayoría, me señalara las desventajas de vivir en la Cuauhtémoc. Alfonso, vecino del tercer sector desde 1960, trabajador de seguridad, opinó de manera tajante:

P. ¿Recuerda haber batallado económicamente alguna vez?

A. Don Eugenio siempre hizo por⁹⁰ sus trabajadores. Yo nunca oí que mi tío se quejara de que no tuviera dinero. Con un peso completaba. Porque antes yo pagaba veinticinco centavos en el camión. Las tostadas salían en diez centavos. Yo completaba muy bien. Sí lo siento por los que tenían familias numerosas, me imagino que ellos sí batallaban. Pero incluso así casi nadie se quejaba porque la Empresa daba crédito. Tú decías “Vengo a pedir crédito”, enseñabas la credencial y ellos la pasaban, y así más o menos calculaba uno.

El contraste con sus condiciones de vida anteriores resultaba tan impresionante que algunos bromearon con vivir en una “colonia de ricos”, y otros, burlones, afirmaron que los primeros “ya se creían de un nivel que no tenían”.

⁸⁸ Sobre los alumnos del siglo XXI, la hermana Lilia observó: “Los niños aquí son mucho menos clasistas que en otros colegios. No lo digo porque sean creyentes, más bien porque todos son hijos de obreros o mandos medios. No son ricos. Hay gente que viene desde San Pedro y luego luego se nota la diferencia. Vienen de otros colegios y llegan diciendo que sus nuevos compañeros son *nacos*. Pero, pues, sus padres quisieron meterlos aquí. La gente confía en nosotras y nos busca porque les gusta la imagen de las monjas educadoras [risas]”. Aunque aquellos niños no eran de la Cuauhtémoc, sí eran hijos de empleados y obreros de la Empresa, quienes todavía disfrutaban del subsidio a la educación básica.

⁸⁹ Natalia Mendoza, *Conversaciones en el desierto: Cultura y narcotráfico*, México, CIDE, 2012, p. 169.

⁹⁰ “Hacer por [alguien]” es una expresión coloquial, similar a “ver por”, que significa ayudar, tender la mano, cuidar.

La suciedad, las enfermedades, la ignorancia, la pobreza y el contacto con desconocidos se desplazaron en favor de la higiene, el porte, la honrosa religión y el novedoso sentido de pertenecer a una comunidad compacta. Escribí ya que se juzgaba con severidad a las personas que criaban cerdos. Otro ejemplo es el mercadito que se instaló en el segundo sector, sobre avenida Titán, a finales de 1970. De inmediato, una ola de furor movilizó a los colonos, quienes pasaron una lista para firmar en contra de los puestos y prohibirlos. Al rememorar aquel evento, una vecina se inclinó hacia mí y me dijo: “¡Ridículos! Se creían ricos”. En efecto, la batalla se perdió y el municipio permitió la permanencia de los ambulantes. La sensación de opulencia de los colonos no provenía de una capacidad adquisitiva, sino de los servicios que ellos tenían a su disposición, y del círculo estrecho de convivencia que disfrutaban en los clubes de la Empresa; también, y sobre todo, de la fuerte ilusión de compartir una moralidad superior. Matías, un hombre de cincuenta y dos años, vecino del segundo sector, me dijo con seriedad que vivir en la Cuauhtémoc era “como vivir en la Del Valle⁹¹, pero en una Del Valle comunicativa, porque estábamos todos muy bien integrados”. La comparación entre una colonia obrera y una de estrato social alto, aunque podría resultar ridícula a primera vista, es lógica con esta lectura apreciativa de la Cuauhtémoc.

En la década de 1970, el inicio de la vida laboral de los hijos de la primera generación alteró el estatus de las familias. Las hijas se recibieron como secretarias, maestras o enfermeras, y una minoría estudió medicina o licenciaturas en la Universidad de Nuevo León. El nuevo ingreso permitió que la gente comprara bienes que antes fueron de lujo, televisores y teléfonos. La gente recuerda con cariño la primera compra de sus hijos, su primer sueldo, el momento en que comenzaron a cooperar en la economía familiar. Los varones se incorporaron a la Empresa y abandonaron la casa de los padres en cuanto contrajeron nupcias. Pero las hijas, solteras o casadas, se apegaron a la casa de la infancia.

⁹¹ La colonia Del Valle es una zona residencial de lujo en San Pedro Garza García, Nuevo León. A inicios del siglo XX, mientras se construían las primeras colonias obreras en Monterrey, se diseñaron zonas residenciales alejadas de las áreas densamente pobladas de la metrópoli. Así, con lentitud, se aseguró la segregación socio-espacial en la ciudad. Véase: C. E. Aparicio Moreno, *op. cit.*

Las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento (MCSS)

El proyecto educativo y social de la Cuauhtémoc se inspiró en valores católicos. Garza Sada buscó a la madre Loyola, directora del Colegio Labastida, y al Obispo, para que ellos le aconsejaran sobre el rumbo que debía seguir. Ambos le sugirieron que entablara contacto con María Inés Teresa Arias, una joven religiosa de Cuernavaca. Después de un intercambio breve de cartas, ella aceptó sin reservas encargarse de la educación de las hijas de los trabajadores de SCYF. Una década antes, en agosto de 1945, Teresa Arias había fundado la Congregación de las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento. Hoy, la orden tiene presencia en Japón, Indonesia, Sierra Leona, Estados Unidos, Rusia y otros países. Pero en 1954, las Misioneras llegaron a Monterrey con dificultad. Las educadoras se formaron en el Colegio Labastida, y allí entablaron amistad con las Madres Guadalupanas, otra congregación católica. Necesitaban benefactores para cubrir lo indispensable: una dirección fija, alimento, una capilla. En cuanto vio la oportunidad, la madre Loyola lanzó el nombre de la orden a Garza Sada. Y las Misioneras Clarisas lo encontraron todo en la Empresa.

Así, con mucha pobreza, pero con gran alegría y entusiasmo por amor a Dios y a nuestro querido Instituto, empezamos a trabajar en septiembre en el colegio Francisco G. Sada, perteneciente a la Empresa de Cervecería, que como de costumbre, empezaba a proyectar la gran ayuda apostólica que con el tiempo nos brindaría de forma total.⁹²

La relación entre la Empresa y la congregación se definió por el carácter y los principios de la segunda. Las Misioneras Clarisas estaban dedicadas a la vida sobria y aceptaron, gustosas, una residencia en la Cuauhtémoc. La población de niños y adultos, además, ofreció un campo fértil para emprender la misión educadora y evangelizadora que se había propuesto Teresa Arias. La Empresa y sus representantes fueron los benefactores generosos que “las ayudaron de manera noble y desinteresada”. Las Misioneras Clarisas, como cualquier otro trabajador de Cervecería, recibían un salario y tenían derecho a su casa propia.

En noviembre de 1957, la orden llegó a la Cuauhtémoc con la misión de administrar el Colegio Isabel la Católica. En el contrato se añadió, sin embargo, una cláusula a manera de nota, donde se afirmó: “La orden de la Misioneras Clarisas promete, libre y espontáneamente, prestar sus servicios de trabajo social-católico en toda la Colonia Cuauhtémoc, en cuanto les sea

⁹² “Historia de la Casa de Monterrey (1951-1973)”, fecha desconocida, AMCSS.

posible”. Después de la extraña concesión, la Empresa aprobó la construcción de una casa especial para las religiosas. Contendría dieciséis celdas, dos secciones de baños, un comedor y una capilla privada. La casa se ubicó en Circón, frente a las oficinas del Centro Escolar Cuauhtémoc y Famosa (CECAC), y los colegios del tercer sector.

La Cervecería Cuauhtémoc S.A. facilitará a la Orden de Misioneras Clarisas, mientras éste se encuentre a cargo de las Escuelas ya mencionadas, una casa adecuada, construida al efecto, especialmente destinada para su uso; entre tanto se efectúa dicha construcción (que suplicamos sea en un plazo mayor de dos años), ocuparán las Religiosas tres casas de la propia Colonia Cuauhtémoc, para habitación, las cuales serán adaptadas a las necesidades propias de la Orden [...]⁹³

La casa tiene un amplio jardín en el centro, y los cuartos están distribuidos a su alrededor. Entre las habitaciones y el jardín hay corredores anchos con maceteros y mecedoras despintadas. Allí se elevan varias columnas de piedra arqueadas que sostienen un techo delgado. Se trata del diseño típico de un claustro, donde el jardín simboliza la vida monástica o religiosa, sellada al mundo en sus cuatro extremos para rechazar las distracciones indeseables, y abierta, hacia arriba, a los cielos y la santidad.⁹⁴ En la casa amurallada reina el silencio. Desde su fundación, el Convento fue el único lugar de la Colonia que requería de una invitación formal para ingresar y caminarlo. Esto explica la emoción intensa de Matías⁹⁵, quien vivió durante veinte años en el tercer sector, cuando interrumpió su respuesta a otra pregunta y me dijo, como si acabara de recordarlo:

M. [emocionado] ¿Quieres que te cuente cómo es el Convento?

P. Sí, dígame.

⁹³ “Convenio relacionado con el Colegio Isabel la Católica de la Colonia Cuauhtémoc, en la propia ciudad de Monterrey”, 1 de septiembre de 1957, AMCSS.

⁹⁴ En ciertos claustros el jardín está enrejado y fuera del alcance de los monjes o las religiosas. Según Edmund Walstein, monje cisterciense, aquello se inspira en una cita del Viejo Testamento que remite al celibato y la virginidad. Véase: Edmund Walstein, “A Deeper Longing” en *The Point Magazine*, núm. 23, 2020.

⁹⁵ Matías me había aclarado, al inicio de la entrevista, que sólo tenía treinta minutos para responder a mis preguntas. Acepté. Hablamos durante una hora y media, y cuando me despedí me dijo: “Llámemme otra vez para platicar. Disfruto mucho hablar de esto, no sabe. Yo quisiera volver a la Cuauhtémoc, quiero volver”.

M. Entré con el padre Reyes y el padre Galván por los eventos de acción católica. Yo nomás una vez entré y créemelo que se me borró de la mente. [Pausa, habla consigo mismo] Recuerdo jardines, árboles, adentro [de la capilla] unos banquitos para escuchar la misa. Quisiera volver...

Las Misioneras Clarisas eran la autoridad ineludible. Al dirigirse a ellas, los vecinos las llaman, respetuosamente, “hermanas”; también cuando hablan en tercera persona, y ellas están ausentes, mantienen el apelativo religioso. Llamarlas “monjas” se percibe como una grosería. En las charlas descubro que el apelativo es de respeto y cariño. Los niños mayores de la primera generación, los que llegaron con más de diez años a la colonia, las describen imponentes, severas y regañonas. Quienes llegaron pequeños, y crecieron observándolas, se acostumbraron a su presencia en los colegios, las banquetas y los parques. Ellos las llaman maestras y amigas. El siguiente fragmento corresponde a la entrevista con una exalumna del Colegio Isabel la Católica, y vecina del primer sector, Ludivina. Ella llegó a la Colonia cuando tenía dos años.

L. Las monjas son muy educadas, tienen valores, quieren que sepas conducirte según la norma, conducta, disciplina. Que si vas a hacer algo, lo hagas. Le dan valor a la palabra, pues. Esas bases nos formaron y los principios todavía nos acompañan.⁹⁶

P. ¿De qué más se encargaban las hermanas?

L. Pues si había personas que tenían, digamos, algún problema o detalle, tenían juntas con ellas. O sea, si tenían problemas familiares, acogían a toda la familia.

En una carta fechada en diciembre de 1962, el abogado de Cervecería Cuauhtémoc, el licenciado Sergio Valdés Flaquer, escribió a la madre fundadora pidiéndole que las hermanas expandieran su trabajo educativo a uno “social”:

Hemos tenido la satisfacción de observar los grandes adelantos que en la materia [educativa] se han logrado. Sin embargo, pensamos que otra serie de problemas afectan a los adultos especialmente en lo que toca a su vida familiar, moralidad, formación religiosa, cristalización de las costumbres, etc., etc., se encuentran prácticamente abandonadas, o bien, se hace muy poco en este particular, básicamente porque no hay quien tenga el tiempo suficiente para dedicar su actividad completa a estas labores. [...]

⁹⁶ Ludivina habló en primera persona del plural durante toda la entrevista, aunque mis preguntas iban dirigidas hacia ella.

No se formula ningún programa de acción práctica para remediar estos males que ciertamente pueden agravarse. Como sabemos que ustedes cuentan con personal capacitado precisamente en esta clase de tareas, es decir, en el campo de lo que pudiéramos llamar trabajo social, me ha parecido prudente dirigirme a usted [...] y ver la necesidad de que se destine uno o dos elementos que, exclusivamente, en forma permanente y a tiempo completo, pudiera dedicarse a este importantísimo aspecto.⁹⁷

En su réplica, Teresa Arias sostuvo que las religiosas se habían encargado de ese tipo de trabajo desde noviembre de 1962, cuando organizaron el Movimiento Familiar Cristiano “con los mejores matrimonios de la Colonia”. Las hermanas se encargaron también de censar a la Cuauhtémoc y dieron conferencias de cuatro horas diarias a “señoritas, señoras y señores”, donde, agrega misteriosamente, “se dieron cuenta de casos y cosas que la misma Empresa desconocía”. Aunque los documentos son ambiguos con respecto al “los males” que acechaban a la Colonia, los vecinos recuerdan ejemplos del tipo de casos que atendían las religiosas. “Una vez fue una mujer a quejarse del esposo, que se gastaba todo el sueldo en bebida. Y de ahí en adelante, le dieron el dinero a ella”, me contó Lourdes Garza, antigua vecina de Amatista. En su carta, la madre fundadora prometió dejar a las Misioneras Clarisas en el puesto de “trabajo social”, que ella describe como “plan de apostolado”, de manera permanente.

Así, el trabajo de las Misioneras Clarisas se expandió y ellas se convirtieron en sujetas indispensables del orden social. Se esperaba que las religiosas alentaran el bien entre los vecinos. La hermana Socorro Vargas tenía a su cargo el trabajo social: visitaba hogares y atendía “aquellos que lo necesitaban, sobre todo en el aspecto moral”. El objetivo era conocer “la situación real de las familias”; y las Misioneras Clarisas eran las intermediarias entre las familias y los especialistas, quienes atendían problemas “jurídicos, sociales o psíquicos [...] así como servicio de orientación y de formación matrimonial”. Los vecinos recurrían a las hermanas para resolver disputas entre ellos o aliviar crisis maritales. En el tercer sector, la gente recurre a una de las anécdotas más memorables y divertidas para ilustrar su relevancia: un día escapó despavorido un cerdo de una casa, y se metió a un patio ajeno. Los vecinos se negaron a entregar el animal a los dueños legítimos, así que ellos regresaron con las monjas, quienes, con seriedad, hicieron el trabajo diplomático para resolver la controversia.

⁹⁷ “Correspondencia entre el Lic. Valdés Fláquer y María Inés Teresa Arias”, AMCSS.

En febrero de 2020 toco el timbre de la casona. La hermana Catalina me recibe como a una vieja amiga. Ha reconocido mi rostro. Me pasea con soltura por el Convento. Adentro el aire es frío. La losa pálida es granulosa y dura al contacto de las suelas. Escucho el murmullo lejano de una conversación y el rumor de las faldas largas; por lo demás, parece que estamos solas. Me pregunta si quiero ver la capilla. Lo dice, lo sé por el tono dulce y considerado, pensándome devota. La capilla debería inspirarme recuerdos de las oraciones que dije durante mi educación básica. Acepto por cortesía. Es una capilla pequeña, impecable. A la mesa la cubre un mantel de colores suaves; encima tiene dos floreros con margaritas húmedas. Las banquetas de madera están intactas. Pienso en cómo se dibujaban círculos rosados en mis rodillas después de pasar diez, veinte minutos hincada, con la mirada clavada en el altar. La hermana Catalina descubre una cortina gruesa para mostrarme un cuadro de la Virgen. Es nuevo, dice. Muy bonito, respondo, sin saber bien qué más decir. La hermana Catalina me cuenta que la vida religiosa ha cambiado mucho, que ahora es más llevadera. Cuando recién ingresé, iba por mi coca y mi dona al Seven y volvía muy campante. Las hermanas me regañaron, me tuvieron que explicar que eso no se hacía, que estaba mal; y ahora ya puede llegar una con su coca y nadie le dice nada. ¡Pero bueno, será también que estoy vieja! Ya me dejan hacer lo que quiera. Risas.

Al describir su llamado a la vida religiosa, la hermana Catalina dice: Yo la verdad no quería casarme. La hermana Lilia: El muchacho con el que estaba no me gustaba. Las respuestas, francas y honestas, corroboran mi prejuicio: hay un poderoso vínculo entre soltería y religiosidad. El deseo por estar en presencia del Señor, cualquier señor, orilla a unas a escoger la vida santa. A la hermana Catalina la vistieron de novia el día en que pronunció sus votos. Me lo cuenta con una sonrisa de enamorada, fascinada, y añade que eso ya no pasa. Las Misioneras afirman, de cualquier modo: Estamos casadas con el Señor. Ya hace siglos sor Juana escribió sobre la elección entre dos cárceles, la del matrimonio, a la que estaba negada, y la conventual, que prometía la calma indispensable para volcarse al estudio y la escritura que ella anhelaba:

Con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de *querer vivir sola*; de

*no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.*⁹⁸

En las oficinas del Colegio Isabel la Católica, tuve el siguiente intercambio con la hermana Lilia:

P. ¿Cuántos años tiene en la Colonia?

H.L. Tengo diez años aquí, llegué en junio de 2009. Con las Misioneras ingresé en el 2002, tenía diecinueve años. Quería servir a los demás, quería consagrarme a Dios y al servicio de la Iglesia. Me interpelaban las injusticias, la pobreza, llegó un momento en que el matrimonio no me hacía ilusión y había muchas causas sociales que me llamaban. Yo iba mucho a misiones con los indígenas de la sierra en Puebla, yo soy de allá, y también me iba a las comunidades de Chihuahua. [Pausa] Ver la baja calidad de la educación y la pobreza extrema en que vivían me hacía sentir que Dios me invitaba a algo más. [amplia sonrisa] Y bueno, el chavo con el que estaba saliendo me decía “Si tanto coraje te dan esas injusticias, ¿por qué no dedicas tu vida a esas causas?”. Entonces empecé a buscar una congregación religiosa porque ya trabajaba con sacerdotes, pero sus hermanas me parecían muy aburridas. Conocí a las Misioneras Clarisas a través de ellos y desde el primer momento me identifiqué con su carisma, el sentir, las horas apostólicas. Tenía

⁹⁸ Respuesta a Sor Filotea de la Cruz.

diecinueve años, iba en el cuarto semestre de la carrera. Estaba estudiando Ciencias Humanas en la Ibero, porque me encanta la historia, la literatura y la filosofía.⁹⁹

P. ¿Me puede contar qué hace en un día normal?

H.L. Me levanto a las cinco y cuarto, más o menos, excepto el miércoles que me levanto a las cuatro y media para hacer ejercicio. Tenemos misa a las seis de la mañana, de lunes a viernes, y los sábados a las ocho. Salimos a desayunar a las siete, a la media hora termino y aseo mi cuarto; hago media hora de meditación u oración y luego vengo al Colegio. Dependiendo del día tengo algunas reuniones con personal de CECAC, el consejo directivo, con coordinadoras de inglés o pastoral, entrevistas con papás, o algún proyecto del colegio o la congregación. También me gusta escribir, entonces a veces escribo.

De vuelta en el Convento, disparo dos veces la cámara desechable que encontré en mi cuarto; la primera, en la entrada, justo afuera de la recepción. La hermana Catalina posa junto a una estatua

⁹⁹ La hermana Lilia escribió un bello testimonio, similar al que compartió conmigo en la entrevista, y allí relató: “Recuerdo que se llegó el retiro de misiones de ese año y le dije al Padre Juan que estaba en crisis. Me preguntó: *¿Existencial? Vocacional*, dije yo; *Pues entonces es existencial*, me contestó. [...] Vi con claridad que Dios me llamaba para sí, ya no sentía ilusión en las bodas, ya no me visualizaba de novia, ni de esposa, amarrada a un hombre. Mi corazón sentía deseos de algo más. No me podía concentrar en nada, solamente aparecía en mi mente y corazón el ser religiosa”. Puede leerse, completo, aquí: “Dios escribe conmigo”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/dios-escribe-conmigo>, 7 de febrero de 2020.

En el blog del Colegio están disponibles más testimonios de las Misioneras. En otro leí: “En esos momentos tenía una relación de noviazgo, pero sentía un amor mucho más grande por Jesús”. Véase Dariana Vázquez, “Los caminos de Dios no son nuestros caminos”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/los-caminos-de-dios-no-son-nuestros-caminos-vocación-h-dariana>, 19 de febrero de 2020. Otro, más específico, describe la pasión de una mujer por la ciencia y la astronomía, su conflictiva relación romántica y lo que definió su decisión de ingresar al claustro: “Al terminar la carrera busqué becas para estudiar la maestría en Bioética en la Universidad de Navarra, y ya me veía terminando el doctorado y casada, con cuatro hijos. Mi proyecto de vida como yo lo había planeado se empezó a desmoronar cuando supe que no me darían beca por ningún lado y el chico con el que pensaba formar una familia se fue a estudiar la maestría y me dijo que no pensaba tener nada formal conmigo [...] Un día antes de ingresar, llamé al chico que había sido mi novio y le dije: *Me voy de misionera* y él me respondió: *¿Y si mañana llego a tu casa para pedir tu mano?* Le contesté: *Demasiado tarde, muchas gracias por tu amistad*”. Véase Teresa Zapata, “Vocación a la consagración y a la ciencia”, <https://blogcilac.wixsite.com/blog/post/vocación-a-la-consagración-y-a-la-ciencia>, 24 de febrero de 2020. Por las historias que escuché, entendí que la pregunta coqueta, la maliciosa insinuación de los novios de *pedir la mano* es la última tentación que enfrentan las muchachas antes de ingresar al Convento.

de Teresa Arias. Una gerbera rosa cubre la mitad de su cuerpo. Sonríe y se asolea con los rayitos de luz dorada que la alcanzan (¡Hasta traes tu cámara!, exclama con simpatía). Se despide de mí. Recojo mi mochila del piso para irme. Pienso cómo puede ser que el matrimonio, una institución tan común, esté encarado con la eternidad, la libertad intelectual y espiritual. Cinco siglos después de sor Juana, ¿ésta sigue siendo la fundamentación espiritual de sus vidas? Estoy cruzando el umbral cuando recuerdo una cosa que me dijo y no anoté, y que sí dice algo de su fe, del misticismo, del hambre por algo trascendental. Lo repito porque me gustó, para escribirlo al llegar a casa: Yo sabía que un hombre no me haría feliz, porque los humanos estamos hechos para el infinito.



La hermana Catalina en la recepción del Convento, en marzo de 2020.

Quizá es deleznable igualar soltería y religiosidad. Los testimonios de las religiosas describen el hallazgo de su vocación con una imagen más o menos similar. Hubo una epifanía. Aquélla ocurrió durante un momento espiritual: al orar en los retiros, al conversar con un sacerdote, al presenciar una situación de injusticia o en un instante fugaz de reflexión solitaria. Las *crisis románticas* que rememoran las Misioneras, con emoción y nostalgia, como un contratiempo más de la inocente juventud, están teñidas de un poderoso elemento existencial. Acaso fui arrogante al pensar que algo que nos atraviesa a todas —la posibilidad de *convertirnos* en madres y *ser* esposas— es algo menor que fácilmente puede barrerse bajo la alfombra. Es verdad que no hay, para las

mujeres, posibilidad de pensarse fuera del cuerpo. No es la cárcel del matrimonio ni la conventual; es ésta.

Negarse al amor romántico, el sexo y la compañía masculina sí es una afrenta. La negación del matrimonio puede ser una reafirmación de la complejidad humana, e ingresar al claustro, una búsqueda incesante de la existencia, la individualidad o la perfección.¹⁰⁰ Como Teresa y Lilia, más religiosas estudiaban la carrera cuando concluyeron que el pensamiento debía estar fundamentado en la fe, o carecería de sentido y pecaría de vanidad. Como sor Juana, en el Convento siguieron formándose bajo esta estricta noción de intelectualidad santa.

Los soldados y las policías

Desde 1962, cuando en la Colonia vivían apenas alrededor de ochocientas familias, la Junta Directiva de SCYF estableció un servicio de vigilancia. Siete hombres jóvenes, uniformados, hacían rondines a bordo de dos vehículos Jeep. Su labor, a grandes rasgos, consistía en “asegurar el orden” de las calles. Pero es complicado conocer, a ciencia cierta, cuál era el objetivo de su presencia. ¿De qué protegían a los colonos? ¿Los protegían siquiera? Los servicios de vigilancia de la Empresa despertaban suspicacia por las tareas de espionaje que habían emprendido décadas antes; los seguía el antecedente de intimidar y desarmar organizaciones obreras. No escuché ningún testimonio que insinuara que algo similar ocurrió en la Cuauhtémoc.

Fuera del horario de clase, en las tardes y en las noches, los vigilantes se estacionaban junto a los colegios. Abrían las rejas, recorrían las instalaciones para cerciorarse de que no hubiera polizontes nocturnos. Cuando estaban en tránsito, los Jeeps se movían por las avenidas principales de la Colonia. En el cinto de los vigilantes se asomaban las pistolas. Andaban al pendiente de lo que ocurría en las banquetas; cuando ellos lo consideraban correcto, se ofrecían a

¹⁰⁰ Para las mujeres el Convento también ofrece una salida útil del tormentoso mundo exterior. En la literatura es común encontrar esa alternativa cuando la heroína ha caído en desgracia, no quiere ya continuar con su vida o desea huir del héroe que la persigue. Pienso, por ejemplo, en *Nieve de primavera*, el primer volumen de la tetralogía *El mar de la fertilidad* de Yukio Mishima. Aquí el embarazo accidental de Satoko, fruto de su relación prohibida con Kiyooki, desencadena los hechos más importantes de la novela. Hundida en vergüenza, la muchacha corta su abundante cabellera y rápidamente busca la protección de monjas budistas. En el convento hace un juramento de castidad y renuncia para siempre a su relación clandestina con Kiyooki, que la busca, desesperado. Véase Yukio Mishima, *Nieve de primavera*, trad., México, Alianza, 2012.

llevar a los niños y a los jóvenes. Por ejemplo, René, un vecino del segundo sector, recuerda que un día había salido en bici con un amigo. Se pegó en el pie y comenzó a sangrar. Uno de los vigilantes los vio y preguntó por su dirección para avisar a su madre, y después llevarlo a la Clínica. Pero de noche, con la excusa de salvaguardar la moral, las buenas costumbres y los valores, los vigilantes acechaban a las parejas jóvenes que encontraban, solas, en la calle. Si pasaban las diez, humillaban a los hombres y llevaban a las señoritas hasta la casa de sus padres, donde recibían reprimendas avergonzadas. La atención que dedicaban a las niñas y adolescentes incomodaba a algunos colonos. Como me dijo Claudia, una vecina del tercer sector:

P. ¿Alguna vez interactuó con los vigilantes?

C. Pues los conocíamos de vista. Una vez uno nos ofreció *ride* a una compañera y a mí. Llegamos rapidísimo a la escuela, que estaba en otro sector... cuando le dijimos a la religiosa que habíamos llegado con el vigilante, nos regañó, nos dijo que eso no se hacía.

Además del grupo de vigilantes, en el tercer sector, hacia el final de avenida Ojo de Agua, junto al Bosque, había una casona con arcos que la gente llamaba “la Casa del Coronel”. A inicios del siglo xx, el terreno fue el paradero de diligencias; y, durante la Revolución mexicana, allí hubo dos campamentos militares. El edificio se construyó en 1930 y fue sede de más destacamentos del Ejército mexicano.¹⁰¹ No hay entre los vecinos memoria de un tiempo en el que los soldados no estuvieran. Las vecinas caminaban hacia el Bosque para acarrear las tinajas de tierra y veían a los soldados armados, de pie o sentados en el porche de la construcción, entre los arcos. Los hombres charlaban entre sí; no saludaban ni interactuaban con la gente de la Colonia. Tampoco hacían rondines ni interferían con las labores de vigilancia del grupo de SCYF. Pasaban el día dentro de la propiedad y la abandonaban sólo para ir por algo de comer.

En la Colonia prevalecía una sensación de tranquilidad. Las puertas estaban abiertas todo el tiempo, incluso cuando la gente dormía, y los vecinos entraban y salían de casas ajenas sin aviso previo. Era común que la gente se metiera hasta la cocina en busca de sus amigos; sólo era detrimento si en aquella casa había señoritas o niñas; entonces era respetuoso detenerse en el umbral, anunciar la presencia tocando con los nudillos suavemente. Por las noches, y ante el calor intenso de la canícula, las personas se echaban en los peldaños frescos del porche, o en el techo, y

¹⁰¹ “Museo San Nicolás”, http://sic.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=1252, consultado el 6 de octubre de 2020.

dormían. La gente se desplazaba con seguridad por la borrosa frontera del espacio público y el privado. En un lugar abierto, en el jardín, separadas por la bardita, dos vecinas podían sostener una conversación agitada, apasionada y profundamente íntima. Aquí entiendo lo público como “lo visible, lo manifiesto y sabido por la mayoría, en contraposición a lo privado, lo oculto y secreto; es decir, a las formas de actuar de la gente, a los lugares de fácil acceso”.¹⁰²



Presentación del servicio de vigilancia de SCYF, frente a la Clínica. 1961.

¿Cómo adivinar la privacidad en la Cuauhtémoc? ¿Qué hechos, pensamientos y deseos merecían la secrecía o la discreción? El sexo, ya por pudor, ya por enseñanza católica, estaba sellado en la alcoba conyugal. Las disputas familiares, sentimentales, no atañían más que a sus miembros. Y

¹⁰² Verónica Crossa Niell, *Luchando por un espacio en la Ciudad de México. Comerciantes ambulantes y el espacio público urbano*, México, El Colegio de México, 2018, pp. 115-116. Es la misma aproximación que presentó Arendt en *La condición humana*: “La palabra «público» significa [...] que lo que aparece puede ser visto y oído por todo mundo y tiene la más amplia publicidad posible. La apariencia —algo que ven y oyen otros al igual que nosotros— constituye la realidad. Comparada con la realidad que proviene de lo visto y oído, incluso las mayores fuerzas de la vida íntima —las pasiones del corazón, los pensamientos de la mente, las delicias de los sentidos— llevan una incierta y oscura existencia hasta que se transforman, desindividualizadas, en una forma adecuada para la aparición pública. La más corriente de dichas transformaciones sucede en la narración de historias y por lo general en la transposición artística de las experiencias individuales”. Hannah Arendt, *La condición humana*, trad. Ramón Gil Novales, Barcelona Paidós, 2003, pp. 59-60.

por supuesto, estaba aquel lugar sagrado, contenido en el espacio-tiempo, donde se abría la franja para soltar los pecados y aceptar las penitencias: las confesiones. Con el padre Galván, los vecinos dejaban la pesada valija de sus pensamientos.

Había también espacios exclusivos, sociedades dentro de la gran sociedad, que los vecinos aceptaban con naturalidad. El Convento de las Misioneras Clarisas estaba cerrado al exterior. La Pequeña Liga de béisbol, que se nutrió de niños y se convirtió en el deporte por excelencia, rechazó disimuladamente a las mujeres y niñas de la Cuauhtémoc.

El Comité de Vecinos

El Comité de Vecinos comenzó a operar en 1964 y tuvo cinco miembros. Su objetivo era auxiliar a la Comisión de Casas y a la Administración de la Colonia, grupos de SCYF, “en todos aquellos asuntos de mantenimiento, embellecimiento y servicios urbanos de la propia Colonia que, por qué no decirlo, puede ser una de las más bellas de la ciudad si los propios residentes nos avocamos a esa tarea”. El programa de labores del Comité se dividió en cinco temas, con un representante para cada uno: Urbanización (servicios de agua, drenaje, gas, alumbrado público, pavimentos y banquetas), Servicios Públicos (recolección de basura, transportes urbanos, teléfono y correo), Vigilancia (vigilantes de ronda, comercios fijos y ambulantes, animales domésticos, ruidos, nomenclatura de calles), Parques Deportivos (Comedor Campestre del Bosque, parques de escuelas y parques infantiles, Liga Pequeña y cine-terraza), Reforestación y Jardines. El Comité se reunió cada semana con miembros de la Comisión de Casas y de la Administración de la Colonia. El anuncio del primer Comité de Vecinos apareció en la revista de *Trabajo y Ahorro* con el nombre de los encargados, el nombre de la calle y el número de la casa que ocupaban en la Cuauhtémoc.¹⁰³ Cinco años después, se anunció una recién formada “Unión de Vecinos de la Colonia Cuauhtémoc” en *Trabajo y Ahorro*:

Una Colonia moderna, bien organizada y urbanizada, con servicios públicos eficientes, se traduce en bienestar y buen vivir para todos sus moradores. Los residentes de la Colonia Cuauhtémoc tienen ante sí la tarea de conservar este índice de vida en su comunidad y de mantener su Colonia a la envidiable altura que ha alcanzado frente a otras zonas residenciales de la gran ciudad regiomontana.

¹⁰³ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2052, 25 de enero de 1964.

Esto supone el seguir manteniendo el alegre clima de unidad que ha caracterizado a los residentes, quienes han formado la Unión de Vecinos, para canalizar a través de la misma todos los asuntos que atañen a los servicios de su comunidad, al interés colectivo de sus habitantes.¹⁰⁴

El trabajo y el orden

A las tres de la tarde, un silbido cortaba el aire y marcaba el fin del turno matutino en la fábrica de Hylsa. La maquinaria lejana irrumpía en el silencio calmoso de las calles. El estruendo de los hornos de fundición, y la explosión ocasional de las pedreras en el cerro del Topo Chico, acompañaban a las personas en sus actividades. Pero persistía el silencio. Después de las gestiones conjuntas de SCYF, el presidente municipal de Monterrey, y la Comisión Mixta de Transporte Urbano, la ruta de camiones Alameda-Cervecería empezó a correr por la Colonia en 1962. Su trayecto se prolongó hasta Ciudad Universitaria. “Hay verdadero beneplácito entre los residentes de la Colonia Cuauhtémoc por este importantísimo servicio que ha venido a cumplir una necesidad imperiosa en ese sector de nuestra ciudad”, afirmó la nota informativa de *Trabajo y Ahorro*.¹⁰⁵

El proyecto de Cervecería tomó por sentado factores que no deben pasar desapercibidos, pues no son estáticos. El trabajador era un hombre. Como padre de familia, él era el responsable de proveer el pan diario, lo indispensable para asegurar la supervivencia de sus hijos. Las mujeres estaban a cargo del cuidado. La Empresa asumía la responsabilidad del desarrollo educativo, religioso y espiritual; pero la familia tradicional, el elemento básico, era lo que unía al individuo con la sociedad. Sólo en esta sociedad católica, compuesta por miles de familias, tendría sentido su ambicioso proyecto.

Entre la gente de la Cuauhtémoc coexiste la admiración por los obreros y por la Empresa. A los trabajadores se les respeta por el pesado trabajo, el cansancio físico, las enfermedades que enfrentaban después de sus jornadas. Trabajaban ocho horas, de madrugada, de noche o de día, y en turnos dobles. Los testimonios insisten en la disciplina y el carácter fuerte de los hombres, que “se metían friegas” para mantener a sus familias. A cambio del trabajo duro, él percibía un modesto salario y su familia, la vivienda fija. Y la Empresa era un ente amorfo que invocaba tanto a los patrones, cuanto al orden social que ellos habían instaurado. Los vecinos no conocían el

¹⁰⁴ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2315, 17 de mayo de 1969.

¹⁰⁵ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1990, 1962, p. 11.

rostro de Garza Sada. Reconocían que la Empresa era la *proveedora* de bienes y servicios; por eso ésta inspira agradecimiento, efusividad y alegría en los colonos de la segunda generación, quienes enumeran sus gentilezas y, a la par, dejan entrever la compleja relación que sus padres tenían con ella. Como señaló Beatriz:

Papá siempre fue muy agradecido con Cervecería. Decía *El indio me ha ayudado mucho* o *El indio me va a sacar del apuro*, por la imagen del apache que traían las botellas, ya sabes. Siempre decía que gracias al indio tenía esta casa. Es que él creció en vecindarios, era muy pobre... en la Empresa se fregó mucho.

Bertha cuenta que su padre, electricista de Hylsa, perdió tres dedos en un día laboral. El incidente me parece significativo por cómo cuenta ella la historia:

P. ¿Cómo perdió los dedos su papá?

B. En la parte de corcholata-lámina era bien cotidiano que los trabajadores se cortaran. Tenían que aceitar las láminas, luego cortarlas en forma de cuadro y a veces se les resbalaban entre los dedos. Me acuerdo porque un día nos dieron el recorrido¹⁰⁶ de la empresa; nos regalaron fichas con adornos navideños para armar un pinito, muy padres [...] ¡Pero bueno! En lugar de *deshacerse* de ti, la Empresa te acomodaba en otro lugar donde pudieras *seguir sirviendo* si te accidentabas. La opción nunca fue correrlos.

P. ¿Y qué pensaba su papá de la Cervecería?

B. Él siempre hablaba muy bien de Cervecería. Tiene una anécdota: un chofer estaba en los jardines de Cervecería, lavando un carro. Papá llegó con él a pedirle trabajo y el chofer le dio la tarjeta del Jefe de personal. Papá fue con el Jefe y le dieron trabajo de inmediato. Años después, en la rifa de regalos de una posada, papá reconoció al hombre que creía que era un chofer, ¡y resultó que era Eugenio Garza Sada! [maravillada] Y se

¹⁰⁶ Los recorridos por las fábricas fueron un éxito entre los niños. Los vecinos de la segunda generación recuerdan bien el día en que visitaron la Empresa y conocieron el imponente ambiente de trabajo de sus padres. Minerva, por ejemplo, recordó: “En aquella época, a las familias nos llevaban a la Empresa y a la planta para ver cómo era el procedimiento para hacer el fierro. Fundían los lingotes y hacían las placas. Nosotras las veíamos arder. Me acuerdo que esa vez que fuimos tenían un área verde preciosa, en una jaula tenían unos venaditos. Ya después los pasaron para las canchas, pero me acuerdo muy bien que hacíamos ese recorrido y nos daban merienda y todo ese rollo”.

quedó papá con esa anécdota, que don Eugenio era muy sencillo, muy humilde. Estuvo bien agradecido toda la vida.¹⁰⁷

La afirmación “Perder dedos era algo cotidiano” concluye, en un salto a favor de la Empresa, “Papá estuvo agradecido toda la vida”. Cuando había accidentes, se entendía que eran inevitables en el ambiente rudo en el que trabajaban los obreros. El fragmento que sigue corresponde a la conversación que tuve con Jacinto, un técnico de Hylsa que ha trabajado en la Empresa durante más de treinta años, y que vive en el tercer sector de la Colonia.

P. ¿Cómo es el ambiente en la planta?

J. [Pausa. Exhala con pesadez y prosigue]: Es un ambiente hostil y pesado. Hay mucho ruido, mucho polvo y mucho calor. Y hay veces que hay que entrarle aunque esté uno... pues hay que entrarle, ¿verda'? No tienes más que jalar. De repente se siente uno bien, porque saca el trabajo adelante. Siente satisfacción. Pero sí es pesado.

P. ¿Por qué es pesado?

J. Hay gente que tiene más pesado el trabajo, ¿no? Mira, las ollas tienen boquillas, tapones porosos. Esos tapones se desgastan y hay que cambiarlos. Entonces estás cerca de la olla, a trescientos grados centígrados. O los [hombres] que están en refractarios y se meten con el horno, todavía bien caliente, a demolerlo, para meter ladrillo nuevo. Te metes al calor, con traje protector, sí, pero sales desvanecido.

Los boletines *Trabajo y Ahorro* y *El Abanderado* difundieron las historias de éxito más llamativas: hombres y mujeres sin educación habían sorteado obstáculos hasta instalarse, con decoro y elegancia, en un puesto digno. La moraleja era: los sueños de cualquier persona son posibles si ella se compromete al trabajo constante y al ahorro.

¹⁰⁷ La gente cuenta con mucho orgullo las anécdotas que involucran a Eugenio Garza Sada. En todas las historias que escuché, Garza Sada es un hombre amable, generoso, lo que un trabajador llamó “un gran tipo”. En una de las más emotivas, una vecina de cincuenta años me contó: “Por lo general nunca digo esto... aquí en mi casa tengo varios muebles que eran de don Eugenio. Mi bisabuela era empleada doméstica en su casa, ella planchaba la ropa. Por lo regular la familia Garza Sada vendía sus muebles a los empleados, a bajo costo, cuando ellos iban a comprar otros. [...] Mi bisabuela decía que quería besarle los pies al señor, que él era [sic] con sus empleados... [pausa emotiva] Ella llegaba a su casa cargada de fruta, de pavo, de carne, él les regalaba bastantes cosas. Era tan humano. Ese señor se fue al cielo, no me cabe duda. Sabrá dios cómo hubiera sido nuestra vida sin él”.

Semana a semana y mes a mes, nuestra compañera fué (sic) viendo cómo aumentaba el volumen de sus ahorros. Jamás distrajo un peso para gastos innecesarios, nunca le tentaron los ya varios miles de pesos que tiene reunidos [...] Hace unas semanas, nuestra consocia pudo adquirir en propiedad una alegre casita, donde seguramente su vida discurrirá con más alientos y más esperanzas.

Una humilde trabajadora ha ejemplificado cabalmente la excelencia del ahorro tenaz, y ha probado de lo que es capaz una voluntad pujante que se pone al servicio de un ideal entrañable.¹⁰⁸

Al recordar su pasado, la gente se suma con entusiasmo a la fe en la movilidad social y la buena voluntad de la Empresa. Un día de octubre visité un local de tacos de avenida Famosa. Adentro, cuatro mujeres calentaban tortillas en un comal, picaban cebolla y cilantro, guisaban carne. Una tele destartada reproducía la programación de noticias matutinas de Multimedios, el canal local de Monterrey. Una mujer mayor estaba sentada en un banquito de plástico rojo. Conversaba con las cocineras aferrándose al cubrebocas, obsesiva, con las manos temblorosas. Vestía pijama, tenía el pelo alborotado y sus lentes de vidrio estaban empañados por su respiración. Me observó fijamente cuando comenté a mi acompañante, sorprendida, que no había notado que había cajeros entre los locales comerciales.

K. ¿Tú eres de aquí? Ya tiene rato ese cajero.

P. Sí. Usted atendía la papelería, ¿no? Creo que la recuerdo...

Enseguida, sin que yo le preguntase, la señora comenzó a hablar sobre la Cuauhtémoc. Me dijo que vivía en la calle Canario, cerca del local. La papelería era de mi hermana, corrigió. Luego me contó de su padre.

K. Mi papá estudió hasta segundo de primaria. Empezó como obrero en Hylsa, después se hizo contratista porque era bien listo. Don Eugenio le ofreció una casa que estaba por

¹⁰⁸ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2695, 15 de enero de 1977.

el Davila's¹⁰⁹ que tenía como seiscientos metros cuadrados, grandísima la casa, pero papá le dijo que no porque ya tenía una en la Regina.¹¹⁰

P. ¿Cómo conoció a don Eugenio¹¹¹ su papá?

K. Ah, pues lo conoció porque él entraba caminando a la Cervecería por Anaya¹¹², y siempre se lo topaba. Y don Eugenio le decía [imita tono suave y gentil]: “Luisito, te voy a dar una casa bien bonita, te va a gustar mucho, vas a ver...”. Cuando construyeron el segundo sector, sí le consiguió una muy buena propiedad, porque era esquina con Famosa, muy amplia. Era la mejor.

La familia de Luisito ilustra las anécdotas que presumía Cervecería. Que un niño hubiera estudiado hasta segundo de primaria, y después hubiera conseguido un puesto importante en la Empresa, resonaba en el corazón de la gente. Era verdad, era posible. La mujer procedió a contarme, resuelta, que su padre había comprado casas sobre Famosa para transformarlas en locales en la década de 1980. Ella era la dueña del puesto de tacos. Durante su adolescencia, las hijas mayores de la familia estudiaron en Roma, con las Misioneras Clarisas, sin unirse a la orden religiosa. Costaba un buen billete irse con ellas, concedió. La ferviente gratitud hacia la Empresa se entiende por estas historias de superación, movilidad, crecimiento que seducen a quienes las escuchan. Hay también una fuerte satisfacción de producir, trabajar, “hacer el bien” y encajar con el resto de una comunidad que se jacta de ser respetable.

La alimentación

Cada mes, una camioneta rondaba la Cuauhtémoc con lentitud. El vehículo se estacionaba y de él bajaban hombres jóvenes, ataviados de mezclilla, cargando cajas de cartón con despensa: maíz,

¹⁰⁹ Restaurante de comida corrida ubicado en av. Nogalar Sur 199, en el primer sector de la Cuauhtémoc. Abrió en 1987.

¹¹⁰ La diminuta Regina fue una de las primeras colonias obreras en Monterrey. “Pasando las vías del ferrocarril, por la misma carretera nacional, se hallaba el Regina Courts, un hotel utilizado por los turistas y que dio nombre a la colonia aledaña”. Véase: J. L. Esquivel Hernández, *op. cit.*

¹¹¹ En este punto del trabajo de campo ya era obvio, para mí, que al hablar con los vecinos yo también usaba el prefijo “don” para referirme a Garza Sada. Omitirlo, pienso, quizá no sería grosero, pero definitivamente no se vería bien. Lo mismo sucede con las Misioneras Clarisas, a quienes todos llamamos “hermanas”. En tercera persona y en su ausencia, algunos se atreven a decir “monjas”, pero se entiende que es grosero. Acaso una forma condescendiente y cariñosa de atenuarlo es diciendo “monjitas”.

¹¹² La calle Pedro María Anaya, en el centro de Monterrey.

frijol, harina, leche en polvo, huevos, carne, galletas, frutas, verduras. Las vecinas firmaban un recibo por el monto de los víveres y esa cantidad se descontaba del salario del trabajador. Cuando platico con habitantes de la primera generación, ellos mencionan la entrega de despensa como un beneficio más de vivir la Cuauhtémoc. Nunca nos faltó nada, aseguran. La despensa se calculaba por cabeza. El trabajador y su cónyuge tenían derecho al subsidio, también sus hijos menores de dieciséis años.

Había tres molinos en la Colonia, propiedad de vecinas, en las calles Amatista, Zafiro y Heliotropo. Estaban dentro de los patios, en cuartos improvisados con tablas de madera. Las dueñas se beneficiaban con la demanda de los colonos. Surgieron las primeras tortillerías, los estanquillos, las pollerías y carnicerías. Las mujeres remendaban, inyectaban analgésicos, horneaban, peinaban y maquillaban a sus vecinas para las reuniones sociales de importancia, asistidas apenas por un peinador o un espejo. Vicente Sandoval, “el sobador”, atendía a los atletas y a los trabajadores afectados por dolores musculares, inflamaciones o huesos dislocados. En la Colonia se decía que “había andado con los gitanos” y por eso tenía “manos curativas”. El señor Sandoval no cobraba por sus servicios. Era la alternativa obvia para quien no quería ir a la Clínica, consultar con médicos o empastillarse. Las madres, recordando la sabiduría popular de sus ranchos, colocaban hilos rojos en la frente de los niños para asustar el hipo, machaban hierbas, preparaban té para calmar la fiebre.



Lucas Garza Cabello en el patio de su casa, en el tercer sector. 1974.

Se comía en cantidades muy pequeñas. Doña Toña, una vecina del tercer sector, vaciaba un envase de coca-cola en cuatro vasos y los tendía a sus hijas. En 1970 los niños merendaban pan casero, tostadas con salsa, los frutos que crecían en los jardines. Por las mañanas pasaba una camioneta y la bocina decía, en una distorsionada voz masculina, *Ya llegaron las tortillas de maíz, calientitas*. Las señoras aventaban monedas a los niños para que ellos salieran, deprisa, al encuentro del vendedor. A mediodía, cuando sonaba el timbre de los colegios y los alumnos caminaban de vuelta a casa, el olor a tomate, sopa y carne llenaba las calles. Las vecinas intercambiaban agasajos envueltos en servilletas: nueces gordas del nogal de una, con las cáscaras ennegrecidas y húmedas, listas para romperse; naranjas, duraznos o mandarinas del jardín de otra; empanadas de las más afanosas, que se encerraban con el horno ardiente a pesar del calor. Días antes de las posadas, las mujeres se reunían y amasaban toneladas de maíz para preparar tamales. La comida era una señal afectuosa, y la cocina, un espacio social. Fue allí donde se gestaron las alianzas y la amistad entre las mujeres.

La agresiva publicidad de las bebidas alcohólicas tuvo su auge durante estas décadas, cuando la Cervecería intentó diversificar a sus consumidores. La Empresa invirtió en publicidad para Carta Blanca, una de sus cervezas de sabor más intenso y rudo, para dirigirse a las clases medias y altas. El objetivo era convencerlas de que ellas, también, disfrutarían bebiéndola, y contrarrestar las ideas imperantes de la bebida como una de la clase obrera. Dentro de los jardines de SCYF, la cerveza era el fiel acompañante en todo tipo de celebraciones, desde los aniversarios laborales y las bodas, hasta las eufóricas despedidas de soltero. Junto a los víveres, la Empresa regaló cartones de cerveza a sus trabajadores. Sin embargo, entre la intensiva educación católica que había echado a andar en la Colonia, y el ojo riguroso de las Misioneras Clarisas, pronto se tachó a la bebida de inmoral y pecaminosa. No ha habido, jamás, un bar en la Cuauhtémoc. Y los lugares masculinos dedicados a su consumo se quedaron lejos de la Colonia, cerca de las fábricas, donde los obreros podían escapar un rato del ruido de las máquinas, y descansar.

La cerveza está ausente física y mentalmente en la Cuauhtémoc. La silente relación con el producto final de la Empresa es en apariencia contradictoria, sin duda apasionada. Dos puntos se me ocurren al respecto. Primero, no todos los trabajadores de Cervecería estaban forzados a pensar cotidianamente en la cerveza. La rápida diversificación de la industria, la intensiva

producción de corchos, envases, empaques, refrescos, acero, facilitó la disociación de los obreros con las bebidas alcohólicas. No fue un punto en común entre subordinados. Segundo, los espacios públicos de la Colonia eran ocupados por las vecinas y sus hijos. Hablamos de una colonia femenina. El alcohol sólo aparecía ocasionalmente en su radar, personificado en algún pobre borracho que prendía el chismorreo, y a quien de inmediato reportaban las Misioneras Clarisas.

La educación

“La educación intelectual, moral y física de la niñez es una labor que la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa se fijó como tarea principal, una vez lograda la edificación y urbanización de la Colonia Cuauhtémoc”.¹¹³ Si le pregunto a los vecinos qué tienen en común las personas de la Cuauhtémoc, ellos apuestan por “los valores”, el modo de actuar, la moralidad compartida o la religión. La distinción que se atribuyen a sí mismos está basada en un supuesto buen comportamiento, y es un juicio retroactivo: al hablar del pasado recurren a una visión generosa y dulce de la vida. No había conflictos, todos se llevaban bien, se tendían la mano. Recuerdo algo que leí. Para Aristóteles, la virtud cívica no es una cualidad innata del ser humano, sino que tiene que ser desarrollada mediante el pensar y el actuar en la comunidad política, en lo público.¹¹⁴

La segunda generación creció bajo la estricta supervisión de las Misioneras Clarisas. Las niñas estudiaron en los colegios y tomaron cursos de cocina, costura y música. La estrecha vida comunitaria empujó a los colonos a establecer lazos de confianza y afecto. Aquellas niñas recurren a las Misioneras Clarisas para legitimar la presunción de su moral prístina. Las antiguas estudiantes del Colegio Isabel la Católica suponen que la educación católica fue un pilar formativo para la vida que se desenvolvía en la Colonia. Matilde, una vecina del segundo sector, me informó:

Eran muy estrictas, al final de cuenta eran religiosas. En ese momento no lo valoras, pero cuando ya creces, por ejemplo ahorita con mis 57 años, sabes que por *esos valores* que te inculcaron a la fuerza, eres *una mejor persona* a diferencia del resto. [...] Sabías que el que vive en la colonia Cuauhémoc, era persona buena. Si te has enterado, en la colonia hay muchas personas que son el hijo o el nieto, que como quiera buscamos la Colonia por la

¹¹³ *Trabajo y Ahorro*, núm. 1853, 1960.

¹¹⁴ Verónica Crossa Niell, *op. cit.*, pp. 124-125.

tranquilidad que da. Son buenas personas. Tú sabes que el vecino te va a estar cuidando la casa si te vas. Nos ayudamos.

Los colegios aceptaban, exclusivamente, a hijos de los trabajadores. El 17 de noviembre de 1957 iniciaron las actividades de Isabel la Católica, cuyo lema fue *Lux est vita*. Las reseñas históricas de la escuela, anónimas, recurren a la historia de bronce para destacar su importante misión educadora:

La ciudad de Monterrey está ahora rápidamente comunicada por aire y por tierra con muchas otras de México y los Estados Unidos. Su actual prosperidad es el fruto larga y pacientemente cultivado del espíritu de empresa que los años atrás templó la hostilidad de una Naturaleza que a diferencia de las regiones tropicales de México, no ofrecía a los creadores de Monterrey más que el reto de su aridez. Debe haber sido la sed lo que a finales del siglo pasado indujera a mexicanos avecinados en Monterrey a la fundación de la Cervecería Cuauhtémoc, S.A.¹¹⁵

El 5 de diciembre, el presidente Ruiz Cortines visitó los colegios. Recibió un ramo de flores de dos alumnas, que lo recibieron acompañadas de su maestra de segundo de primaria, la hermana Amalia Gómez. En 1958 se incorporó el grado de preparatoria al Colegio Francisco G. Sada. En 1959, el Colegio Isabel la Católica contaba con casi cuarenta alumnas; cada lunes, las niñas salían al patio para rendir honores a la bandera. En 1960, Rubén Darío Dávila, Jefe del Departamento de Actividades Culturales y Recreativas de SCYF, solicitó la incorporación de los colegios a la Dirección General de Educación Pública. La petición se concedió en marzo de 1960.

Entre 1964 y 1965 se construyó la secundaria. Contaba con laboratorios de física, química y biología, biblioteca, cocina y salón de labores. Arrancaron las campañas de aseo, puntualidad y disciplina con la población de veinte alumnas; como me explicó Bertha, las niñas aprendieron a lavarse los dientes, el pelo y el cuerpo. La dirección general quedó a cargo de las Misioneras Clarisas, siempre bajo la supervisión de la Empresa. En 1968 los colegios organizaron una serie de actividades y juegos deportivos para unirse al espíritu de las Olimpiadas en México. Ese año se inauguró la banda de guerra, formada por alumnas. El maestro Timoteo L. Hernández, historiador y director de educación del estado, visitó las escuelas y habló sobre la historia de

¹¹⁵ Archivo Histórico MCSS, p. 14. Véase *infra*.

Nuevo León. En la década de 1970, las Misioneras Clarisas empezaron a dar cursos de mecanografía, juguetería y confección.



El presidente Ruiz Cortines recibe un ramo de flores de la hermana Amalia Gómez. 1957.

Ocho edificios se destinaron al Centro Escolar Cuauhtémoc: seis a primaria, uno a secundaria, otro a preescolar. Las Misioneras Clarisas manejaban cuatro, asistidas por maestros seculares. Los Hermanos Lasallistas atendieron el resto. En 1973, el Colegio Isabel la Católica acogía 1260 alumnas con una planta docente de 26 religiosas.

Este Colegio fue iniciado en el ideal no de un puro afán de concimiento que mueve al hombre a conocerse a sí mismo, sino de un hondo interés de organizar su vida y formarla conforme a la ley que descubre su alma, y con esto ha llevado a cabo la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa durante catorce años la formación de los hijos de sus socios.

Al ingresar al colegio las niñas pasaban por una prueba de canto; si daban los tonos, eran admitidas al coro. El diez de mayo una camioneta daba la vuelta a la Colonia con un grupo de alumnas cantando las mañanitas en la caja. Las vecinas observaban el desfile desde las banquetas. Por las tardes, cuando sonaba el timbre de salida, los niños caminaban de vuelta a casa y las calles

“olían a tortilla de harina recién hecha”, una señal inconfundible de la prometedora presencia materna. En diciembre, por el día de la coronación de la Virgen, las niñas tocaban en las casas y pedían flores con premura para presentarlas en la asamblea; las vecinas arrancaban rosas de sus jardines, cortaban las espinas con habilidad, y se las regalaban. Los colegios eran una oportunidad de frecuentar a la infancia de los otros sectores.

La educación femenina estaba ligada a los votos sagrados de las religiosas. Esta influencia era obvia, por ejemplo, en la correspondencia que las niñas sostenían con la madre fundadora. Por instrucción de las maestras, las alumnas escribían cartas a Teresa Arias. En ellas describían las tareas que habían hecho la semana anterior, sus aprendizajes, los valores que ponían en práctica. La madre respondía con paciencia, desde el extranjero, y a veces señalaba las faltas de ortografía y gramática que cometían las alumnas y cómo debían mejorar en las próximas misivas. La religiosa destacaba la difícil situación de los lugares que visitaba, “países remotos y abandonados”, y que las niñas debían agradecer a Dios por todo lo que ellas tenían. La orden acogió a La Florecilla, una comunidad pequeña de San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Las alumnas comenzaron a cartearse, también, con las niñas que recién habían aprendido a escribir. Así se pensaron a sí mismas ventajosas, más libres y afortunadas que las otras pequeñas.

Hay también quien recuerda un lado intolerante y amargo de las Misioneras Clarisas. La instrucción rígida y formal empeoraba para las niñas que sufrían, más que otras, las penurias económicas del hogar. El siguiente intercambio, que tuve con Beatriz, lo ejemplifica bien:

P. ¿Qué piensa de las Misioneras Clarisas?

B. Yo nunca tuve contacto con ellas. Nada. Hubo una mala experiencia con mis hermanas mayores. Mis papás eran muy pobres, pues papá era obrero de Cervecería, ¿no? [risas] Y *las monjas* eran muy estrictas y muy exigentes. Mi hermana, la mayor, estaba en quinto año. Cuenta mamá que ella batallaba mucho para comprarle sus libretas. Un día mi hermana no hizo la tarea y una de las monjas le rompió la libreta. Mamá fue y le reclamó. Se pelearon. En aquel entonces las monjas no eran humanitarias, veían la pobreza y les valía. Mamá sufrió mucho por ellas. No se tentaban el corazón. Mamá trabajaba lavando, planchando y todo. Como éramos muchos, no bastaba el sueldo de papá. Entonces a mí me mandaron a la pública.

P. Y si usted hubiera tenido hijas, ¿las hubiera mandado al colegio?

B. ¡Sí, claro! Me gustaba mucho la Isabel la Católica, a pesar de todas las historias. Era otra época, de mucha necesidad. Si yo hubiera tenido niñas, a mí me hubiera tocado [lidiar con] maestras.

En cambio, los niños de la segunda generación dan otras razones para sustentar la misma idea de superioridad moral: el sentido de comunidad, la convivencia, el que nunca les faltara nada. Marcelo, un vecino del primer sector, me contestó:

P. ¿Hay algo que una a la gente de la Cuauhtémoc?

M. Pues la disposición de las casas y que éstas estuvieran organizadas en semi-privadas, los juegos en cada sector, el que hubiera lugares para congregarnos, como los colegios y la parroquia. Teníamos toda el área social cubierta, y todo eso va formando *antecedentes y valores* en las personas que vivían ahí.

Además de la educación básica, que estaba dirigida a los hijos de los trabajadores, la Empresa ofrecía cursos gratuitos para los adultos. En SCYF se impartían lecciones de inglés, matemáticas, corte y confección de ropa, juguetería, bordado, tejido, cocina, conservación de alimentos, decorado y pastillaje, arreglos de naturaleza muerta, pintura textil y al óleo, música.¹¹⁶ Armando Villarreal, un músico que alcanzó la fama moderada por una sola composición, Morenita mía, enseñaba piano y canto. En la planta docente había más artistas que pertenecían a los círculos artísticos de la región. En verano se impartían clases de voleibol, natación y tenis; en invierno, de patinaje. La Sociedad enseñaba “educación financiera”, y en aquellos salones no se perdía la oportunidad de dar cátedra sobre el gasto moderado, el pensamiento encaminado hacia el futuro y el ahorro. Después de estudiar en las academias de la Sociedad, algunas personas ponían en práctica sus aprendizajes y emprendían su propios negocios.¹¹⁷ Los cursos atajaron la monotonía del trabajo diario, pesado y repetitivo. La señora Victoria Elizondo, quien empezó a trabajar en Cervecería en 1947, cuando tenía diecinueve años, expuso:

¿Cómo no voy a querer a SCYF? Si las empresas siempre se preocuparon porque no viniéramos nada más a trabajar, sino que ampliáramos nuestros conocimientos y que a la salida del trabajo la pasáramos felices, antes de volver al día siguiente a trabajar. Nos

¹¹⁶ *El Abanderado*, núm. 229, 1968.

¹¹⁷ *Trabajo y Ahorro*, núm. 3461,

demonstraron el amor al trabajador y a sus familias, haciendo todo para que alcanzáramos la felicidad.¹¹⁸

Con la ingeniosa combinación de ocio, preparación intelectual y oficiosa, la Sociedad reclamó la atención de los trabajadores y sus familias. Las horas de no-trabajo se atiborraron de actividad, aprendizaje y socialización amena. Tras los muros de SCYF surgieron amistades, noviazgos y matrimonios. Las personas sentían una emotiva expectativa por las temporadas, la primavera y el invierno, por las actividades que éstas implicaban. El calendario social curaba el hartazgo que podían sentir ante la inevitable llegada “del día siguiente”, como señaló Elizondo. Los hombres, ya acostumbrados a las actividades mecánicas, que no requerían ningún esfuerzo creativo o intelectual, se concentraban en el fin de semana para sobrellevar el cansancio. Con el trajín significativo del tiempo libre, los trabajadores del siglo xx aliviaron la necesidad disimulada de algo más profundo, gratificante y disfrutable.¹¹⁹

Los grupos parroquiales

Los jóvenes y adolescentes socializaron en la parroquia. En Jóvenes en Camino Hacia la Verdad (JESVA), hombres y mujeres se reunían una vez a la semana; visitaban otras colonias, convivían con adultos mayores, leían la biblia y fomentaban el matrimonio entre parejas que vivían en unión libre. Los grupos surgieron con el propósito explícito de “evangelizar colonias de bajos recursos”, como la colonia Azteca (hoy, Carmen Romano). La diferencia entre aquellas colonias y la Cuauhtémoc era, para ellos, evidente. Desde la correspondencia entre las niñas del Colegio Isabel la Católica y las niñas de La Florecilla, hasta la evangelización de la colonia Azteca, la población de la Cuauhtémoc asimiló su propia distinción social entre el rango de los obreros.

De San José Obrero salieron los primeros matrimonios de la Cuauhtémoc. Los hombres de la Colonia bromeaban entre ellos y llamaban a los grupos parroquiales “Valle de pasiones”, como el popular programa de televisión estadounidense, porque ingresaban a ellos con la intención oculta de conocer a las muchachas más guapas. Las parejas con las que conversé, al explicarme cómo se conocieron, recurrieron sin falta a los grupos, las actividades de la Iglesia, las misas o las

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ Sobre esto escribió Araceli Damián en el número más reciente de *Otros diálogos*. Véase: “Confinamiento y aburrición en el capitalismo”, <https://otrosdialogos.colmex.mx/confinamiento-y-aburricion-en-el-capitalismo>, 1 de enero de 2021.

fiestas patronales. Y porque niños y niñas habían estado separados durante la educación básica, el templo era el único lugar donde podían relacionarse en la adolescencia; además, por supuesto, de las actividades cívicas de SCYF.¹²⁰

En los grupos parroquiales también se formaron las religiosas y los sacerdotes de la Colonia. Nueve niños de la Cuauhtémoc se convirtieron en sacerdotes, una cifra considerable para un espacio tan reducido. Cuando los jóvenes anunciaban su decisión, se desencadenaba el drama. Los vecinos los acompañaban al seminario de la arquidiócesis y se despedían de ellos “como si fueran a dejar el país”, me contó uno entre risas. La reacción de sus familias era impredecible; unas, orgullosas, alentaban la vocación de los hijos desde el primer momento. Otras insistían en la vida *no vivida*, el futuro hipotético al que estaban renunciando, y que podían arrepentirse después.¹²¹ Los grupos catalizaban la elección entre la vida religiosa y el matrimonio. La estricta formación del colegio y la influencia de los grupos, donde los jóvenes se la pasaban muy bien, promovió la presencia de una generación de hijas en el noviciado de las Misioneras Clarisas. Es el caso de la hermana Catalina. Ella me dijo:

A mí me atraía mucho el matrimonio por la cuestión de los hijos, como a cualquier chica. La chica que no sueña con ser madre, pues, está rara, ¿no? Es muy normal aspirar a la maternidad, a ser esposa. Pero yo fui consciente de ello y renuncié a todo a pesar de mi juventud. Y renuncié a poseer cosas, porque uno también quiere tener dinero, tener una casa. Acepté la obediencia, la castidad, la pobreza [...] Pero yo he concluido que lo más importante en esta vida es encontrar tu lugar. No es casarte ni ser religiosa. Tú, Azucena, ¿para qué fuiste hecha? ¿Qué le vas a dar a la humanidad?

¹²⁰ En décadas anteriores, un orgullo para la Empresa había sido el que los trabajadores de Cervecería Cuauhtémoc entablaban relaciones de noviazgo, y se casaran, con colegas de la fábrica. Después de la boda, las secretarías renunciaban; en la sección “Mujeres” de *Trabajo y Ahorro* se dedicaba un espacio a su nueva vida hogareña, el cuidado de los niños, y otros puntos de interés. En la Colonia Cuauhtémoc aquellos matrimonios son raros o no existen (durante la investigación no logré encontrar algún caso); las parejas surgieron de la inevitable vecindad y los grupos religiosos. Véase: M. Snodgrass, *op. cit.*, pp. 78-79.

¹²¹ El caso controvertido del sacerdote Ramírez servía de ilustración para las advertencias de los padres. El sacerdote trabajó en la Iglesia San José Obrero durante un lustro, después desapareció sin dar explicaciones. Los vecinos se sorprendieron cuando volvió casi una década después, casado, y se quedó a vivir en la Colonia con su joven esposa y con sus hijos.

Según los vecinos, la personalidad de los sacerdotes definía la actividad parroquial, el grado de la fe, la vocación. La voluntad del sacerdote, su carácter y su energía podían ocasionar la creación de múltiples grupos de jóvenes en pocos años; o años de aburrimiento y poca acción. En 2020, los vecinos culpan disimuladamente al sacerdote, un hombre de la tercera edad que ha estado al frente de San José Obrero desde 2001, del lento movimiento dentro de la iglesia. Y recurren al recuerdo de los primeros y míticos padres para argumentar que ellos, los grandes evangelizadores, sí unieron a la comunidad, que su ausencia ha afectado el espíritu de la Cuauhtémoc. Antes la parroquia tenía una vida “muy fuerte”, dicen. Una cosa más que ha cambiado, a la que hay que buscarle culpables.

Las fiestas y la diversión

La fiesta patronal empezaba el primer día de mayo. La misa era el preludio solemne; después había que prepararse para las celebraciones. Los miembros de JESVA cocinaban la cena y vendían los boletos con anticipación. La feria duraba tres días. En el patio y en el atrio, en todo lo ancho del Centro Cívico, se instalaban los juegos mecánicos y los puestos típicos, donde la gente se concentraba para jugar a la lotería, los pececitos, los aros o las canicas. Los grupos atendían los juegos, tiraban las cartas y servían platos de comida. La iglesia administraba las rifas; los premios consistían en utensilios de madera, juguetes, armatostes para la cocina, también entregaban lavabos y ventiladores. Al atardecer aparecían los matachines. Bailaban una hora con música y la atención de los asistentes. Al tercer día la fiesta cerraba con la quema del castillo, una sucesión de coloridos fuegos artificiales. Las fiestas patronales eran las únicas que atraían a toda la población de la Cuauhtémoc.

Las posadas de la Iglesia San José Obrero comenzaban el 16 de diciembre, nueve días antes de Navidad. Una vecina me corrigió rápidamente cuando las llamé “fiestas” y me dijo, muy seria, que no era lo mismo una posada que una fiesta. En las posadas hay lecturas, reflexiones y oración; es responsabilidad del templo alentar a la gente a participar. Con el tiempo, agregó, esa costumbre se fue perdiendo y se hicieron más bien las fiestas, o una combinación de ambas. Quiere decir que, además de las posadas del templo, en cada cuadra se organizaban para celebrar “la llegada de Jesucristo”. Trazaban figuras, recortaban banderines y conectaban las casas con papeles de colores. Cerraban las calles. Los niños rompían piñatas y recibían dulces y cajones repletos de fruta. Las actividades cotidianas se interrumpían durante todo el día.

Cada invierno había festivales artísticos en SCYF. En el esperado día de la Molienda, docenas de mujeres llegaban de Santiago, Nuevo León, para preparar piloncillo, conservas y otros dulces regionales. En la posada de la Empresa, los niños recibían caña, pelotas y muñecos. Los regalos, etiquetados con el número de socio y la clave familiar, eran útiles para los padres que no podían costearse un obsequio. Entonces lo escondían, y ése era el obsequio que entregaban a sus hijos en la mañana de Navidad. Jeremías, un hombre de la primera generación, me contó que Garza Sada fue a una de las posadas para entregar los regalos en persona. Como Santa, me dijo, riéndose.

El cierre de calles, la música y la comida eran los elementos fundamentales para reconocer una fiesta en la Cuauhtémoc. Las bodas y los quinceaños podían extenderse hasta bien entrada la noche. Aunque la Empresa ofrecía, de manera gratuita, un gran salón en SCYF, la gente prefería quedarse en la Colonia y celebrar en las banquetas. Era cortés invitar a todos los vecinos inmediatos a las fiestas familiares. Los animales que unos criaban eran el banquete de otros. En el tercer sector, al escuchar que habría boda, la gente sabía que servirían chicharrón y carne de puerco, pues era lo que cocinaba una de sus vecinas. Los colonos Santiago Montalvo y José Garza Tamez tomaban fotografías de las bodas, los quinceaños, los bautizos y las primeras comuniones.

La primera década de la Colonia afianzó los lazos entre sus habitantes. Los niños crecieron mientras se ensanchaban los troncos de los naranjos que, en primavera, impregnaban las calles con el olor suave de los azahares. Las palomas anidaron en los jardines. La gente vivió en un limbo curioso, ya no en tejabanos, pero todavía con ganas de rehuir la vida citadina.

En 1960 iniciaron las funciones gratuitas de cine. La pantalla se instaló en el parque de béisbol, donde se proyectó una película por semana. Por las calles pasaba un cochecito anunciando la cartelera. La gente interrumpía conversaciones y prestaba atención al paso del altavoz. Las proyecciones, como los juegos de la Liga Pequeña, eran una excusa para salir con amigos de otros sectores, disfrutar el aire nocturno y socializar. La cartelera consistía en películas recientes de Rocío Dúrcal, Luis Aguilar o Enrique Guzmán. Para ver los estrenos de cine mexicano y extranjero, la gente tenía que ir a Cinema Río 70, el icónico edificio de piedra en el centro de la ciudad, u otras salas de cine de Monterrey.

En enero de 1967, los vecinos habían pasado días muy fríos. Amanecieron, el 9 de enero, con una capa de nieve de veinte centímetros. La nevada se convirtió en un hecho histórico para toda la ciudad. Se cancelaron las clases de todas las escuelas del área metropolitana, pues el

manto se extendía hasta Guadalupe, San Pedro y Escobedo. Los trabajadores no lograron llegar a las fábricas. La nieve de ese año es motivo de emoción y nostalgia. Cuando empezó a derretirse, y la gente pudo salir de sus viviendas, las familias se congregaron en la Alameda y en la Calzada Madero, donde admiraron la visión de los coches cubiertos de blanco. Los más aventureros subieron el cerro de Chipinque para prolongar la sensación helada.

El 4 de junio de 1969 un avión comercial se estrelló contra la punta del Cerro del Fraile, en Monterrey. El Boeing 727 de Mexicana se desintegró y los pasajeros y la tripulación murieron en el acto. A bordo iban Carlos A. Madrazo y el tenista mexicano Rafael Osuna. Los habitantes de Hidalgo y Abasolo escucharon el impacto y observaron, asombrados, cómo caía una lluvia dorada y tintineante. Las monedas de oro, hidalgos de diez y veinte pesos, aterrizaron en callejuelas y en los techos de las casas. El rumor del tesoro se esparció con rapidez y llegó a oídos de la gente de la Colonia Cuauhtémoc. Al día siguiente, al amanecer, un grupo de muchachos del tercer sector emprendió la marcha. Atravesaron el monte, la colonia Valle Verde y la unidad Modelo; cruzaron los matorrales esquivando las espigas con la intención alegre de esculcar el cofre. El Ejército mexicano, que se había estacionado en el lugar de la tragedia, los capturó y los rapó a todos antes de que pudieran acercarse al armatoste. Regresaron a la Cuauhtémoc cabizbajos y pelones. De los cincuenta kilos de oro que cargaba el avión, sólo diecisiete llegaron al Banco de México.



Juego de béisbol en la Liga Pequeña. Al fondo, el Cerro del Topo. 1962.

LAS PUERTAS CERRADAS

Movimientos urbanos

Me gustaría empezar este capítulo con varias preguntas concisas, cuyas respuestas son complejas. ¿Cómo se relaciona la historia local con la historia regional y nacional? ¿Qué autoridad tiene el gobierno central en Nuevo León, donde debe convivir con un poderosísimo sector privado que se impone en la región noreste? ¿Importó, en Monterrey, la matanza de Tlatelolco, los movimientos sociales a los que se enfrentó el Estado y la guerrilla urbana? ¿Cómo se recuerdan y narran estos sucesos? Cada pregunta amerita su propia tesis, pero todas servirán para exponer por dónde va mi interés. Enseguida escribiré para avanzar entre la maleza. Lo hago porque quiero saber algo fundamental: ¿a qué hechos, de entre tantos, le concedían importancia las personas de la Colonia Cuauhtémoc?

Casi desde el principio, noté el desinterés de los vecinos por los levantamientos armados y las manifestaciones que ocurrieron durante estos años, incluso en la ciudad. Lo noté porque están ausentes en sus testimonios: la segunda generación describe su infancia en la Colonia como si de una burbuja se tratase, apartada de cuanto sucedía a pocos kilómetros de distancia. Podría achacar esta indiferencia a su juventud: de la segunda generación, los mayores tendrían máximo quince, dieciséis años cuando estallaron las protestas en la Universidad de Nuevo León. El argumento de la edad no me convence. Los disturbios tampoco fueron, ni son, tema de interés entre sus padres. Las huelgas no entraron dentro de su ramillete de preocupaciones. Antes de considerar por qué es así, por qué el aparente desapego al momento histórico, vale la pena especificar a qué procesos me refiero.

El sexenio de Echeverría inició en diciembre de 1970. El nuevo presidente asumía el cargo bajo la presión de reparar daños, compensar y mantener las apariencias. Los años siguientes, ante la creciente tendencia del gobierno por ejercer más control sobre la economía, la relación con los empresarios sufrió tensiones y altibajos.¹²² Además, surgieron en Monterrey dos movimientos relevantes: el universitario y el de los sin tierra.

¹²² Según los representantes del Consejo Coordinador Empresarial, éste “fue fundado en 1976, como una respuesta del sector productivo nacional a la creciente intervención del gobierno en la economía y la aplicación de medidas claramente populistas”. Véase CCE, “historia”, <https://cce.org.mx/2014/07/09/historia>, consultado en enero de 2021.

Entre 1969 y 1972, los estudiantes de la Universidad de Nuevo León se organizaron con objetivos en mente: conseguir la autonomía universitaria, eliminar la influencia del gobierno en la designación de autoridades y garantizar la participación estudiantil en el proceso.¹²³ El camión que salía de la Cuauhtémoc, con dirección al centro, pasaba por Ciudad Universitaria. Desde la ventanilla los viajeros observaban a los estudiantes encapuchados, en pleno mítin o a bordo de vehículos atestados. Los alumnos sacaban la cabeza y el torso por la ventana y gritaban consignas, enrojecidos. Con suerte, eran un borrón en el rabillo del ojo y desaparecían. Pero algo cambió en 1972: la manifestación se transformó en guerrilla. Ahora, los estudiantes corrían hacia los autobuses, los paraban, exigían a los pasajeros que se bajaran *pero ya* e incendiaban los vehículos ante las miradas asombradas.

Los colonos temían profundamente a los universitarios, que gozaban de mala fama por las violentas novatadas a las que sometían a los pobres estudiantes de nuevo ingreso: los rapaban y desnudaban, y los hacían desfilar por el centro de la ciudad. Ser universitario era lo mismo que ser vicioso, agresivo y temperamental. Ser estudiante estaba bien satanizado, me aclaró Susy, porque era lo mismo que *ser guerrillero*. A esta imagen tan desfavorable contribuyó, sin duda, la prensa, como escribiré más abajo. El punto es que, entre esta visión de los alumnos y los constantes rondines del Ejército, los prejuicios de los vecinos sobre los jóvenes se intensificaron. La Cuauhtémoc era vecina del campus y ellos pensaron que, si un enfrentamiento empeoraba de súbito, los jóvenes recurrirían a ella para esconderse de los soldados. Había, pues, una clara noción, una idea del peligro, las armas, la disputa por la universidad. Del Ejército.

Abro un brevísimo paréntesis para insistir: las apasionadas discusiones que ocurrían dentro de las aulas —y después, la visible radicalización de los alumnos— y la fundación de la colonia Tierra y Libertad, en 1976, contradicen una creencia generalizada: que en Monterrey no hubo huelgas, que sus habitantes, cabizbajos y apáticos, carecen de conciencia o voluntad política y que todos fueron amparados por las empresas.¹²⁴ ¡Pero si las ideas marxistas fluyeron, con mucha facilidad, entre los estudiantes de la Universidad de Nuevo León! Y ciertos grupos, que todavía hoy están activos en la periferia, recurrieron a la armas, exigieron audiencias con Echeverría,

¹²³ Israel Cavazos e Isabel Ortega Ridaaura, *op. cit.*, p. 228-229.

¹²⁴ Escribí ya, en las primeras páginas, que hubo diversas huelgas y levantamientos obreros durante el carrancismo. Sobre el estereotipo del regiomontano pasivo, véase un breve artículo de Ximena Peredo que se publicó en *Horizontal*, “Mundos del trabajo: Monterrey y el mito del obrero pasivo”, <https://horizontal.mx/mundos-del-trabajo-monterrey-y-el-mito-del-obrero-pasivo/>, 4 de mayo de 2016.

enfrentaron al Ejército a balazos y se apropiaron de tierras extrajudicialmente. La guerra sucia se jugó en Monterrey. La conclusión no debe ser que *no hubo*, sino que en la ciudad, como en cualquier otra, coexistían realidades y formas de habitar muy distintas.

Vuelvo al punto. Aunque un porcentaje de la población ostentaba lealtad hacia sus patrones, pues “gracias a ellos” tenían acceso a servicios de salud, subsidios y prestaciones, en la periferia persistía el desabasto y la pobreza. Nada tuvo que ver, al inicio, con las protestas de los estudiantes: la gente debía movilizarse para sobrevivir. Hasta hace poco había que indagar en los archivos para descubrir esta oscurecida historia de los movimientos urbanos en Monterrey; pero los últimos años, el municipio, en su afán por demostrar el papel significativo de la ciudad en procesos históricos, ha rescatado testimonios, artículos y fotografías en tomos conmemorativos. Ya no es complicado toparse con una rica bibliografía al respecto, ni concluir que las poblaciones que albergó la ciudad eran tan diversas que, incluso dentro de las filas obreras, los había “pacíficos” y “guerrilleros”, es decir, con sus necesidades básicas cubiertas o desamparados.¹²⁵ Recordemos que, en 1967, 67% de la población de Monterrey vivía en condición de pobreza.¹²⁶

Entre 1971 y 1973, ocho invasiones masivas ocasionaron la fundación de nuevas colonias en el área metropolitana. El INFONAVIT, que se había creado en 1972, no satisfizo la demanda por viviendas. El movimiento de los sin tierra se remontaba a la década de 1920, pero cobró fuerza a finales de la década de 1960, cuando aumentó el flujo migratorio y miles de personas llegaron a Monterrey buscando trabajo. Los nombres de las colonias insinuaron la orientación política de sus habitantes: Mártires de San Cosme, Mártires de Tlatelolco, Genaro Vázquez. En marzo de 1973, mil 500 familias invadieron los terrenos aledaños al Cerro del Topo Chico y fundaron la colonia Tierra y Libertad, a sólo cinco kilómetros de la Cuauhtémoc. Esta colonia se convertiría en el centro de operaciones del movimiento. Tres años después se constituyó el Frente Popular Tierra y Libertad.

Los poseionarios venían de San Luis Potosí, Coahuila, Zacatecas, Tamaulipas y Nuevo León; eran vendedores ambulantes, recolectores, ejidatarios, taxistas, artesanos y albañiles. Eran

¹²⁵ Por ejemplo, el libro de Óscar Flores, *Monterrey, origen y destino: una ciudad internacional (1910-1980)*, Municipio de Monterrey, 2009, ofrece buena documentación y revisión de archivo sobre la guerrilla urbana, la Liga Comunista 23 de Septiembre y los despojos de tierra. El libro se publicó en anticipación a las fiestas por el bicentenario de la independencia.

¹²⁶ Menno Vellinga, “Crecimiento económico y distribución del ingreso en Monterrey” en Mario Cerutti (ed.), *Monterrey: Siete estudios contemporáneos*, México, UANL, 1988, p. 31.

analfabetas.¹²⁷ La toma de tierras, ilegal, masiva y desordenada, ofrece un contraste importante con los proyectos de vivienda auspiciados por el sector privado. Aunque al principio el gobierno de Echeverría “toleró” la invasión con el fin de disminuir el desempleo —y porque el Estado era incapaz de resolver el problema urbano— los años siguientes los posesionarios protagonizarían tiroteos con el Ejército y la policía municipal para defenderse del despojo.¹²⁸ En 1974, el Ejército intervino por primera vez para “poner fin a las continuas invasiones llevadas a cabo por Tierra y Libertad”; en febrero de 1976, la policía “mató a seis posesionarios quienes fueron sorprendidos expropiando electricidad. Este acto de represión condujo a enormes movilizaciones, con la participación de hasta 50 mil personas”.¹²⁹ El presidente Echeverría recibió a los líderes, prometió atender sus demandas —despidos, restituciones, compensaciones— y no las cumplió.

Las invasiones habían sido aisladas, desorganizadas, abruptas y desesperadas. En la veloz transformación a *movimiento* influyeron los universitarios, quienes educaron a los posesionarios en fundamentos ideológicos y llovieron ideas para la institucionalización. Así, los líderes del movimiento sin tierra fueron estudiantes, y por ellos los migrantes conocieron los conceptos de “autonomía, autogobierno, democracia directa y participación”.¹³⁰ Al describir el arreglo espontáneo dentro de estas colonias, Menno Vellinga observó:

La lucha por un lugar donde vivir, la constante amenaza de expulsión, y la necesidad de asegurarse servicios de transporte, educación y salud, han contribuido a la cohesión del movimiento tanto como el hecho de compartir un lugar de origen común, los lazos familiares, los compadrazgos y la amistad. [...] Después de que se formaron las primeras colonias muchas personas que tenían algún familiar, amigo o compadre ahí inmigraron también. La ausencia de diferencias en cuanto a su posición socio-económica ayudó a que los posesionarios se solidarizaran. Todos eran igualmente pobres.

¹²⁷ Menno Vellinga, “Tierra y libertad: los pequeños márgenes del desarrollo autónomo”, *Relaciones* 33,, vol.IX-Colmich, 1988, p. 113.

¹²⁸ La invasión de tierras en Monterrey se remontaba a 1928, cuando un grupo de personas llegó a la colonia El Pozo. Alejandra Rangel Hinojosa, “Participación política de las mujeres en un movimiento urbano de Nuevo León”, tesis, Monterrey, UANL, 2003, pp. 19-20.

¹²⁹ M. Vellinga, *op. cit.*, p. 120.

¹³⁰ O. Flores, *op. cit.*, pp. 88-89. Los líderes se hacían llamar a sí mismos “orientadores”, dizque para distinguirse de la verticalidad del aparato gubernamental. Ver A. Rangel, *op. cit.*, p. 117

A la par, la situación en la Universidad de Nuevo León se volvía más tensa. En 1971, estudiantes de la Universidad Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional marcharon en apoyo a las demandas de sus compañeros. La comunicación regular entre estudiantes de diversos estados y la capital, y el antagonismo con el gobierno federal reafirmaron el carácter nacional de las demandas de los regios. Ese día, los halcones, miembros del grupo paramilitar que asistía al gobierno desde 1968, reprimieron y asesinaron a los manifestantes de la capital en lo que hoy se conoce como el Halconazo.

Gracias a los estudiantes, en Monterrey los movimientos urbanosper esgrimieron su sofisticada capacidad de organización: formaron comités y asambleas, escribieron y difundieron desplegados, buscaron alianzas con otras organizaciones y fortalecieron su relación con otros universitarios. En Nuevo León fueron activas las Fuerzas de Liberación Nacional (FNL), los Procesos, el Movimiento Espartaquista, la Liga de Comunistas Armados (LCA) y la Liga Comunista 23 de Septiembre.¹³¹ En su formación fueron elementales los espacios subversivos, lugares donde los jóvenes se reunían a discutir textos marxistas y debatir: las universidades, los intercambios culturales con las embajadas de Rusia y Cuba, y, en particular, la acción social de los jesuitas en el Tec de Monterrey, quienes promulgaban la teología de la liberación.¹³²

Cuando conversa conmigo, los vecinos de la Cuauhtémoc hacen una pausa y rememoran noticias de *El Norte*, los titulares que observaban en los puestos callejeros y el camión que pasaba por la universidad. A pesar de la violencia, las balaceras y los muertos, los colonos eran admirablemente ajenos a las disputas por el control de tierras y al pujante movimiento universitario. La segunda generación era demasiado joven para ingresar a la universidad, y los vecinos no conocían las demandas de los estudiantes, qué relación tenían con la masacre que había ocurrido en la capital o con los exiliados de otros estados. Estos eran los años, según ellos,

¹³¹ Óscar Flores, p. 76.

¹³² La teología de la liberación o la *opción preferencial por los pobres*, como tituló una carta Pedro Arrupe, el superior de los jesuitas en 1968, se concentra en las injusticias y la opresión de los pobres, y también sugiere la austeridad en el cuerpo eclesiástico: una iglesia de pobres y para pobres. Héctor Daniel Torres Martínez, “Guerrilla urbana en la ciudad de Monterrey: espacios subversivos y vigilancia política en la primera mitad de la década de 1970”, *Letras Históricas*, 19, otoño 2018-invierno 2019 y, del mismo autor, “La influencia jesuita en la conformación de la Liga Comunista 23 de septiembre durante la década de los setentas del siglo XX en México”, *Anuario Regional y de las Fronteras*, 23 (2), 2018.

cuando podían echarse en el porche, dormir bajo el cielo estrellado y andar con tranquilidad. Eran los años de la paz. Eran los años de la guerrilla urbana.

Ahora sabemos que, en la escena regiomontana, se compartieron luchas, peleas y balas con otros estados y con el Distrito Federal. Es muy posible relacionar la historia local y la nacional, el desencantamiento de los estudiantes de la Universidad de Nuevo León con la expectativa del nuevo gobierno —la promesa “de izquierda” que representaba Echeverría y su propio rector— y la brutal tortura a la que el gobierno sometió a la oposición. La población que dio dolores de cabeza a Echeverría dijo: “Sí hay trabajo, pero no hay paz. No hay viviendas ni acceso a nada. Lo que se ha ganado, se ganó luchando”. Las colonias-ilegítimas, a diferencia de las colonias-obsequio, como la Cuauhtémoc, chocan con la aproximación al pasado de los colonos. Al elegir sobre su historia oficial, el gobierno del estado incitó el segundo Nuevo León, industrial, trabajador, honroso. Aquel proyecto de Nuevo León que probó ser corto de miras, irreplicable, una burbuja.

Reformulo, pues, mi pregunta: ¿cómo podemos conciliar esta indiscutible turbulencia local y la presencia del Ejército con el ensimismamiento de la Colonia? ¿Cómo pueden coexistir percepciones contradictorias del pasado en un espacio reducido?

Hay explicaciones generales para entender el desconocimiento de los colonos. En la prensa, abiertamente aliada con el gobierno federal, circulaba información incompleta, irresponsable y criminalizante sobre los guerrilleros. Seis diarios eran populares en la ciudad: *El Porvenir*, *El Sol*, *Tribuna de Monterrey*, *El Norte*, *El Tiempo* y *Más Noticias*. Para la pintoresca redacción de *El Norte*, los estudiantes eran “marcianos”, “forajidos”, “vulgares asaltantes”, “hippies drogadictos”, “fanáticos del Che”, “terroristas deseosos de sangre” o, quizá el apelativo menos original, “robots de cerebro lavado”.¹³³ La universidad, espacio de sedición, también se presentaba ante la opinión pública como cosa del diablo, pues allí “el derramamiento de sangre era algo cotidiano”.¹³⁴ Otros periódicos, como *El Porvenir*, se limitaron a publicar breves comunicados del Ejército y no ofrecieron perfiles de los guerrilleros.¹³⁵

Los vecinos de la Cuauhtémoc recuerdan bien los sucesos más dramáticos y públicos de los años de la guerrilla: el secuestro del Boeing 727 de Mexicana de Aviación en 1972, ejecutado por

¹³³ Héctor Daniel Torres Martínez, “La criminalización de la guerrilla urbana en la prensa regiomontana, 1970-1973”, *Humanitas*, 44 (IV), UANL, 2017, p. 134.

¹³⁴ “Sangre en la Universidad”, *Tribuna de Monterrey*, 23 julio de 1972, p. 4, citado en *ibid.*

¹³⁵ H. Torres Martínez, *op. cit.*, p. 137.

la LCA, y el descubrimiento de una casa de seguridad de las FNL en 1971. Ambos hechos fueron pruebas irrevocables de la violencia de aquellos grupos armados. Las fotografías del primer evento impactaron a los lectores: en la pista del Aeropuerto Internacional de Monterrey, los soldados empujan la camilla de Edna Ovalle, la joven estudiante que había resultado lesionada días antes. Sus compañeros guerrilleros la esperan a bordo del avión. Exigieron después que los soldados se quedaran en calzones y que así se hiciera el intercambio de rehenes. Las imágenes del humillado jefe de la policía estatal, Juan Urrutia, quien entregó el motín de cuatro millones de pesos a los guerrilleros, se transmitieron en vivo por televisión.¹³⁶ Sin embargo, no se sabía a ciencia cierta qué pasaba en la capital, quiénes eran los miembros de la Liga ni qué querían. Era necesario entrar a los círculos donde se gestaba la disidencia para comprender qué estaba sucediendo. Además, por cada nota sobre los enfrentamientos que publicaban los periódicos, los vecinos leían docenas más en *Trabajo y Ahorro*, y los obreros, en *El Abanderado*. Las efusivas líneas sobre ascensos, matrimonios, fiestas, deportes, obras y conciertos iluminaban más su vida cotidiana, y, sobre todo, se sentían cercanas.

En un punto a favor de la hipótesis sobre los espacios subversivos, durante las entrevistas los vecinos de la segunda generación dijeron haber cobrado conciencia de lo que sucedía a su alrededor hasta que ingresaron a la universidad. En la Universidad de Nuevo León escucharon noticias y comentarios indignados de sus compañeras foráneas de Tijuana, Baja California y el Distrito Federal. La influencia de la emocionante conversación ajena —ajena tanto a Monterrey, cuanto al poderoso magnetismo de la vida dentro de la Empresa— tenía en los colonos un efecto de abrupta claridad. Para ellos, el activismo, el pensamiento sobre la realidad social y la discusión estaban circunscritas a las asambleas. Había que ser arrojado a una situación precaria, indigna o

¹³⁶ En una de las primeras notas al respecto, *El Heraldo de México* informó que en el avión secuestrado iban “Emilia y Luis Farías, hijos del gobernador de Nuevo León, Luis M. Farías; [...] Wesley Parsons, cónsul general de los Estados Unidos en Monterrey, y su asistente, Steve Evans, quienes llevaban una baliya diplomática; el científico Santiago Genovés, quien realizara hace años una travesía por el Atlántico en una embarcación de papiro; el industrial Dionisio Garza Sada, y Jesús Zambrano, padre de los rejoneadores Felipe y Evaristo [...] el ingeniero Jaime Lomelín Guillén, quien es presidente del Instituto Mexicano de Ingenieros Químicos y alto funcionario de Industrias Peñoles. Otros viajeros, entre los que se registraron como turistas, figuran nombres conocidos en diversas actividades, pero su identidad no ha sido establecida claramente [...] En unas horas más, se aclarará todo”, concluye el artículo. *El Heraldo de México*, “Lista de Personalidades que iban en el avión secuestrado”, 9 de noviembre de 1972.

atemorizante, como lo fueron los migrantes sin tierra que llegaban en busca de subsistencia, para iniciarse en la vida política.

En conclusión, no hay, en la memoria de la Colonia Cuauhtémoc, ninguna relación entre su pasado y la guerrilla. Es irrelevante quién era el presidente —lo entendí cuando un vecino me dijo, más o menos a la defensiva, “Sí sabíamos quién era el presidente”— y también lo eran las exigencias de los estudiantes de la universidad, el Ejército y los balazos. Es seductor dejarse llevar por esta visión del pasado bello, amoroso y pacífico que describe la gente de la Colonia, porque ellos están en verdad convencidos de que así fueron las cosas, a pesar de que observaron, de primera mano, la quema de autobuses; a pesar de que leyeron sobre las balaceras en otras colonias y a pesar de que reconocieron que la presencia de los soldados no auguraba nada bueno (había que evitar, por ejemplo, el Hospital Universitario y el campus, que eran campos minados).

Sí quedan, en cambio, vagos recuerdos del miedo. Atravesar el campus, ver por la ventanilla la facultad de Medicina, Química y Biología, era sentir cómo se aceleraba el pulso y el ambiente se tensionaba. Las jóvenes enfermeras de la Cuauhtémoc, cuando visitaban el Hospital después de 1972, angustiaban a sus madres, quienes les exigían que no volviera a suceder: las mujeres sabían que allí llevaban a los guerrilleros heridos, y que luego luego entraba el Ejército a custodiarlos. No sabían que, en la capital, los estudiantes que habían ingresado a un hospital del IMSS después del Halconazo habían sido rematados, brutalmente, en las camillas. Con todo, este miedo era fugaz, periférico, y no afectó en lo absoluto la visión de los colonos de la vida ideal en la Colonia durante aquella época. Los vecinos se habían acostumbrado a la presencia del Ejército desde que vislumbraron por primera vez a los soldados, en la Casa del Coronel. Ahora, que sabían que usaban sus pistolas, que herían de muerte, concluyeron simplemente que había que evitarlos, no meterse con ellos. En la Cuauhtémoc, parecen decir, se gestaba otra vida, muy distinta a la de ese Monterrey desagradable. Su ignorancia no es un padecimiento regiomontano ni nuevoleonés: es un síntoma del abrumador triunfo de la Empresa en la construcción de una ciudad satélite.

Desde 1972 se popularizaron las cercas tímidas en la Cuauhtémoc. Los niños flacuchos se inmiscuían entre los barrotes endebles, y los jóvenes, las brincaban con facilidad. ¿Qué puede ofrecer una débil barrera que demarca la casa propia? Su propósito no era excluir, violentamente, al otro, pues no había picos ni pedazos de botellas de vidrio incrustados en los muros, como se vería en las décadas siguientes incluso en el Convento. Después de levantar la cerca en las

propiedades, y comprar un candado ventrudo, los vecinos optaban por emparejarla, con suavidad, en lugar de pasar el cerrojo. Sus amigos todavía podrían abrirse camino solos, meterse literalmente hasta la cocina, saludar a las cocineras y unirse al grupo que conversaba alrededor de la mesa. Delimitar las viviendas fue, al principio, una manera de remarcar la propiedad privada. Atrás quedó la emulación de los suburbios estadounidenses, los amplios jardines expuestos al cotilleo del tránsito cotidiano. Las rejas y la acumulación de plantas, árboles y maleza en el interior significaron que ahora la mirada escudriñaba para topár, al fin, con la pared de las construcciones.¹³⁷

El patriarca

¿A qué sí le concedieron importancia?

A pesar de su apariencia aislada, la población de origen rural y el silencio que reina en sus calles, la Cuauhtémoc tiene una relación importante con la historia regional, es decir, con la historia industrial. No todos los acontecimientos locales eran relevantes; pero los que sí lo eran, tenían el poder de trastocar la vida diaria de los habitantes. La primera señal de esto centelleó en 1973, cuando un incidente alteró el destino de la Colonia y selló la narrativa empresarial. El 17 de septiembre, Eugenio Garza Sada salió rumbo a la fábrica de Cervecería. En una luz roja, en la esquina de Luis Cantanar, tres miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre interceptaron el coche. En el altercado, dos guerrilleros balearon a los guardaespaldas y el tercero forcejeó con Garza Sada, quien intentó defenderse. Un balazo fortuito llegó a su pecho. Los guerrilleros lo abandonaron a su suerte, desangrado, mientras la gente que pasaba por allí corría a auxiliarlo.¹³⁸ Hoy sabemos que la Liga lo tenía bajo la mira desde hacía tiempo, que vigilaban sus idas y venidas y la duración de sus trayectos, y que la familia Garza Sada estaba enterada de múltiples amenazas contra el empresario. También que Cervecería Cuauhtémoc llevaba años trabajando en

¹³⁷ Véase *Infra*, p. 27.

¹³⁸ Casi un mes después del intento de secuestro de Garza Sada, el 10 de octubre, otro comando de la Liga 23 de Septiembre secuestró al cónsul británico, Duncan Williams, y al empresario Fernando Aranguren en Guadalajara. El gobierno se negó a negociar, y la Liga asesinó a Aranguren y liberó al diplomático. Esto definió la nueva estrategia gubernamental: el secuestro, la tortura, la desaparición forzada y el asesinato, en un episodio que hoy se conoce como la guerra sucia. Así lograron desarticular los movimientos sociales de obreros, estudiantes y maestros. Poco se sabe, sin embargo, de la colaboración entre el gobierno y la Empresa.

labores conjuntas, de vigilancia y seguridad, con el gobierno.¹³⁹ Me detengo sólo en dos puntos de la historia posterior de su asesinato: las consecuencias simbólicas (el nuevo personalismo), y las materiales (la ágil división de la Empresa y la creación de una nueva sociedad).

El asesinato del empresario octogenario, cuyo nombre era desconocido en la cháchara vecinal, confundió a la población de la Colonia Cuauhtémoc. La noticia relumbró, primero, en los televisores. Las mujeres pausaron el trabajo doméstico. ¿Pues quién era? ¡Ah! ¡Que era dueño de la Empresa! Que era, este, don Eugenio. Se procedió tranquilamente con el rumor de las preparaciones. En los colegios se interrumpieron las clases y los niños volvieron de la escuela, felices e indiferentes al barullo que crecía a su alrededor. Las Misioneras Clarisas y los lasallistas colgaron moños negros en el portón de los edificios, y pidieron, con seriedad luctuosa, que los colonos imitaran la acción simbólica en la fachada de sus casas.

La perplejidad inicial es prueba de que, en los años que siguieron, la Empresa elaboró y promovió un sofisticado discurso sobre el muerto para enaltecerlo y rendirle homenaje. No fue una estrategia nueva. El Grupo Monterrey ya había utilizado la figura de otros hombres, los fundadores de Cervecería, y el personalismo había estado presente décadas antes del homicidio. De los grandes empresarios brotó el culto al emprendedor, a los valores liberales de progreso y la movilidad social. El hombre industrial fue la “máxima expresión de la cultura del esfuerzo: el

¹³⁹ En entrevista con Diego Enrique Osorno, el ex militante Manuel Saldaña afirmó que el cuerpo de seguridad de Cervecería Cuauhtémoc trabajaba e intercambiaba información con el gobierno federal: “Lo fundamental, el propósito de los aparatos de Estado, era contener la actividad de los grupos políticos; y en eso no había diferencia entre el propósito de la Dirección Federal de Seguridad, la Policía Judicial del Estado o el Departamento de Inteligencia del Grupo Cervecería. Eran los mismos y no sólo entre ellos, sino que estaban relacionados con la inteligencia americana, eran un solo cuerpo, trabajaban coordinados y la información era compartida”.

Además, en respuesta a la pregunta “¿Usted fue quien dio el reporte con el nombre de los empresarios secuestrables [a la Liga]?”, Saldaña respondió: “Vamos a ubicarnos en tiempo y espacio. *En aquel momento yo tendría su edad: 20 años. ¿Qué podría conocer de trascendencia de los personajes de la vida política y económica del país e identificarlos?* [...] fue una estructura política de la Liga la que tomó la decisión. [...] Era parte de toda una estrategia general nacional”. Véase: Diego Enrique Osorno, “La familia Garza Sada sabía del atentado”, <http://www.elbarrioantiguo.com/la-familia-garza-sada-sabia-del-atentado/>, 15 de septiembre de 2013, consultado en diciembre de 2020.

self-made man de la cultura norteamericana”.¹⁴⁰ Pero con la dramática muerte de Garza Sada, la Empresa reconoció al patriarca con potencial de mártir.

El sentimentalismo arrancó en el funeral, al que asistieron más de 150 mil personas. Desde entonces, “don Eugenio”, si uno lo piensa bien, estaba encaminado a la posteridad. Su tragedia legitimó cuanto había impulsado en vida. No es casualidad que, hoy, su nombre se pronuncie como el único responsable de “los proyectos sociales” de Cervecería, tanto en la narrativa empresarial cuanto en los labios de los trabajadores. Tampoco que con él se personalizara, al fin, al sujeto ambiguo, la Empresa.

Los colonos asimilaron rápidamente las expresiones discursivas de la Empresa y las incorporaron a sus historias de superación personal; al describir a Garza Sada, lo asocian con las mismas palabras sin pensarlo demasiado, porque ya es parte de un sentido común. Emprendedor. Pionero. Fundador. Precursor. Generoso. Humano. De buen corazón. Seguido, las charlas sobre el trabajo duro y la historia de los grandes empresarios van acompañadas de una nítida noción espacial: la gente se mueve *hacia adelante*, *crece*, *avanza* o *salta el charco*. Es el progreso.¹⁴¹ La muerte del padre fue un tope en el camino.

El siguiente intercambio pertenece a la entrevista que hice a Raúl Garza, quien trabajó en Hylsa por más de tres décadas:

P. ¿Cómo vivió usted la muerte de Garza Sada?

R. Él se murió, pero sí era una persona con mucha visión. Muy emprendedor. Fue de los primeros industriales de Monterrey. Hubo tristeza, pero el trabajo siguió adelante, mija. Siguieron trabajando las empresas. Sí se sintió la muerte de don Eugenio, pero como te digo, las empresas siguieron adelante.

¹⁴⁰ L. Palacios *et al.*, *op. cit.*, p. 332.

¹⁴¹ Sobre esto escribió Esteban Salmón. Aunque él hablaba sobre migrantes indocumentados en Nueva York (y sus razones para migrar), la gente de la Cuauhtémoc y, me atrevo a decir, los regiomontanos, tienen muy presente esta metáfora en su vida cotidiana. Para ellos, el trabajo es el mejor medio para *llegar* a la estabilidad y el bienestar, para sentirse, al fin, despreocupados, y ya no vivir al día. Es importante recordar también que la ciudad de Monterrey creció por el flujo migratorio de todo el territorio noreste, y del resto de Nuevo León: aquellas personas no migraron por razones muy distintas a las que describe el autor. Pero la metáfora persiste con éxito entre las nuevas generaciones, un logro más de la Empresa. Véase Esteban Salmón, *Vidas fronterizas: Diferencia, trabajo y ostentación entre migrantes indocumentados en Nueva York*, tesis, México, El Colegio de México, 2016, pp. 54-61.

En la industria nuevoleonense sólo hay un líder. Luis G. Sada quedó en el olvido, por ejemplo, cuando, en su festivo panfleto, Salvador Novo había apostado por su figura como la del buen samaritano, interesado en el bienestar de los obreros, el que había echado a andar SCYF con gran ingenio y dedicación. Luis G. Sada fue el primer patriarca de la Empresa. Y la creación de la Sociedad que acogió a las familias, y las formó, no es cosa menor. Pero es indudable que la muerte de Garza Sada ofrecía una ventana más cercana que los líderes del programa de viviendas de la década de 1920; por supuesto, también ofrecía otra brillante oportunidad de antagonizar, todavía más, a los guerrilleros de la década de 1970.

El culto fue un proceso natural. El paternalismo de la Empresa invocaba necesariamente la presencia de un padre. Los actos de bondad que habían atestiguado los obreros de primera mano, por sus experiencias con Garza Sada, se convirtieron en preciadas anécdotas que repiten con placer. Las virtudes del empresario corroboran su estatus de caballero *bien educado*, distinguido y “de buena familia”; también le merecen el respeto y la admiración de los subordinados, quienes se asombran de la aparente integridad de un hombre tan poderoso. El caballero sencillo, de buenos modos, humanista, amable, cordial, preocupado por “el desarrollo integral” de los trabajadores, encarnó el ideal de la Empresa y el de los sermones que se escuchaban en la Iglesia San José Obrero: los del buen católico. Los colonos reproducen el personalismo de la Empresa: reconocen el rostro, blanco y serio; quizá no conocen de memoria su semblanza biográfica, pero saben bien quién fue y qué hizo, y mencionan sin falta su determinación. Las frases predilectas imposibilitan dudar de su mérito o buena voluntad: el culto al empresario barrió bajo la alfombra cualquier pregunta sobre el paternalismo, los proyectos sociales y los fines de Cervecería Cuauhtémoc.

La adoración necesita imágenes, y la última foto de Garza Sada se volvió icónica. Está sentado apaciblemente en una silla rígida, con las manos entrecruzadas sobre el regazo, acaso por instrucción explícita del fotógrafo. Tiene entradas pronunciadas y apenas reconocemos lo gris de su cabello incipiente. Los lentes, cuyo marco superior es negro y grueso, esconden sus ojos chiquitos. Nos mira con expresión adusta: una sonrisa bonachona le aligera el rostro, como para no resultar demasiado intimidante. El cuadro se colgó sobre los pizarrones de todas las aulas, de cara a los alumnos de Isabel la Católica y La Salle. Allí permanece hasta hoy, entre un crucifijo dorado y la Virgen de Guadalupe. Los niños escuchan *el Padre, el Hijo* y el *Espíritu Santo*, pero tienen de frente a otra Santísima Trinidad.

La foto también está en el Convento y las oficinas de CECAC. Me consta su presencia en los espacios solemnes del Tec y FEMSA. Sobra decir que su imagen es obligatoria en los recintos de la Empresa, sobre todo en las oficinas donde se gestionan las decisiones importantes que determinarán su rumbo.¹⁴² La muerte aceleró el proceso inevitable de la memoria institucional. El Centro Cívico, el amplio terreno que se encontraba detrás de San José Obrero, donde se celebraban las fiestas patronales, se nombró Plaza Eugenio Garza Sada, aunque pronto le creció maleza y se abandonó a su suerte. Allí se erigió un pesado busto de bronce del empresario. Para el caminante distraído, que no se interesaba por el nombre de las calles ni se detenía a reflexionar sobre el de la Colonia, el busto era la única pista de la historia de la Cuauhtémoc.

Modesto Torres Briones, hijo del guardaespaldas que había fallecido el 17 de septiembre, iba a misa en la Iglesia San José Obrero. Un domingo después del intento de secuestro, el hombre contó que su padre solía cenar en casa de los Garza Sada los viernes, que ellos siempre fueron amables con él, que trataron a su familia con cariño y decencia. Además, informó que la Empresa se había ofrecido a pagar su carrera universitaria y la de sus hermanos. El vínculo del empresario con sus empleados conmovió profundamente a las personas que escucharon la historia. El asesinato es condenable para cualquiera, sobre todo en una sociedad católica y conservadora. Pero cuando el muerto despierta las simpatías de los vivos, el asesinato es todavía más reprobable. Los niños, las mujeres, los hombres buenos no merecen un destino funesto. Lentamente, el discurso cobró forma entre los feligreses. Los colonos asintieron al escuchar el emotivo sermón del padre Galván, ofrecieron condolencias a la familia de los guardaespaldas y

¹⁴² Comparo el impacto de la figura de Garza Sada en la narrativa de la Empresa con el que tuvo, en la Fundidora de Monterrey, Adolfo Prieto. En las escuelas para los hijos de los trabajadores de la Fundidora, se estudiaban las características de la empresa y se reconocían las virtudes de su imponente patriarca, “don Adolfo Prieto”.

repetieron lo que habían escuchado a otros trabajadores. Las mujeres lloraron, aunque pocas había sabido quién era el fallecido. Nadie volvió a preguntar quién era el hombre de la foto.¹⁴³

Además del nuevo personalismo, la muerte de Garza Sada tuvo consecuencias materiales inmediatas. La disputa interna por el control de las Empresa, aunado a un clima macreconómico y político desfavorable, aceleró la división del Grupo Monterrey. Así se constituyeron los primeros conglomerados o corporativos de las empresas madre, que habían surgido a finales del siglo XIX. El gobierno mexicano incentivó su creación con políticas fiscales, como la Ley de Sociedades de Fomento de 1973, que concedió subsidios para alentar la integración en grupos llamados “unidades de fomento”. Los grupos diversificaron sus operaciones e “incursionaron en ramos como alimentos, banca, turismo y bienes raíces”.¹⁴⁴ Otra característica de los conglomerados fue el predominio de los lazos familiares en sus mesas directivas. Por ejemplo, Eugenio Garza Lagüera encabezó el conjunto de empresas de Cervecería Cuauhtémoc, ahora Visa. Bernardo Garza Sada lideró las empresas de Hylsa (acero), Empaques de Cartón Titán, Draco (minería), y una cuarta parte de las acciones de Televisa. El segundo conglomerado se convirtió en Grupo Industrial Alfa en 1973. En 1998, Grupo Visa cambió su nombre a Fomento Económico Mexicano (FEMSA). La división de las empresas no era diferente a la repartición de una herencia. Al contarme cómo se vivió el asesinato de Garza Sada en la Cuauhtémoc, Alfonso hila la historia, de inmediato, con los grandes cambios de la Empresa:

A. Dicen que fue un grupo terrorista que lo querían secuestrar. Se decía que era la Liga 23 de septiembre. Yo tenía como catorce años. De hecho, donde falleció él, yo pasaba por ahí. Era frente un templo evangelista o cristiano, no sé. Se comentó que él se defendió.

P. ¿Cómo reaccionó usted?

¹⁴³ En la edición conmemorativa de *Trabajo y Ahorro* por los sesenta años de la Empresa, se escribió sobre Eugenio y Roberto Garza Sada: “Acaso la prudencia periodística aconseje callar la intervención de estos dos capitanes en las normas de conducta de los regiomontnaos, pero es el caso que no se puede soslayar la fuerza de su pensamiento, la bondad de su ideario, y su constante preocupación por el bienestar de los trabajadores y sus familias. Don Eugenio (qepd) inició su carrera en nuestras Empresas el año de 1917 y un año después —en plena fundación de Cuauhtémoc y Famosa— su hermano don Roberto. La aportación personal de uno y otro ha cubierto todo el extenso campo de las más disímolas actividades, tendientes siempre al engrandecimiento de la comunidad de trabajo”.

¹⁴⁴ *Ibid.*

A. No, pues quedamos mudos.¹⁴⁵ Dolió mucho al grupo. Dolió mucho a Monterrey porque él fue de los pioneros, con el padre, don Isaac Garza. Fueron pioneros y los que iniciaron la industria. De ahí muchas familias trabajaron en Vitro, Hylsa; la Maternidad Conchita, que es de un familiar de los Garza Sada. Teníamos el hospital Muguerza, antes de Nova. Porque la Clínica Famosa era la única a donde iban todos, Hylsa y Cervecería.

En 1975, Alfa festejó a los empleados que cumplían veinticinco años en sus fábricas. El homenaje ocurrió en el centro social de SCYF. El mes siguiente, *Trabajo y Ahorro* publicó, en la portada, la foto grupal de los trabajadores. Aparecen sentados frente a la ancha escalinata del recinto, con el subtítulo “La realización integral del hombre, meta del Grupo Industrial Alfa”.¹⁴⁶ Fue la última vez que miembros de Alfa ocuparon los espacios de SCYF. En 1973 Alfa fundó una asociación para sustituir a la Sociedad de Cervecería: Nova.

Nova

Los vecinos miraron con curiosidad las grandes máquinas que excavaban en el bosque. La nueva Sociedad trasladó las actividades recreativas al espacio que ya habitaban: los cursos, las clases de cocina, costura y pintura, los deportes, como los juegos de fútbol y las clases de natación, ahora estaban a poquísimos pasos del hogar. Junto al Centro Cívico se instaló la reluciente Clínica, con apenas doce enfermeras, para ofrecer servicios médicos ambulatorios. Deprisa, la gente recurrió a SCYF para comparar las instalaciones e intercambiar sus primeras impresiones del nuevo club. La Clínica de Nova era más grande, y los servicios, de primer nivel. El gimnasio y las canchas de tenis eran *inmejorables*. El teatro estaba techado y era *espectacular*. Las hipérboles demuestran la emoción de los vecinos por la estructura que se había asentado en el Bosquecito de la Colonia. El centro recreativo contaba con:

juegos de salón, cafetería, fuente de sodas, salones para impartir clases de baile, música, teatro y bellas artes; también vestidores para damas y varones, gimnasios, canchas para diferentes deportes bajo techo, sala de lectura, salón audiovisual, oficinas administrativas, sala de juntas, salón para banquetes y amplio auditorio. En la espaciosa área al aire libre se contará con albercas, canchas de tenis, basquetbol, softbol, futbol, beisbol, volibol,

¹⁴⁵ De nuevo, se recurre al plural para responder a una pregunta que estaba dirigida hacia él.

¹⁴⁶ *Trabajo y Ahorro* núm. 2615, 7 de junio de 1975.

futbolito y patinadero, así como también un alegre parque infantil que incluye estancia para los chiquitines menores de 5 años y kioscos merenderos.¹⁴⁷

El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez diseñó el teatro Nova, que se inauguró el 18 de diciembre de 1979. El teatro fue sede de una compañía artística que organizó obras, espectáculos de danza, conciertos, exposiciones de artes plásticas, congresos y eventos ciudadanos. En el teatro también se organizaron juntas de accionistas, asambleas, simposios, congresos y graduaciones (entre ellas, las del sector primaria y secundaria de los colegios CECAC). *El diario de Monterrey* escribió una nota elogiosa el día de la inauguración, llamó al teatro “la obra trascendente del Grupo Industrial Alfa” y apuntó que ostentaba los últimos adelantos en iluminación, acústica, sonido y mecánica teatral.¹⁴⁸ En el teatro Nova se pusieron en escena pastorelas, obras y musicales como *Cats*, *La fierecilla domada* y *El libro de la selva*. Era común que los empresarios asistieran a los estrenos de las obras, sobre todo en época navideña, cuando el recinto se atestaba de familias. La compañía reservaba las primeras filas del auditorio, donde los directivos prestaban respetuosa atención a la juventud en el escenario, y se divertían. Andrés, un veterano del teatro, recordó la pastorela de 1994 y comentó risueño: “Por esta pastorela casi me vetan de hacer teatro porque mencioné nombres de ejecutivos de la Empresa [durante la obra]. Pero no sabían que eran indicaciones de Recursos Humanos de la misma Empresa, para darle sabor. El chiste es que luego a mí me andaban crucificando”. La presencia de los grandes empresarios provocaba nervios, emoción y risas entre los actores, niños y adultos por igual.

La nueva Sociedad hizo explícita la dinámica empresarial y rompió la ilusión de la Colonia como una burbuja aislada de las jerarquías. Los conglomerados reclamaron a sus “socios” y los apartaron del montón. Los trabajadores de Hylsa y sus familias presumían pertenecer a Nova, y los trabajadores de Cervecería, que debían acudir al lejano recinto de SCYF, les miraron con envidia. Como expuso René, con mucha claridad: “Cervecería, pues, no estaba vieja, pero tampoco era *moderna*”. Bertha añadió: “Nova tenía una clínica nueva con un director nuevo; y pues de repente, ¡ah caray! Nos hicieron brincar de 1950 a 2000. Aunque a la gente mayor sí le pegó mucho el cambio. Antes el Bosque era abierto, corría un arroyito, estaba bien para ir a pasar

¹⁴⁷ *El Abanderado*, núm. 245, 1970.

¹⁴⁸ “Nova de Monterrey inauguró ayer su moderno teatro”, *El diario de Monterrey*, 18 de diciembre de 1979.

una tarde o un domingo con tu familia. Eso lo quitaron cuando construyeron Nova”. El club suscitó el primer discurso de una modernidad en la Cuauhtémoc y alucinó a los vecinos.¹⁴⁹

El comentario de Bertha ya insinuó algo evidente: Nova trastocó la distribución espacial de la Colonia. Diversos grupos solían atravesar el bosque; los niños corrían, jugaban y se entretenían cazando animales; los jóvenes se echaban bajo la sombra de la arboleda y pescaban en el ojo de agua; los vecinos aprovechaban sus recursos naturales. La instalación del Comedor Campestre había popularizado el plan de ir a las pachangas los fines de semana. Los trabajadores bebían cerveza y asaban carne, y la conversación se extendía hasta que el sol bajaba en el horizonte. Ahora al Bosque lo circundaban tubos de metal y el acceso estaba determinado por *la pertenencia* a grupo Alfa. La convivencia se fragmentó, pues prácticamente la mitad de los colonos había perdido acceso a la zona boscosa de la Colonia. A la par, y como sucede cuando se configura el espacio, surgieron nuevas costumbres y actitudes.

Para controlar el acceso a las instalaciones recreativas y a la Clínica, Nova recurrió al mismo sistema de socios que se había implementado en SCYF. En el módulo del centro, una secretaria preguntaba al trabajador su número de socio. El número era una combinación de siete dígitos: los primeros cinco identificaban al trabajador, “el socio”, y los últimos dos especificaban el miembro de la familia (esposa, hija o hijo). La cifra, ya memorizada, era un efectivo recordatorio de que la gente pertenecía al club. El término *socio* estaba inspirado en palabras de Garza Sada, quien llamó “socios” y “colaboradores” a los obreros. Su énfasis en la igual importancia de los empleados en la cadena productiva, y su aparente aprecio por los obreros, era a su vez un eco del discurso con el que Luis G. Sada había presentado a la Sociedad hacía ya muchas décadas. Además, el apelativo de los obreros-socios afirmaba que aquéllos compartían estatus con cualquier socio de otro club social: como ellos, tenían derecho a practicar deportes, relajarse, tomar cursos y atenderse con médicos especialistas.

¹⁴⁹ Desde su apertura, en 1977, hasta hoy, el discurso de Nova se ha orientado hacia la modernidad. En 2017, cuando cumplió cuarenta años,



Credencial del "socio" Lucas Garza Cabello. Ca. 1965.

Curiosamente, la división de Grupo Monterrey acercó a la Colonia al objetivo de sus arquitectos originales: la creación de una ciudad satélite. Las generaciones que nacieron después de 1970 no conocieron las fiestas de los jardines de Cervecería, ni la vida dentro de SCYF; las familias de grupo Alfa, porque ahora visitaban Nova; y las de Cervecería, porque ya no tenían los mismos incentivos para ir, en compañía de un grupo amplio de vecinos, al edificio de la Sociedad. La convivencia dentro de la Colonia se favorecía sobre cualquier otra.

Al asombro inicial le siguió la dicha. Los colonos aprovecharon, gustosos, las instalaciones de Nova. Los adultos corrían a sus hijos al recreativo, y así conseguían preciadas horas de soledad o de intimidad con sus parejas. Los niños se entretenían toda la tarde. En Nova se ofrecían clases de canto, danza, voleibol, básquetbol y natación. El profesor José Hernández Gama, que enseñaba música en el Colegio Isabel la Católica, veía de nuevo a sus alumnas en el centro cultural de Nova, donde ellas reforzaban su aprendizaje. En invierno los niños visitaban el Planetario Alfa, que el Grupo había fundado en 1978 en San Pedro, junto a las faldas del Cerro de la Corona y el Parque Ecológico Chipinque, y cantaban villancicos en la entrada del cilindro

de concreto.¹⁵⁰ El 23 de junio, día de San Juan, la Sociedad se esmeraba en organizar actividades, juegos y ejercicios, y sorprendía a los niños con dulces y regalos. Escondían el botín bajo el agua de las albercas o en los brincolines, y la segunda generación recuerda aquellos tesoros con añoranza y alegría.

La ruptura aparente de Grupo Monterrey no dividió, por completo, a las sociedades. Los comités de Nova y SCYF estaban en contacto regular, intercambiaban información y planeaban juntos las fiestas masivas. El 15 de diciembre de 1976 hubo una sesión en la que miembros de la Junta Directiva de SCYF y el Consejo de Nova discutieron las actividades del año siguiente. La leyenda de *Trabajo y Ahorro* concluyó, decisiva: “Ambas instituciones están ya en plena marcha enfiladas al trabajo y a la acción, el adelanto y la consolidación de sus postulados”.¹⁵¹ Asimismo, la revista se despidió de los trabajadores que se incorporarían a Grupo Alfa, y éste fundó su propia publicación semanal: *Ser Nova*. El suplemento promovió el mismo discurso de *Trabajo y Ahorro* y *El Abanderado*: la cultura del trabajo orientada a los gastos moderados y el ahorro, y una sana convivencia familiar.

Raúl recuerda sus años activos en el Centro Recreativo Nova como una de las mejores experiencias de su vida. En lo que sigue se resume su perspectiva de las casi cuatro décadas que trabajó en Hylsa, y cómo Nova fue, para él, una recompensa:

¹⁵⁰ El Planetario Alfa cerró en septiembre de 2020. “Se trató de un museo revolucionario, en diversos sentidos, para México y América Latina. Por ejemplo, su megapantalla IMAX fue la primera en entrar en operación fuera de Estados Unidos para el continente. También ofreció al público el primer aviario en su tipo en el país, el cual se inauguró en 1986. Dos años después se inauguró el Pabellón El Universo en 1988, el cual contaba con el monumental vitral El Universo, el único que realizó en vida el destacado pintor mexicano Rufino Tamayo [...] Fue fundado con la tecnología más innovadora del momento y su enfoque fue la promoción de la ciencia y tecnología de forma interactiva. Estas líneas han evolucionado mucho, por lo que su viabilidad, sostenibilidad y continuidad en el tiempo se complica, lo que determinó la decisión de cerrarlo, indica el comunicado citando a Julia Moreira, directora del Planetario”. <https://www.milenio.com/cultura/planetario-alfa-cerrara-puertas-4-septiembre>. Véase Gustavo Mendoza Lemus, “Planetario Alfa cerrará definitivamente sus puertas”, <https://www.milenio.com/cultura/planetario-alfa-cerrara-puertas-4-septiembre>, 3 de septiembre de 2020.

¹⁵¹ *Trabajo y Ahorro*, núm. 2696, 15 de enero de 1977.

Cuando entré miraba muy lejana la jubilación. Trabajaba y vivía al día. Pero me concentré en hacer mi carrera dentro de la empresa, y lo logré. Empezar *de abajo* y *llegar* a donde llegué fue una gran satisfacción, sentí que había cumplido con el plan.

De repente te encuentras con el tiempo, con la edad. Ya te vas a jubilar y no lo quieres creer. Yo me aventé 37 años en la Empresa. Estoy muy agradecido porque quedamos *dentro* del recreativo y con el servicio médico; que eso, olvídate, nos han dado un servicio muy bueno. No nos quejamos. Nos han atendido en nuestros problemas de salud al cien, y ya tengo 19 años de jubilado. Y aquí estamos. Y eso pues creo que, con los problemas que nos han pasado, pienso yo que en el seguro no hubiera sido tan eficiente. Nos retrasan las citas, el servicio no es igual. Y acá sí, te atienden de primera. Estoy satisfecho. También tenemos los equipos de softbol y otras actividades de esparcimiento, muy necesarias después de la jubilación. Íbamos a correr. Estamos satisfechos y contentos con todo lo que se ha logrado.

Predeciblemente, las palabras de Raúl podrían intercambiarse por las de cualquier testimonio que encontré en los boletines de la Empresa: están impregnadas de halagos y buenos sentimientos, hacen quedar bien a la Empresa. Los trabajadores comparan las prestaciones y los servicios de SCYF y Nova con los que obtendrían del Estado, y la conclusión siempre es la misma. Llenos de gratitud, convencidos de que están mejor con la Empresa, donde se sienten seguros, afirman que les ha ido bien, que no pueden quejarse. Fueron amparados. Los adultos mayores, en particular, agradecen la importancia que ha tenido el servicio médico para sobrellevar la nueva etapa de sus vidas con facilidad. “Hacer fila en el seguro” es un desgaste físico, mental y angustioso que se ahorran por pertenecer a la Empresa.

Aunque, como escribí ya, Nova cerró el bosque de la Cuauhtémoc a un porcentaje importante de su población, la sociedad se inmiscuye dentro del recuerdo cariñoso. Para los niños que lo frecuentaban, el recreativo fortaleció sus lazos de amistad en la Colonia y los introdujo a “la cultura”, el teatro, la danza, el lenguaje y la poesía, que había estado prácticamente ausente en la vida de sus padres. El nutrido grupo que amistó en el recinto registró otra forma de comunión: la apreciación por las artes y el deporte. Cuando pregunté a los vecinos de la segunda generación cómo fue su infancia en la Cuauhtémoc, todos, sin falta, me respondieron que “hermosa” y luego recordaron las actividades de Nova, porque ésta era ya parte de la identidad del espacio, otra extensión más del hogar.

Ximena, una vecina del segundo sector, ahondó en esta percepción:

P. ¿Cómo fue su infancia?

X. Maravillosa. Muy hermosa. Jugábamos en la calle y en los parques. Había mucha seguridad. Todo mundo nos conocíamos. Todas las noches salíamos a jugar, después de que terminaban la escuela. Fue muy importante Nova. Después de que se fusiona¹⁵², nos hicieron un parque recreativo. Nos hacen Nova y fue la gloria.¹⁵³ Los colegios fueron una bendición de don Eugenio. Comíamos, hacíamos la tarea. Luego teníamos actividades, karate, aerobics, gimnasia, teatro, en todo estábamos metidos. Y nos íbamos toda la tarde a Nova. No había inseguridad porque nos íbamos a pie y regresábamos bañados y a cenar.¹⁵⁴ Todavía jugábamos un rato en la noche, y casi la gran mayoría, depende de dónde perteneciéramos.¹⁵⁵ Tuvimos una infancia muy hermosa.

Aquella visión embelesada es característica de la segunda generación. Quienes recuerdan la vida de sus padres, lo que significó el bosque para ellos, las puertas abiertas, la distribución espacial antes de la nueva Sociedad, reconocen sutilmente una especie de explotación. Doña Martha, una mujer que llegó recién casada a la Colonia Cuauhtémoc, me dijo: “A Nova íbamos a traer tierra para las matas, tu abuelita y todas las vecinas. Había muy buena tierra. Ya no queda nada, a todo le sacaron provecho”. Cuando le pregunté a qué se refería, pareció no darle importancia y no retomó el tema. Doña Fina, otra colona de la primera generación, recordó con melancolía los paseos que daba por el bosque, la pesca y las reuniones al aire libre en compañía de sus hijos. Su esposo era trabajador de Cervecería, y su familia tenía acceso a SCYF. No volvieron a pasar las tardes entre los abetos y los ahuehuetes de la Cuauhtémoc.

¹⁵² Estaba equivocada. Debió decir “Después de que se separó [el Grupo Monterrey]”.

¹⁵³ La oración “Nos hicieron Nova” me llamó la atención porque, de una u otra forma, los trabajadores y sus hijos expresan el mismo sentir, tan certeros: las casas, las sociedades y los colegios fueron *un regalo* —“una bendición”— de la Empresa. Estaba preparada para escuchar testimonios así, en los cuales el paternalismo está perfectamente asimilado, y sus frutos evidentes son el agradecimiento y la completa docilidad, pero de repente, como con Ximena, me encontré a mí misma sorprendida por la tranquilidad y la seguridad de su exposición.

¹⁵⁴ “No había inseguridad porque nos íbamos a pie [...]”; aquí es importante notar que la afirmación es explícitamente retrospectiva, pues, de niña, ella no tenía noción alguna sobre “la inseguridad”. Ella expone así: “Como nos regresábamos solos, y a pie, seguramente no había inseguridad”.

¹⁵⁵ De nuevo, “pertenecer” quiere decir formar parte de una u otra sociedad, SCYF o Nova.

El comercio

Los Rodríguez fueron de los primeros en convertir su casa en negocio. Según el hijo mayor de la familia, a sus padres los movió la necesidad económica, la aspiración de aumentar sus ingresos y vivir más cómodamente. A finales de 1970 abrieron dos tortillerías, una en Esmeralda y otra en Colibrí. La señora Rosa preparaba tortillas de maíz y de harina. Su esposo, Rogelio, trabajador de Hylsa, administraba el dinero y hacía las cuentas. Los negocios se mantuvieron a flote con la asistencia de sus hijos, quienes heredaron responsabilidades en cuanto fueron capaces de ayudar a sus padres. Para inicios de la década siguiente, las casas-negocio se multiplicaron en Famosa y la avenida mutó a gran velocidad. Surgieron los restaurantes, las tortillerías, las pollerías y los estanquillos. Después, las estéticas, las peluquerías, las barberías, las mercerías y las modestas tiendas de regalo.

La estética causó conmoción. El estilista, un joven llamado Julián, era “delgado, delicadito, no sé si está bien llamarlo así, no sé cómo llamarlo, pero *afeminado*”, me dijo una vecina con una sonrisa nerviosa. En su breve frase insegura se asoma la transformación de las normas sociales, lo intransigente y lo políticamente correcto: lo que Norbert Elias llamó el “proceso civilizatorio”. ¿Cómo debía describir a Julián el día de hoy? Pero en la década de 1980, los servicios que ofrecía la estética, los carteles brillantes que anunciaban ofertas de peinados y planchados, y los rumores sobre el controvertido *performance* de Julián, le merecieron al local el calificativo de una “estética moderna”, la primera que se veía en la Cuauhtémoc. Y el estilista atrajo clientes curiosos o morbosos, quienes no se sintieron inseguros de llamarlo por otros nombres en su ausencia.

Ese mismo año se demolió, en el cruce de Famosa y Titán, una casa, y se construyeron cinco amplios locales. Allí abrió la primera y única panadería que ha conocido la Colonia, La Mundial; una tienda para elaborar flores artificiales, cuyas técnicas recordaban a los talleres que tomaban las mujeres en SCYF; un tradicional salón de belleza, que recibía mujeres y, en raras ocasiones, hombres. Los vecinos llamaron a los nuevos locales de Famosa “Sanboritos”, un juego de palabras derivado de Sanborns, pues su única referencia era aquella tienda. Abrió también La Mancha, una papelería que surtiría, durante varias décadas, a los niños de los colegios. La dueña, una maestra del Colegio Isabel la Católica, atendía a los clientes detrás del mostrador, y después, cuando debía salir para atender sus clases, dejaba encargada a su hermana menor.

Los comerciantes eran colonos y participaban en la vida cotidiana de la Colonia. Los domingos, después de la laborosa misa de las ocho de la mañana, a la que sólo asistían algunas

mujeres mayores, el padre Reyes, buen conversador, vertía chocolate caliente para las señoras y las invitaba a quedarse a desayunar en el templo. El dueño de La Mundial cruzaba Famosa con varias bolsas de papel llenas de pan dulce. Pronto las mujeres se amistarón con el locatario, quien era afable y les extendía las mayores atenciones, y, cuando su hijo se hizo cargo del negocio, el afecto continuó con naturalidad. Hoy, los vecinos rememoran este tipo de prácticas, nostálgicos, para concluir que había bondad, que la Colonia solía ser otra cosa.

En avenida Titán, frente a la primaria Isabel la Católica, don Rogelio atendía su tienda de abarrotes y salía a la banqueta para tomar aire fresco. Las tostadas que preparaba, y sus salsas, se convirtieron en la botana típica de la Colonia. Las niñas del Colegio se agrupaban en el patio a la hora del recreo, y le gritaban al comerciante desde el otro lado de la cerca de alambre: “¡Don Rogelio, unas tostadas!”. Las Misioneras Clarisas, escandalizadas y apenadas, les llamaban la atención con una poderosa mirada juiciosa.

Y la convivencia vecinal floreció en el Cuauhcalli, que recibía parejas, grupos de amigos y familias. El local, que abrió en 1972, fue durante unos años el único restaurante de comida corrida en la Colonia. Los precios módicos y los platillos abundantes aliviaron la carga del trabajo doméstico para las mujeres. Elena, una vecina del primer sector, me dijo: “Antes estábamos obligadas a pensar en tres comidas todos los días, luego pudimos por fin descansar de tanta cocinada, al menos una vez”. El local bien podía pasar inadvertido para el foráneo. Era mediano, tenía mala iluminación, en sus paredes azules colgaban cuadros de pueblos desconocidos. Dos abanicos enormes pendían del techo y amortiguaban el calor de la canícula. Sin embargo, el negocio siempre estaba repleto: tenía clientes fieles e inspiraba largas filas de vecinos que esperaban su turno para conseguir mesa. El Cuauhcalli era el destino común de estudiantes y obreros. Entre semana, desde los hornos de Hylsa, en el lado opuesto de la abarrotada Nogalar Sur, un grupo voluminoso de trabajadores cruzaba el puente peatonal en busca de comida para aguantar el turno de la tarde. Años después pasaban la hora del almuerzo en Famosa, donde encontraban un abanico de opciones para comer. En diez minutos estaban de vuelta en las fábricas, atentos al sonido del silbato para reanudar sus labores.

En 1977, FEMSA fundó un área comercial de Cuauhtémoc Moctezuma, Oxxo, cuyo objetivo era distribuir los productos de la Empresa, las marcas de cerveza y refrescos; es decir, cuyo objetivo era saltarse los estancillos y las tienditas. En Monterrey, el laboratorio favorito, la Empresa experimentó con los primeros locales. El escaparate rojo anunciaba bebidas alcohólicas,

botanas y cigarros. Con el paso de los años, el Oxxo de la Colonia Cuauhtémoc concentró a los clientes de los abarrotes de Famosa, hasta que en la avenida no sobrevivió ninguno. FEMSA encontró a su único rival en la cadena americano-japonesa, 7-11, que abrió quince años después frente a la Iglesia San José Obrero.

Sobra decir que las oportunidades para comer fuera y coincidir en lugares de consumo eran limitadas. Los restaurantes tenían máximo doce mesas en el interior. Los comensales llegaban al mediodía y volvían al trabajo, a menos que fuera fin de semana; la juventud prefería las banquetas a los locales. No había tiempo ni energía para la sobremesa. En la Cuauhtémoc tampoco había refresquerías, bares, ni aquellos atractivos lugares para conversar, discutir o leer, típicos del centro y de las metrópolis, los cafés. Las interacciones de largo aliento se orquestaban dentro de las sociedades, en el teatro o los juegos deportivos; e, informalmente, en los juegos infantiles, en las banquetas o las tardecadas en los porches. Para frecuentar lugares de consumo, los colonos debían tomar el camión hacia la Alameda. En el centro de Monterrey, colmado, ruidoso y empedrado, podían comprar ropa, beber licuados, refrescos o café en las refresquerías de la calle Vicente Guerrero y contemplar los escaparates de la librería Iztaccíhuatl. Sabemos que el consumo y el ocio son formas de distinción social, de plantarse frente al otro con prestigio. Pues en la Colonia la gente no ostentaba objetos, prendas ni joyas; las mujeres eran hábiles costureras y así vestían a sus hijos e hijas. Sólo era indispensable adquirir un vestido o un traje en anticipación a fiestas ceremoniosas, bodas y primeras comuniones. Los trabajadores, como habían aprendido de los cursos y la insistente narrativa empresarial, ahorraban cuanto podían de sus modestísimos salarios. El centro de la ciudad y los centros comerciales, como Galerías Monterrey, que abrió sus puertas en 1983, atraían a los escasos consumidores.

La Cuauhtémoc comenzó a recibir gente que iba de paso. Las casas se modificaron para encajar con los servicios que ofrecían; sin embargo, los dueños de los negocios seguían siendo colonos, y sus clientes también. En 1982 abrió la avenida Fidel Velázquez. Su entronque con prolongación Nogalar dio más fluidez al tránsito y elevó la plusvalía de las colonias Anáhuac y Cuauhtémoc. En 1976, el Colegio Francisco G. Sada dejó de impartir los niveles de primaria y preparatoria; en septiembre de ese año, la secundaria se incorporó al Colegio La Salle y conservó el nombre original en honor al fundador. Las instalaciones se mudaron al primer sector de la Cuauhtémoc. En 1980, los colegios dejaron de ser exclusivos para los hijos de los trabajadores de Grupo Alfa y FEMSA, y esto, aunado a los nuevos locales y a la construcción de las avenidas,

contribuyó a que la Colonia se llenara de automóviles. En 1989 los lasallistas cedieron la dirección de los colegios al personal seglar y quedaron, sólo en papel, como asesores.¹⁵⁶ Aunque La Salle continuó siendo parte del Distrito México Norte de las Escuelas Lasallistas, el cambio desplazó la educación religiosa y el colegio perdió su reputación.

La crisis

Corría el año de 1982. El presidente López Portillo reconoció en televisión, en su último informe de gobierno, que el país atravesaba una severa crisis económica. La solvencia proveniente del auge petrolero había aumentado la confianza de los empresarios, quienes se habían endeudado pidiendo préstamos para expandir sus industrias y ahora enfrentaban las consecuencias. La deuda externa subió de 20 mil a 80 mil millones de dólares, la mayoría provenientes del sector privado.¹⁵⁷ La inflación creció aceleradamente; el déficit en la cuenta corriente y en la balanza de pagos entró en números rojos. Al grupo empresarial, que había crecido en gran parte por los créditos en dólares, le afectó las tasas de interés del crédito externo. El panorama era desolador, pues el crecimiento económico sustentado en la expansión petrolera había perdido todo su dinamismo.

En Nuevo León, la deuda externa de las empresas se cuadruplicó en un año y se estimó en 576 millones de pesos. Grupo Alfa es un ejemplo ilustrador de la gravedad de la situación: estaba endeudado con más de cien bancos. Entre 1981 y 1982, el Grupo vendió decenas de empresas que había adquirido recientemente y despidió a miles de empleados y obreros. Redujo, en dos terceras partes, a su personal directivo y administrativo, y reemplazó a los antiguos equipos con jóvenes egresados del ITESM y de otras universidades.¹⁵⁸ Alfa sobrevivió con la asistencia del gobierno mexicano, que le concedió un préstamo de 12 mil millones de pesos mediante el Banco

¹⁵⁶ Según los lasallistas, la Misión Compartida consiste en la responsabilidad mutua de los hermanos y del personal seglar en difundir “la palabra de Dios”. La posibilidad evangelizadora proviene de los ritos de iniciación cristianos: el bautizo, la confirmación y la eucaristía. Al interior de las comunidades educativas, y en el desempeño apostólico, todos los cristianos tienen la posibilidad de enseñar. Este acercamiento contrasta con el de las Misioneras Clarisas, que, aunque delegaron las materias de matemáticas, ciencias naturales, geografía, y prácticamente todo el plan de estudios al personal seglar, continúan educando a las alumnas en *la fe*.

¹⁵⁷ Israel Cavazos Garza e Isabel Ortega Ridaura, *op. cit.*, p. 240.

¹⁵⁸ Lylia Palacios Hernández, “Consolidación corporativa y crisis económica en Monterrey, 1970-1982” en en Isabel Ortega Ridaura (coord.), *La industrialización del segundo auge industrial a la crisis de 1982*, t. 2, México, México, Fondo Editorial Nuevo León, 2007, p. 228.

Nacional de Obras y Servicios Públicos en 1981. Las pérdidas que el Grupo reconoció ascendían a 5860 millones de pesos, casi la mitad de las utilidades que Alfa había acumulado entre 1977 y 1980.¹⁵⁹

La Colonia sufrió agitación colectiva por los rumores que circulaban en las fábricas. Amalia Hernández, una vecina de la calle Amatista, expresó la angustia con una sola oración que dirigió a su hija: “¡Después de todo lo que trabajó tu papá!”. Su esposo, quien trabajó en Hylsa durante dos décadas, había fallecido apenas unos años antes, de una larga enfermedad. “Qué bueno que ya no está, que no ve lo que estamos batallando”, añadió Amalia con cansancio y preocupación. Para la década de 1980, los hombres de la primera generación habían comenzado a fallecer, unos por enfermedad, otros, según se decía en las banquetas, por el cansancio acumulado de sus jornadas. Las viudas repartían su pensión en comprar alimento, mantener a sus hijos y apoyarlos en sus años escolares. Pero la crisis las sometió a una aprensión insospechada por la devaluación del peso, que se llevó consigo los ahorros que tenían en el banco. En las familias en las que todavía vivían los hombres, la crisis se sobrevoló con más ligereza.

Lo que definió su futuro fue una decisión premeditada que la Empresa dejó en manos de los trabajadores: debían elegir entre conservar sus prestaciones después de la jubilación (la Clínica-Hospital, los parques recreativos, los cursos, el subsidio al que tenían derecho sus hijos en los colegios y en el Tec de Monterrey para estudiar la universidad); o aceptar una cantidad fija de dinero, de una sola emisión, que recibirían al dejar la Empresa. Los hombres que optaron por la segunda opción contemplaron, impotentes, cómo el dinero desaparecía tras la devaluación. Sus familias perdieron el acceso a los clubes sociales, Nova o SCYF. Los niños protestaron, desesperados, cuando sus padres los transfirieron a escuelas públicas, como las primarias Pablo Livas y Francisco

¹⁵⁹ Carlos Alba, “Tres regiones de México ante la globalización: los casos de Chihuahua, Nuevo León y Jalisco” en Carlos Alba *et al.* (eds.), *Las regiones ante la globalización: competitividad territorial y recomposición sociopolítica*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 189-261.

Bocanegra, porque les resultaba imposible pagar la colegiatura completa de CECAC.¹⁶⁰ Al verse cobijados por las prestaciones de la Empresa durante tantos años, los niños habían asumido que con facilidad podían estudiar, comer, ir al médico, jugar, ejercitarse, tener juguetes y horas de ocio en el recreativo. El rudo desplante de los servicios evidenció, por primera vez, la verdadera falta de poder adquisitivo de sus familias.

La segunda generación me cuenta su vida en la escuela pública como una pesadilla. Se habían acostumbrado a la disciplina de los colegios: extrañaron las clases, los exámenes, la pulcritud de las anotaciones —por lo menos cuatro mujeres recordaron la combinación de lápiz, pluma negra y pluma roja que exigían las religiosas en las libretas—, la educación católica, el personal secolar que seguía su aprendizaje de cerca, con esmero, cariño y dedicación. Los hombres recordaron que, en La Salle, había un sistema de medallas: tenían que acumular vales a cambio de puntos y después eran premiados en asambleas, donde sus maestras prendían botones dorados en sus chalecos. A ambos les inquietó subir al transporte colectivo, salir al mundo y convivir con gente de fuera. Ese grupo se distanció de una parte de la convivencia infantil en la Colonia, hizo migas con sus compañeros de la escuela pública y abandonó los juegos de la cuadra.

Entre el 16 y el 17 de septiembre de 1988, el huracán Gilberto desbordó el Río Santa Catarin. Murieron más de cuatrocientas personas. Hubo 20 mil damnificados y un número desconocido de desaparecidos. Hasta hoy, las cifras oficiales de muertos y desaparecidos son motivo de controversia. En San Nicolás, el huracán provocó fuertes lluvias e inundaciones; se convertiría en la primera referencia de un desastre natural para los colonos. Las mujeres, acostumbradas a los diluvios y deslaves de los ranchos en las inmediaciones de las montañas, cerraron las ventanas y cubrieron los espejos de sus casas con sábanas por superstición. Creían

¹⁶⁰ En una notable excepción, Ruben me contó que sus padres decidieron inscribirlo en la escuela pública para que conviviera, por fin, con niñas. “Yo estuve [en La Salle] hasta tercero de primaria y luego mis papás me cambiaron a la Pablo Livas, en la Anáhuac. Mis papás no creían que fuera bueno que estuviéramos con puro niño. Eventualmente teníamos que interactuar con niñas, ¿no? Y en La Salle no había esa posibilidad. Tampoco convivíamos con las niñas del Isabel la Católica. Sabíamos de las niñas que vivían en la cuadra y que estaban en los colegios. O de las niñas más bonitas de otra cuadra u otro sector. Donde confluíamos era en los grupos de la parroquia o en los centros recreativos, pero en general no nos hablábamos”.

que los rayos caerían en donde hubiera destellos de luz, y los espejos eran la oportunidad perfecta del reflejo.

El otro lado

Monterrey no tiene la reputación de Tijuana como polo cultural ni espacio fronterizo. Para un chilango, para un tapatío, para un veracruzano, en Monterrey la gente es sampetrina¹⁶¹ o comparte características con los residentes de Mederos, Contry, Lagos del Bosque, o Cumbres, quienes viven en las faldas del Cerro de las Mitras, lejos de la urbe estruendosa. Ellos pensarán que en Monterrey “se habla inglés”, pocho¹⁶² o “fresa”; que los regios son blancos, intercambian palabras en español por otras en inglés, con habilidad, desde la adolescencia (“¿Vas a la *party*?”) y que los jóvenes estudian en el Tec.¹⁶³ Aunque los estereotipos son generalizaciones engañosas, es indudable que *los nortños*, y los regios, en particular, están muy expuestos al magnetismo estadounidense. Quienes no hablan inglés, por ejemplo, han incorporado en el lenguaje cotidiano anglicismos¹⁶⁴ como “troca”¹⁶⁵ y “queque”¹⁶⁶. La dieta se rige por una fusión de carnes, harinas y salsas. En las piñatas infantiles se sirve el *chilidog*, un pan blanco con forma de submarino, relleno de un guiso de frijoles y salchicha, aderezado con catsup. La cadena de supermercados tejana, H-

¹⁶¹ Gentilicio de San Pedro Garza García.

¹⁶² “*Pochó*: adj. Dícese del mexicano que viviendo en los Estados Unidos no se asimila completamente a la sociedad estadounidense, porque no se olvida su cultura natal; es el *desarraigado*; también se le llama *chicano*”.

¹⁶³ La facultad de Medicina de la UANL, por ejemplo, goza de mejor reputación entre los médicos que “el Tec”.

¹⁶⁴ Pero, ¿qué mexicano puede eludir anglicismos, galicismos o elementos extranjeros en su vocabulario del día a día? Como señaló Antonio Alatorre, hasta los escritores más *mexicanos*, Paz e Ibargüengoitia, incorporan palabras que reprocha “el castecismo”. “Si los mexicanos, por decisión democrática, llegáramos a declarar inadmisibles que existan lugares mexicanos llamados Burger Boy y que jóvenes mexicanos llamados Betty y Danny coman allí hot-dogs y beban seven-up y coca-cola, donde tendríamos que intervenir no sería ciertamente en la lengua, sino en la realidad de la cual es espejo la lengua” escribió Alatorre. Véase “En torno al concepto de literatura nacional” en *Ensayos sobre crítica literaria*, México, El Colegio de México, 2012, pp. 187-189.

¹⁶⁵ “*Troca*: f. (Del inglés *truck*) Camión con caja abierta, para transportar artículos o materiales”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 292.

¹⁶⁶ “*Queque*: m. (Del inglés *cake*) Pan de huevos y mantequilla”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 249.

E-B, que abrió sus puertas en 1997, y su marca de productos, Hill Country Fare, son populares y gozan de preferencia por su economía y calidad. La firma del TLCAN, en 1994, garantizó el acceso a los productos estadounidenses y dinamitó el consumo.

Durante los primeros años de 2000, entre los panfletos publicitarios que se arrojaban a las casas de la Cuauhtémoc comenzaron a colarse catálogos de la cadena de juguetes Toys ‘r’ Us. La juguetería nunca abrió sucursales en México; sin embargo, en el área metropolitana de Monterrey la tienda anunciaba novedades, promociones y rebajas navideñas. Era un guiño rápido a los regios. Durante Semana Santa, el Black Friday, los puentes y los fines de semana decembrinos, en la carretera hacia Laredo se formaban serpientes de carros bajo el sol fulgurante. El trayecto de dos horas y media terminaba en la frontera de Texas. “Ir a McAllen” o “ir a Laredo” significaba pasar dos días de *shopping*, surtirse de ropa o aparatos electrónicos como celulares, televisiones, consolas de videojuegos y audífonos, que podían obtenerse a precios más módicos que en la ciudad.

La visitas breves a Estados Unidos, cuyo principal y único objetivo es el consumo, son un síntoma del distintivo poder adquisitivo de las nuevas generaciones de la Colonia Cuauhtémoc. Fueron los colonos de la segunda generación quienes sacaron su pasaporte y su visa; unos llevaron a sus padres seniles a conocer *el otro lado*, de paseo, a los *malls*. Pero cuando aquéllos fallecieron, cuando la primera generación comenzó a morir, otros decidieron vender la casa familiar y *hacer su vida* en Estados Unidos. Quienes migraron atravesaron la frontera con visa de turistas, como si fueran de compras, y no volvieron. No escuché ninguna historia de personas que hubieran cruzado ilegalmente, con ayuda de coyotes o polleros.

¿Por qué se van? La decisión voluntaria, fría y cautelosa de dejar la Colonia, la ciudad y el país contrasta drásticamente con los testimonios de quienes añoran regresar, revivir sus recuerdos y morir allí, como me dijo Matías.¹⁶⁷ Hay amplia distancia entre el apego de unos y otros.

Las razones para migrar no son misteriosas. La gente migra en respuesta a la promesa de mejores condiciones de vida, mejores salarios y una mejor educación para sus hijos. Migra porque los ahorros no le alcanzan y necesita seguir percibiendo dinero: no todos tienen la posibilidad de jubilarse y vivir de su pensión. Cuando hacen la comparación, la Colonia Cuauhtémoc y cualquier ciudad tejana no se contraponen como *los hogares* —el actual y el futuro—; se sopesa, más bien, la antítesis México-Estados Unidos, y lo que ofrece cada proyección de esos países. Las

¹⁶⁷ Véase *supra*, p. 43.

nuevas generaciones creen que el otro lado ofrece “seguridad”, “buenos salarios” y “un futuro estable”. Ofrece dólares. La familia de Germán se mudó en 1987. El señor se había jubilado ese mismo año. Toda la familia buscó trabajo: fueron meseros o mozos, limpiaron locales y lavaron losa para obtener el sustento diario. En Texas, sus hijos conocieron a sus parejas y allí nacieron los nietos. La familia de Ramona se mudó a San Antonio en 2001, después de que la Empresa liquidó a su esposo. Tenían ya conocidos en Estados Unidos, y eso amortiguó el cambio, pues al principio no pagaron renta. En Monterrey, sus hijos habían aprendido inglés para aspirar a “buenos trabajos”.

También sucede que los hijos migran, y años después los alcanzan sus padres para envejecer con ellos. Fue lo que pasó en 2015 con don Rogelio, el vecino que vendía las tostadas en avenida Titán. Al enterarse de que se iría, los vecinos se lamentaron: “¡Se van *las tostadas!*”. Otro: “Se está diciendo que se van a Estados Unidos. Mera [su esposa] dice que ya merecen tener tiempo para ellos y descansar, tiene toda la razón”. Las salsas eran tan populares, y fueron tan extrañadas, que el señor empezó a enviarlas a la Colonia para proseguir con la venta.

O hay quien se muda brevemente, para ahorrar en dólares, con la expectativa de retornar y concretar planes. Gilberto, el joven novio de una chica del tercer sector, se fue por un año para trabajar, ahorrar, volver, casarse con Margarita y comprar una casa de contado, y así vivir los primeros años despreocupados y tener chiquillos. Él tenía estudios profesionales y bien pudo conseguir empleo en la ciudad, pero consideró que “le iría mejor del otro lado”. No se equivocó.

En el imaginario colectivo, vender la casa propia o irse a Estados Unidos pertenecen a la misma categoría que haber muerto. Las tres acciones involucran la ausencia de alguien que vivió durante mucho tiempo en la Cuauhtémoc, y que ahora ya no está. Quienes se quedan atrás recurren a las acciones para argumentar, una vez más, que mucho ha cambiado; para empezar, afirman, ya no está la gente que me vio crecer, la que yo recuerdo. Se murió. Se mudó. Andrés, un vecino de la segunda generación del primer sector, recordó la lejana vida de las primeras décadas y, al mismo tiempo, lamentó su contraste con el presente; él, que dejó la Colonia cuando era un adolescente, sabe bien quiénes siguen allí y quiénes no.

P. ¿Cómo era la Colonia cuando usted era niño?

A. Había grupitos. Yo me juntaba con muchachos de Quetzal, Pingüino, Faisán, Petirrojo. Andaba hasta por Dalia. Era muy callejero, pero era un callejero no de agresión. No éramos pleitistas como en la actualidad, que van y hacen borlotes. [risas]

Antes se hacían bailes en Aguamarina y Amatista, en Golondrina, en Jilguero. Casi nunca había pleitos. Pues créeme que me da mucha nostalgia porque una vez fui, una líquida vez. Después estaba recién divorciado en el 98. Mi padrino [el dueño de la casa en la que vivió] ya falleció. Ya casi la mayoría de los muchachos no están ahí, unos están en San Antonio, otros en Houston. Era un ambiente familiar sano porque bailábamos con las hermanas de los amigos y nada de morbo, nada. Hicimos grandes amigos. A las muchachas las respetábamos. Sus papás fallecieron, se quedaron solos. Algunos vendieron las casas. Tengo un compañero trabajando ahí, él es de Faisán. Mucha raza ya no está ahí.

Andrés dice *Mucha raza ya no está ahí* y pienso que es extraño, porque se excluye a sí mismo de la oración, pero los dos sabemos que él pertenece a ese grupo. La perspectiva del pasado es más nostálgica cuanto más consciente es uno de la imposibilidad de volver a él. En las palabras de Andrés habita esa conciencia.

El nuevo siglo

Hylsa cumplió cincuenta años en 1993. La antigüedad de la Empresa implicó, también, el envejecimiento de sus trabajadores. En SCYF y en Nova se organizaban festejos para reconocer a los hombres que cumplían décadas en la Empresa. Sus jefes les colgaban medallas y el público aplaudía, efusivo, el gran logro. Desde entonces la Empresa se concentró en diseñar actividades para los hombres que estaban próximos a jubilarse. Los convivios de jubilados se convirtieron en un atractivo más de las sociedades, que reajustaron su abanico de actividades ante el veloz cambio demográfico de su comunidad. La posibilidad de tener una vida social activa, después del periodo productivo, ilusionó a los obreros. Así se popularizaron los viajes en grupo, los juegos de tenis, las meriendas y las cenas en los parques recreativos. En 1991 un grupo viajó a La Pesca, Tamaulipas, por tres días. A su regreso se reunieron en un asador de Nova e intercambiaron opiniones sobre la excursión, entusiasmados por la expectativa de repetir la experiencia lo antes posible, de mejores formas.

La edad alcanzaba a la primera generación. Las mujeres de la Colonia, que ya rondaban los sesenta años, se reunían una vez a la semana para jugar lotería. Las responsabilidades y el cuidado de los hijos, ya mayores, se habían relajado, y ellas disfrutaban de más tiempo libre. Los juegos de azar eran ilegales en Nuevo León. La policía solía irrumpir en los salones clandestinos más famosos, donde se apostaban grandes sumas de dinero, y arrestar a los jugadores. Las vecinas

jugaban felices, intercambiando pocos pesos, y sorbían sus cafés solubles. Ocasionalmente alguna mencionaba las redadas y el ambiente se tensaba, como si sobre sus cabezas oscilara la espada de Damocles. Después proseguían con tranquilidad, risueñas, a sabiendas de que su actividad no era de interés para nadie, menos para el gobierno y la policía.

San Nicolás de los Garza escaló lugares en las listas sobre el desarrollo del estado. En informes del INEGI, de 1990, el municipio encabezó los porcentajes de viviendas particulares con sanitarios exclusivos, agua entubada y potable, drenaje y energía eléctrica. El municipio superó, en todas las categorías, al resto del área metropolitana, incluso a San Pedro, que, desde hacía varias décadas, había sido el hogar predilecto de altos ejecutivos, funcionarios y políticos.

“Muy divertido el torneo de papalotes Nova ’97”, reza el encabezado de un ejemplar de *Ser Nova* que encuentro hurgando en los cajones del archivo. En la portada, un hombre rubio, en cuclillas, muestra un papalote transparente. Mira hacia la lente con el entrecejo fruncido por la luz del sol, pero se ve feliz, orgulloso. A su lado, su joven pareja abraza a dos niños pequeños por el torso. Visten ropa de invierno. “Fue un evento familiar lleno de emoción y compañerismo”, asegura el pie de foto. Al evento acudieron el Lic. Pablo Longoria, presidente del Consejo Nova, y Juan Manuel Leal, de la Comisión de Deportes de Hylsa, para hacer de jurado. Abajo, en letras pequeñas, se anuncian los resultados del Torneo Interempresas de Futbolito, donde compitieron trabajadores de Hylsa, Grafo Regia y Empaques de Cartón Titán. Corroboro que los boletines *Trabajo y Ahorro*, *El Abanderado* y *Ser Nova* mantenían el discurso original de las publicaciones. Por un lado, aplaudían el trabajo duro y el ahorro, virtudes aspiracionales para los regiomontanos; y reforzaban la fe en la movilidad y la capacidad de desarrollo que tenían los empleados dentro de la Empresa. Por el otro, alentaban la unidad familiar y el bienestar espiritual. La *sana convivencia* consistía en el deporte, la religión, las conversaciones mediadas por los alimentos al aire libre. En apariencia, *la cultura del trabajo* seguía siendo el eje donde se ordenaba la vida social, y también en donde germinaban la paz y el sentido que, genuinamente, brotaban de los trabajadores.

Según el censo de 2000 del INEGI, ese año la industria en San Nicolás se agrupó en dos rubros: la industria pesada o siderúrgica, que basaba su desarrollo en el acero y el carbón, y la industria ligera, como la curtiduría, la fabricación de vidrio, cemento, hule y papel, la industria textil, química y alimentaria. Así se confirmó el liderazgo del municipio en los servicios esenciales, la escolaridad y las oportunidades laborales en la última década del siglo XX. San

Nicolás, como Monterrey, Guadalupe y San Pedro, concentró una proporción importante de la población de la tercera edad de Nuevo León. Aquello reflejaba la novedosa antigüedad de los primeros centros urbanos del estado.

Los colonos construyeron segundos pisos y habitaciones. Querían vivir más cómodamente, y el espacio construido de las casas originales era muy pequeño. El peatón que andaba por las banquetas observaba construcciones imponentes con protectores en las ventanas, lámparas, piedra caliza, porches enjorados con mosaico rojo; y, a su lado, entre las remodelaciones, las modestas casitas japonesas que había descubierto la primera generación. Los barrotes y las rejas, y la novedosa práctica de cerrar el zaguán y utilizarlo, al fin, como cochera, achicaron las calles y transformaron la experiencia de caminar la Colonia. Era extraño ya toparse con alguna casita original, cuyo único frente fuera la banqueta, el zacate y los árboles. La disparidad se acentuó. La Colonia Cuauhtémoc ya no era el terreno hostil y vacío que había ahuyentado a los reticentes trabajadores de Cervecería en 1957.

Las familias compartieron preocupaciones por el nuevo siglo. Pero la victoria de Vicente Fox, en 2000, pasó desapercibida o fue comentada superficialmente: “Era un hombre de bigote, del PAN, ya no era [un presidente] del PRI”, me dijo Ramiro. Fue en vano mi esfuerzo por añadir preguntas que enlazaran la historia de la Cuauhtémoc con hechos de la política nacional; los partidos, los presidentes, las disputas por el poder no eran de interés. La política era un asunto lejano, aburrido o tedioso, incomparable a la urgencia del trabajo. Sólo *los universitarios* o *los ociosos* tenían la costumbre de charlar sobre esos temas, y en la Cuauhtémoc no había ni unos ni otros. Como mencioné, la gente conservó imágenes prístinas que observaba por la circulación de periódicos o noticias televisadas: de allí surgía el débil lazo con lo que sucedía *en otros lados* o *en otros Méxicos*. Los cambios que llamaban su atención se fraguaban, en cambio, en la dimensión local. La relación entre la Empresa y el Estado era invisible al ojo de los colonos, pero sus efectos adversos eran tangibles en los anuncios laborales, los cambios en la estructura orgánica, los ascensos y despidos. El presidente era distante a comparación de la ambigua figura de la Empresa que, a su parecer, tenía el poder absoluto para asegurar o tambalear destinos.

La ajetreada vida parroquial disminuyó su ritmo debido a que los jóvenes de la Colonia se habían casado, habían tenido hijos y tenían nuevas obligaciones. Influyó también el relevo de sacerdotes y la muerte del padre Galván, el padre Vega y el padre Reyes, quienes rápidamente afianzaron su lugar en los recuerdos de la población y, por supuesto, en la tradición oral. En el

apogeo del templo, los sacerdotes habían animado a los jóvenes a participar en actividades cívicas o religiosas; entablaron relaciones íntimas y afectuosas. El padre Galván tenía una potente voz que despertaba a los somnolientos en las misas. El padre Reyes andaba en patines por la Colonia, saludando a la gente que se cruzaba, y provocaba carcajadas de asombro. “Se bajaba a nuestro nivel, y así nos hablaba, no desde una posición de autoridad”, me contó una vecina con visible anhelo. Recuerdan a los sacerdotes como personajes francos, amables, amistosos y profundamente interesados en su bienestar. Con ellos concluyó la vibrante vida social religiosa.

Pero, en la intimidad y de maneras informales, la religión se mantenía al centro. Todos los días los vecinos rezaban antes de dormir. Los más devotos oraban también a las doce en punto, la hora del Ángelus, cuando repiqueteaban las campanas de la iglesia a modo de aviso, y *daban las gracias* antes de sus tres comidas. Las mujeres leían la biblia en las mecedoras de sus porches. Por estos años comenzó la tradición de turnarse una imagen religiosa de San José Obrero; el santo llegaba a una casa, donde lo recibían, lo guardaban celosamente en trasteros o repisas por varios días, y después lo pasaban a manos del vecino. El objetivo era bendecir los hogares con la presencia de San José, pero la repetición, la costumbre fortaleció los lazos de cuadras enteras de la Cuauhtémoc, y procuró su interacción. En 1990 el papa Juan Pablo II regresó a Monterrey en su segunda visita apostólica. En la Colonia de inmediato se paralizaron las clases y las faenas domésticas. Las familias se apresuraron a llegar al centro para vislumbrar la figura imponente y, con suerte, tocarla. La devoción persistía.

Fueron las Misioneras Clarisas quienes repararon, primero, en los cambios que atravesaba la Colonia. Consideraron que era su deber, como educadoras y líderes morales, revertir la tendencia hacia el aislamiento, la individualidad, el silencio. Comprendieron que las actividades espontáneas no volverían, así que decidieron reglamentarlas. Desde 1996, las Misioneras organizan eventos dentro y fuera de los colegios que alteran el nuevo orden común de la Cuauhtémoc. Con la excusa de celebrar el día del padre o el de las madres, la carrera familiar, las kermesses, la feria del libro, las posadas y las mañanas de trabajo, las hermanas revitalizaron “el movimiento” de la Colonia; ocasionaron que olas de niños y familias atestaran las calles y que los vecinos se involucraran, a veces, en lo que veían desde sus ventanas. En 2000 se entregó, por primera vez, un anuario del año escolar. El año siguiente las Misioneras crearon la Escuela de Padres de Familia para formar a los padres en temas de religión, sexualidad, pareja y terapia, y llenaron, otra vez, el vacío que había dejado la vida parroquial.

Claudia, una vecina cuya hija estudia en los colegios, me dijo:

C. En este tiempo que vivimos los padres pasan muy poco tiempo con sus hijos, y ellas [las religiosas] hacen actividades para involucrar a la familia. Para muchos padres eso es *gorro*¹⁶⁸, pero ellas lo hacen para que convivas con tus hijos. Pero pues tú tienes la opción de no meterlos ahí [a los colegios] si no quieres.

P. ¿Cuando usted estudiaba era igual?

C. No. Yo creo que ahora, por la situación que ven las hermanas... hay niños solitarios y deprimidos. Ya hasta tienen psicólogos. Antes la mamá casi siempre estaba en casa, ahora muchas trabajan. Entonces los niños se crían con abuelos o en estancias infantiles. Todo cambia, ¿no? Y el objetivo de las actividades es involucrar a los padres. No quiere decir que ellas estén *friegue y friegue* [risas]. A mí me gusta mucho el concepto. Por ejemplo, el día del padre, tiene que ir él. A ti no te dejan entrar. Y el papá convive, aunque sea ese día, con su hijo. Para mí es un excelente colegio.

En 2003, por requisito de la Secretaría de Educación (y ante *la necesidad moderna*¹⁶⁹), los colegios se volvieron mixtos. La educación sexuada, característica de las instituciones, se había modificado con el paso de los años: las niñas ya no aprendían a cocinar ni a coser, los niños tomaban clase con maestras seglares y ya no había hermanos lasallistas en la Colonia. Pero el modelo de las escuelas todavía era distinto, y, con el tiempo, el Colegio Isabel la Católica absorbería un porcentaje considerable de los alumnos de La Salle. La buena reputación de las religiosas como educadoras y figuras de autoridad predominó sobre el otro colegio que, aunque no era secolar, no ofrecía la misma carga académica ni evangelizadora. Mientras que en La Salle se desplomaron las cifras de alumnos matriculados, en Isabel la Católica diseñaron un proceso de admisión más riguroso, con exámenes de ubicación y entrevistas, para seleccionar a sus nuevos estudiantes.

Los extranjeros

Un miércoles de 1996, los obreros de la planta Largos Norte de Hylsa llegaron a la fábrica para iniciar el turno matutino, minutos antes de las siete de la mañana. En la entrada encontraron a los superiores negándoles el paso. Entre evasivas, miradas y órdenes ambiguas, los directivos les

¹⁶⁸ “Gorro: m. Molestia, enfado, calidad de cargante: *¡Qué gorro! Todavía me falta surtir la despensa*”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 149.

¹⁶⁹ Aquello expusieron en CECAC.

ordenaron que regresaran el viernes de esa semana, a diferentes horas. Comenzó la sospecha. Ese día, los jefes les dieron dos opciones: aceptar un nuevo contrato o tomar su cheque de liquidación. Quienes firmaron el contrato descubrieron, después, que habían perdido prestaciones, los habían cambiado de “categoría” (por ejemplo, quien antes fuera “Técnico A”, ahora era “Operador C”); y que habían desaparecido los incentivos económicos para trabajar durante días feriados. Preocupados, los trabajadores entendieron que perderían el servicio médico de Nova después de la jubilación. El rumor corrió como pólvora: había una crisis y la Empresa, para “alivianarse”, tenía que recortar las prestaciones y los salarios de los obreros. Pero a los empleados no les bajaron nada, ellos siguieron con lo mismo, aclaró Jacinto.

Eran años de incertidumbre, rumores, enfado. En 2000, en la misma planta, un grupo de hombres se propuso levantar firmas. Habían escuchado que ese año no habría reparto de utilidades. Ingresaron al patio, donde otros compañeros, montados en grúas, procesaban chatarra, y les gritaron que bajaran, era hora de parar. Los operadores se negaron. Un hombre dio el pitazo con los directivos y de inmediato corrieron a cinco trabajadores, a quienes habían identificado como los líderes. Aquellos hombres dijeron que iban a vender la Empresa, pero el resto de los obreros pensaron que, si aquello sucedía, se trataría de una venta menor, de una sola planta o fábrica. No se imaginaron que fuera algo trascendental.

No es novedoso que la historia económica se cuente, en pequeña escala, con el desarrollo de una sola empresa. Los investigadores lo hacen, por ejemplo, en los múltiples libros y artículos sobre el auge y declive de la Fundidora, una compañía tan importante para la historia de Nuevo León que sus hornos adornan el escudo de la entidad. Puede hacerse, también, con Cervecería. Aquí encontraríamos la creación de las empresas subsidiarias, el paternalismo, la formación de los conglomerados, el papel de las multinacionales, y, finalmente, el hecho inédito que reafirmó las intuiciones de los obreros: la compra millonaria de Hylsa por el grupo italo-argentino, Techint, en 2007.

El modelo organizacional atravesó espasmos disimulados. Con la combinación gigante de Hylsa, IMSA, y la propia empresa argentina, Siderar, el grupo extranjero refundó la empresa con el nombre de Ternium en 2005. Ese año, antes de que hubiera un anuncio oficial, los trabajadores recuerdan que los jefes les dieron una buena noticia: habría utilidades como nunca antes. También les dijeron que “aprovecharan mucho, porque luego no tendrían dinero”. La compra simbolizó el fin de un esquema unitario, claro y transparente. Los trabajadores de FEMSA y Alfa,

que habían permanecido juntos después de la división de Grupo Monterrey, ya con sus sociedades, ya con una afectuosa percepción de la historia compartida, resintieron el corte. Ahora la separación era inminente.

En Ternium, el trabajo y los accidentes se gestaban de una manera distinta. Los empleados que vivieron el cambio de administración concluyen, a favor de la primera, que la segunda no era *tan humana*, aunque las medidas de seguridad eran más rigurosas. Como me explicó Jacinto:

P. ¿Qué tan común es que haya accidentes?

J. Fíjate que, últimamente, como que está más controlado. Antes sí había más accidentes. No hemos tenido accidentes fatales. La Empresa, a pesar de ser de alto riesgo... no he sabido de un accidente grave, no.

P. ¿Se le ocurre algún ejemplo de accidente grave?

J. En lo que yo he estado ahí, ha habido cuatro o cinco muertos. A un chavo que entró con nosotros, muy jovencito, le cayó un gancho. Las grúas miden treinta y cinco metros, ¿no? El operador subió el gancho, no lo limitó, siguió subiendo el cable. Le cayó en la cabeza al chavo y se mató. Doscientos kilos pesan los ganchos. Otro se electrocutó. Otro se quemó, le cayó un baño de acero. En lugar de conectar un gas inerte, conectó el aire, que trae humedad. Se creó una burbuja y le cayó el acero.

P. ¿Y con Ternium qué cambió?

J. Son más exigentes. Andan en corto los jefes, los directivos. Son más duros en cuanto a seguridad y procesos, calidad. Cada cierto tiempo anuncian que habrá revisión de los certificados de calidad y todo eso. El clima laboral es otro. Ya no permiten que andes sin uniforme, sin tu equipo de protección personal. Ya no es tan permisible como era antes, en Hylsa. Hay más tensión. Si cometes un error te castigan, te mandan la normativa; y si cometes varios en un año, te tachan. O sea, en la próxima oportunidad te liquidan.

P. Entonces, si un trabajador se accidenta, ¿su primera preocupación es que lo despidan?

J. Exactamente. También corren a la gente *problemática*.

P. ¿Qué tipo de persona es problemática?

J. Es gente que no cuida su trabajo, que abandona el área sin que llegue su relevo, o que falta o que llega tarde. O que no *coopera* cuando le piden que cubra tiempo extra.

Los nuevos directivos de Ternium compraron Nova y, durante los primeros años, mantuvieron las mismas prestaciones. En el recreativo deambulaban argentinos altos y trajeados; andaban aprisa. Visitaban el gimnasio, el teatro, el Bosque. Su apariencia pulcra y cuidadosa era suficiente para que los observadores concluyeran con rapidez que se trataba de ejecutivos o altos mandos, de

alguna persona importante.¹⁷⁰ Al identificar, correctamente, la categoría de los extranjeros, las personas a su alrededor se incomodaban o los miraban con curiosidad. El personal del recreativo, nervioso, se tornaba más solícito y los atendía con atención especial. Alfonso, un antiguo vigilante del recreativo que trabajó allí durante más de una década, me explicó: “A nosotros nos enseñaron a tratar al *socio* como persona, nos dieron capacitación. A todos había que tratarlos bien: cliente, socio, invitado o enfermo. Y si era extranjero, con más razón, tenías que atenderlo mejor”. La presencia extranjera no es descartable ni menor, menos para una empresa que se había fundado con el nombre de un tlatoani para reafirmar sus orígenes.

Ramiro, quien es ingeniero metalúrgico y empleado en Hylsa desde 1993, me describió las nuevas relaciones laborales con los extranjeros como unas más tensas, menos flexibles.

R. Hylsa era una empresa local. Andaban con nosotros los primos y los sobrinos de los fundadores, de los accionistas; recuerdo un Garza Lagüera en Guerrero. Había cierta presión por la producción, pero a la vez había mucha tolerancia hacia la gente y al personal. También había oportunidad de meter a tus familiares; yo conocí núcleos enteros de familias de tres o cuatro miembros. Con Ternium llegó otra gente. Lo veíamos como una sombra que nos habían impuesto, tú no sabes [risas, luego con seriedad]; y vinieron de Venezuela, Argentina, Brasil, hasta unos italianos. Luego luego¹⁷¹ empezó la presión.

P. ¿Y qué pasó con las actividades y las prestaciones?

R. Cambió todo. Nosotros, tu papá¹⁷² y yo, somos de los últimos. Disminuyó el apoyo. Se mantiene la salud, pero en el apoyo escolar y deportes, nada. Nova antes tenía muchos deportes, el club Rayados, el softbol y el béisbol. Se acabó. Los nuevos compañeros que ingresan no tienen apoyos.

¹⁷⁰ En enero de 2010, la Cervecería Cuauhtémoc Moctezuma fue intercambiada por el 20 por ciento de las acciones del grupo holandés Heineken. La influencia extranjera en la Empresa ya era imparable.

¹⁷¹ “Luego luego: adv. Inmediatamente, enseguida”. *Diccionario de mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Siglo XXI Editores, 2010.

¹⁷² Mi papá es técnico-electricista en Hylsa desde 1992. Ramiro y los trabajadores que entrevisté me reconocen como su hija. Curiosamente, al hablar de las prestaciones, no reconocen que hay una diferencia entre los puestos. Por ejemplo, los obreros no tienen derecho al servicio de salud después de su jubilación, y los empleados sí.

La familiaridad que los trabajadores disfrutaban con los altos mandos había sido característica de lo que Snodgrass llamó “el paternalismo personalizado” de Cervecería.¹⁷³ Si el acercamiento fue parte de una estrategia más amplia, establecida desde inicios del siglo XX, con objetivos concretos, como prevenir revueltas y desalentar la organización obrera, con el tiempo aquellas prácticas se complejizaron y cambiaron de significado. Pues las nuevas generaciones de altos mandos entraron en una dinámica amistosa, acaso verdadera, con los empleados.¹⁷⁴ Me resisto a pensar las interacciones de hoy con base en el manejo empresarial del siglo pasado. También es una trampa concebir al empleador como el sujeto que es siempre racional, frío y calculador. Para las personas de la Cuauhtémoc aquel lente es inútil, no dice nada sobre sus experiencias ni sobre sus vidas.

Manolo, un hombre de la segunda generación que consiguió trabajo en Hylsa a inicios de la década de 1970, recuerda que su padre no quería que él trabajara en la Empresa, sino que deseaba que se convirtiera en profesionista:

Yo quería entrar a Hylsa porque a papá le reconocieron. *Mucha tierra mucho polvo*.¹⁷⁵ Yo me aferré a entrar a Hylsa. Entré como en el 72. Luego a otro tipo de trabajo *más liviano*. Pero *empecé de obrero*, era Hylsa división Tubería. En noviembre 15 de 1963, entré de obrero. Ya estando dentro *me muevo* para buscar un trabajo más liviano. Para papá era pesado. [Pausa emotiva] Quería que yo tomara un trabajo de oficina o de medio tiempo. Pero yo ya estaba desesperado, estaba cerrada la contratación, no hallaba por dónde. Él quería que yo estudiara la carrera comercial.

¹⁷³ Una extrabajadora de la Cervecería recordó con nostalgia algo muy similar cuando fue entrevistada por Snodgrass. La mujer hizo referencia a las visitas del entonces director, Luis G. Sada, a mediados de 1900. Es interesante notar que las prácticas y las percepciones persistieron durante tanto tiempo. Véase: M. Snodgrass, *op. cit.*, p. 72-74.

¹⁷⁴ Snodgrass escribió que la actitud de los trabajadores cambió con el tiempo: si antes habían participado en SCYF por miedo al desempleo, cohibidos por la amenaza de los superiores, después brotó en ellos una lealtad genuina hacia la Empresa. Yo sugiero que, acaso de manera similar, y en respuesta a la tranquilidad imperante que se ha vivido en las fábricas durante las últimas décadas, los empleadores dejaron de actuar *siempre* de manera estratégica.

¹⁷⁵ Con la atrapante oración “Mucha tierra mucho polvo” Manolo me resumió los argumentos de su padre para que él no hiciera el mismo tipo de trabajo. Los trabajadores utilizan esas dos palabras, una y otra vez, para describir su ambiente de trabajo. *Tierra* y *polvo* es una manera rápida de identificar a los obreros que hacen el trabajo más pesado, arduo y difícil de las plantas de la Empresa: las áreas de Hylsa.

La aspiración del padre de Manolo deja entrever el gradual cambio de expectativas sobre el trabajo masculino. Los hombres de la segunda generación no estaban “condenados” a trabajar en las plantas de Hylsa, ni debían soportar el calor, la tierra y el polvo que sus padres conocieron durante décadas. Ningún padre deseaba que su hijo le reemplazara en la Empresa, ni quería heredarle su puesto: era posible optar por alternativas más amables o “livianas”.

Bajo el discurso y la imagen de la Empresa bullía una transformación lenta y decidida. En 2008 se vendió el terreno del Centro Cívico, sobre avenida Del Bosque. Había sido parte de los primeros planos de la Colonia. Allí, donde cada año se atestaba de juegos mecánicos para celebrar las fiestas patronales y se extendía el patrimonio de la iglesia, se construyó una privada residencial. La manzana de sesenta casas se cerró al público, y en la entrada se instaló una caseta de vigilancia con vidrios polarizados. Por lo menos tres vecinos me dijeron que la habían construido *para* los argentinos y venezolanos, nuevos ejecutivos de Ternium, que llegarían a Monterrey a supervisar las actividades en las fábricas. Todavía hoy algunas personas sostienen esta versión, aunque, como me dijo un vecino de la privada, y corroboré con el municipio, ésta es falsa. Las tierras pertenecen a Grupo Industrial Monterrey.

A pesar de que los rumores del papel de la Empresa en la construcción de la cerrada eran falsos, es inevitable pensar cómo se originaron, por qué para los colonos era una conclusión razonable y lógica. Importó la coincidencia temporal. El promedio de edad de los habitantes de Viejo Anáhuac es mucho más joven que el de la población de la Cuauhtémoc; y si bien la Empresa no estuvo involucrada, directamente, en la construcción de las casas, quienes compraron terrenos en la privada sí eran empleados de Grupo Alfa con ingresos relevantes (los suficientes para poderse pagar una casa sin asistencia). La privada era una oportunidad de estar cerca de Nova y de los colegios a los que asistían sus hijos; era, pues, conveniente. Otros compradores son hijos de la primera generación, quienes eligieron el lugar sólo para estar cerca de sus padres, o simplemente porque no deseaban dejar de vivir allí. En menor medida, llegó gente sin relación con la Colonia o la Empresa: el atractivo de la Cuauhtémoc como una zona tranquila, alejada, arbolada y segura, permanecía. “Hay un abogado, un juez federal. Le gustó el punto y se mudo para acá”, observó José, un vecino de Viejo Anáhuac.

El acceso a Nova por avenida Ojo de Agua cerró. Una reja negra obstaculizó el paso de los habitantes del tercer sector, quienes ahora tenían que rodear avenida Titán, caminar a lo largo de

avenida del Bosque, e ingresar por el estacionamiento del deportivo. “¡Ya nos cerraron las puertas!” exclamaron los vecinos con enojo. La decisión de la Sociedad indignó sobre todo a los adultos mayores, que utilizaban el acceso como una vía rápida para ir a la Clínica, pues para ellos “dar toda la vuelta” a la Colonia no era cualquier cosa. Las puertas cerradas fueron una lúgubre indicación de que la Sociedad se había puesto a la defensiva: los directivos hablaron de inseguridad, robos y, en consecuencia, la necesaria vigilancia. Cerrar el acceso con el argumento de la inseguridad implicaba un montón de cosas: ¿Cómo se relaciona la seguridad con el espacio público? ¿Qué sucede cuando levantamos muros, rejas, puertas? ¿De quién nos protegemos? En el siguiente capítulo describiré la situación con más detenimiento.

Serenatas

En la Cuauhtémoc del siglo XXI, un sinfín de melodías irrumpían por las ventanas de los vecinos. Animales salvajes y de granja, misas, servicios y pregones eran igualmente característicos de la voz de la vida cotidiana. Las palomas se habían convertido en una plaga y a su tímido gorjeo se unían los agudos graznidos de las urracas. Al alba, los gallos cacareaban. A las seis de la mañana, el camión de la basura despertaba a los niños con su estruendosa campanita: era hora de alistarse para la escuela. Tres veces al día repiqueaban las campanas para ir a misa, quince, diez y cinco minutos antes de la celebración, nueve veces en total; anunciaban el inicio de la mañana, la tarde y la noche, por tanto organizaban las actividades de la población.¹⁷⁶ A las nueve en punto, el joven repartidor de *El Norte* pasaba por las cuadras, a toda velocidad, en su bici zarrapastrosa. El muchacho iba aventando rollos de periódico y gritando ¡eeeeeee! para vender más ejemplares y embolsarse monedas. A las diez era el turno del señor de las tortillas, que transitaba con música de Tin-Tan en su bocina. A mediodía, el toque del Ángelus interrumpía las clases de los colegios, y los alumnos se ponían de pie para cantar, adormecidos, bajo la instrucción de sus pacientes

¹⁷⁶ “Cada hora de cada día las campanas recordaban a los habitantes de ciudades y pueblos occidentales que la armonía musical reordenaba el ruido del mundo, y que, mediante sus acompasados repiques, Dios la devolvía periódicamente a la humanidad. En este sentido, la Iglesia era la necesaria intermediaria entre la omnipresencia divina y los mortales, ya que sacralizaba cada segmento del día y organizaba la vida cotidiana de los feligreses”. Rosalva Loreto López, “Campanas, esquilonos y esquilitas. El espacio y el orden de la sonoridad conventual en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *Espacios en la historia: Invención y transformación de los espacios sociales*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 75-97.

maestras. Las tardes eran silenciosas. A las cuatro, la iglesia reproducía adicionalmente el himno de la alegría o la canción que se le antojase al sacerdote; la música sonaba con claridad en toda la Colonia. Las vecinas cultivaban en el jardín y sus nietos las acompañaban, solícitos; se ponían de cuclillas y observaban las cochinillas y lombrices que surgían de la tierra húmeda. Barrían las hojas que soltaban los fresnos en la banqueta, y extendían la cortesía al lugarcito del vecino como muestra de amabilidad. Era cortés saludarse con un ¡Adiós! cuando uno pasaba frente a la casa ajena, donde una familia se mecía y merendaba en el porche. Antes de las seis sonaba el último aviso para ir a misa. A las nueve se apagaban las luces y se cerraban las cortinas.

Años después de la construcción de Viejo Anáhuac, en avenida Nogalar Norte se vendió un terreno que se convertiría en una torre de departamentos. En avenida del Bosque, a setecientos metros de Viejo Anáhuac, Ancestra fundó otra pequeña cerrada. En avenida De la Juventud, del otro lado del cuadrilátero, detrás de los campos deportivos de Nova, el megaproyecto La Proeza se apropió de más de 23 mil metros cuadrados de tierra. Concluida la construcción, en las tres torres de veinte niveles habrá 360 departamentos. La subasta de pisos, cuyos precios oscilan entre los tres y los seis millones de pesos, comenzó a finales de 2020. En La Proeza habrá espacios infantiles, áreas comerciales, gimnasios, alberca, asadores, auditorios al aire libre y jardines de esparcimiento. En su sitio de internet se argumenta que las torres ofrecerán hogares seguros a los regiomontanos, y que, además, su diseño honra la historia municipal, pues los diseñadores apostaron por materiales “representativos” de la región: ladrillo, piedra y acero. “Hemos pensado en las tradiciones nicolaítas para diseñar una experiencia de vida que reúne, en un solo lugar, todo lo que nos define y nos identifica. Una verdadera comunidad”. El eco del objetivo, con el que planteó Cervecería un siglo antes, es notable. Los vecinos miran hacia las torres, consternados, y objetan, dicen que *ahora sí* la Colonia se llenará de carros, ruido y alboroto.

BUENAS VECINAS

¡*Talán, talán!* ¡*Talán, talán!* La esbelta silueta femenina avanza sola, por las penumbras, blandiendo la campana metálica con fuerza. ¡*Talán, talán!* La luz mercurial ilumina débilmente el altavoz que alza en la mano opuesta. La mujer grita en la boquilla del aparato: “¡Viva Cristo rey!”. Camionetas pickup, adornadas con globos blancos en el cofre, aparecen en la esquina. Un estéreo reproduce música cristiana. Las camionetas avanzan a vuelta de rueda. En el tercer vehículo se vislumbra al joven padre Bernardo Limón, ataviado con las vestiduras santas, sentado en la caja, sosteniendo el Santísimo Sacramento con precaución entre las palmas. El sacerdote observa cada casa, atento al rumor de las cortinas y las luces que se encienden en el interior, por si algún vecino se anima a salir y recibir la bendición. Las familias se congregan en el porche para ver el desfile. Más camionetas cierran la caravana.

Desde junio de 2020, cuatro meses después de que iniciara la cuarentena por la pandemia Covid-19 en México, la Iglesia San José Obrero organizó recorridos nocturnos del Santísimo Sacramento. La actividad se había popularizado en todo el país, especialmente en los hospitales y en las clínicas, donde sacerdotes y fieles rezaban por la pronta recuperación de los enfermos. En la Cuauhtémoc, el personal de la iglesia recorre las calles de noche, de siete a nueve y media, e invita a los vecinos a “celebrar la presencia de Jesús en la comunidad, recibir el consuelo y las bendiciones que Él derramará sobre nosotros”.

El 24 de diciembre de 2019, las Misioneras Clarisas deambularon por las calles de la Colonia tocando guitarras y panderos, cantaron villancicos, saludaron a los adultos mayores. El concierto desconcertó a los vecinos. Las religiosas habían desaparecido detrás de los muros del Convento. Eran una visión común en las banquetas, en sus idas y vueltas a la iglesia, los colegios y sus habitaciones, pero la comunión de otras décadas ya era anecdótica. “Ya casi no teníamos relación con los vecinos, entonces quisimos hacer algo así”, me explicó la hermana Lilia, meses después del concierto callejero, cuando le pregunté por la iniciativa. En 2020 repitieron la hazaña montadas en una camioneta, como el padre Limón, y los vecinos las vitorearon desde sus casas.

Hasta ahora he tejido la historia de la Cuauhtémoc en términos de la tradición oral. Sabemos que la historia económica de la Empresa ha sido el telón de fondo de los grandes cambios en la vida de sus trabajadores; desde que obtuvieron la casa en una colonia con el

nombre de la empresa madre, hasta el día de su jubilación. En este último apartado quiero ahondar en la decadencia que denuncian los vecinos con insistencia. Hay cambios predecibles y lógicos, el envejecimiento y la muerte de la primera generación, que se viven como procesos lamentables y trágicos. La vejez, en apariencia ajena a la Empresa, está relacionada con lo ya vivido, con los años de actividad física de los colonos. La inseguridad, otro eje clave en las nuevas formas de habitar la Colonia, forzó el reagrupamiento de los vecinos y nuevas charlas desagradables. Finalmente, la contaminación, la emisión de gases, polvos y olores de las fábricas aledañas a la colonia, es un tema en el que se detienen cada tanto, enojados, y entonces recuerdan que nadie ha hecho nada por ellos, ni la policía, ni Fuerza Civil, ni la Empresa. Los colonos son hábiles conversadores en estos temas, actuales y urgentes, y seguido cargan novedades de uno u otro; su estrés y enfado legitima la preferencia por el pasado que ya no existe.

Vecinos en alerta

La Cuauhtémoc está pasando por una época lamentable. Poco importa si es verdad: eso dicen las personas. Ya no hay tranquilidad. Ya no hay seguridad. Ya no conoces a nadie. ¿Qué provocó esta novedosa, si no realidad, sí percepción?¹⁷⁷

El Ejército mexicano comenzó a transitar las calles de Monterrey en 2010.¹⁷⁸ Los convoys alteraron el panorama de las avenidas más concurridas de la ciudad. La sensación de inseguridad aumentó, con abrumadora rapidez, desde entonces, mas fueron los casos mediáticos los que modificaron el sentido común de los regiomontanos: el incendio del Casino Royale, la tarde de 2011, y el asesinato de dos estudiantes de posgrado del Tec de Monterrey, Jorge y Javier, en 2010,

¹⁷⁷ El Observatorio de Seguridad y Justicia de Consejo Nuevo León publica Reportes de Incidencia Delictiva desde 2020. Los reportes están desglosados por municipio y contemplan delitos como robo a casa habitación, homicidio doloso, secuestro, violencia sexual y trata de personas. Pueden consultarse en: <https://observatorio.conl.mx/documents/>.

¹⁷⁸ En los estados donde hubo presencia militar se dispararon las actas de defunción capturadas por el INEGI; acaso ésta es la forma más elemental de medir el aumento de la violencia. Según datos del Instituto, en Nuevo León los homicidios habían aumentado desde 2004, pero sus cifras más altas fueron las de 2010 y 2011. En 2006 hubo 168 homicidios; en 2009, 343; en 2010, 951; en 2011, dos mil 174; en 2012, mil 832; en 2013, 926. La cifra disminuyó progresivamente desde 2012, y volvió a repuntar en 2019, donde se anotan 987 homicidios. Para leer un análisis detallado de la tasa nacional de homicidios, véase Fernando Escalante Gonzalbo, “La muerte tiene permiso”, <https://www.nexos.com.mx/?p=14089>, 1 de enero de 2011.

afianzaron una perspectiva negativa sobre el Ejército. La gente recogió un conjunto de reglas informales: el toque de queda; evitar las carreteras; en las calles, nunca emparejar el carro con un convoy, no mirar a los soldados a los ojos. Quedar en medio de una balacera —donde las claras fuerzas del orden y *el narco* representaban dos nítidos bandos— fue un temor popular.

Ante la alarma generalizada, Nova prohibió el acceso a las instalaciones del Centro Cívico. Ahora sólo los socios podían entrar al deportivo: personas externas a la Empresa ya no eran bienvenidas. Las familias de los trabajadores debían presentarse con el titular —el padre, el trabajador— para utilizar los campos, las albercas, las canchas, aunque ellos tuvieran su credencial de usuario; la única excepción fue la clínica-hospital. Se instalaron teléfonos de emergencia en la pista de corredores; aunque el argumento de los directivos era preventivo, por posibles casos de infarto u otros padecimientos crónicos, los socios dijeron que habían comenzado a asaltar dentro del parque, y que los teléfonos más bien eran para reportar delitos. Las fiestas que se celebraban en las palapas fueron sujetas a mayor escrutinio por los vigilantes, que antes sólo se interesaban por controlar el ingreso de bebidas alcohólicas. En fin: otra vez se encrudecieron las restricciones de paso al viejo bosque.

Muy pronto la Colonia obtuvo su primer, brutal y dramático, atisbo de “la guerra contra el narco”. En 2010 una camioneta frenó en la esquina de avenida Famosa y Jazmín, en el primer sector. Hombres con armas largas secuestraron al dueño del Cuauhtli, el primer restaurante que había abierto en Famosa. El señor fue asesinado. Escuché distintos detalles del hecho. Que el cadáver apareció colgado de un puente. Que el culpable había sido uno de los meseros, quien lo había entregado a un cártel después de que él se negara al cobro de piso. Que lo habían secuestrado junto a una segunda persona muy pudiente. Es incierto si el restaurantero se convirtió en un cadáver público, en una mórbida exhibición como las que habían comenzado a abundar en Nuevo León. Una vecina del primer sector, cuya casa estaba cerca del restaurante, recuerda bien el día de la tragedia, pues su madre senil estaba sola. El episodio le provoca angustia en retrospectiva: “¡Si mamá hubiera salido en ese momento...!”, y agradece que la señora no había visto ni oído nada.

La información sobre el secuestro y asesinato se esparció mediante pláticas rápidas en la banqueta, cuando los vecinos se encontraban al entrar y salir de sus casas; en los periódicos no se mencionó. Es un rumor. Es verdad. El local está cerrado desde 2010. Gruesas cortinas de metal impiden que una escudriñe el interior para recordar su arreglo. La familia no quiso saber más, y

años después vendieron el restaurante, que sin embargo permanece vacío. Es un recuerdo vívido, acaso *la tragedia* de la Cuauhtémoc, y también es muy representativa del cambio que resienten sus habitantes. Las vecinas mencionan lo que pasó, lamentándose, como quien no quiere, y no añaden más información a su lamento. En entrevistas formales la gente prefiere no decir nada, parcialmente por respeto; también por evidente incomodidad. Quienes sí se refieren al asesinato, se apoyan en elipsis y más figuras reticentes para esquivar las palabras o expresiones más precisas.

En 2011 antiguos empleados del Cuauhtémoc abrieron otro local, con un nombre distinto, en avenida Famosa. Cuando llamé para pedir una entrevista me atendió Carmen, una de las nuevas trabajadoras. Ella jamás ha vivido en la Cuauhtémoc, pero comenzó a frecuentarla por su empleo, y ha desarrollado una visión iluminadora de la Colonia.

P. ¿Cuántos años tiene el restaurante?

C. Ocho años. Empezó a operar en 2011.

P. ¿Qué tipo de clientes recibe?

C. Es muy tradicional, vienen familias y trabajadores, personas de otros estados que antes vivían aquí [en la Colonia]. El negocio guarda recuerdos, es su característica principal.

P. Ah, ¿por qué es tradicional?

C. [Nerviosa] Mira, el negocio en sí empezó en 2011, pero los sabores son tradicionales. No precisamente porque los dueños actuales lo hayan fundado. Había otra persona, ¡y *bueno!* Pero en sí, es la misma tradición de los setentas. Se puso *complicada* la situación en 2010, había otro lugar que todavía existe... Es un tema *delicado*, ya no te puedo dar referencia, son cosas más de ellos [los familiares]. Pero sí quedó el sabor, porque otra persona lo supo manejar.

Carmen notó mi interés y ofreció ponerme en contacto con su jefe, el trabajador del Cuauhtémoc que había encabezado el negocio sucesivo, para que él me dijera sin tapujos cómo había estado la cosa. Antes me pidió el nombre de la calle y número de casa de mis padres, para que él “así se anime a buscarla, ya sabiendo que usted es de aquí”. Él nunca me llamó. No dudo que Carmen le dijera quién era yo ni qué buscaba: entiendo por qué él no quiso saber nada de mí.

Cuando hablan del Cuauhtémoc, los vecinos que se refieren al asesinato lo llaman “accidente” o “tragedia” y recurren a los adjetivos “complicado” y “delicado” para ilustrar vagamente la vida pública de esos años. Para los vecinos, la muerte del dueño fue el anuncio explícito de que hasta acá llegaba *el narco*, como se configuró mentalmente toda violencia: el corazón de una colonia

obrero, con una población senil, donde reinaban las buenas intenciones. Ni la familiaridad ni las redes de afecto bastarían para salvaguardar la población. La tragedia también atizó el fuego del discurso de *Nada es como antes* y corroboró la nueva violencia: “Ahora es más difícil la vida. Antes, cuando hacía mucho calor, nos dormíamos en el porche. Daba igual dormirse en la banqueta o en la calle, nunca pasaba nada. Ahora te duermes y te dejan sin zapatos y sin pantalones. Te quitan todo”, comentó un vecino del segundo sector. Como él, varios colonos cuentan haber dormido afuera en décadas anteriores, y dicen lo ridículo que sería hacerlo el día de hoy. Así presentan el cambio principal en la Cuauhtémoc: la inseguridad.



“Sí dulcísimo Jesús en ti confío: pero déjame que te diga llena de confianza en las horas angustiosas: sálvanos Señor que perecemos” (Venerable M. Ma. Inés Teresa Arias).

En este ciclo escolar 2009-2010, retomar este pensamiento de Nuestra Madre fundadora nos alienta en donde nos ha tocado vivir una serie de sucesos en donde buscamos respuesta a los desastres naturales y ambiente de violencia que se ha desatado, elevamos el pensamiento a Dios y quisiéramos que nos respondiera pronto, pero la respuesta la tenemos en ocasiones a nuestro lado, el mismo hombre provoca que ante una bendición como lo es la lluvia se convierta en un momento de dolor para quien fue creado por amor, para el amor, sin embargo en medio de esa catástrofe Dios no nos abandona y pone el corazón de los hombres ese sentimiento de solidaridad, que mucho ayuda a mitigar el dolor o por lo menos hacerlo llevadero.

Palabras de bienvenida. Anuario del Colegio Isabel la Católica, ciclo escolar 2009-2010.

Es difícil reconocer, con precisión, cuándo despegó esta triste sabiduría. Venía sucediendo desde hace tiempo. Aquellos años, sí, aceleraron una transición invisible que había iniciado con las rejas, los candados y las cámaras. En febrero pasado visité la oficina de la hermana Lilia, a quien mencioné en el primer capítulo.¹⁷⁹ Actualmente ella es la directora del Colegio Isabel la Católica. Desde su oficina escuchamos la clase de deportes que tomaban los alumnos de secundaria en el patio central. El golpeteo de las pelotas de voleibol retumbaba, fuerte y seco, en el techo alto de

¹⁷⁹ Véase *supra*, pp. 47-48.

las canchas. La hermana Lilia se acomodó en su silla y me miró, expectante; noté, detrás de ella, la predecible imagen enmarcada de Garza Sada.

P. ¿Ustedes tienen contacto con los vecinos?

H.L. Justo este ciclo escolar estuvo muy interesante. Ya teníamos tiempo queriendo hacer equipo, pero no sabíamos muy bien cómo estaba la organización. Gracias a la coordinadora de inglés, que es vecina, supimos de los grupos de WhatsApp que había y con quién nos podíamos contactar. Dos vecinas nos buscaron para trabajar juntas en materia de seguridad y vialidad y demás.

P. ¿Qué ha pasado con la seguridad?

H.L. Hace dos semanas le prestamos el colegio a los vecinos para que tuvieran una reunión. Vino la policía de San Nicolás y ellos expresaron sus inquietudes. Había poca gente porque casi todos son personas mayores, no pueden venir o no tienen Whatsapp. Quedamos que a través de los guardias del Colegio también pueden reportar cosas.

P. ¿Entonces los vecinos tienen miedo?

H.L. Hay una sensación fuerte de inseguridad. No podría decir si ha aumentado realmente la cantidad de incidencias. El año que llegué, 2009, fue uno muy inseguro. [Pausa] A mí me tocó un secuestro afuera de la primaria menor, en horario escolar; a una persona adulta la secuestraron en avenida del Bosque, entre primaria menor y Nova, cuando los papás estaban dejando a los niños. Una mamá vio todo y tuvo un ataque de pánico. En otra ocasión, por avenida de la Juventud hubo un enfrentamiento y mataron a un policía; *todo*¹⁸⁰ se escuchaba muy cercano y tuvimos que seguir un protocolo de código gris con los niños de preescolar. Estuvo pesado. ¿Qué más pasó? [Pausa] En este negocio de hamburguesas, el de Famosa,¹⁸¹ creo que mataron a un trabajador o al dueño, algo así. Eso impactó mucho en la sensación de la colonia. Ahorita escucho de robos a casas, extorsiones telefónicas. En el Seven asaltan constantemente, hay cristalazos a los coches. Por ahí anda un señor exhibicionista que en varias ocasiones ha incomodado a personal del colegio. Pero como muchos vecinos son personas mayores, yo sí noto que a veces exageran los reportes de seguridad. Una vez dijeron algo de una mujer sospechosa que andaba viendo todas las casas y resultó que vendía paquetes funerarios. Hay inseguridad sí, pero sobre todo hay miedo, yo creo.

(La gente todavía recurre a las Misioneras Clarisas en los momentos de crisis. Aunque, como me repitieron muchos vecinos, molestos, los alumnos ya no son *de la Cuauhtémoc*, los colegios siguen

¹⁸⁰ La balacera.

¹⁸¹ Se refiere, desde luego, al Cuauhtémoc.

siendo fundamentales en la vida cotidiana de la Colonia. Las hermanas andan por las banquetas en grupos de tres y cuatro, risueñas, y saludan a quienes se topan con exceso de cortesía. Algunas, como la hermana Catalina, recuerdan claramente los años dorados de la Cuauhtémoc, pues allí crecieron. En esas abruptas llamadas de auxilio de los vecinos destella la importancia que todavía le conceden a ellas como agentes del orden, la paz y la convivencia).

La agresiva exposición a la violencia armada, las balaceras, los levantones y los asaltos eran los grandes miedos de los vecinos. El perfil de otros delitos, el fraude y la extorsión, se entiende por el cambio demográfico de la Colonia. Funciona así. Una persona toca el timbre con insistencia. Abre la vecina, una mujer entrada en años que vive sola. El desconocido indica que está recaudando fondos para las personas enfermas de Covid-19. La señora le tiende dos billetes de quinientos pesos y lo bendice, inocentemente le desea suerte. Horas después, llega un hijo y se enterar de que “hicieron tonta” a su mamá. Sin embargo, la prontitud de la asistencia bondadosa de la señora, los casos apilados de personas mayores que daban dinero a extraños, a cambio de poca o nula información, también hicieron que los vecinos concluyeran que la Colonia era “de gente con buen corazón”, y que “los rateros se aprovechan”.

En 2015 un vecino publicó en el grupo de Facebook: “Buenas tardes, el sábado pasado asaltaron a Luis, el vendedor de frutas y verduras que pasa por la colonia. El asalto ocurrió en la tarde entre las Av. de la Juventud y República Mexicana, lo hirieron en la cabeza, fueron dos sujetos en un taxi, para que tengamos precaución”. En 2016, otra vecina: “Alerta. Hoy como a eso de las cuatro de la tarde se metió a mi casa un pelado que sólo alcanzó a entrar hasta la cochera, mi hija estaba sola y se asustó mucho”. En 2017 aumentaron los reportes de robo a las viviendas. Hay un patrón reconocible. Por la altura baja que todavía tiene la mayoría de las *casas japonesas*, se puede saltar de techo en techo con facilidad. Quienes delinquen caen del otro lado, en la terraza o en el patio de una propiedad, y tuercen las rejas, las ventanas o las puertas traseras con ganchos. Se ha denunciado el robo de camionetas, bicis, televisores, computadoras, celulares, carteras y joyas. Los robos ocurren cuando las casas están vacías, o durante la madrugada, mientras sus dueños duermen. Las vecinas me dijeron que los ladrones se mueven “como si supieran cómo está casa”; algo que, naturalmente, despierta todavía más su intranquilidad. En agosto de 2019, un hombre del segundo sector comentó: “El domingo se metieron a robar mientras dormíamos. Entraron hasta nuestra habitación, donde se robaron un par de celulares, y por suerte se fueron y no pasó a mayores”. La imagen del delincuente en la habitación, con el matrimonio dormido,

alarmó a los colonos. En 2020 comenzaron a reportarse desapariciones de mascotas, perros que semanas después aparecían ensangrentados y malheridos. Una pareja cuyo perro, Pirata, desapareció por varios días en mayo del año pasado, me aseguró que habían levantado a su mascota “para llevarlo a las peleas”.

Las cuadras más afectadas por los robos están al este de la colonia, en el extremo que topa con avenida San Nicolás, donde el tránsito pesado converge con avenida Universidad. Las calles Rubí, Halcón y Pingüino, por ejemplo, han reportado hasta nueve robos en periodos de tres meses, a veces con dos días de diferencia. En los parques del segundo y tercer sector, hombres se acercan, amagan con la pistola y despojan a los vecinos de sus pertenencias. Después corren rápidamente por los callejones de la Colonia y desaparecen en Nogalar.

En 2017, un grupo de vecinos creó la página de Facebook SOS Alerta en la Cuauhtémoc para denunciar “actividad sospechosa” en la colonia. “No es posible que *personas ajenas* a los valores que tanto nos han costado vengan a invadir nuestra tranquilidad” escribieron en la presentación de la página. En ciertas casas colgaron carteles con la leyenda “Vecinos en alerta”, la imagen de cámaras de seguridad y un número telefónico para denunciar. En privado, eligieron titulares de cada cuadra y crearon grupos de WhatsApp. Hay noches en que las pantallas se iluminan con mensajes como “Escucho a alguien en el techo de mi casa”. La única sugerencia de los demás es llamar a la policía municipal de San Nicolás. Las vecinas de mediana edad prefieren no contestar nada; unas me dijeron en confidencia que no querían ni pertenecer al grupo. Para ellas, involucrase en las reuniones de seguridad, y opinar públicamente sobre temas “delicados”, puede traerles consecuencias.

Los robos provocaron que surgieran discursos y perfiles imaginarios sobre los criminales. La obvia certeza es que los delincuentes no son de la Cuauhtémoc ni trabajan en la Empresa. Se trata de hombres que rentan cuartos en la Colonia, pero no tienen lazos íntimos con nadie de allí, o de forasteros que van de paso y cruzan para tomar el camión. La asociación entre los delincuentes y sus posibles categorías sociales es inmediata. Por un lado, los vecinos afirman que son obreros o albañiles, morenos, prepotentes y atrevidos; por el otro, también son “buenos para nada”, “sin quehacer”, es decir, gente sin trabajo que se dedica exclusivamente a delinquir para tener dinero. Aunque a ratos la contradicción brilla, una lógica se mantiene: no son de aquí. Una mujer del tercer sector me dijo:

Es gente que no creció con tus principios ni tus valores, no tiene la cultura de Cervecería o de Hylsa. Mucho tiene que ver el que ahora hay fábricas alrededor. En los espacios que eran áreas verdes construyeron casas y departamentos, y vive gente que no es de acá. Le quitaron la privacidad a la colonia; que no tenía, en realidad, pero de algún modo sí porque éramos de la Empresa.

En el imaginario colectivo, “los rateros”, como los colonos llaman a los delincuentes, también son los obreros o trabajadores de las fábricas que se encuentran sobre avenida San Nicolás y que no pertenecen a la Empresa: “la papelera” (COPAMEX), Bachoco, Gamesa, y fábricas pequeñas que producen empaques y cartones. Algunos obreros buscan departamentos o cuartos en renta dentro de la Cuauhtémoc, y a ello se le adjudica, también, el alto índice de robos. “Antes no había tanta inseguridad. Pero ahorita como está la papelera, mucha gente viene de otros lugares y atraviesa la colonia para tomar el camión, o vienen de otras partes. Hay más movimiento de gente que no es de la colonia”, me confirmó un vecino del primer sector.

Sabemos que el que hace daño es de fuera. Acaso es más interesante reparar en que las acusaciones contra obreros, las palabras más duras, se fraguan dentro de una colonia obrera. Todo trabajador externo a la Empresa es motivo de recelo. Después de que le dieran un cristalazo a la camioneta de una señorita frente al Oxxo, ella describió al sujeto así: “Fue un tipo sin que hacer, un bueno para nada, iba vestido con una playera de México, todo teporocho¹⁸²”. Los vecinos saltaron en apoyo y añadieron comentarios enfadados. Las observaciones clasistas y racistas se condonan cuando involucran un acto delictivo que ha provocado rabia, indignación o miedo. Otra palabra que se utiliza con frecuencia para designar a los delincuentes o a quienes inducen sospecha, y que hace referencia directa a su color de piel, es “zopilote”.¹⁸³ Cuando conversé con dos albañiles que visitaban la Colonia para trabajar en una casa, un hombre adulto y su hijo adolescente, el señor me dijo con serenidad: “Nosotros preferimos no entrar [a la panadería ni a los locales de la Colonia], porque luego luego nos ven feo. ¿Para qué buscarnos bronca?”. En ocasiones, cuando el desdén hacia los obreros es general y flagrante, habrá un colono indignado que proteste por las implicaciones del insulto. En un altercado reciente, después de que un vecino anunció que lo habían asaltado, un hombre del segundo sector sentenció: “Sigán rentándole

¹⁸² *Teporocho*: s. Persona indigente.

¹⁸³ “*Zopilote*: adj. Hombre extraño, moreno de piel, que deambula misteriosa y sospechosamente”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 309.

cuartos a *puro obrero*. En lugar de buscar estudiantes, ustedes meten a *cualquier pelado*¹⁸⁴ y después se sorprenden de que haya tanto robo”. Otro vecino, molesto, respondió: “Cuidado con lo que dices, la mayoría de las personas de la Colonia Cuauhtémoc somos o fuimos obreros”. Y, sin embargo, es verdad que el delincuente, en la visión de la Colonia, es un hombre; que es obrero o trabajador racializado, de estrato social bajo. La solidaridad de la Cuauhtémoc, en contraste a la de colonias como la Independencia o Tierra y Libertad, no está basada en una clase social ni en un afán por cumplir objetivos concretos, sino en el mero parentesco con la Empresa (todos somos hijos de Pedro Páramo).

La aversión de los colonos hacia la pobreza y la negritud es quizá la expresión más evidente de su distinción social. En la crónica sobre Cervecería Cuauhtémoc, Salvador Novo escribió: “Si fuera a acuñarse una descripción aforística de la [trayectoria] seguida por los regiomontanos — según lo prueban las amplias oportunidades de ascenso abiertas a todos los trabajadores de la Cervecería Cuauhtémoc—, ella tendría que reconocer esta graduación ascendente: “Abuelos Obreros, Hijos Empleados, Nietos Directores”.¹⁸⁵ Con la muerte de la primera generación, y la formación de la segunda, la Colonia se transformó en un espacio de empleados y profesionistas. En la Cuauhtémoc hay, desde luego, una reivindicación del trabajo manual, pero se trata de uno muy específico: el obrero de la Empresa, auxiliado por el catolicismo, su familia y “los valores que le inculcaron”, goza de una particularidad que no se extiende a los hombres de otras colonias trabajadoras. La fortuna de pertenecer a una comunidad beneficosa lo encaminó hacia el bien, y, a la par, facilitó la movilidad social de sus hijos y nietos. Hacia el final de la entrevista, una vecina del primer sector que compró la casa de sus padres me señaló con franqueza:

No cualquiera vive en la Cuauhtémoc, te lo digo con nobleza y modestia. Nosotros tuvimos que hacer muchas cosas. Son casas viejas. Aquí lo valioso no es el cascarón, es el terreno. Y una casa de aquí no te cuesta un peso, te cuesta un buen dinero. Sin remodelación, son tres millones de pesos. Ya no digas cambiar lo que tiene dentro, porque todo está viejo. ¡Y pa’ tumbarlas!

¹⁸⁴ “*Pelado*: adj. Que no tiene cosa alguno que le adorne, por lo que resulta vulgar, grosero, corriente; también que tiene modos de conducta rudos, poco refinados; probablemente el origen sea *sin pelos, pelón, pelado*, ya que el pelo adorna el rostro, como la educación o la cortesía adornan a la persona”. Véase: R. Elizondo Elizondo, *op. cit.*, p. 231.

¹⁸⁵ S. Novo, *op. cit.*, p. 25.

Es esa autopercepción de “riqueza”, aunada a la familiaridad entre los vecinos y la creencia en una moralidad imperante, la que insta a las personas a confiar en sus coterráneos.

La lectura alarmada de los delitos sugiere que hubo un pasado pacífico, calmoso e impoluto. Desconfío de esa visión porque a veces, entre las historias que escucho, se cuelean hechos que me impresionan y que los vecinos cuentan impertérritos. Están las arraigadas costumbres de la cocina de rancho: el despedazamiento de los animales, la trituración de los huesos, el caldo todavía con sangre. Luego están las historias, arrebatadoras y dramáticas, sobre los vecinos de la primera generación que robaron, asesinaron y se salieron de la rígida senda erigida por la presión social. A esto se refería Lorena cuando, refiriéndose a las anécdotas que oía de su madre, ella pensaba en las películas de Pedro Infante que tienen harta *vida y sufrimiento*.¹⁸⁶ Por ejemplo. En la década de 1970, en una riña en la plaza del tercer sector, el hijo mayor de una familia que vivía en Obsidiana mató de un disparo a su enemigo. La familia del muerto comenzó a circular por las calles durante las madrugadas, vigilando el número en que vivía el tirador, y en la cuadra temieron que se desatara la fatal balacera. El joven, ya encarcelado, contrajo nupcias en el penal y no regresó a la Cuauhtémoc. Otro ejemplo, más común. No se habla abiertamente de infidelidades ni de abusos sexuales, pero habrá quien se aventure a contar de novios que golpeaban y agredían a las mujeres de la Colonia, del origen familiar. Elena cuenta que su esposo iba a buscarla a casa de sus padres cuando peleaban, que rompía las ventanas; sus hermanas tenían que llamar a la policía mientras ella se escondía bajo la mesa, aterrorizada. Inolvidable la práctica tan aceptada de “depositar” a las niñas: en la Colonia ellas son las mujeres de la primera generación. María, por ejemplo, me contó:

A mamá la depositaron cuando era muy chica y necesitaba salida del rancho porque la encerraban y no le daban de comer. Tenía catorce años, pero en el acta pusieron que tenía veinte y bajaron la edad de papá, que en realidad tenía veintiocho. Mi abuela ni se enteró porque estaba muy ida y olvidaba muchas cosas. Mamá decía que no era culpa suya y que estaba traumada porque su papá, mi bisabuelo, mató a su hermana a golpes cuando la encontró hablando con un muchacho en la calle. Al parecer mi abuela fue testigo de todo y desde ese día quedó entre un mundo y otro.

¿Cuánto no sabemos de los abusos y golpes que tronaban, a puerta cerrada, en la Colonia? ¿Qué decir de la sigilosa violencia que, en un lugar en apariencia abierto, público, *pueblerino*, se pasaba

¹⁸⁶ Esto lo mencioné en *supra*, p. 11.

por alto? Es difícil contrarrestar el sentido común que dicta que el vecino es noble y confiable; así eran, así son y así serán los vecinos de la Colonia: las historias desagradables se omiten en la conversación cotidiana, con más razón en las entrevistas formales. Sobre los atípicos episodios de violencia espectacular —los homicidios— los colonos argumentan, lógicamente, que la misma maldad apartó a aquellas personas de la comunidad: ellas nunca encajaron y por eso, al final, abandonaron la Cuauhtémoc. Pudo más el bien. La apariencia homogénea de la Colonia, basada en una moralidad compartida, corrobora la típica visión de los pueblos como espacios cerrados, conservadores, donde se examina con minucia la actividad íntima de las personas para después expresar aprobación o lo contrario.

La violencia condenable, la que importa a los vecinos, es la que ejercen los desconocidos, los invasores y “los rateros”. La irrupción a la propiedad privada se ha vuelto más intrusiva y terrorífica. Recordarán que las puertas abiertas eran costumbre, también lo era entrar sin permiso hasta la cocina. ¿A esa vieja costumbre podríamos llamarla “allanamiento de morada”? Con dificultad. Hoy, en cambio, no puedo pensar en algo más espeluznante que descubrir súbitamente un hombre en el cuarto propio. Quiero decir: también cambió la manera en cómo se conciben las habitaciones, las casas y la convivencia dentro de ellas, el espacio privado. Hoy no sería bien visto que el vecino de toda la vida cruzara el umbral sin tocar— ni podría hacerlo, porque antes de dar dos pasos se encontraría cara a cara con las rejas.

Al sentimiento agraviado de invasión se añade la presencia de los padres de CECAC. Las familias que tienen hijos en los colegios ya no están relacionados a la Cuauhtémoc. Estas personas tocan el cláxon, se estacionan frente a las cocheras, tiran basura, no respetan la velocidad establecida y se enojan cuando los vecinos los confrontan. Los altercados ocurren durante la hora de salida de los alumnos, cuando sus padres se estacionan para esperarlos, antes de las dos de la tarde. Es el único momento del día en que el tránsito aumenta en avenida Famosa, que por lo general permanece semivacía. “Se nota luego luego que no son de aquí, *no tienen educación*”, me dijo Flora, vecina del segundo sector. En Titán, los vecinos se quejan porque los padres usan la avenida “como autopista de aviones”, prácticamente “un intento de homicidio en la Colonia”, donde viven tantas personas de la tercera edad. La falta de *civilidad* de los visitantes enfada a los colonos, que en sus peores días proponen que la Cuauhtémoc “se haga *privada*”; pero, según estos vecinos, la presencia de los colegios lo impide. Una mujer me aseguró:

Ya no hay niños en la colonia que asistan a los colegios, ya casi toda la gente es ajena. Los primeros habitantes (los que quedan), ya están muy grandes, y en lugar de estar a gusto en sus casas, como antes, tienen que *encerrarse, poner candados y estar a la defensiva* por tanta *gente ajena* a la colonia.

En contraste a esta visión totalizadora y negativa de la Cuauhtémoc actual, Roberta, una mujer de la segunda generación que ha continuado el negocio de banquetes a domicilio que iniciaron sus padres en 1960, me dijo:

La Colonia es diferente porque todo cambia. Pero la gente, todos somos amables, todos nos conocemos. En mi cuadra todavía te mandan el taco¹⁸⁷, a mí me mandan empanadas y yo regreso el favor con un caldo. *Nosotros así somos*. Si me truena un foco, le pido ayuda a mi vecino. ¿Sí me entiendes? Así es aquí. No es de que estás escondido y nadie te conoce. [Pausa] Tenemos un Whatsapp en la cuadra y todos estamos en comunicación. Nomás vemos a alguien raro y nos avisamos. Y salen los señores a preguntarle qué quiere, qué busca. Los vecinos con cámara te alertan. Nos cuidamos entre nosotros mismos. Eso es padre.

Según Roberta, la nueva posición defensiva ante el peligro es un rasgo más de la consideración que tienen los vecinos de la Cuauhtémoc. Y porque la familiaridad y los pequeños gestos no han cambiado, entonces lo más importante, la esencia de la Colonia, todavía está intacta. Las segundas generaciones que se incorporaron a la vida cotidiana, quedándose a vivir en casa de sus padres o comprando su casa cuando ellos fallecieron, aseguraron la continuidad de estos lazos afectivos. Carmen me dijo algo similar:

Sí siento seguridad en la colonia, más por la comunicación que hay entre los vecinos, los mismos comerciantes. Tengo un número de teléfono para avisar que algo está sucediendo. En eso se han puesto muy de acuerdo los vecinos, están haciendo un buen trabajo en San Nicolás. A veces siento que bajó la delincuencia por la pandemia, pero de repente estamos platicando y vemos una patrulla enfrente, en nuestras narices, y resulta que no nos dimos cuenta pero andaban dando cristalazos [...] La verdad [la Cuauhtémoc] es una colonia muy tradicional, muy bonita. Es un legado al que me gusta pertenecer. La gente te ayuda, es atenta, muy servicial. Es bonita la colonia. La gente se

¹⁸⁷ “El taco” es una forma general de llamar a cualquier alimento casero y nutritivo que satisface el hambre.

da a querer, es abierta, es confiada pero me imagino que entre ellos tienen esa alianza. [risas] Si fallece alguien, en diez minutos ya todos saben quién falleció. Hay mucha comunicación. ¡La amistad, el amor que se tienen! Todos se conocen, en cada cuadra, cada número. Aquí aprendí a preguntar: ¿de qué número eres?

La idea de que “todo cambia” es pariente cercana de otra observación de los vecinos: que la violencia no es excepcional de la Cuauhtémoc. En este, su hogar “decadente”, les ofende más, pero saben que el proceso es complejo, lo sufre Monterrey, lo sufre el país y nos atañe a todos. A la Colonia simplemente la alcanzó una mala época. René me insistió:

Yo no me siento ajeno. Si llego a la Colonia, yo siento que llego a *mi casa*. Durante un tiempo estuve estudiando en el extranjero, me fui seis años al posgrado. Y cuando llegué, llegué a la Colonia. Ya me había casado y tenía mi casa *allá en San Nicolás*,¹⁸⁸ pero quería llegar a *la Colonia*. Todo mundo lo sabemos [que hay inseguridad]. Yo no participo mucho en las redes sociales. Mi esposa participa y ella me dice que la gente comenta de la inseguridad. Pero yo le digo que siempre ha habido. Las redes sociales permiten la difusión. También es definitivo que ha cambiado, que es más inseguro, pero en todas partes, ¿no?

Las palabras de René me recuerdan una reflexión que hizo mi tía materna, que vivió veinte años en Veracruz y regresó a Monterrey hace un par de años. Me sentí en casa desde que entré a la Cuauhtémoc, dijo cuando le pregunté cómo le había caído la vuelta. Me detuve a evaluar el planteamiento y me di cuenta de que lo compartía. ¿Dónde empieza y termina *el hogar*? ¿Y cómo se relaciona con la propiedad privada? Un habitante de la Colonia, alguien que creció allí, se siente en casa desde que pisa avenida Famosa, camina entre los restaurantes y la zona de comercio, pasa frente a la Iglesia San José Obrero, gira a la derecha, y toda la extensión caminada tiene la sensación de pequeñez y familiaridad. Vuelvo a Luis González:

Terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. [...] Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser, en

¹⁸⁸ La Colonia Cuauhtémoc es parte de San Nicolás, está dentro de la demarcación municipal, pero sus habitantes la asumen como un mundo en sí misma. *Allá en San Nicolás* son las otras colonias, por lo menos una década más nuevas, Jardines de Anáhuac, Las Puertes y Villa de Santo Domingo, y el centro del municipio, que está apenas a un par de kilómetros de la Cuauhtémoc.

contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es la patria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales.¹⁸⁹

Los colonos aceptan hablar de asuntos incómodos, pero después los contrarrestan con palabras que reafirman la identidad de la Colonia, como las que escribí arriba. Nos cuidamos y ayudamos entre nosotros. No me siento ajeno. Hay inseguridad, pero la Colonia sigue siendo *la Colonia*. Esta visión empañada de nostalgia y amor impregna los testimonios.

En el verano de 2020 publiqué un texto sobre la Cuauhtémoc en internet y una compañera de la secundaria lo compartió en su perfil de Facebook. La página recibió más de dos mil visitas, sospecho que la mayoría eran personas de la Colonia. Una docena arrojó comentarios largos. Aunque dediqué un pasaje del texto a la delincuencia, los miedos y los cambios que ellos mismos denunciaban, nadie les prestó atención. Los lectores ignoraron lo que no les había gustado y se concentraron en los aspectos nostálgicos de mi relato, y se acomodaron para echar más flores a su terruño.

Gracias por dejar plasmado el inmenso amor, magia, vida y valores que atesoramos los conmatrías y que hasta hoy pocos habían sido los esfuerzos para recolectarlos y dejar su testimonio para el futuro. Importante.

Qué bonito Azucena, me hiciste llorar al recordar mi colonia, la cual tengo poco de haber dejado y aún no lo puedo superar, son muchos y hermosos recuerdos, se me partió el alma cuando la dejé, la mitad de ella se quedó ahí, mi infancia, mi colegio, la parroquia, el convento, los vecinos y muchos recuerdos... nada volverá a ser igual... siempre la voy a añorar

Yo también fui de las afortunadas en crecer en esta bella colonia, en la que fuimos formados en convivencia y en amor en familia y amigos en la que todos nos veíamos y nos seguimos viendo en las reuniones del colegio, pero sobre todo en la Parroquia San Jose Obrero y en la kermess bellos recuerdos

Sólo una persona, en un grupo privado de Facebook llamado Yo soy/fui de la Cuauhtémoc, apuntó cordialmente: “Me parece muy buena la historia, sólo en lo personal y con mucho respeto a la autora, no me parece la parte que menciona los hechos del Cuauhcalli. Hacer remembranza

¹⁸⁹ Luis González y González, *Todo es historia*, México, Ediciones Cal y Arena, 1989, p. 230.

de todos los hechos hermosos de nuestra Colonia y esto como que no va. Perdón pero así pienso. Saludos”. Su comentario me pareció revelador, porque sugirió que omitiera la información del restaurante por poco representativa: no tiene sentido siquiera mencionarla, no pertenece al campo semántico de la Colonia. Yo pienso que ambos, el amor y la violencia, son cruciales para entender la historia y la vida cotidiana, pero la Cuauhtémoc que a los vecinos les interesa es la del recuerdo estático, viven entre 1957 y 2000, antes de que la primera generación comenzara a morir, antes de que hubiera departamentos, antes de que echaran el cerrojo y avisaran por WhatsApp si veían *zopilotes* en la calle. Y la Cuauhtémoc que describen, hoy, con defensa y alegría abrumadora, consiste en elementos selectivos de la vida diaria que todavía representan lo que fue la Colonia en otras épocas: la familiaridad, la bondad, el catolicismo y las buenas maneras.

La contaminación

Todo el tiempo estamos expuestos a contaminantes, pero no todos son perceptibles ni molestos. Entiendo los efectos de la contaminación como un proceso biológico, en el que el cuerpo de una persona resulta afectado, y otro, social, en el que el sujeto percibe, reconoce y reprueba las causas de su molestia. Ejemplos de ruidos cotidianos en la Colonia que no se consideran contaminación, son: el silbato del tren; el sonido de las aves, domésticas o de granja, como el parloteo de los loros o el cacareo de los gallos; el ladrido de los perros; las campanas de la iglesia; el timbre del colegio; los gritos de niños pequeños y el llanto de bebés. En cambio, la música estruendosa a altas horas de la noche y las fiestas sí perturban a los vecinos, quienes señalan que “eso antes no sucedía”.¹⁹⁰ Avenida San Nicolás concentra autobuses, motos y ambulancias que pasan a toda velocidad e irrumpen con estruendo. El resto de la Colonia está acostumbrada al silencio absoluto.

La contaminación más grave, la que afecta el cuerpo y la salud, comenzó a denunciarse en 2007, un par de años después de que Techint comprara Hylsa. Desde ese año, la población de las colonias Cuauhtémoc, Las Puentes y Pedregal de Anáhuac reportó la emisión de “fuertes olores” y “polvos” que, sospechaban, emitían Ternium, Copamex, Symrise (fragancias y químicos) y Sasy

¹⁹⁰ Una de las virtudes que se enumeran al hablar de la Cuauhtémoc es el silencio que impera en sus calles. La música a niveles altos y las fiestas se perciben como una afrente a la paz de los vecinos de edad avanzada. Por ejemplo: “¡Qué grosería! ¿Cómo no piensan en la gente grande?”, reclamó una mujer a un grupo de estudiantes que habían organizado una fiesta el día anterior, en el tercer sector, el verano de 2020.

(jabonera). Una vecina del primer sector, cuya casa se encuentra frente a Nogalar, aseguró en 2017 que su familia y ella tenían más de una década medicándose a diario “para amortiguar los efectos de las fábricas”. Durante las madrugadas el hedor se intensifica y penetra las paredes y las ventanas. Los vecinos se han quejado de tener los ojos llorosos y la garganta reseca; los más afectados dijeron sentir náuseas y padecer migrañas frecuentes.¹⁹¹

En la Cuauhtémoc, el daño al cuerpo había sido una sombra ancha que se cernía sobre los obreros. Era esperable que un hombre que trabajara turnos largos, rodeado de máquinas, humos y carbón, y que además estuviera sometido a temperaturas extremas, enfermara de manera abrupta; era comprensible que falleciera en algún accidente trágico. Como escribí en el primer capítulo, las familias aceptan y asimilan los riesgos que a diario corren los obreros de las fábricas, y el peligro constante se estudia bajo la lente de un sacrificio necesario y equivalente a tener un techo, salario, y servicios médicos.¹⁹² Para una familia que habitaba la Cuauhtémoc en la década de 1970, sin embargo, era impensable que su hija pequeña comenzara a toser repentinamente y que, en la consulta médica, el médico le preguntara a su madre si fumaba. La exposición es obvia para el hombre que viste traje protector y botas gruesas, y que además firma de antemano un contrato para deslindar a la Empresa de responsabilidad; para la niña que se queda en casa, pasiva e inofensiva, no tiene sentido. Por eso, en cuanto los efectos adversos de las fábricas se expandieron a las casas, la gente protestó con indignación y confusión. Las empresas habían estado allí desde el principio. La sucursal de Hylsa, desde la década de 1940, y la “papalera Maldonado”, hoy Copamex, había abierto en 1957. ¿Por qué ahora habrían de liberar sustancias, polvos y olores?

Los colonos que más perciben los efectos de la contaminación auditiva son quienes colindan con avenida San Nicolás, donde se encuentra la papelera, y avenida Nogalar, donde está ubicada una planta de Ternium. Las primeras quejas surgieron por vecinos jóvenes o de mediana edad. Las personas mayores suelen dormir toda la noche, de corrido y sin interrupciones. En 2019 los vecinos notaron un aroma fuerte, entre las doce de la noche y las dos de la mañana, que

¹⁹¹ Syndy García, “Tengo más de diez años con alergias”, Milenio, <https://www.milenio.com/estados/tengo-mas-de-10-anos-con-alergias>, 27 de enero de 2017, consultado en octubre de 2020.

¹⁹² Cuando inició la cuarentena por la pandemia de Covid-19, en marzo de 2020, por ejemplo, la industria del acero y de bebidas alcohólicas continuó operando con normalidad. El debate sobre si aquella producción es o no “esencial”, pasó desapercibido en Monterrey. Los trabajadores que se encontraban en alto riesgo, por obesidad, diabetes, o enfermedades respiratorias, pasaron un periodo corto en sus casas. Luego regresaron al trabajo.

describieron como “gas” y “combustible quemado”. Indignados, afirmaron que las fábricas “se aprovechan” cuando ellos están dormidos para liberar “sus porquerías”. La papelera, además, produce un zumbido bajo durante todo el día que crece por las noches y las madrugadas, y provoca insomnio y fuertes dolores de cabeza.¹⁹³ Una vecina afirmó: “Está el ruido las 24 horas, los siete días de la semana, incluyendo días festivos”.¹⁹⁴ El criterio más relevante al distinguir los ruidos de las fábricas como contaminación es que no dejan dormir, no es posible anticipar su fin, y no permiten que la gente se concentre en su trabajo ni escuche lo que interesa.¹⁹⁵ Aunque se han levantado numerosos reportes durante la última década, y la policía municipal ha visitado las instalaciones en más de una ocasión, la fábrica disminuye el ruido durante unos días y después reanuda sus operaciones con normalidad.¹⁹⁶

Los vecinos son apenas una muestra chiquita del total de regiomontanos que respiran aire sucio. Según un estudio reciente del Centro Mario Molina, el “corredor de la contaminación” del área metropolitana de Monterrey se encuentra al noreste de la ciudad, en Pesquería, Apodaca y San Nicolás, donde se ubican seis plantas de las dos empresas que más CO₂ emiten en Nuevo León: cinco de Ternium y una de la CFE. Médicos señalaron que la exposición a las partículas PM 2.5, CO₂ y NO₂ puede ocasionar la muerte.¹⁹⁷ A partir de 2015, Ternium invirtió 120 millones de dólares para disminuir los contaminantes; poco parece haber cambiado. El techo de la estación de metro Universidad, en San Nicolás, se ha pintado de rojo por los polvos que salen de las fábricas.¹⁹⁸ En Argentina, el conglomerado Techint ha enfrentado investigaciones de grupos ambientalistas y controversias por la contaminación de Ensenada. La colaboración entre Ternium y el gobierno ha sido un punto favorecedor en la prensa de Nuevo León.

¹⁹³ José Luis Salinas, “Fábrica les hace ‘ruido’”, *El Norte*, 9 de marzo de 2017.

¹⁹⁴ *Ibid.*

¹⁹⁵ Cárdenas *et al.*, *Contaminación ambiental por ruido. Caso: San Nicolás de los Garza, N.L.*, UANL, 1986.

¹⁹⁶ Acaso el único olor que emite una fábrica, y que se acepta con gusto en la Cuauhtémoc, es el de la galletera Gamesa.

¹⁹⁷ Iram Hernández, “Tiene Nuevo León corredor a la contaminación”, *El Horizonte*, 1 de febrero de 2020.

¹⁹⁸ S. García, *op. cit.*

En 2020, Harvard condujo una investigación que confirma que la exposición prolongada a partículas PM aumenta significativamente la probabilidad de morir por Covid-19.¹⁹⁹

Buenas vecinas

Era 2003. Cuando, después de la muerte de Mamela, al fin volvimos a Obsidiana, corrimos las pesadas cortinas con dificultad y abrimos los postigos. El aire caliente se coló por la cornisa de la ventana. La casa pareció respirar, y una familia impostora inició el escape. En el cajón superior de la alacena, el más gordo rascó desesperado para ocultarse entre bolsas agujereadas de chocolate en polvo. Sus hijos pequeños huyeron hacia el patio en fila india, como si el flautista de Hamelín estuviera esperándolos bajo los helechos. Otro quedó atrapado entre los hilos de metal de la canasta que estaba sobre el peinador, con los cepillos, el polvo de arroz y las bolas de algodón manchadas de lápiz labial. El ratón se agitó al sentir nuestra presencia. Envolví mis manos en una bolsa negra y lo acogí con cuidado.

Empotradas en la pared del porche hay dos pajareras cubiertas por una capa de polvo que atrapan mi mirada. Huelen a óxido. Me acerco para examinarlas cuando las hermanas Maldonado cruzan hacia nuestro lado de la banqueta. Una carga un litro de leche y la otra el kilo de tortillas, y ambas sonríen encantadas al descubrirme agazapada. Gritan ¡Adiós! sin detenerse y sus risas retumban en el tunel frío de la calle.

La pared ha sido rosa, blanca y verde. Por varios años, durante la vejez de Mamela, fue triste y desteñida. Todavía tiene grietas entre el cascajo que recorro con el índice, como si fuesen venas abultadas. Los postigos se me figuran a las pestañas de dos ojos apretados que se niegan a devolver la mirada: cerrados, implacables, tercos. Por semanas el viento helado sopló, levantando polvaredas en el patio, y ahora la hojarasca cubre la tierra por completo. Adentro de las pajareras hay hojas de periódico con imágenes de Zedillo, alpiste, una botecito para almacenar agua. La ninfa tenía el cuello más largo que yo había visto; su plumaje era amarillo y la cresta, rojísima. Me tentaba asirla por el pescuezo, retorcerlo, sentirla palpar con desesperación. Era dócil. Pasaba horas observando el movimiento de las hojas de los árboles. Un día el perro le gruñó y le quebró la pata derecha, la desmembró. La tétrica ramita quedó abandonada en la losa del baño. Me

¹⁹⁹ Universidad de Harvard, “*Fine particulate matter and COVID-19 mortality in the United States: A national study on long-term exposure to air pollution and COVID-19 mortality in the United States*”, <https://projects.iq.harvard.edu/covid-pm>, 2021, consultado en febrero de 2021.

extrañó la sucesión: gruñir y atacar. La cordialidad del aviso. Mamela estuvo afligida hasta que la tía llegó, cantando, con otro pájaro bajo el brazo, un ceniztli que llamó Ramiro. Lo había visto en el mercadito y él le había hecho ojitos seductores. Pero alguien dejó la puerta de la jaula abierta. Ramiro se fue volando un día lluvioso, mientras recogíamos la ropa del tendedero aprisa, antes de ir a la iglesia. A veces creía verlo entre los naranjos, detrás del tulipán, colgado de las ramas de la bugambilia. No me atreví a ilusionarla y callé los avistamientos.

No quiso atrapar más pájaros. Hay un límite, dijo, Nomás una sabe cuánto puede aguantar. Mi memoria eligió alumbrar ese recuerdo por la atención que le di, por las veces que repetí las palabras en mi cabeza. Es un recuerdo nítido y dudoso. Está ella en la mecedora, con los huaraches suspendidos en el aire. Se aferra a la gruesa biblia negra con la mano derecha. Los lentes de botella se le resbalan un poco por el puente de la nariz. En el fondo suena la música del camión de los helados que está dando la vuelta en la esquina, las campanas que anuncian la misa de las seis, los gorupientos picando la tierra. Entonces ella me mira. El cansancio relampaguea en sus ojos. Nomás una sabe cuánto puede aguantar. Cuando los hijos se casan, decimos que han volado del nido. Traducción: una sabe cuántas veces puede soportar el abandono. ¿Era una alegoría? ¿Hablaba de los pájaros, o de mis tíos y de mi madre? ¿Lo que dolía era verlos partir, o la cercanía de la propia muerte? Porque ésa sería una conversación muy distinta.



Mi abuela y yo en el porche de su casa, en 2001.

Pienso en mi abuela, a quien vi desvanecerse un día que estábamos a solas en el parque. Yo jugaba en los columpios. Ella estaba sentada en una banca, vigilándome. Desde el aire noté cómo había inclinado la cabeza, un poco, hacia la derecha. El viento rompía mis mejillas. Mamela descansaba sobre su propio hombro. Pareció dormir. De repente el torso cayó sobre la piedra. Su cuerpo rodó, con lentitud asombrosa, y se desplomó con la ligereza de una pluma. La niña, que ya no era yo, sino una encarnación de mí misma, la miró pasmada. Por primera vez reparó en la inmensidad del parque. ¿Qué tan rápido puede correr una niña de seis años, a campo traviesa, hacia su abuela desmayada? Se abre su tercer ojo. Sus sentidos se avivan y, quién sabe cómo, es capaz de ver cómo sus lágrimas mojan los pedruscos cuando echa a correr. Las nubes aparecen en el horizonte y la niña reconoce, por vez primera, la brillante posibilidad de la muerte. No sé si algún día podré reproducir su resignación silenciosa.

Fabrico un recuerdo. Recuerdo al abuelo. Era un frágil jarrón de porcelana en la salita de su casa. Tenía que agacharse para atravesar el umbral. Arrastraba todo el peso de su cuerpo, con dificultad, hacia el sillón. Era una visión en el grueso uniforme de mezclilla, las matavíboras en las que enfundaba sus pies, el casco que apenas disimulaba su pelo ralo y desordenado. Las quemaduras insinuaban una piel por completo roja bajo la luz incipiente del candel. El abuelo suspira. Acomoda su reloj de pulsera en la muñeca izquierda. Lo revisa cada pocos minutos para asegurarse de que no ha perdido su único tesoro por los amplios ademanes que hace al hablar. Ese reloj parece de catrín, dice la abuela, te lo van a robar en la parada si te sigues yendo todo emperifollado. Él la ignora. Se sienta, abre las piernas hasta donde puede, y pide un cigarro. La abuela ríe como si él hubiera contado un chiste. Se levanta, sin embargo, y pone una olla sobre el fogón. Echa hojas de naranjo en una taza. Al final, agrega una cucharada de miel y revuelve el brebaje. Lucas bebe tragos largos. El líquido atraviesa el gástrico y se asienta en la panza. Ahora el té dorado convive con el humo negro del carbón que lo despierta, de madrugada, con violentos ataques de tos. La abuela espera que el té baste para apaciguarlos. Ay Lucas, dice, es que te la vives trabajando. Sí. Su frente, todo él es caliente y tostado. Cuando tengo frío me recuesto en el pecho del abuelo.

El abuelo murió quince años antes de que mis padres se conocieran, a los sesenta y cinco, de una enfermedad pulmonar. A veces pienso que llegué a la capital para pensar en él. Que estudié aquí para que me zarandearan. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Moverse es una fantasía y, a veces, una prisión. También es una imagen panorámica. La mía se extiende desde las montañas,

la tierra, la abuela, la vergüenza que me enrojecía el rostro cuando me recogía de la escuela con su vestido desteñido y los huaraches que dejaban entrever sus pies maltrechos; hasta los rascacielos, los edificios, el Colegio helado, las suaves corrientes de aire en la biblioteca vacía. Mi corredor abarca el vocabulario norestense, mutilado, y el nuevo acento. Escribo sobre cosas que no sé. Escribo para conocer a mi abuelo y recordar, con el ceño fruncido, a mi abuela. Por mis abuelos empecé a pensar en la vejez y la muerte.

Hoy, ésta es la composición de la calle Obsidiana, la cuadra de mis abuelos, con relación a sus primeros habitantes, treinta y cinco matrimonios que llegaron en la década de 1960:

Matrimonios vivos: 2

Viudas: 8

Viudos: 0

Vecinos “nuevos”²⁰⁰: 10

Hijos de la primera generación: 14

Casas vacías: 1

Unas observaciones. Diez hogares son de personas que no tuvieron padres o abuelos en la colonia; es decir, no son de la Cuauhtémoc. Catorce los habitan los hijos o las hijas de los dueños originales: la segunda generación. Diez permanecen en manos de sus primeros habitantes: ocho son viudas y dos, matrimonios. Casi todos los hombres de la primera generación han muerto; sobrevive un par y ninguno es viudo. De los matrimonios que ya no viven, por regla general, las mujeres tenían una buena cantidad de años siendo viudas cuando fallecieron: como las mujeres de muchos otros lados, las vecinas son más longevas que sus maridos. La conclusión más importante, que aquí no se ve —pues el patrón se replica en las otras cuadras—: hoy, la Cuauhtémoc es una colonia vieja.

En Obsidiana, los hombres empezaron a morir en la década de 1970. Por lo menos cinco fallecieron repentinamente. Don Simón dormitaba en el sofá. Don Jaime andaba en bici por la

²⁰⁰ Para los colonos, un “vecino nuevo” es aquella persona que compró una casa en la Colonia sin haber tenido padres o abuelos allí. No importa si la casa se compró hace dos meses o dos décadas, si sus hijos crecieron allí y estudiaron en los colegios, si los demás le conocen por el nombre de pila: para “ser de la Cuauhtémoc” uno tiene que estar emparentado con la primera generación.

cuadra. Don Bardomiano estaba en su casa; don José, en su rancho; y don Pedro, en el trabajo. Los cinco tuvieron ataques al corazón. Las muertes súbitas o violentas, en general, y los infartos, en particular, son más comunes en hombres que en mujeres. La división categórica que dictan la medicina y la anatomía me incita sospechas que otras personas ya han estudiado. Pues el hecho social se inmiscuye en la condición biológica, y es indisoluble del destino individual. Yo pongo sobre la mesa el tipo de trabajo que hacían ellos, los hombres de Obsidiana, las condiciones en las que vivieron durante el último trecho de sus vidas, en su juventud. Es imposible desechar sus vidas activas para concentrarnos en el hombre enfermo o moribundo; aquél debería iluminar, en realidad, la vida del otro. Los años no afectan igualmente a los obreros y a los que les emplean; ni siquiera cuando aquéllos se atiborran de comida suntuosa en mesas con manteles largos, o desquitan sus penas con botellas de licor y el mejor tabaco. Los excesos no son equiparables al efecto de jornadas de diez horas en un cuerpo fatigado, sometido a temperaturas calientes. Los obreros viven, y mueren, en desventaja.²⁰¹

Lucas, mi abuelo, se jubiló en 1975. Tosía. Respiraba con dificultad. En sus últimos años soñó con volver al campo. Un grupo de jubilados se unió a sus fantasías y juntos hablaron sobre retornar a sus ranchos. Con ayuda de sus yernos, Lucas cercó el terreno abandonado, lo desmontó, compró herramienta para alistarlo. La abuela se espantó; temía volver al campo; también que, si regresaban, no lograrían encontrar asistencia médica en una emergencia. A los brillosos desvaríos del abuelo se sumaron las promesas dramáticas: al faltar él, ella tendría la casa, la pensión, los ahorros; no necesitaba la ayuda de sus hijos ni tendría que depender de ellos para salir adelante. Lucas falleció cuatro años después. Lo seguía una vida fabricando cabrón, cosechando, trabajando el acero de Hylsa. Antes de morir, insistió a sus hijos que cuidaran a su madre. Los ahorros que le había prometido a Manuela se disolvieron en 1982, como los de muchos otros trabajadores, por la devaluación del peso.

La jubilación de don Cuco, don Octavio y don Sigifredo fue distinta. En su joven vejez, a los setenta años, eran activos y enérgicos. No había atisbo de enfermedad en sus rostros. Conversaban largo y tendido en el porche. Iban al campo para pescar chile piquín. Después de su jubilación, Cuco se compró un carro y aprendió a manejar; años después, aburrido y desesperado por la monotonía de los días, comenzó a trabajar en una zapatería del centro. Para mí no hay

²⁰¹ Simone de Beauvoir, *La vieillesse*, Gallimard, París, 1979.

jubilación, afirmó doña Toña, su esposa, tajante y sabia: la pareja tenía cinco hijos y ella los alimentaba, vestía y cuidaba, en eso se le iba la vida. En 1996 la salud de Cuco se deterioró; era diabético. Durante la siguiente década lo cuidó doña Toña, aunque ella tenía su misma edad. Y después, cuando ella enfermó, sus hijas y nietas los asistieron a ambos. Dos hijas se quedaron a vivir en su casa. Cuco murió en 2006. Toña, en 2019. Él pasó los últimos años de su vida anclado a un sillón, inmóvil o inconsciente, atendido al vuelo por las señoritas. Ella desarrolló Alzheimer. En el último lustro de su vida escudriñaba los rostros de la gente que pasaba frente a su casa y desconocía personas. Se quedaba sentada en una silla de jardín rígida, sin embargo, y allí pasaba horas mirando hacia la banqueta.

La vejez es femenina.²⁰² Los hombres envejecen y sus esposas les cuidan; ellos mueren, ellas se quedan solas. Las lesbianas que entablan relaciones a largo plazo tienen igual posibilidad de ser cuidadoras y de ser cuidadas por su compañera hasta el final.²⁰³ Para la mayoría de las mujeres, el matrimonio significa que pasarán las últimas décadas sin su compañero, que él las dejará después de un puñado de años de enfermedad o discapacidad. Al estudiar la demografía de la vejez no sólo destaca su carácter femenino; también surgen preguntas urgentes: ¿Cómo sobrevivirán las mujeres, económica, física y emocionalmente, durante su vejez?²⁰⁴ ¿Quién las cuidará? En una colonia obrera las implicaciones son graves.

Dos verdades contundentes: el ingreso económico dependía enormemente de los hombres y el sueldo de la Empresa era insuficiente. En Obsidiana sólo una mujer de la primera generación consiguió trabajo formal después de que se jubiló su esposo. Doña Margarita comenzó a trabajar en 1980, y permaneció en el mismo empleo por más de tres décadas. Un día, un vecino joven le gritó “mantenido” a su esposo desde el otro lado de la calle. Llovieron insultos de ambos extremos. La confrontación evidenció que las mujeres trabajadoras eran mal vistas en la Cuauhtémoc. Margarita era una visión con sus tacones, vestido y bolso; salía al trabajo como lo

²⁰² Las interacciones sociales de la Colonia Cuauhtémoc se sostenían sobre la asociación femenina. Las mujeres organizaban los grupos de la iglesia, las fiestas patronales, las fiestas de cumpleaños y las bodas, los banquetes. Los hombres, ausentes por el trabajo pesado, permanecían en las sombras. Eran sus compañeras quienes andaban por las calles, tomaban cursos en Nova, correteaban a los niños en el parque. La vida social de la Cuauhtémoc fue femenina.

²⁰³ Susan Jacoby, “Women: Eventually the Only Sex” en su libro *Never Say Die: The Myth and Marketing of New Old Age*, Pantheon Books, Nueva York, 2011, pp. 179-216.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 197.

habían hecho los obreros antes que ella; era una oficinista casada, con hijos. Las vecinas ingeniaron otras formas de “ganar un dinerito” sin someterse al escrutinio hostil: ellas vendieron pasteles, tostadas, bollos y tamales, hacían trabajos de costura, lavaban ropa ajena. El trabajo extra que hicieron en la juventud se extendió hasta su vejez, mucho tiempo después de la jubilación de sus esposos. Doña Melia vendía nieves y tostadas. Hacia los últimos años de su vida sostenía las monedas, los dieces y los tostones, en sus manos temblorosas, y las acercaba a su rostro; se declaraba incapaz de distinguirlos y daba un afectuoso voto de confianza a los niños que le daban el vuelto. La actividad femenina, que antes aumentó el monto del sueldo, ahora tenía que aumentar el de la pensión.

La muerte de los hombres suscitó otro lazo entre las mujeres. Juntas se acompañaban en el proceso luctuoso y comprendían que la vida seguiría, con resolución, de nuevas formas y con otros sentidos. La vida cotidiana que floreció entre las décadas de 1960 y 1980, cuando las vecinas se arremolinaban en las cocinas, preparaban alimentos, reían, conversaban, chismeaban, se difuminó con prontitud en la vejez. De jóvenes, cuando sus hijos se iban a la escuela, había actividades que las unían y favorecían la amistad. Martha, Amelia, Sara, Mela, Toña y Carmela se juntaban a media mañana y por las tardes, después de la hora de la comida; revisaban, con minucia y esmero, las plantas de sus amigas y las diagnosticaban; intercambiaban platos de comida caliente; se ayudaban con un bordado especialmente difícil. En los días solemnes se reunían en el porche de una y rezaban el rosario. A la frecuencia de los encuentros la alteró el rumbo que tomaban sus familias; pues los lazos sanguíneos jamás dejaron de ser el centro de sus vidas. La viudez rara vez significó que vivirían solas. Los hijos recién casados o en crisis —es decir, separados— volvían a la casa materna en busca de un refugio. Nacieron los nietos y el trabajo de cuidarlos llenó sus días y tardes. En la década de 1990, cuando la Cuauhtémoc se repobló de infancia, todavía era común encontrar al puñado de niños de la cuadra que circundaban un pastel de cumpleaños.

En Obsidiana la vejez es sinónimo de inmovilidad. Y la inmovilidad ocasiona la sensación de que no pasa *nada*, de que los días son lentos, apacibles, tranquilos. La luz cansina del atardecer y el calor soporífero adormecen a los colonos. Sólo hay actividad entre la una cuarenta y cinco, hora de salida de los colegios, y las dos de la tarde; entonces una hilera de carros atraviesa Famosa, Ojo de agua y Avenida del Bosque. El ajeteo de bajarse, cerrar la puerta, regresar con el niño o la niña, cerrar la puerta de nuevo, y salir de la Cuauhtémoc, tomará menos de quince

minutos. En ese intervalo la Colonia se inunda de ruidos, risas, cláxons, mochilas que se arrastran en el piso, gritos de madres desesperadas porque el niño no deja de platicar con sus compañeras. Después, como si alguien la sumergiera de nuevo en la pecera, la Colonia vuelve al silencio. Las urracas graznan en los árboles. Las palomas arrullan en sus nidos. Es tan profunda la quietud que el vecino sabrá si uno abre la reja de su propia casa: el chirrido corta el aire y atraviesa ventanas. Las calles vacías. Los parques vacíos. El sol baja. Las campanas de la iglesia antes de la misa de las seis. El anochecer.

¿Qué suscita la movilidad en las personas mayores? El mercadito de los jueves, que se pone sobre avenida Titán; bajo carpas color arena, los vendedores ofrecen alimentos, dulces, semillas, aparatos electrónicos, cacerolas, cachivaches, ropa, zapatos; las vecinas se congregan para jugar a la lotería, compran frutas o verduras, conversan. Pero acaso el desplazamiento más común es el de la casa a la iglesia; doña Socorrito, por ejemplo, colaboraba con los párrocos, recogía las aportaciones voluntarias, mensuales, de la cuadra. En enero, cuando visité la casa de Hernán y Esther en Obsidiana, ella dijo que sólo salen los domingos, cuando van a la iglesia. El resto del tiempo lo pasan adentro; Hernán, que es un señor atlético, también sale ocasionalmente para hacer deporte. Ella achaca su inmovilidad al envejecimiento, el desinterés por lo que ocurre en la Cuauhtémoc y, sobre todo, la ausencia de sus queridos vecinos. Su esposo le dio la razón y observó: Ya no queda nadie.

H. En todos los años que hemos vivido aquí, no hemos tenido ningún problema con nadie. Y bueno, ya no hay gente. La gente que vivía aquí ya... hace poco se murió el compadre Eric. Allá en la esquina vive un matrimonio joven. Acá el otro compadre se murió también, y se cambiaron los hijos de otra persona, y Sarita. Ya no andamos caminando o así, ¿por qué? Pues porque nos fallan las piernas. Yo tengo 80 y ella tiene 77. Pero pues la Colonia sigue siendo la Colonia. Nunca nos han robado ni nada.

E. Cuando teníamos vecinos, éramos buenos vecinos. Lolo los animaba a que nos fuéramos de vacaciones en caravana, cada quien en su carro.

H. Nos íbamos a Mazatlán, Veracruz. Nos fuimos como en el 65.

E. Era bien padre, bien bonito irnos juntos.

H. Ahorita no conoces a nadie ni te conocen.

E. A nosotros nos conocen, y yo veo y digo, ¿quién es? Y ya me dice él [Hernán]. Es que cambiaron mucho, pero a lo mejor nosotros no hemos cambiado, porque nos siguen conociendo y nos siguen saludando.

Discapacidad: la dificultad de hacer actividades básicas como vestirse, caminar, subir las escaleras o alcanzar objetos. La vejez involucra casi todas. Al deterioro del cuerpo se suman enfermedades, la artritis, diabetes y obesidad, que afectan la agilidad y la salud mental. En su último comentario, Esther mencionó de pasada que es incapaz de reconocer personas que la han rodeado toda su adultez; después de un tiempo sin verlas, pues no sale de su casa, siente desconcierto al topárselas, se concentra en los rostros, busca un rasgo que detone reconocimiento. Cuando, después de hablar con Hernán y Esther, me despedí, les dije que mis padres podían ayudarlos si algún día tenían una emergencia. Ella soltó una risa y luego me explicó que no podría ir con ellos aunque quisiera, porque tampoco reconoce las casas. Han cambiado tanto, con las rejas y la pintura, dijo, que ya no sé cuál es cuál, no sé. La inquietud que provoca el no comprender ya la distribución espacial, ni reconocer el mundo, hace que ella prefiera quedarse en la quietud del hogar, en paz. Escuchándola me fue inevitable pensar por qué no han dejado la Cuauhtémoc, por qué no se han mudado con alguna de sus hijas, donde estarían acompañados y atendidos.

P. ¿Jamás han pensado en irse de la Colonia?

E. Es que ya son muchos años, toda una vida. Me decía mi hija que vendiéramos la casa y compráramos una más chiquita, o que nos fuéramos con ella. Y le digo que aquí estoy muy a gusto, *aunque esté sola*. Ya vienen ellas a visitarme. *No hemos estado solos*.

Los hombres fantasearon con volver a sus ranchos, el terruño original. Pero las mujeres y los niños nutrieron su amor por el hogar en la Cuauhtémoc; ellos sí ansían morir donde nacieron, crecieron o vivieron la mayor parte de sus vidas.

La segunda generación visita a sus padres los fines de semana. Los nietos iban al Colegio Isabel la Católica o La Salle por las mañanas, caminaban varias cuadras, y llegaban a comer a casa de sus abuelos. La ocasión se explica, primero, porque los hijos de Obsidiana tuvieron lazos inmediatos con la Empresa, y el subsidio sustancial era un incentivo para estudiar en los colegios. La cercanía de la casa de los abuelos, donde los niños pasaban el resto del día con seguridad, libres, en compañía de su familia, fue igualmente importante. El trabajo de cuidados delegado a la gente mayor permitía que mujeres y hombres trabajaran de tiempo completo. Y la presencia de la tercera generación extendió la imagen de la Colonia Cuauhtémoc como un lugar jovial, lleno de niños, a pesar de que sus primeros habitantes habían comenzado a morir. Cuando los nietos crecieron, los niños desaparecieron de la Cuauhtémoc. La transformación demográfica, como

mentoné antes, provocó que los colegios comenzaran a matricular niños ajenos a la Colonia. Si antes los vecinitos llegaban de la escuela a casa de los abuelos, ahora no había tal cosa. El Centro Escolar debió inventar un espacio para suplirlo y atender las necesidades de los nuevos padres de familia: en “la estancia infantil” los alumnos comen, hacen la tarea, leen, juegan, se ejercitan o repasan temas de matemáticas, física y química; los padres pagan una cuota mensual y recogen a sus hijos a las seis de la tarde.

En 2009 abrió un asilo en Obsidiana. Los colonos lo descubrieron por las entradas y salidas cotidianas del médico responsable, un hombre joven, cordial, que saludaba a las vecinas cuando se las topaba en la banquetta. En la casa no se colgó ningún anuncio ni letrero que la identificara como asilo. Las mujeres salían a barrer las hojas de la calle; y, al atisbar al hombre en la entrada de la casa, se acercaban para hacerle plática. En esas conversaciones ágiles, él ofrecía sus consultas a domicilio o las orientaba con cortesía si ellas se quejaban de algún dolor físico. Pronto organizó reuniones de convivencia, juegos de lotería y posadas, entre las personas del asilo y las mujeres de Obsidiana. La comunión fue orgánica, ordenada y disfrutable para todos los involucrados. Entre risas, las hijas de las vecinas bromearon que el médico quería conseguir más clientes, que detrás de la afabilidad sabía que las vecinas no tardarían en requerir sus servicios. Vecinas e internas pertenecían al mismo campo semántico.

El asilo configuró drásticamente el ruido en Obsidiana. Por las tardes, los alaridos de una mujer desperezaban a los colonos durante la hora de la siesta. Los gritos eran terribles y prolongados; cuando intentaban tranquilizarla, la señora de espesos rizos insultaba y golpeaba a las enfermeras, quienes llamaban al médico por teléfono. El hombre llegaba de emergencia para solucionar la crisis. Inquietos, al principio los vecinos se asomaban por la ventana para ver el espectáculo y concluían que era “la pobre mujer que sufría mucho”, hasta el día en que se acostumbraron y dejaron de inmutarse. Los vecinos recuerdan también a un hombre en silla de ruedas, un paciente que rondaba los cincuenta años y había sufrido un derrame cerebral. Su presencia alborotó a la segunda generación por lo que representaba: era un recordatorio constante de que no era necesario ser viejo para estar allí dentro, que nadie estaba exento de “terminar” en un asilo. El señor tenía el habla afectada, gesticulaba, farfullaba y ofendía a las enfermeras con gritos misóginos.

Susy, una vecina de Obsidiana de la segunda generación, recuerda con semblante sombrío que un día salió a las ocho de la mañana para irse al trabajo. Ya se había subido al carro cuando

una señora mayor le hizo señas con la mano, insistente, para que caminara hacia ella. Susy se bajó del vehículo; se acercó, cautelosa, a la reja. ¿Le dices a mi mamá que venga por mí?, le pidió la anciana. Una enfermera salió presurosa del interior de la casa; le explicó que la paciente no debía estar en el porche, que a todos les hablaba, y le pidió que la dispensara. Se me encogió el corazón, duré conmovida todo el día, dijo Susy después de contarme la historia. Después agregó, pensativa, que el asilo no había provocado problemas de estacionamiento, pues muy pocas personas visitaban a los pacientes. Recuerdo haber pensado que si fuera guardería estaría lleno de carros, me dijo, y luego concluyó: No era agradable ver a las personas en sillas de ruedas en el porche *viendo pasar la vida*, viendo que una entraba y salía de su casa. Un día, cuando contó en casa de su suegra que habían puesto un asilo frente a su casa,

me preguntaron que si no olía mal [la calle], porque a veces los asilos olían mal. Yo dije que no, que a mi casa no llegaba ningún mal aroma. Y otra vez una compañera de trabajo me dijo que si vivía por Obsidiana, yo le dije que sí y me dijo *Es que tengo a mi mamá en el asilo*, y luego dijo, sin pedirle yo ninguna explicación, que lo tuvo que hacer porque su mamá tenía Alzheimer y no tenía quién la cuidara. Le habrá dado vergüenza.

¿En Obsidiana las mujeres se sienten solas antes de morir? Esa pregunta me rondó cuando comencé a pensar en la vejez; las imaginaba solteras y solas. Es difícil escuchar anécdotas de la convivencia constante de las primeras décadas y después comprobar el abrumador silencio de las banquetas. El silencio se explica por la muerte de la primera generación; también por la incursión en el mercado laboral de las mujeres de la segunda, que salen de casa con tanta regularidad como los hombres; por la ausencia de los niños. El alegre sentimiento de comunidad de Obsidiana, y de las otras cuadras, transicionó a la sola convivencia con la familia nuclear. No logré concluir algo de mi pregunta original, pero atisbé pistas para desarrollarla.

Hernán y Esther salen al porche por las noches, aunque ya no pasa casi nadie. Me informan con seriedad que un avión atraviesa el cielo todos los días, a la misma hora. El incentivo que tiene la pareja para salir en las horas más calientes de la canícula es contemplar “el avión de las nueve”. Aunque ella me dijo, sin que yo esgrimiera la pregunta, que ellos no se sienten solos —después de decir lo contrario—, son un caso muy particular en toda la Colonia Cuauhtémoc: a los setenta y pico, todavía están en la joven vejez y son tan saludables como es posible; sus nietas los visitan a diario y están al pendiente de ellos; no necesitan atención especial.

Pero el avión de las nueve me entristeció de todas formas, y pensé que sí había una especie de soledad, donde *ya no queda nadie* es la reina de su expresión.

La hermana Catalina ofrece un contraste radical al envejecimiento en la Colonia. Me dijo alegremente que desde su jubilación, en 2011, ha tenido tiempo de sobra para meditar, leer y escribir. Está bien informada sobre lo que ocurre y en dónde; cuando habla es certera y directa y responde con precisión. Su trabajo intelectual refleja una resistencia a la monotonía, pero también es la continuación lógica de su vida ajetreada: la hermana Catalina ingresó al Convento después de terminar la secundaria, a los quince años; vivió doce años en Estados Unidos, otros quince en Europa, en España, Italia y Alemania; es políglota y fue la coordinadora de inglés del Colegio Isabel la Católica por diecisiete años. Ha tenido, pues, una vida oficiosa, disciplinada y próxima a la *cultura*, la literatura y el lenguaje. La gigantesca brecha entre la excepcional hermana Catalina y el resto de la población de su edad es impresionante. Hay, sin embargo, situaciones inevitables. La hermana me cuenta que se cayó el año pasado, que la caída afectó su capacidad de movimiento y alteró sus planes de trabajar en proyectos de la Colonia. Pero rezo, rezo mucho, atajó. Ella percibe que hay personas mayores, solitarias, en la Cuauhtémoc, y me contó de un caso que la preocupa: Hay un hombre, que no sabemos bien dónde vive, que siempre viene al Convento y dice *Hermana, tengo muchísima hambre*, y nos pide un plato de comida. La hermana Catalina señala a los culpables: los hijos.

La sociedad ha entrado en un ritmo de vida, en valores anti-valores, la productividad, el consumo, querer el primer puesto de donde sea que trabajes. Y a veces te olvidas de *los tuyos*, tus hijos, tus hermanos, tus padres. Aquí hay muchos ancianitos que están solos. Y yo les pregunto si tienen hijos. Dicen que sí, y les digo, ¿y no vienen a verlos? Y ellos dicen no, es que están muy ocupados.

La familia nuclear es responsable de las penurias de la gente mayor. La hermana Catalina afirmó: Me da una tristeza tremenda comprobar que no todos los hijos están al tanto de sus padres. Con ese entendido, podríamos deducir que las mujeres se sienten solas cuando sus hijos las dejan en el olvido; pero si ellos las procuran, si les pagan el cuidado que ellas invirtieron en su crianza con la presencia cálida, las llamadas telefónicas y las visitas regulares, no tienen razones para sufrir. No me convence. Pienso que hay soledad y *soledades*, que no todo alejamiento del mundo es malo, que unos sufrimientos están sexuados —a veces la existencia femenina los agrava, a veces los

mitiga— y que otras experiencias de alienación tienen raíces individuales. Pienso que es complejo y que no basta hablar de neoliberalismo ni aceptar que la vida anterior estaba impregnada de significado y esta otra no.



Las vecinas de Obsidiana en una fiesta de cumpleaños, en 2001.

En Obsidiana las mujeres se adentraron a la tercera edad con casas llenas de nietas que gritaban y correteaban por el jardín. Acaso su primera soledad, romántica, ocurrió cuando falleció su pareja: ante la ausencia masculina, y en una sociedad conservadora, las viudas se resignaron rápidamente —¿o celebraron?— el fin de la vida íntima, sentimental y sexual. En la Cuauhtémoc ninguna viuda volvió a casarse, ni se les ha conocido jamás otra pareja, aunque algunas enviudaron tan jóvenes como a los cuarenta años. Después de la pérdida se dedicaron por completo a sus hijos, y el fin prematuro de la vida sentimental se compensó al volcarse en ellos. El intercambio de afectos no es igualitario ni aliviaría la primera soledad si la pérdida fuese, en verdad, trágica.²⁰⁵

²⁰⁵ Me gustaría preguntar, sin miedo de escandalizar a las pobres señoras: ¿Alguna vez ha querido tener otro compañero?; Desde la muerte de su pareja, ¿ha tenido intimidad afectiva o emocional con alguien más?; ¿Su esposo era amable o generoso, la pasaba bien con él?; ¿La muerte de su esposo fue una pérdida irreparable y dolorosa, o fue, en cambio, un alivio y una especie de liberación? Pensé en estas preguntas demasiado tarde en la elaboración de mi tesis: hoy es imposible acercarme a las mujeres por la pandemia. Sospecho, también, que son preguntas muy difíciles, que probablemente serían respondidas con medias verdades y con desconfianza o pena; quizá por eso me parecen tan atractivas.

Otra soledad viene del desvanecimiento del cuerpo. Las personas mayores empequeñecen; la mano derecha vacila y tiembla cuando sube hacia el rostro, revuelve el café con leche o cierra los empaques de comida. La nueva lentitud del cuerpo va acompañada de la espalda gacha, la mirada baja y perdida, la débil voz que carraspea para enunciar una frase con dificultad, el oído empobrecido que deja ir mucho de una conversación. Leer el nuevo cuerpo y usarlo es un reto; pues su decadencia es una razón más del aislamiento involuntario de las ancianas: como la vejez predice decadencia y muerte, sometemos a las personas mayores a una sentencia adelantada. La condición desfavorable importa, también, para aquellas mujeres que viven bajo el mismo techo que su descendencia, pues la vejez alteró su modo de conversar, existir y coexistir, congeniar, participar en la comunidad. La segunda soledad aterrizó cuando mujeres de la primera generación empezaron a morir, sus contemporáneas desaparecieron y con ellas la posibilidad de encontrarse.

El desvanecimiento del cuerpo limitó las actividades de las vecinas. En plena adultez, las mujeres atendieron sus jardines, los árboles frutales, los rosales y las bugambilias, con diligencia y vigilancia minuciosas; la intensa afición por criar pájaros y plantas era la recreación favorita de las vecinas, la única que consideraban *ociosa* y que hacían por el puro gusto por *lo bonito*, para hermostear los hogares. Durante horas las mujeres plantaban brotes, aplastaban tierra suave, regaban y recortaban hojas marchitas. Las pajareras ostentaban aves salvajes que habían capturado, u otras, elegantes y hermosas, que se habían escapado de otras jaulas y ellas recapturaban. Doña Mela dejaba alpiste en una jaula vacía, abierta, colgada de un árbol. Amarraba un hilo de varios metros de largo hasta la cocina, donde se sentaba, paciente, hasta que un pájaro caía en la trampa y entraba a la jaula. Entonces jalaba el hilo con rapidez y agilidad y la puerta se cerraba de tirón. Gorriónes, cardenales, canarios y cenizos vivían en las fachadas de las casas despintadas. El vigor necesario para mantener los jardines, capturar o criar pájaros, decreció con la edad. Doña Toña sufrió cuando su hija mayor decidió quitar los naranjos, limitar el espacio del porche y transformar la entrada con mosaicos y cemento. La densa área verde de las casas, que antes fuera de cincuenta metros cuadrados, se convirtió en un par de metros con rudas macetas de barro. Enclaustradas en su cuerpo y en las casas enrejadas, las mujeres comenzaron a cerrarse al mundo. Enfrentarse a la ausencia de los hombres, y, después, a la de las amigas, concretó el futuro de las mujeres que se quedaron atrás, sin interlocutores comprensivos.

Ya no queda nadie, donde nadie es la gente que creció y vivió junto a una, anticipa la muerte propia. El futuro se achica. Los días que pasan no van hacia ningún lado. La conclusión, cuando las personas se limitan a esperar su turno frente a la muerte, es que el tiempo transcurrido fue la verdadera vida. Así los recuerdos se acumulan: el ajetreo de cuidar a los hijos o nietos, atender el trabajo doméstico, disfrutar la amistad de las vecinas, volcarse en el jardín con energía jovial. En Obsidiana la vejez consiste en “ver pasar la vida”, como me dijo Susy, y en ser testigo de la vida de los hijos. Las espectadoras se sientan y miran lo que ocurre a su alrededor, es decir, en su familia: bodas y matrimonios, el nacimiento de los nietos y sus progresivos cumpleaños, las carreras y promociones de sus hijos. Del resto de la Cuauhtémoc vislumbran peatones, el avión de las nueve, las filas de carros que salen con los niños de los colegios.²⁰⁶ Las vecinas más afortunadas caminan, recogen las cortinas de las ventanas y se asoman hacia el mundo exterior, conservan amistades en la cuadra e intercambian con ellas noticias de sus familias; las menos han quedado postradas a la cama, a un sillón terapéutico, o arrastran los pies con pesadez, auxiliadas por un andador, para atender los ruidos extraños.

No hay angustia. La finalidad de la vida se acepta con resignación admirable y resuelta. Sin duda tener la “absurda esperanza”²⁰⁷ de que hay algo después de la muerte altera el panorama para el moribundo, el enfermo o el viejo. El catolicismo que los colonos aprendieron y practicaron es suficiente para lanzar pensamientos lúgubres al cajón y echarle llave. Los sacerdotes de San José Obrero les recuerdan, con displicencia, de la serena vida eterna, de la continuación del alma en otras formas, intangibles y fantásticas. Las mujeres, al ver cómo se desploman sus contemporáneas, una a una, a su alrededor, no sienten desesperación por el final ni pierden el sueño. En su último año lúcido, Amelia, Esther, Martha, Toña, Sara, Paula, Socorro, y sus vecinas de Obsidiana, se encomendaron al espíritu santo, escucharon atentas el consuelo sacerdotal desde las primeras filas del templo. Sentirse acogidas por la ilusión o la fe en la trascendencia espiritual alivia el miedo que podría brotar por la incertidumbre. Sin embargo, aunque no temen, las mujeres atraviesan los duelos de sus amigas con dificultad, acaso más que el de sus compañeros. Su pérdida corta cualquier posibilidad de diálogo con el pasado, sus vidas jóvenes y activas. Las amigas de la cuadra han sido, más que los hombres, las compañeras de vida.

²⁰⁶ El ruido de los carros y el problema de estacionamiento perturban la tranquilidad de los colonos, al grado de que el Centro Escolar debió establecer un sistema de atención para sus quejas.

²⁰⁷ Jean Améry, *Revuelta y resignación: acerca del envejecer*, trads. M. Siguan Boehmer y E. Aznar Anglès, Titivillus, 1968, p. 161.

La iglesia es la única institución que se encarga de amortiguar la soledad o el abandono que sufre la primera generación. Desde hace un lustro, el Convento de las Misioneras Clarisas recibe entre quince y veinte vecinas de toda la Colonia, una vez a la semana. Antes se reunían con la única excusa de organizar lecturas bíblicas; después, las reuniones se transformaron en juntas para hacer manualidades, comer, conversar. Las personas mayores, hambrientas de interacción social, se acomodan solícitas y pasan varias horas en el recinto. En 2017, la parroquia San José Obrero fundó el grupo “Hermano mayor” para enlazar feligreses con vecinos de la tercera edad. Los jueves por la tarde, las personas mayores escuchan conferencias sobre religión, salud e información que podría serles útil en la nueva etapa de sus vidas. El objetivo del grupo no es tanto promover el aprendizaje como alentarlos a *salir*. La reunión semanal es una excusa simple y eficaz para que los colonos respiren aire fresco, estiren las piernas y anden por la Cuauhtémoc. Para pertenecer al grupo sólo deben cumplir con una condición, la más importante: que puedan desplazarse, solos, dentro del salón parroquial.²⁰⁸

Fuertes y longevas, en las mujeres de Obsidiana se asoman las enfermedades a partir de los ochenta y cinco años. La salud frágil significa más atención médica, menos salidas y diversiones. Los vecinos de la segunda generación adivinan su estado de salud por la frecuencia con la que las ven en la banqueta, si caminan solas o no, si ellas los reconocen y son capaces de sostener una conversación con éxito. Por ejemplo, durante toda su vida, doña Sara ha salido a caminar durante las mañanas y las tardes. Recorre la Colonia con lentitud pero certera, a solas, y saluda a quien se encontra con una sonrisa. Va a la tienda de la esquina, conversa con Gume, el dueño, y vuelve arrastrando el carrito con la despensa. Cuando, de pronto, la echaron de menos, los vecinos se preocuparon y preguntaron por ella en otras casas. Y corroboraron sus sospechas: Sara se encontraba “delicada de salud”, el médico le había ordenado que se quedara en cama, no sabían si se repondría y volvería a caminar. Otro ejemplo. Doña Rosa y doña Luisa se sumieron en una depresión mayor después de la muerte de sus esposos. Desde los primeros años de 2000, los colonos dejaron de verlas en la calle, no salen ya ni siquiera a sus porches. Los vecinos saben que

²⁰⁸ La creación de un grupo para personas mayores es notable en una iglesia que antes, como suele ocurrir en aquellas instituciones, fomentó la reunión regular de adolescentes y jóvenes. Si antes los grupos de la iglesia fueron una oportunidad para socializar, formar amistades y encontrar pareja, ahora se utilizan para aliviar los sentimientos de tristeza y desamparo que se ciernen sobre los adultos mayores. Si la alegría, jovialidad y energía física de los Jóvenes en Camino Hacia la Verdad indicaba que los miembros serían excelentes educadores o misioneros, en el grupo “Hermano mayor” las actividades son estáticas y calmosas.

siguen vivas, mas no tienen noticias de ellas. De las mujeres que sí se sabe, las que rondan sus rejas con dificultad, escuchan novedades lamentables de su propia voz: fracturas de cadera, depresión, demencia, dolores de pecho, caídas, azúcar alta.

Las mujeres de Obsidiana fallecen después de años de inmovilidad y enfermedad, asistidas por sus hijas, pues los varones son “más despegadillos”. Perla, una vecina de la segunda generación que dejó la Colonia, me contó:

Mis padres siempre querían estar ahí [en la Cuauhtémoc]. Mi hermana les decía que se fueran a su casa, pero ellos nunca se quisieron salir. Los dos fallecieron ahí. En 2011 falleció mi papá. Y mi mamá en 2014. Mi mamá tenía 89 cuando falleció. [Pausa] Desde que tenía 60 años, mi mamá iba a las loterías con las [mujeres] del primer sector. Y hacían una tanda. Daban cien pesos y la persona tenía que hacer su convivio y prestar la casa para la lotería... ya cuando tenía ochenta y tantos, ya fueron *restando* gente, ahora *se hicieron menos*. Yo por eso iba con ella a la Colonia y la acompañaba, eran poquitas vecinas, tres vecinas y mi mamá. Mamá casi no se movía. Y luego empezó con problemas de demencia senil. Decía: ¡Ay, mira, está lloviendo! ¡Me está cayendo agua! Y no llovía. Y mi hermana ya no quiso que fuera a las loterías.

Perla y otras vecinas me insistieron que sus padres querían morir en la Colonia. La terquedad viene de una combinación de afecto, costumbre y miedo al cambio. Sea como fuere, no prestamos suficiente atención a lo que significa nacer, crecer y morir en escasos kilómetros cuadrados, rodeado por la misma gente. De volver a la Colonia siempre me sorprende que la vida sigue donde la dejé, como si todo estuviera contenido en un terrario de cristal: personas y árboles. Pero para quienes no migran, la relación entre pasado, presente y futuro es más incierta. Lo pensé, primero, por una oración que escuché de mi madre en diciembre de 2019. Anoté un párrafo en la libreta que llevaba conmigo; lo transcribo abajo.

Quizá los relatos son la reencarnación del recuerdo, pero cobran otro sentido para quienes han vivido aquí toda su vida. Estas personas conviven con el pasado de manera cotidiana, caminan por lugares que ahora se elevan cual monumentos. Es el caso de mamá, que volvió a casa de mi abuela cuando ella murió, su casa de la infancia y después de la adultez. Hoy caminamos por la Cuauhtémoc, nos detenemos en un parque que divide el jardín de niños de la primaria, aquí donde coincidimos mi hermano y yo un par de años. Nos sentamos en una banca de piedra, helada por el frío de diciembre, y noto

que ella se ha quedado callada mirando hacia los columpios. *A esta plaza nunca vengo*, dice. No le pido una explicación.

A mamá le entristece recordar nuestra infancia. Desplazarse por los parques, los colegios y los columpios del primer sector —que bien puede evitar, pues ella vive en el tercero— es un recuerdo constante de sus hijos pequeños. No tiene motivos obvios para sentirse triste: sus hijos viven y son saludables. Es nostalgia. Escucharla me hizo prestar más atención a sentires similares. Después, la señora Beatriz me dijo algo muy parecido. Beatriz compró una casa en el segundo sector, pero ella y su esposo crecieron en el primero. Allí, en casa de sus padres, vivió por veintidós años. No me gusta pasar por la calle de Dalia, siento ver a mamá ahí en el porche, en el mecedora, me dijo, súbitamente entristecida, antes de preguntarme si ya me había casado. La vida en el terruño exige apaciguar, constantemente, los violentos sentimientos que despierta la memoria.

La madrugada del 11 de febrero de 2021 falleció José Alfredo, “Freddie”, después de haber sido internado en la Clínica 6 del IMSS por Covid-19. Freddie fue un miembro activo y alegre de la Colonia: vecino del primer sector; monaguillo en San José Obrero y cantante en el coro de las 12:30; mesero en un popular restaurante de Famosa; jugador de los Apaches, el colorido equipo de béisbol de la Pequeña Liga. Tenía síndrome de Down y era afable, risueño, conversador. El miércoles que murió, por la tarde, la iglesia hizo sonar las campanas en aviso a la tradicional misa de difunto, que ahora debía transmitirse por Facebook Live. La gente reconoció la melodía y preguntó quién había fallecido. Si fallece alguien, en diez minutos ya todos saben quién falleció. Hay mucha comunicación. ¡La amistad, el amor que se tienen!, me había dicho Carmen. Es así. Pésames, lamentos y cariñosas palabras hacia Freddie se publicaron en los grupos virtuales de la Colonia y la parroquia. Personajes conocidísimos y queridos, como él, tienen asegurada una muerte ceremoniosa; se unen a las filas de figuras destacables de la Cuauhtémoc; reviven en el dulce lenguaje de la tradición oral. Son los menos.

*Ciudad cuenta cuentos*²⁰⁹

La Colonia Cuauhtémoc tiene su propia historia de bronce, su patrón-patriarca, y lo sabemos por su nombre y el de sus avenidas, por el empolvado busto de Garza Sada que erigieron, como por casualidad, a un lado de la iglesia. La Colonia nos cuenta el cuento de la perseverancia, el trabajo, la familia y la fe. Su entusiasta población es prueba de que el progreso está al alcance de todos. Es una historia conveniente para la Empresa, aunque ésta no sea, ya, la Empresa.

Durante los primeros meses de 2020, el gobierno de San Nicolás llamó por teléfono a vecinas de la Colonia, las representantes a los ojos del municipio. En las oficinas de gobierno se había propuesto remodelar la plaza Eugenio Garza Sada (la maleza y la sombra de los árboles habían escondido el interior del círculo y las banquetas despintadas, la plaza estaba ligeramente elevada, era inaccesible para la población senil). Los funcionarios pidieron sugerencias a sus habitantes. La plaza, oculta al ojo de los peatones, siempre estaba vacía: los colonos la evitaban por pura precaución y desconfianza, por temor a ser asaltados.

El siguiente intercambio corresponde a la entrevista que le hice a Mariana, una vecina de la segunda generación que estuvo en las juntas con el municipio.

P. ¿Por qué surgió la iniciativa de honrar a don Eugenio?

M. Bueno, la placita siempre ha sido de don Eugenio. El busto estaba en el centro. Mi hija estaba en el coro del colegio y me consta que cada 17 de septiembre venían a homenajearlo, ¿verdad? Desde que se inauguró. Su busto estaba en donde está la fuente.

P. Pero la remodelaron...

M. Sí. Pues [la plaza] ya estaba en desuso, como nido de palomas. Muy sucia. Lo bonito era la fuente y estaba toda deteriorada. Pensamos en remodelarla, pero siguió siendo de don Eugenio. En las juntas vecinales hacemos los comentarios y lo discutimos entre todos. Los del municipio fueron sorteando, poniendo las prioridades en orden. A mí me hablaron para saber si quería ayudarles, si tenía ideas o comentarios sobre cómo lo querían ellos. La plaza estaba más encerrada, ahora está como más llana, tiene banquetas

²⁰⁹ “El epítome específico de este ideal [lograr que se entendiera a la nación como algo coherente y unificador] fue la ciudad capital cual libro de texto de una nueva religión cívica; una ciudad *cuenta cuentos* que, a través de calles y avenidas, monumentos y espacios públicos y privados, le narraba al habitante urbano el relato de la nación y el Estado —un cuento al mismo tiempo muy local y el eco de un proceso histórico mundial—. Mauricio Tenorio Trillo, *“Hablo de la ciudad”: Los principios del siglo XX desde la Ciudad de México*, trads. G. Noriega Rivero *et al.*, México, FCE, 2017, p. 39.

pero no tan escondidas. Es accesible. También había muchas bugambilias, las recortaron para que quedara más estética.

En el centro levantaron cuatro anchas columnas de dos metros de altura, con imágenes del rostro de Garza Sada; imprimieron, debajo de cada una, una breve y honrosa semblanza del empresario (“Su compromiso con la comunidad se reflejó en su filantropía, pero también en su decidido apoyo a la educación [...] La vida y obras de Eugenio Garza Sada representan un importante legado para las futuras generaciones de Nuevo León y de México. Su *ideario*²¹⁰ es un conjunto de principios y conceptos en el que se resumen los valores que han distinguido, durante muchos años, a los nuevoleonenses”). Las bancas, en círculo, están orientadas hacia las columnas, del mismo modo que las banquitas de la iglesia, en herradura, encaran el altar. Lo más llamativo es la pared del fondo, la baja frontera con la colonia Viejo Anáhuac, que pintaron de un azul pálido con nubes embarazadas. Aquí observo cuatro generosas y diversas interpretaciones del patriarca. Garza Sada desfila atuendos y personalidades. Es un artista: trajeado, toca un piano de cola con expresión absorta, rosas levitan a su alrededor. Es un benefactor *dandy*: su rostro serio, acorbatado, está dibujado frente al “servilletero”, el icónico edificio del Tec, y frente al escudo de SCYF, un emplumado apache verde. Es un hombre común, por lo tanto, es un esposo: firme y de pie, aparece retratado del brazo de Consuelo Lagüera Zambrano. El único Garza Sada que me sorprende, el más audaz, es el Garza Sada agricultor. Tengo que detenerme en su rostro para corroborar que es él. Viste un mono de mezclilla de cuyo bolsillo trasero sobresalen los guantes rudos y descuidados, y apoya su pala contra la tierra. Sonríe de manera idéntica a la del Garza Sada enmarcado en mi antiguo salón de clases. No lograron disimular la secuencia de copiado y pegado que sufrió la cabeza del empresario en un cuerpo foráneo. Pienso que alguien se atrevió a estirar el verbo “cosechar” (cosechar: sociedades, fábricas, universidades, ¿bienestar?) con este resultado.

²¹⁰ El ideario de Garza Sada consiste en diecisiete “valores” o “ideas” que el empresario promovió en la Empresa, entre ellas: “Reconocer el mérito de los demás”; “Reconocer el enorme valor del trabajador manual”; “Ser puntual”, “Ser cortés” y “Ser modesto”; “Asegurarse de disfrutar el trabajo”; “Análisis por encima de la inspiración o la intuición”.



Un sospechoso agricultor en la plaza "Eugenio Garza Sada", en abril de 2021.

Esta pared es la única muestra de arte urbano en la Cuauhtémoc, además del notable grafiti de las Misioneras Clarisas, frente al Colegio Isabel la Católica del segundo sector. Una misionera está hincada, en oración, bajo una leyenda en cursivas: *Las hermanas todo lo pueden.*

REFLEXIONES FINALES

En su ensayo “Mundos del trabajo: Monterrey y el mito del obrero pasivo”²¹¹, Ximena Peredo escribió que dos memorias habitan Monterrey. En la de nuestros padres y abuelos, nos topamos con “rebeliones individuales y colectivas contra el orden económico establecido, que parecen haber sido el pan nuestro de cada día durante gran parte del siglo XX [...] Esta parte ha sido reprimida en la memoria industrial”. Peredo deshilacha la desenfrenada tradición de huelgas y manifestaciones que ha desarticulado exitosamente la Empresa, desde su fundación hasta años muy recientes, después de la crisis de 2008. Remata su texto afirmando que en los últimos treinta años se han precarizado las condiciones laborales y que esto “se refleja en la pérdida de contratos, la falta de acceso a sistemas de salud, la eliminación de la representación sindical, las alteraciones en el número de las horas de jornada de trabajo, y los empleos sin acceso a prestaciones sociales”.²¹² El proyecto social de la Empresa va en picada.

La tradición oral de la Colonia Cuauhtémoc rodea los recuerdos que describe la periodista y se acopla, a la perfección, con la extraordinaria narrativa de la Empresa. Esto se entiende por dos razones. Primero: mis fuentes. Yo conozco una colonia femenina, gozada por mujeres y niños. Conozco una colonia sobria, serena y ensimismada. El recuento cariñoso de un supuesto pasado celestial fue lo que atrapó mi atención, desde que recuerdo, por las historias que conforman estas páginas. Es tan magnética y envolvente la noción de pueblo, rancho y comunidad, que tardé en admitir la importancia de que se tratara de una colonia *obrera*, y no cualquiera, la que albergaba estas anécdotas. Hay que escarbar, indagar directamente con los hombres para descubrir el lado “pesado”, el de “mucha tierra mucho polvo” que se omite en los alegres testimonios. Segundo: la población senil vive con los beneficios originales que le tendió Cervecería: no está enterada, ni le interesa estarlo, de las transformaciones en los nuevos contratos laborales, de la precarización.

La Colonia Cuauhtémoc es producto de un periodo específico en la historia nuevoleonense y en la historia mundial. El despegue industrial, la producción y la contratación masiva alentaron al Grupo Monterrey a crear programas de vivienda que precederían, por décadas, al INFONAVIT. Las comparaciones entre la Colonia Cuauhtémoc y el programa gubernamental son frecuentes. Las encontré en los boletines de la Empresa, en reseñas y artículos académicos, también en las palabras orgullosas de los colonos. La comparación resume una idea que ellos repiten de manera

²¹¹ Ximena Peredo, “Mundos del trabajo: Monterrey y el mito del obrero pasivo”, *Horizontal*, <https://horizontal.mx/mundos-del-trabajo-monterrey-y-el-mito-del-obrero-pasivo/>, 4 de mayo de 2016, consultado en marzo de 2021.

²¹² *Ibid.*

indirecta: en Monterrey, el orden social dependió del sector privado y no del Estado. Fue la Empresa, no el Estado, quien cubrió las necesidades básicas de los trabajadores. Del despliegue paternalista surgió la engañosa noción de independencia nortea; engañosa porque fue Bernardo Reyes quien atrincheró las empresas, las revigorizó, aceleró su proceso de expansión. Es imposible desestimar la importancia que tuvo aquel gobierno en el desarrollo industrial de Nuevo León, y los subsecuentes en tiempos de crisis. Pero es verdad: la vida cercana se vio a través del lente empresarial.

No hay una relación obvia entre la Colonia Cuauhtémoc y la historia nacional, regional o, incluso, local: los vecinos fueron absorbidos por las dinámicas de la Empresa y sus sociedades, SCYF y Nova; fueron apáticos a lo que sucedía a su alrededor —los movimientos urbanos, el cambio de sexenio, la escena política regional. Sería injusto e incorrecto señalar que su desinterés era representativo de toda Monterrey. Como argumenté en el capítulo dos, el sentimiento de lejanía es apenas un síntoma de que la Empresa trazó y consolidó una ciudad, una compacta comunidad, una *sociedad* a la que sólo le impactó lo que sucedía dentro de sus fábricas y calles. En los testimonios sobre el pasado, la ausencia de hechos propios de la época histórica refleja el éxito rotundo del sistema paternalista. Además de lo importantísimo que es entender a qué le prestaban atención los colonos —y qué recuerdan, hoy, como parte fundamental de la vida cotidiana anterior— esto también deja entrever la lealtad, el profuso cariño, el agradecimiento que sienten las personas por la Empresa. Si ignorásemos la complejidad de los testimonios, concluiríamos, con ambigüedad y prontitud, en línea con el estereotipo de *los regiomontano*, que la admiración viene de una postura acrítica hacia un lamentable sistema de explotación. ¿Pero qué hay detrás?

Explicemos, pues, la defensa y el apego hacia la Empresa. Propongo explicaciones simples, quizá obvias, y entrelazadas. Van así. La primera generación venía de villitas lejanas a la urbe, como Cadereyta Jiménez, Juárez o Santiago; o de incipientes colonias obreras como la Independencia y la Regina, donde las familias carecían de servicios básicos y vivían amontonadas en espacios reducidos. La Empresa bécó jóvenes en el Tec de Monterrey y complació la emotiva ilusión de los trabajadores: la segunda generación fue una de ingenieros, empleados y oficinistas. Primero sutil, luego insistentemente, la Empresa creó y promovió el discurso de amor al trabajo; apuntaló a la familia como institución social fundamental; afianzó el catolicismo de los feligreses y convirtió en creyentes a los rancheros ateos; presentó a los obreros la brillante posibilidad del

ascenso social. Y cumplió. La primera explicación es clara: la Empresa concretó la movilidad de sus empleados, satisfizo sus necesidades básicas y los educó en placeres culturales y lúdicos. En la Cuauhtémoc la gente “vivió una vida que jamás imaginó”, como me señaló la señora Claudia.

Que les dieran atole con el dedo no es la única explicación de la lealtad de los colonos. Hay otra dimensión que ellos sienten profundamente íntima, y por tanto para mí es más escurridiza y oscura, que viene de la propia historia familiar. Intentaré ser más clara. El aprecio hacia la figura abstracta de la Empresa retumba en ellos, con fuerza, por la identidad de sus padres y abuelos, por quiénes han sido ellos mismos. Las actividades culturales y cívicas se convirtieron en nostálgicos recuerdos de la adultez, juventud y niñez, y la ineludible vecindad con los colegas y sus familias acrecentó esa poderosa sensación. No es posible disociar una y otra: Empresa y familia, Empresa y pasado, Empresa y vida.²¹³ Si pregunto por la Empresa, la segunda generación piensa en sus padres, en la educación básica y el juego, también en la novela de las cuatro que veían en la casa del único vecino con televisión. Son las dos caras del paternalismo: la objetiva —donde una recibe casa, salario y subsidios— y la emocional —donde una desarrolla afectos, efectivamente mezcla trabajo y familia, inmiscuye su personalidad en la pertenencia a la Empresa. Hoy, las percepciones hacia el trabajo y la Empresa están teñidas por este despreocupado amor a la juventud y *la vida*. Quizá por eso es predecible que, en contraste a la nostalgia de quienes crecieron o se formaron en la Colonia, la primera generación vea aquellos años con otros ojos, más justos y medidos.²¹⁴

Debo insistir, otra vez, que la descripción de una vida apacible y jubilosa en la Cuauhtémoc no exhibe el trabajo de los hombres, los obreros, quienes tendrán visiones distintas de lo que significa *pertenecer* a la Empresa. Ese mundo apenas se asomó en mis páginas y merece mucha más investigación, tanto como el de las viudas de la Colonia que mencioné en el último capítulo.

²¹³ No se trata, pues, de defender ni amar a la Empresa, sino a lo que aquella representó durante los años productivos de los trabajadores y la juventud de sus hijos: la gozosa infancia de los segundos y la certidumbre de tener futuro de los primeros. En su centenario, SCYF recopiló testimonios de más trabajadores que corroboran esta sensación. Véase: *Trabajo y Ahorro*, núm. 3461, 2018, pp. 38-45.

²¹⁴ Pienso en unas líneas de Cristina Rivera Garza sobre la infancia en una situación adversa: “Lo malo de vivir casi a la intemperie, primero bajo una carpa levantada a toda prisa con varas de mezquite, luego en este jacalito embadurnado de adoble, es que los niños se meten cualquier cosa a la boca. Lo bueno es que pueden correr libres y regresar a salvo. [...] Dentro de un tiempo podrán dejar de jugar con la tierra para empezar a trabajar con la tierra. Mientras tanto hay que cuidarlos. Protegerlos de sí mismos.”, en su libro *Autobiografía del algodón*, Random House, 2020, p. 20.

En 1986 se anunció el cierre de Fundidora de Monterrey. La noticia ocasionó espasmo e impresionó a los regiomontanos. Miles de personas fueron despedidas. El quiebre de la empresa significó, también, el fin de un mundo. Hoy, los terrenos de la compañía contienen un parque; espacios culturales, la Cineteca Nuevo León, la fototeca y el Archivo General del estado; auditorios y parques de diversiones, CINTERMEX, Plaza Sésamo, la Arena Monterrey y el Auditorio Banamex; y un hotel. Su vida pasada se dibuja débilmente en el brusco contorno del alto Horno 3, declarado patrimonio cultural arquitectónico de México en 2001. El Museo del Acero proyecta espectáculos de luces y difunde la historia de la compañía; ha recibido más de dos millones de visitantes desde que abrió en 2009.

Para la gente que creció en el seno de Cervecería Cuauhtémoc, el fin ha sido lento, ambiguo y complejo. En diciembre de 2020, el Encuentro Ternium fue virtual. La posada navideña, que en años pasados reunió a miles de personas en el salón de eventos dentro del Parque Fundidora, durante la penúltima semana de diciembre, con famosos grupos de música nortea montados en el escenario, se transmitió en vivo. Los directivos contrataron una cantante mexicana, una banda italiana y otra argentina para que tocaran en salones vacíos. Cuando concluyó el extraño concierto, Paolo Rocca, CEO de Techint, cerró el evento digital. Habló sobre el compañerismo, el trabajo arduo, el sentido de pertenencia. Luego pasaron imágenes de “la familia Ternium”. Desde las plantas de los tres países, trabajadores ataviados con el rudo uniforme de mezclilla saludaron a la cámara. Mientras veía el montaje pensaba en los dulces regionales que preparaban las mujeres de Santiago, Nuevo León, durante los festivales navideños de SCYF. El abrupto fin de *esa* Cervecería es obvio a veces, como en aquella interminable sucesión de fotos internacionales. En otras, como el repiqueteo de campanas de la San José Obrero, los animados conciertos callejeros de las Misioneras Clarisas, la visión de un grupo de trabajadores almorzando en Famosa, el traqueteo de la camioneta con el Santísimo Sacramento, es menos claro.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Archivos

Archivo Histórico MCSS

Acervo Histórico FEMSA

Acervo Histórico SCYF

Historia

Bailyn, Bernard, *Sometimes an Art: Nine Essays on History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2015.

De Garay, Graciela, “El uso de las fuentes orales para el estudio de la vida cotidiana” en Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), *La historia y lo cotidiano*, México, El Colegio de México, 2019.

González y González, Luis, *Todo es historia*, México, Ediciones Cal y Arena, 1989.

— *El oficio de historiar*, El Colegio de Michoacán, 1983.

— *Otra invitación a la microhistoria*, FCE, 1983.

— *Pueblo en vilo*, FCE, 1968.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar, *Hablando de historia: lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México, El Colegio de México, 2019.

— (ed.), *Espacios en la historia: Invención y transformación de los espacios sociales*, México, El Colegio de México, 2014.

Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*, trad. H. Pons, Buenos Aires, FCE, 2016.

Mayer Celis, Leticia, *Un crimen en Durango en el siglo XIX: doña Nepomucena Alcalde y el terrible asesinato de su marido*, México, El Colegio de México, 2018.

Perrot, Michelle, *Historia de las alcobas*, trad. Ernesto Junquera, México, FCE, 2011.

Tenorio Trillo, Mauricio, *Clio's Laws: On History and Language*, trad. Mary Ellen Fieweger, Texas, University Press, 2019.

Vansina, Jan, *La tradición oral*, trad. M. María Llongueras, Barcelona, Labor, 1968.

W.H. Walsh, “Truth and Fact in History Reconsidered”, *History and Theory*, t. 16 (1977).

Viqueira, Juan Pedro, “Todo es microhistoria”, *Letras Libres*, mayo de 2008.

Historia de México y Nuevo León

Alba, Carlos *et al.* (eds.), *Las regiones ante la globalización: competitividad territorial y recomposición sociopolítica*, México, El Colegio de México, 1998.

Aparicio Moreno, Carlos Estuardo *et al.*, “La segregación socio-espacial en Monterrey a lo largo de su proceso de metropolización”, *Región y sociedad*, núm. 52, 2011.

Basáñez, Miguel, *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, México, Siglo XXI, 1990.

Cavazos, Israel y Ortega Ridaura, Isabel, *Nuevo León: Historia breve*, México, El Colegio de México y FCE, 2010.

Cázares Puente, Eduardo, “La Cervecería Cuauhtémoc y la industrialización del noreste mexicano”, *Ciencia UANL*, 2014, núm. 69.

Elizondo Elizondo, Ricardo, *Lexicón del noreste de México*, México, ITESM y FCE, 1996.

Flores Torres, Óscar, *Monterrey industrial 1890-2000*, UDEM, Monterrey, 2000.

— Monterrey, origen y destino: una ciudad internacional (1910-1980), Municipio de Monterrey, 2009

González, Héctor, *Siglo y medio de cultura nuevoleonense*, México, Ediciones Botas, 1946.

Landa Ruiloba, Pablo, *Monterrey en el espejo: Crónica de sus habitantes, monumentos y espacios*, Monterrey, CONARTE, 2012.

Novo, Salvador, *Crónica regiomontana: breve historia de un gran esfuerzo*, 1965 (panfleto).

Palacios, Lylia *et al.* (coords.), *Cuando Monterrey enfrenta la globalización: Permanencias y cambios en el Área Metropolitana de Monterrey*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2010.

— “Consolidación corporativa y crisis económica en Monterrey, 1970-1982” en Isabel Ortega Ridaura (coord.), *La industrialización del segundo auge industrial a la crisis de 1982*, t. 2, México, México, Fondo Editorial Nuevo León, 2007

Rangel Hinojosa, Alejandra, “Participación política de las mujeres en un movimiento urbano de Nuevo León”, tesis, Monterrey, UANL, 2003.

Reyes Salcido, Edgardo, *Don Isaac Garza*, México, Fondo Editorial Nuevo León, 2010.

Salinas, César, *El libro de oro de SCYF*, Monterrey, FEMSA, 2019.

Santos Escobedo, María Luisa, *Villaldama durante el gobierno del licenciado Raúl Rangel Frías*, México, UANL y Presidencia Municipal de Villaldama, 2004.

Snodgrass, Michael, *Deference and Defiance in Monterrey: Workers, Paternalism and Revolution in Mexico, 1890-1950*, Cambridge, University Press, 2003.

Tenorio Trillo, Mauricio, “*Hablo de la ciudad*”: *Los principios del siglo xx desde la Ciudad de México*, trads. G. Noriega Rivero y J. Tovar, México, FCE, 2017.

Vellinga, Menno, “Tierra y libertad: los pequeños márgenes del desarrollo autónomo”, *Relaciones* 33, vol.IX-Colmich, 1988.

— “Crecimiento económico y distribución del ingreso en Monterrey”, en Mario Cerutti (ed.), *Monterrey: Siete estudios contemporáneos*, México, UANL, 1988, p. 31.

Vizcaya Canales, Isidro, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey: Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, ITESM y Fondo Editorial Nuevo León, 1969.

ARTÍCULOS DE PERIÓDICO Y RECURSOS ELECTRÓNICOS

Cardona, Bárbara, “Es una colonia bien fermentada”, *El Norte*, 30 de junio de 2019.

— “Bendita Arquitectura”, *El Norte*, 14 de octubre de 2018.

Escalante Gonzalbo, Fernando, “La muerte tiene permiso”, <https://www.nexos.com.mx/?p=14089>, 1 de enero de 2011.

Esquivel Hernández, José Luis, “Hylsa y la Colonia Cuauhtémoc, hijas de los mismos padres”, <https://www.horaceronl.com/regional/hylsa-la-colonia-cuauhtemoc-hijas-los-mismos-padres>, 26 de enero de 2017, consultado en septiembre de 2020.

“Félix Candela en Monterrey”, PECDA CONARTE 2017-2018, consultado en Youtube.

Gobierno Municipal de San Nicolás, “Historia”, <https://www.sanicolas.gob.mx/san-nicolas-2/historia>, consultado en septiembre de 2020.

Gaxiola, Mariana, “Félix Candela y sus icónicos paraboloides en los techos de México”, <https://mxcity.mx/2016/06/felix-candela-paraboloides/>, consultado en diciembre de 2020.

INEGI, *Estadísticas históricas de México*, México, 1994.

Landa Ruiloba, Pablo, “La ciudad que construyó Fundidora”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-ciudad-que-construyo-fundidora/>, consultado en noviembre de 2020

— “La iglesia San José Obrero”, <https://patrimoniomoderno.mx/historias/la-iglesia-de-san-jose-obrero-en-la-trayectoria-compartida-de-enrique-de-la-mora-y-felix-candela/>, consultado el 18 de septiembre de 2020.

Páez, Rafael, “Análisis geométrico, arquitectónico y estructural de viviendas construidas con paraboloides hiperbólicos por Eduardo Catalano en Estados Unidos, Félix Candela en México y Julio Coll Rojas en Venezuela”, Caracas, Instituto de Ingeniería Agrícola (ponencia), julio de 2015.

Peredo, Ximena, “Mundos del trabajo: Monterrey y el mito del obrero pasivo”, *Horizontal*, <https://horizontal.mx/mundos-del-trabajo-monterrey-y-el-mito-del-obrero-pasivo/>, 4 de mayo de 2016.

Salinas, José Luis, “Fábrica les hace ‘ruido’”, *El Norte*, 9 de marzo de 2017.

“Sangre en la Universidad”, *Tribuna de Monterrey*, 23 julio de 1972.

Torres Martínez, Hector Daniel, “La criminalización de la guerrilla urbana en la prensa regiomontana, 1970-1973”, *Humanitas*, 44 (IV), UANL, 2017.

ANEXO



El interior castaño de la Iglesia San José Obrero, en 2020.



Un callejón del tercer sector en 2021. Todavía es común toparse urbanistas que recorren la Cuauhtémoc.



Una intacta casita japonesa en avenida Titán, en 2021.